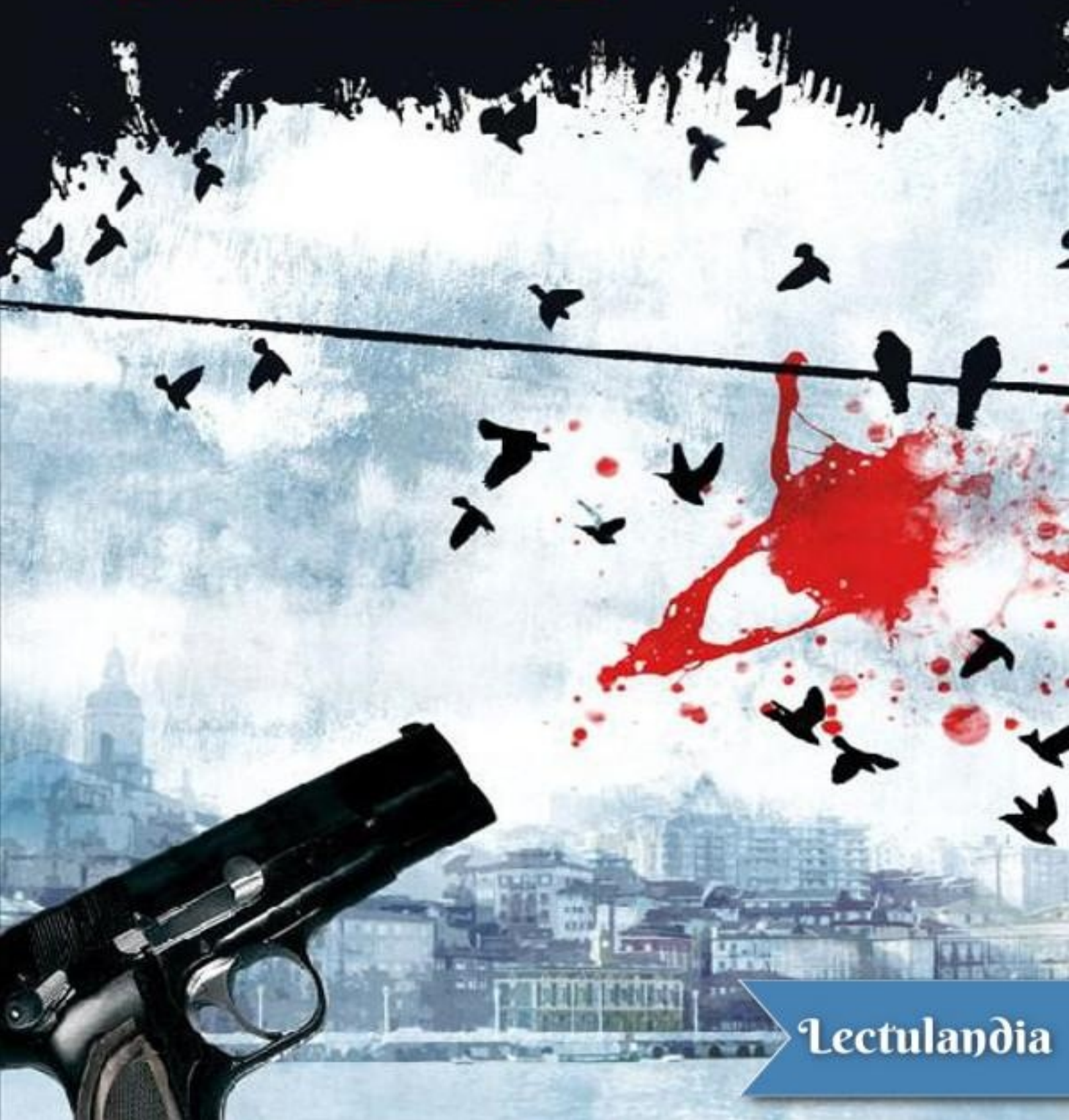


JOSÉ JAVIER ABASOLO



PÁJAROS Sin ALAS



Lectulandia

Mikel Goikoetxea, más conocido por Goiko, en su tiempo uno de los mejores investigadores de homicidios, sobrevive haciendo trabajos como detective desde que se vio obligado a solicitar la excedencia en la Ertzaintza, la Policía Autónoma Vasca, cuando su vida, su reputación y su matrimonio se derrumbaron por culpa de una falsa acusación de pertenecer a una red de pederastas. Convertido en un apestado social tan solo unos pocos excompañeros le ayudan enviándole clientes, como un conocido notario de Bilbao que un día acude a su despacho para pedirle que investigue las causas de la muerte de su mujer, ya que sospecha que ha sido asesinada. En efecto, pese a su inicial escepticismo, pronto comprobará que tras la trágica muerte de la mujer se escondía una peligrosa trama que irá aflorando al compás de las intrigantes páginas de la novela.

Lectulandia

José Javier Abasolo

Pájaros sin alas

Mikel Goikoetxea, «Goiko» - 1

ePub r1.0

Ablewhite 21.02.2018

Título original: *Pájaros sin alas*
José Javier Abasolo, 2010

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Matar a alguien es tan sencillo como apretar un botón, pero hay que saber cuándo y cómo apretar ese botón. Una simple presión de tu dedo y a unos cientos de metros de donde estás un coche vuela por los aires, desparramando al mismo tiempo las vísceras y extremidades de alguien que apenas un segundo antes era un ser humano lleno de vida.

Nada más producirse el estallido te alejas lentamente del lugar en el que se ha producido la deflagración, no por miedo a que nadie te relacione con ella, eres un profesional curtido que no deja nada al azar, sino porque para ti eso es trabajo, simple y llanamente trabajo, no hay nada más ajeno a ti que el interés morboso que siempre, inevitablemente, por alguna oscura e ignota desviación del cerebro humano, se genera alrededor de una muerte violenta. Ni siquiera las destellantes luces de los coches de policía que con gran diligencia se dirigen, segundos después, al lugar de los hechos, te hacen parpadear. Eso ya no tiene nada que ver contigo, es historia pasada. El único vestigio que va a quedar de tu paso por la ciudad es la elevada cantidad en dólares que ha sido ingresada una semana antes en una cuenta cifrada de un banco suizo de la que eres titular, aunque eso es algo que tampoco conoce nadie.

Tu estancia en esa hermosa e histórica capital centroeuropea ha finalizado. De vuelta al hotel solicitas que te preparen la cuenta y tranquilizas al recepcionista diciéndole que el horrible atentado ocurrido esa misma mañana no ha hecho cambiar la buena opinión que tienes del país al que, por supuesto, volverás en cuanto tengas una oportunidad. Dejas una propina moderada, no es cuestión de pasarse y hacer que tu figura quede fijada permanentemente en la retina del empleado, aunque sabes que eso tampoco tiene la menor importancia. Tú nunca has estado en ese país, ni siquiera existes, Hans Voermeller, la identidad que has adoptado temporalmente, ha sido creada expresamente para ese trabajo y con ese trabajo morirá, de hecho ya ha muerto, como ha muerto el incómodo político, incómodo para sus enemigos, por supuesto, no para ti que hace años que detestas la política, que te habían encargado eliminar.

Ni siquiera te llamas Vladimir, aunque te has acostumbrado a usar ese nombre. Te lo puso hace años una de esas lumbreras que asciende en los servicios de inteligencia precisamente por su carencia absoluta de esa cualidad que irónicamente presta su nombre al servicio y que pensaba que todos los agentes originarios del antiguo Pacto de Varsovia tenían genes rusos y se llamaban Vladimir. Podía haber sido peor, podían haberte bautizado con el sobrenombre de Iván el Terrible, piensas dejando escapar una subrepticia sonrisa. De todos modos has acabado por cogerle cariño a ese nombre que, por no ser el tuyo, te proporciona una nueva capa de anonimato.

Mientras en el avión rechazas amablemente el café que te ofrece la azafata, vuelves a pensar en la oferta que has recibido hace muy poco tiempo. Estás decidido a aceptarla, aunque sabes que eso cambiará radicalmente tu vida. Hasta este momento

has sido un lobo solitario, un asesino a sueldo, no te gustan los eufemismos y aceptas lo que eres y en lo que te has convertido, un asesino que trabaja para todo aquel que esté dispuesto a pagarte la cantidad, por lo general exorbitante, que exiges en concepto de honorarios. Si aceptas esa oferta pasarás a ser miembro de una importante organización. Es cierto que perderás tu independencia pero tu cuenta corriente se incrementará de un modo inimaginable y, aunque de vez en cuando todavía puedas actuar en persona, cuando se trate de asuntos muy puntuales y selectos de los que prefieras ocuparte tú solo, dejarás de ser un ejecutor para convertirte en un organizador.

¿De verdad es eso lo que deseas? ¿Engordar tras una hermosa mesa de despacho mientras otros hacen el trabajo sucio? Todavía estás en forma y, afortunadamente, lo que más tienes en forma es tu cabeza. Por eso precisamente has aceptado la oferta. En este oficio no se puede durar eternamente y es mejor tomar posiciones mientras aún sigues siendo el mejor que no cuando empiezas a estar acabado y todas las puertas, salvo las de los cementerios, se te han cerrado.

Sí, has decidido aceptar la oferta, no por lo tentadora que ha sido sino porque ha venido de la mano de un antiguo compañero en el que confías y al que seguramente no verás nunca más, él se ha limitado a deslizar tu nombre en los oídos adecuados y luego ha desaparecido, es lo más seguro para ambos y si algo valoráis en este oficio es precisamente la seguridad, pero ese no ha sido el motivo más importante, lo que ha inclinado la balanza a favor de la aceptación de una oferta tan generosa como inusual ha sido la constatación de que ha llegado en el momento adecuado, si no lo haces ahora quizás nunca tengas una nueva oportunidad. Tienes que decir sí o no y has optado por el sí. Un sí que sabes que no va a ser definitivo, en el futuro no te ves dedicado siempre al mismo oficio, antes o después romperás amarras con él, no porque hayas visto la luz divina ni porque te haya entrado un inesperado arrebatado de moralidad, sino porque sabes que esa vida que hasta ahora has vivido no puede ser eterna, antes o después tendrás que dedicarte a disfrutar de lo ganado hasta ahora, pero en el lado más respetable y tranquilo de la ley. Sí, esa es la auténtica razón de que hayas aceptado la oferta, como trampolín a lo que va a ser tu huida definitiva. Así que asunto zanjado, desde este momento no dedicarás ni un segundo más de tus pensamientos al tema. No te gustan las dudas ni marear la perdiz hasta el infinito, cuando se toman las decisiones se toman y se acabó la historia.

Mientras estabas sumido en esos pensamientos el avión ha debido tomar ya la altura de crucero porque el indicador luminoso del avión te está comunicando que puedes desabrocharte el cinturón, cosa que no haces porque la seguridad máxima sigue siendo tu obsesión en cualquier circunstancia y ocasión. De todos modos esa señal te indica que ya puedes actuar con normalidad dentro del aparato así que coges tu maletín y sacas de su interior un mapa. El de España. Ese es tu destino. Te hubiese dado igual otro país cualquiera, Singapur, Venezuela o Suecia con tal de alejarte lo más posible de tu actual residencia, pero si el destino ha decidido que inicies tu nueva

vida en España, más concretamente en una capital del norte del país, hacia allí te dirigirás. Concretamente a Bilbao, una ciudad que no te suena de nada, aunque pronto aprendes todo lo que necesitas saber sobre ella, que no es gran cosa porque la experiencia de muchos años te ha enseñado que cualquier ciudad en la que puedas pasar desapercibido mientras te ganas la vida es lo suficientemente buena para ti.

—¿Es usted el señor Goikoetxea?

Miré fijamente al hombre que acababa de hacerme esa pregunta. En su voz había un deje de escepticismo que no me ofendía, de hecho comprendía su extrañeza al penetrar en lo que con cierto optimismo yo denominaba despacho y que no era más que un cuchitril sin ventanas ni ventilación de ningún tipo que había habilitado para recibir a los hipotéticos clientes que necesitaran desesperadamente contratar a un detective en el grande y desvencijado piso del centro de Bilbao que había recibido como herencia de mis padres, un cuchitril adornado tan solo con mi viejo título de Licenciado en Derecho firmado por Su Majestad el Rey D. Juan Carlos I. Aunque yo siempre había pensado que esa firma era falsa, por muy rey que se sea no creo que nadie pueda firmar los cientos de miles de títulos académicos que se expiden al cabo de un año en el territorio de la monarquía.

Sabía incluso lo que estaría pensando el hombre, que el título era falsificado. Pues no, el título de marras, como tal, era auténtico, se mirase desde donde se mirase, un documento real, y no solo en el sentido de su ilustre firma, acreditativo de que había aprobado todas las asignaturas de la carrera. No recuerdo cómo conseguí hacerlo, supongo que gracias a ingerir cantidades industriales de anfetaminas y café, pero lo logré, logré que me extendieran un papel que en esos momentos se limitaba a dar lustre a la pared porque hacía ya mucho tiempo que no me servía para nada más. Interrumpí mis elucubraciones mentales durante un rato para contestar, lo más educadamente posible que podía y sabía hacer, al hombre que había osado entrar en mi guarida, ya que no me parecía correcto ni cómodo estar media hora sin dirigirnos la palabra.

—Sí soy yo —contesté finalmente con tono resignado— Mikel Goikoetxea, expolicía, exabogado y actualmente detective. Con licencia, por supuesto. Porque supongo que usted habrá venido a verme en mi calidad de detective, ¿no?

—Así es, aunque para mí es más significativo su antigua actividad como *ertzaina*, lo de su licencia como detective no tiene la menor importancia, ya que lo que quiero encargarle es algo para lo que no necesita licencia o, mejor dicho, algo que ni siquiera podría hacer aunque tuviese licencia.

Debo reconocer que en esos momentos fui yo quien se quedó descolocado. Esas palabras solo podían significar que iba a pedirme algo ilegal y no es que no estuviera dispuesto a hacerlo, eso dependía tan solo de qué artículo del Código Penal o las ordenanzas municipales hubiese que infringir, sino que no me había imaginado en ningún momento que mi visitante pudiese pedirme algo de ese tipo. Me extrañó más si cabe porque normalmente conozco al excompañero que suele recomendarme, es su manera de echarme un cable y mostrarme su amistad, pero tampoco le habría proporcionado mi nombre si hubiese pensado que iba a pedirme que efectuara algo que fuera en contra de la legalidad. Por eso, antes que cualquier otra cosa, pedí a mi

interlocutor que me dijera quién le había enviado.

—Si no se molesta prefiero callarme su nombre de momento, pero es alguien que le conoce bien y que me ha indicado que es usted el hombre adecuado para el trabajo que quiero encargarle. En cuanto a lo de que lo que le voy a pedir no se podría hacer sin licencia, eso no debería preocuparle —se notaba que el tipo era inteligente y había adivinado mis pensamientos— ya que no quiero que haga nada al margen de la Ley. Por lo menos nada que sea éticamente reprochable.

Esa puntualización me agradó tanto como me intrigó. La contraposición entre ley y ética, además de dar para escribir tomos y tomos de filosofía, era indicio inequívoco de que lo que me iba a pedir no era precisamente muy legal.

—Se trata de mi mujer —el hombre pronunció por fin las palabras que estaba esperando oír desde que le vi entrar por la puerta.

—Entiendo, ¿sospecha usted que le engaña y quiere que le haga un seguimiento, tal vez para tramitar el divorcio? Aunque bien mirado, para ese tipo de trabajo sí tienen competencia los detectives oficiales. ¿No pretenderá que le de un susto, verdad? Si es así se ha equivocado de hombre, no sé qué le habrán contado de mí, pero no soy un matón.

—No, no se trata de un divorcio o una separación, ojalá fuera eso —suspiró más que habló—, se trata de algo mucho peor, mi mujer ha fallecido.

—Le acompaño en el sentimiento —respondí usando la vieja fórmula burguesa que instintivamente vino a mis labios como un reflejo de la educación que intentaron inculcarme los padres escolapios y los míos propios.

—Mi mujer ha fallecido —repitió el hombre, ajeno a mis palabras, como si no las hubiese escuchado, y añadió—: La han asesinado.

—¿Asesinado? ¿Dice usted que la han asesinado? ¿Está seguro? —nada más efectuar la pregunta me di cuenta de lo estúpido que había sido al hacerla, si el hombre me había dicho eso era porque estaba convencido de que su mujer había sido asesinada. Aunque a veces..., la imaginación, o incluso un extraño sentido de la culpabilidad, puede jugarnos una mala pasada.

—Sí, estoy seguro. Mi mujer ha sido asesinada y quiero descubrir al asesino. Es decir, quiero que usted lo descubra por mí, para eso he venido a verle. Alguien ha matado a mi mujer y quiero averiguar quién ha sido y por qué lo ha hecho y, sobre todo —sus ojos brillaban de excitación al decir esto último—, quiero que pague por ello.

—Entiendo —respondí, y era verdad, por primera vez desde que el hombre había traspasado mi puerta, empezaba a comprender sus motivos—, y créame cuando le digo que simpatizo con usted y me solidarizo con su causa pero desgraciadamente ha golpeado la puerta equivocada.

—No le entiendo, ¿a qué se refiere con eso?

—A que mi trabajo como detective consiste en buscar a alguna persona que ha desaparecido de su casa, vigilar a alguna esposa que se gasta el sueldo del mes en el

bingo, al marido que tiene una amante o al currante que ha decidido que se vive mejor fingiendo una falsa baja que fichando todos los días a las ocho en punto, pero no intervengo en asesinatos, eso sí que no. Para investigar asesinatos ya está la Ertzaintza, que es la cualificada para perseguir este tipo de delitos. Y además, como usted de algún modo ya lo ha mencionado anteriormente, en España los detectives privados no estamos autorizados a investigar delitos perseguibles de oficio.

—No están autorizados, pero a veces lo hacen.

—Sí, a veces lo hacen, a veces hacemos muchas cosas que no deberíamos hacer, y luego acabamos pagando las consecuencias. En mi caso con, por ejemplo, la retirada de mi licencia.

—Creo que por eso no habría ningún problema —me contestó con aire de suficiencia—, tengo cierta influencia y puedo asegurarle que su licencia no correría peligro. Y en cuanto al pago de sus servicios, también puedo asegurarle que me mostraré extremadamente generoso.

—El dinero no es problema, eso lo daba ya por descontado, pero no es una cuestión de honorarios, sencillamente no me interesa el encargo, lo siento, tendrá que buscarse algún otro.

—No quiero buscar a ningún otro, sé que es usted la persona idónea. No se trata tan solo de quién le ha recomendado, una persona de mi total confianza, sino que he hecho algunas averiguaciones por mi cuenta y todo el mundo me ha dicho que está usted capacitado para hacer este trabajo. De hecho me han asegurado que es usted el mejor y estoy dispuesto, como ya le he dicho, a pagarle de acuerdo a su capacidad. Además, ¿no le atrae la idea de volver a trabajar en una auténtica investigación, como cuando era *ertzaina*?

—Muy halagador, pero lo que no ha conseguido el dinero tampoco lo van a conseguir sus halagos y, por otra parte, debe tener usted una idea muy romántica de mi antigua profesión, como si andar entre cadáveres pudiera tener algún tipo de atractivo, pero totalmente equivocada. Entre jugarme el pellejo intentando capturar a un asesino o estar tumbado en el sofá de mi casa viendo una película mientras me tomo una cerveza, prefiero hacer esto último, lamento decepcionarle y hacer añicos la romántica imagen que quizás se haya forjado sobre mi actual oficio, pero las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran, así que le repito por última vez que me veo obligado a rechazar su oferta.

Los dos éramos conscientes de que nuestra entrevista no daba ya más de sí, por lo que mi visitante se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta de salida; no obstante, antes de desaparecer, sacó de su cartera una tarjeta, y me la entregó.

—Tome, por si cambia de opinión —dijo posándola suavemente encima de la mesa y, sin esperar respuesta alguna, se encaminó hacia la puerta que daba acceso al despacho.

Si mis actos fueran coherentes con mis palabras tendría que haber cogido la tarjeta y haberla tirado a la papelera, pero no pude sustraerme a la tentación de echar

un vistazo y enterarme de ese modo de la identidad de mi visitante. Carlos Joaquín Gómez-Uralde Urizarbarrena. Notario. Con oficina abierta en la Gran Vía. Parecía muy joven para ser notario, pero eso no dejaba de ser una tontería, nadie aprueba las oposiciones con cincuenta años sino más joven, cuando aún se es ágil de mente y de otras cosas. Lo que sí parecía evidente es que aún era demasiado tierno para haber obtenido plaza en Bilbao e instalarse en pleno corazón de la ciudad. O era una lumbrera o tenía apoyos muy fuertes. O ambas cosas a la vez, que seguramente era lo más probable.

Antes de que saliera del despacho le lancé una última andanada.

—Por cierto, señor Gómez-Uralde, salude de mi parte a Eneko Goirizelaia.

La palidez que apareció en su rostro y el gesto nervioso con el que abrió la puerta me confirmaron que mis sospechas habían sido certeras.

3

Esperaba la llamada en un plazo de media hora, más o menos, por eso me sorprendió que el teléfono sonara diez minutos nada más irse el señor notario. Se ve que se movía con rapidez. O que estaba desesperado y ansioso por contratar mis servicios.

—Dime, Eneko ¿qué es lo que deseas?

—En líneas generales asistir a tu funeral y como algo más concreto, que aceptes el encargo que te ha hecho Gómez-Uralde.

—¿El notario?

—No, el descubridor de la piedra filosofal, no te jode. ¿Cuántos fulanos apellidados Gómez-Uralde te han visitado en las últimas veinticuatro horas? Mira, ya sé que tienes un sentido del humor curioso, pero más te vale que en estos momentos lo metas en un armario y me hagas caso. Quiero que ahora mismo llames al notario y le digas que lo has pensado mejor.

—No. No pienso hacerlo. Además, no me gusta el tono en el que me estás hablando.

—Pues si no te gusta me la pela, como si te produce un orgasmo. O empiezas a mover el culo o despídete de que te eche un cable cuando lo necesites.

Eneko Goirizelaia era un buen amigo, el único que me apoyó cuando tuve que abandonar la Ertzaintza debido al mal ambiente que se había creado a mi alrededor por culpa de unos problemas que tuve a causa de un turbio asunto de corrupción de menores a través de Internet. Alguien me tendió una trampa y de repente pasé de ser uno de los perseguidores de los malos a convertirme en una codiciada presa de caza. Afortunadamente no se pudo probar nada en mi contra pero yo tampoco pude demostrar que había sido víctima de una conspiración, en aquellos tiempos por culpa de los tejemanejes que algunos periodistas sin escrúpulos habían urdido en torno a los atentados terroristas del 11-M los «conspiranoicos» no teníamos la menor credibilidad, así que la cosa quedó en tablas, no fui condenado pero la mayoría de mis compañeros, que al parecer no habían acudido a clase el día que explicaron en la Academia eso de la presunción de inocencia, se quedaron con la copla de la falta de pruebas y no, precisamente, de la inocencia. En fin, esas son ya historias pasadas, el caso es que Eneko no solo había dado la cara por mí en esos momentos tan jodidos sino que cuando me fui del cuerpo y tuve que buscarme la vida como investigador privado me apoyó enviándome clientes y colaborando en mis investigaciones cuando lo necesitaba que, sobre todo al principio de mi nueva andadura profesional, era la mayoría de las ocasiones. Por lo menos pude conseguir la licencia de detective, en el Ilustre Colegio de Abogados del Señorío de Bizkaia, en cambio, pese a ser los garantes de la legalidad, no consideraron oportuno aceptarme en su seno. Pues peor para ellos, nunca me ha gustado ese gremio, y tengo razones suficientes para ello, no en balde he pertenecido al mismo.

En cuanto a lo que acababa de espetarme Eneko, sabía perfectamente que su

amenaza no era seria, él nunca me dejaría en la estacada, pero por otra parte era mucho lo que le debía así que si se ponía tan cazurro supuse que no tenía más remedio que hacerle un poco de caso.

—De acuerdo, Eneko, todo sea por nuestra antigua amistad, hablaré con ese capullo si así lo deseas.

—No te confundas, Goiko, aquí el único capullo que hay eres tú, el señor Gómez-Uralde es tan solo el cliente, un cliente que te va a pagar de puta madre por no hacer nada de nada. Si yo tuviera tan pocos escrúpulos como tú, me habría quedado con el caso.

—Todo es cuestión de entrenamiento y, con toda seguridad, estás capacitado para hacerlo, pero explícame eso de que voy a cobrar una pasta gansa por no hacer nada. Si no me equivoco el notario quiere que investigue la muerte de su mujer. Joder, Eneko, por optimista e irresponsable que seas, un asesinato es un asesinato. Eso es, al menos, lo que me enseñaron en la Facultad de Derecho y por increíble que te parezca, el día que tocaba estudiar ese tema presté atención a las explicaciones del catedrático y asimilé la lección. Así que no entiendo tu actitud, ¿no será que conoces al asesino y quieres encubrirlo? No es que esté en contra, tú ya me conoces, pero en ese caso subiría mi tarifa.

El suspiro de resignación que pude escuchar al otro lado del hilo telefónico me indicó que Eneko consideraba que yo era un caso perdido, pero que aún así debía intentar que entrara en razón.

—Mira, Goiko, el notario está convencido sinceramente de que su mujer murió asesinada, por eso nos ha estado dando la murga hasta que el propio Viceconsejero de Interior que debe ser miembro de su club de *bridge*, o de golf o de lo que esté en estos momentos de moda entre la gente bien, nos ha pedido que hagamos algo. Y aunque empiezo a no estar seguro de que sea una idea muy brillante, le sugerí que contratara a un detective privado. Y puestos a sugerir también le sugerí que tú podías ser ese detective, se ve que cuando se lo dije debía estar bajo los efectos de alguna droga de diseño o de un alucinógeno extremadamente fuerte.

—Pues si el Excelentísimo Señor Viceconsejero de Interior está detrás de todo, aún lo entiendo menos. Los detectives, en este país, no podemos investigar delitos perseguibles de oficio y él tiene que saberlo. Y si no lo sabe, al fin y al cabo es un político y la inteligencia no es un requisito necesario en ese gremio para acceder a puestos de responsabilidad, tú se lo habrás recordado, con toda seguridad.

—Así es, veo que después de todo aún conservas un ramalazo de perspicacia. Pero eso mismo es un indicio de la escasa importancia que le damos al caso porque estamos convencidos de que no hay ningún asesinato. Tú límitate a comprobarlo y emitir el correspondiente informe y todos contentos, nosotros porque nos quitamos de encima al señor notario, tú porque podrás pagar por fin tus cañones y el propio Gómez-Uralde porque descansará tranquilo tras comprobar que la muerte de su amada esposa fue accidental.

—¿Y si no lo hubiera sido?

—¿Y si el camarada Hitler hubiese ganado la Segunda Guerra Mundial? Deja de decir gilipolleces y empieza a mover el culo. Creo que Gómez-Urualde te ha dado su tarjeta así que puedes empezar por devolverle la visita, aunque creo que no es necesario que te enseñe tu oficio. O quizás sí —fue lo último que dijo antes de colgar el teléfono sin darme opción a protestar, en un alarde de mala educación.

Durante unos instantes estuve mirando el teléfono, como si de ese modo pudiera reestablecer la comunicación con mi antiguo jefe. Luego, más resignado que un hombre que ha hecho voto de castidad en un burdel de lujo, lo descolgué y marqué el número del notario.

—Tranquilo, que no se lo diré a nadie, será nuestro secreto.

Las palabras suenan distendidas pero el gesto de nerviosismo de la rubia que intenta vestirse torpe y apresuradamente a tu lado desmiente esa aparente tranquilidad.

—Sé que no lo harás —le respondes tranquilamente pero no son tus palabras, sino la frialdad de tus ojos, lo que hace gemir levemente a la rubia, que por fin ha conseguido colocarse las bragas y lucha denodadamente contra el minisujetador de color rojo que se niega a posarse encima de sus oscuros pezones.

—¿Vas a tardar mucho en vestirte? —vuelves a hablar—, porque tengo cosas que hacer, cosas importantes, así que vete aligerando.

Sin pensárselo dos veces la mujer hace un ovillo con el resto de su ropa y tal como va vestida, exclusivamente con la ropa interior, sale de la habitación, feliz de alejarse de ti, que has sido incapaz de follártela, pero que seguramente eres capaz de hacerle cosas mucho peores.

Cuando compruebas que la puta con la que has intentado pasar un rato de esparcimiento se aleja de ti relajas el gesto. Le has mentido, en esos momentos no tienes nada especial que hacer, o quizás sí, quizás tienes que relajarte, simplemente.

No estás preocupado por ese momentáneo problema de erección. Te conoces lo suficiente como para saber que físicamente continúas estando en plena forma. Tampoco has sufrido nunca de trastornos psicológicos aunque está claro que en esta ocasión ha sido tu mente la que te ha fallado. Tu mente o el regreso de unos recuerdos que creías olvidados en alguna oscura trastienda de tu cerebro. Todo ha sido culpa del avión, o mejor dicho, de la joven rubia con la que has coincidido en el avión. Hace años que no pisas Rumania, sus ciudades, sus valles, sus calles, los mismos años que no hablas en el idioma que aprendiste de niño, pero no has olvidado ni sus olores ni su lenguaje, esos olores y ese lenguaje que esa mujer te ha obligado a recordar.

De que era rumana no tienes ninguna duda, aunque su acento no te ha permitido adivinar cuál era su región de origen, el transcurso de los años sí te ha robado esa capacidad, pero eso no tiene la menor importancia, lo que de verdad te ha hecho regresar a tu infancia ha sido su aspecto, el óvalo de su cara, el azul pálido, casi desvaído de sus ojos, la larga melena rubia que le caía sobre sus hombros y, sobre todo la voz suave y aterciopelada que tanto se parecía a la de tu madre el día que os llevó, a tu hermano Nicola y a ti a aquella casa tan grande que, entonces no lo sabías aún, era un orfanato.

—No lloréis, tesoros, vais a ver lo bien que estaréis aquí, podréis jugar y aprender muchas cosas y yo vendré a veros muy a menudo, siempre que pueda.

Las palabras sonaban suaves y tiernas, como suave y tierno era el timbre de su voz, pero pronto los pequeños Nicola y Vladimir, aunque entonces no te llamabas Vladimir, comprendisteis que era mentira, que todo era mentira. Vuestra madre nunca

volvió a visitaros, nunca os besó de nuevo con ternura y nunca más os dirigió, con su hermosa voz, palabras de amor.

Y ahora, después de treinta años, por un momento has creído que te reencontrabas con tu madre, pero no era cierto, aunque hablara con su mismo tono y tuviera su mismo aspecto, no era tu madre, no lo era, no podía serlo. Como tampoco lo es la puta que acaba de cruzar el umbral de tu puerta. Bebes un largo trago de un pequeño botellín de *whisky* que has encontrado en el minibar de la habitación del hotel y llamas por teléfono a un número que tienes apuntado. En menos de quince minutos quieres ver en tu habitación a otra zorra de pelo rubio.

Esta vez no fallarás. Solo cuando se conoce al enemigo es posible vencerle y ahora tú ya sabes quién es tu enemigo.

El despacho del notario Gómez-Uralde no se parecía en nada al del viejo Apodaka. En lugar de cuadros mostrando figuras femeninas de inequívoco aspecto victoriano, alfombras tejidas hace ya más de doscientos años en Beluchistán y lámparas inmensas que parecían arañas colgantes, las paredes se adornaban con cuadros de Miró y Tàpies, la moqueta parecía haber sido diseñada por ordenador y el acero o algo parecido se mostraba omnipresente. Ni siquiera la jovencita de cuerpo y aspecto fresco que me atendió en recepción tenía nada que ver con Elvira, la empleada en horas de oficina y amante el resto del día de mi buen amigo y compañero de asalto a bodegas riojanas Arturo Apodaka. Estaría mucho más buena y lozana, sobre eso no había ninguna duda, pero al menos Elvira siempre me ofrecía un café antes de hacerme pasar al despacho del señor notario, cosa que no se le ocurrió a la recepcionista de Gómez-Uralde. Así son las nuevas generaciones, mucha informática, mucho inglés y mucha leche en polvo, pero desconocen las cosas que son de verdad importantes en la vida.

Por lo que respecta al notario, se encontraba crecido. Tal vez era debido a que estaba en su despacho, si es que se puede llamar despacho a un espacio en el que se podría jugar un partido de fútbol y aún quedaría sitio para un montón de espectadores y el árbitro. O quizás pensara que con una llamada a sus contactos de la Ertzaintza había conseguido meterme en vereda y ponerme en disposición de besarle la mano. Si era ese el pensamiento que bullía en su mente por mí no había problema, en realidad había influido más en mi decisión de aceptar el caso el hecho de volver a estar activo que las presiones de mi antiguo jefe o el dinero que iba a ingresar en mi cuenta corriente.

—Me alegra que haya recapacitado, señor Goikoetxea, y haya accedido a trabajar para mí.

Seguramente si hubiera dicho algo la habría cagado, así que me limité a encogerme de hombros como muestra tácita de aceptación de sus palabras.

—Por lo que me ha dicho el señor Goirizelaia —continuó hablando el notario al que, por lo que podía observar, no le importaba mostrar las cartas desde el principio y no tenía el menor pudor en usar el nombre de mi exjefe y amigo— era usted un buen policía, un excelente policía, así que prescindiré de preámbulos innecesarios y procuraré ir al grano. Antes, en su... despacho —vaciló al buscar la palabra, se notaba que era un hombre educado y no quería decir «su cuchitril», acabando por usar la más convencional de las que seguramente se le ocurrieron— le he dicho que quería que investigara la muerte de mi mujer, tendría que decir el asesinato de mi mujer, pero no pretendo introducir en su mente ideas preconcebidas, así que de momento lo dejaremos en muerte. Si ha sido asesinato o no a usted le corresponderá averiguarlo y si mis sospechas son ciertas, atrapar al asesino.

A mi pesar el notario había empezado a intrigarme, pero aún así me resistía a

entrar al trapo. El aprobar unas oposiciones, por duras que fuesen, no inmunizaban contra la paranoia.

—No es que no le crea —dije finalmente por contestar algo, intentando no ofenderle con mi escepticismo, no por mí sino por Eneko, que al fin y al cabo me había buscado ese trabajo—, pero no he tenido noticias en los últimos tiempos, ya sea a través de la prensa escrita o de ningún otro medio de comunicación sobre ningún asesinato acaecido en Bilbao o el resto de Euskadi en los últimos tiempos.

—Lo sé, lo sé perfectamente —de repente Gómez-Uralde parecía nuevamente el hombre atormentado y avejentado que había ido a buscarme al infame recinto que yo en mis más desinhibidos momentos denominaba pomposamente «mi oficina»—, ha sido un asesinato que no ha generado ningún tipo de publicidad. Sobre todo —añadió suspirando— porque desde el primer momento fue catalogado como accidente. La típica mujer que va ciega de alcohol y se cae a la ría, ya se sabe, las consecuencias de una desmesurada borrachera, lo de siempre, un triste accidente, pero tan solo eso, un accidente. Solo que esa mujer estaba casada conmigo y yo estoy seguro de que ha sido asesinada, que el accidente solo ha sido, por decirlo de algún modo, la *mise en scène*, la puesta en escena —tradujo en mi honor—, un modo de evitar que la Ertzaintza meta sus narices en el asunto. Además, yo conocía a mi mujer y sé que no bebía, detestaba el alcohol. Su padre había sido alcohólico y a raíz de eso se había generado en ella una aversión a la bebida que rallaba en la intolerancia, ni siquiera para brindar en las bodas se animaba a beber una copa de cava.

El notario se explicaba bien y no era nada ingenuo, hacer pasar un asesinato por accidente, sin ser tan sencillo como a veces se cree, no es algo tan inusual. Pero volvíamos al problema inicial, qué pruebas tenía para sustentar su tesis de que el accidente había sido, como sostenía con vehemencia, un asesinato en toda regla. Porque, y así se lo indiqué, pese a que los ciudadanos siempre estamos dispuestos a creer que nuestros policías son unos tontos de baba incapaces de encontrarse el culo cuando están sentados, eso no es cierto, yo sabía que no era nada fácil darles gato por liebre.

—Además, el que su mujer detestara el alcohol no significa nada, la gente cambia o, en determinadas circunstancias, se aferra a lo que tiene más a mano, una botella de vino, por ejemplo. Quién sabe, quizás se encontraba en un estado de nerviosismo o angustia tan grande que decidió recurrir al alcohol y precisamente por su falta de costumbre se le fue la mano.

—No creo que ocurriera como usted dice, aunque admito que suena razonable, pero aún así estoy convencido de que la muerte de mi mujer no fue un accidente. No digo que la Ertzaintza haya hecho mal su trabajo, no se trata de eso —el hombre de orden que siempre encontramos en el alma de un notario que se precie eligió ese preciso momento para manifestarse—, incluso fueron más concienzudos y exhaustivos de lo habitual, las cosas como son, pero aún así no se me puede quitar de la cabeza la idea de que María Isabel fue asesinada.

Así que la interfecta se llamaba María Isabel, bueno, ya empezaba a saber algo más, de la difunta y del marido. ¿De verdad la llamaba en la intimidad María Isabel, con el nombre completo? Tal como lo había pronunciado daba la impresión de que sí, que era el nombre que utilizaba habitualmente para dirigirse a ella. Estuve tentado de preguntarle si también la trataba de usted pero, como no venía al caso por una vez en la vida opté por la prudencia de modo que me abstuve, aunque sí le pregunté cuáles eran sus motivos para creer que su fallecimiento no había sido accidental.

—¿Había sufrido algún tipo de amenazas, acaso le había transmitido su temor a ser asesinada o algo parecido?

—No, no había habido amenazas, al menos que yo sepa, ni me comentó nada al respecto.

—Pero algo tiene que haber —le repliqué exasperado. Había empezado a interesarme por el asunto, a mi pesar, y el laconismo del notario no me ayudaba nada a hacerme una composición del mismo—, algo le impulsará a pensar que su mujer ha sido asesinada. ¿O tal vez ha recibido algún chivatazo, algún mensaje en ese sentido?

—No, no hay nada de eso, qué más quisiera yo. Es algo diferente. Soy notario y trato con todo tipo de gente y he llegado a conocer a las personas, entre ellas mi mujer...

Ahí sí que estuve a punto de interrumpirle. Podía admitir que alguien como él, un notario con un despacho que sería la envidia de muchos ministros y subsecretarios, conociera a tipos de todo pelaje y condición, pero que tuviera la pretensión, o quizás la ingenuidad, de decir que conocía a su mujer..., aunque quién sabe, a veces ocurren cosas más raras.

—... entre ellas mi mujer —continuó hablando el notario ajeno, lógicamente, a mis más cínicos pensamientos—, y puedo asegurarle que en los últimos tiempos se encontraba inquieta, rara, algo ocurría, no sé si me entiende.

—Perfectamente, pero eso podría ser debido a que tuviera un amante.

—Mi mujer era una persona muy religiosa, extremadamente fiel a las normas de la Santa Madre Iglesia Católica, jamás hubiera cometido adulterio, ni siquiera de pensamiento.

—Bueno, eso no tiene nada que ver —le contesté parsimoniosamente—, no sería la primera oveja del inmenso rebaño católico que se descarría. Además, una cosa no tiene que ver con la otra, yo también soy católico —añadí recordando que estaba bautizado y solía asistir a misa en las grandes ocasiones como bodas, funerales o las fiestas patronales de mi pueblo— y a pesar de ello hago todo lo que puedo. Total, los católicos lo tenemos fácil, con confesarnos después de pecar ya volvemos a poner el contador a cero. Si se mira de esta manera, en el fondo ser católico es todo un chollo.

Mi pequeño alegato no sirvió de nada porque el señor notario volvió a negar con vehemencia mis sospechas.

—Bueno, quizás no le engañara —ya que habíamos empezado con el tema religioso pensé en eso tan socorrido de «por la paz un ave maría»— pero tal vez le

atormentara esa idea, la de que en el fondo estaba harta de usted y hubiera deseado tener el valor de decírselo e incluso de irse con otro.

—Por lo que veo se ha empeñado usted en ponerme los cuernos —me dijo no sin cierta retranca el notario.

—No, tan solo le ponía un ejemplo, el más expresivo tal vez, de todas las cosas que podrían haber originado la inquietud de su mujer, pero puede haber otros, problemas de salud, económicos, de relación con familiares o amigos, procesos depresivos, en muchas ocasiones las depresiones aparecen sin motivo aparente pero ahí están, en fin, quiero decir que el que estuviera rara o agitada en los últimos tiempos no significa que pensara que se cernía sobre ella la amenaza de una muerte violenta. Si todos los que en algún momento de su vida han estado nerviosos hubiesen acabado asesinados los problemas mundiales de superpoblación habrían finalizado drásticamente hace ya muchas décadas, por no decir siglos. Si quiere convencerme de que su mujer ha sido asesinada tendrá que darme algo más, algo concreto que se pueda oler, palpar, tocar.

—Me temo que eso no es posible, señor Goikoetxea —en esta ocasión usó el mismo tono que habría utilizado ante un cliente para explicarle que su progenitor se había fundido la herencia por medio de los abusos del sexo y el alcohol y no le había legado más que deudas y algún que otro hermano ilegítimo—, lo único que tengo son intuiciones, no certezas, y como jurista sé perfectamente que una corazonada no constituye una prueba válida ante ningún tribunal. Pero podemos hacer otra cosa, puede usted intentar demostrarme que no tengo razón. Límitese a investigar sin prejuicios, explorando todas las posibilidades, y si al final su dictamen es que no hubo asesinato, perfecto, lo admitiré. Seguiré convencido de lo contrario, porque esa sensación es tan íntima que dudo mucho que pueda desaparecer algún día, pero admitiré que no hay nada que hacer. ¿Qué le parece?, creo que es un trato justo. Será usted quien decida hasta dónde puede llegar si hay que llegar a algún sitio. Y por el dinero, como ya le dije, no hay ningún problema.

Sí, parecía un trato justo, libertad absoluta y si no había nada que hacer, me retiraba dignamente por el foro. La verdad es que había empezado a atraerme el caso, el de una muerte accidental que contra todo pronóstico el marido se empeñaba en decir que era un asesinato. Lo normal suele ser lo contrario, los maridos intentan hacer pasar el asesinato de sus mujeres por accidentes, pero en este mundo según parece hay de todo y todos los días podemos ver algo nuevo. Era la oportunidad de volver, aunque fuera por la puerta de atrás, al servicio activo, a investigar una muerte sospechosa, el que finalmente se hubiera cometido un asesinato o no era secundario, lo importante en este caso no era la meta sino el recorrido, y si era montañoso mucho mejor. Y luego estaba el asunto del dinero, al fin y al cabo todos los meses tenía que pagar puntualmente un elevado número de facturas amén de algún que otro vicio, así que opté finalmente por aceptar.

—Pero queda claro que todo se hará a mi manera y que si finalmente de mi

investigación se desprende que su mujer no ha sido asesinada usted dejará de marear la perdiz.

—Cuenta con mi palabra —me respondió solemnemente.

No es que me sirviera de garantía, qué le vamos a hacer, el transcurso de los años han acabado por hacerme escéptico, pero de momento la di por buena antes de pasar al asunto más interesante y gratificante del día, mis emolumentos. Y digo que fue gratificante porque el señor notario, que ya lo tenía todo preparado de antemano como si estuviera completamente seguro de que iba a aceptar trabajar para él, me dio un cheque con una cifra que estuvo a punto de hacerme caer de la silla. Afortunadamente la buena educación que había recibido de mis padres se impuso y me limité a guardarlo en mi cartera mascullando un sencillo «gracias, con esto será suficiente por el momento» antes de recabar del notario todos los datos sobre su mujer que consideraba imprescindibles para iniciar la investigación.

Salí del despacho de Gómez-Uralde con la misma sensación que sueles tener cuando en el típico país que vive del turismo has regateado hasta el límite con el vendedor de esos absurdos recuerdos que cuando vuelves a casa acaban en la basura porque no sabes qué coño hacer con ellos ni dónde ponerlos, consiguiendo que te rebaje un montón el precio inicial, y cuando ya te crees que eres el rey del mambo y que a ti nadie te la puede dar con queso, ves cómo surge de repente una gran sonrisa en los labios del bigotudo vendedor (por alguna extraña ley de la naturaleza que ni el propio Einstein supo descifrar el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de los vendedores ambulantes de los países turísticos lucen unos espectaculares mostachos) que acaba de aceptar sin pestañear el precio que le has ofrecido y en ese mismo instante empiezas a sospechar que quizás no eres tan listo como pensabas y que te han estafado miserablemente, pero no te queda más remedio que pagar a toca teja sin la más leve oportunidad de echarte para atrás. Sí, de algún modo eso era lo que me ocurrió cuando al contemplar el cheque que me acababa de tender el notario los ojos se me salieron de sus órbitas porque en cuanto reflexioné sobre el tema me di cuenta de que si me había pagado lo que me había pagado sin titubear antes de que yo mencionara una cifra, ¿hasta dónde habría llegado en el caso de que hubiese insistido en mi negativa inicial? De todos modos la cosa no tenía remedio, el señor Gómez-Uralde acababa de comprar mis servicios como investigador con una cantidad más que generosa y lo único que podía hacer yo era o renunciar y olvidarme de la pasta o empezar a trabajar como un empleado leal y eficiente.

O quizás no tan leal. Lo digo porque a la primera persona a la que decidí investigar fue precisamente a él, a mi nuevo jefe, don Carlos Joaquín Gómez-Uralde Urizarbarrena, notario del Ilustre Colegio de Bilbao. Y para eso nada mejor que acudir a donde otro notario. Seguramente el bueno de Arturo Apodaka podría proporcionarme información fidedigna sobre su joven colega. Fidedigna y también maliciosa si Apodaka seguía estando en forma, cosa que yo nunca me atrevería a poner en duda si no quería que se me echara encima con sus lozanos ochenta y siete años a cuestas.

Aunque hacía tiempo que el viejo lobo se había jubilado mantenía aún abierto un despacho en el que asesoraba y, sobre todo, tomaba café y bebidas más fuertes con ellos, a un núcleo reducido de antiguos clientes que, como él, habían vivido mejores tiempos, pero aún tenían una bolsa repleta de monedas de oro a la que aferrarse y, de esa manera, continuar haciendo su santa voluntad. De todos modos también tenía abierta su puerta a quienes, sin pertenecer al sector adinerado de sus amistades, habíamos labrado con el tiempo lazos afectivos con él. En mi caso se trataba de una amistad heredada ya que quien le había conocido y tratado, en aquella época lejana en la que los dinosaurios no se habían aún extinguido, fue mi padre que como único legado que me dejó al fallecer, además del piso en el que vivía —y eso porque un

oportuno cáncer de hígado se lo llevó al otro barrio antes de que pudiera venderlo para invertir el dinero obtenido, como era habitual en él, en nuevos negocios ruinosos — fue un título de Licenciado en Derecho, un acendrado gusto por el vino de Rioja y las mujeres, un montón de deudas y un puñado de pequeños pero buenos amigos. Jamás se lo he reprochado a mi difunto progenitor porque en el insólito caso de que cometiera el inmenso error de reproducirme, eso mismo es lo que dejaría yo en herencia a mis infelices sucesores. O quizás menos, ya que no les obligaría a estudiar Derecho y era dudoso que tal y como me iba la vida en esos momentos pudiera conservar el piso durante mucho tiempo. El caso es que sabía que tenía abiertas las puertas del despacho de Apodaka y hacia allí me dirigí, con el sano propósito de cotillear a costa de mi cliente.

Fue Elvira quien me recibió. La eterna secretaria de Apodaka, de quien todo el mundo sabía que había sido su amante, entre otras cosas porque nunca lo habían ocultado. Me saludó efusivamente mientras me reprochaba que no acudiera a visitarles más a menudo. Intenté farfullar alguna disculpa que no prosperó porque enseguida se dio cuenta de que si había comparecido por ese despacho no era para hacer una visita social sino para pedir un favor.

—Todos los hombres sois iguales —la sonrisa pícara con la que acompañó sus palabras eran la prueba más evidente de que de joven había sido una mujer a tener en cuenta—, solo os acercáis a nosotras para pedir algo, y cuando lo conseguís os alejáis de nuevo.

—Bueno —protesté tímidamente—, en realidad el favor se lo iba a pedir a Arturo.

—¡Lo que me faltaba! —añadió sin dejar de sonreír—, ahora resulto que yo soy un cero a la izquierda. Me está bien empleado, por meterme donde no me llaman. Ya, ya —siguió hablando para acallar las nuevas protestas que iban a salir por mi boca—, ya sé que no eres de esos, era tan solo una broma. Ahora mismo te acompaño al despacho pero te advierto que no te vas a encontrar con el Arturo que conocías.

Hablaba con un deje de tristeza en la voz y le pregunté si se encontraba mal.

—No, no tiene ninguna enfermedad, si te refieres a eso, sencillamente los años le van doblgando poco a poco y eso es algo que el bueno de Arturo no soporta bien. Con decirte que en estos momentos no tiene ningún lío fijo.

Era una leyenda urbana para muchos, y realidad auténtica para unos pocos escogidos, que desde que Elvira empezó a retirarse del sexo, su sempiterno compañero, con la aceptación de la anterior, había ido cambiando sucesivamente de amantes, siempre jóvenes hermosas con las que compartía lecho fugaz pero nada más. Con Elvira acudía al cine, al teatro, a la ópera, a cenar e incluso a San Mamés cuando venían a jugar a Bilbao el Real Madrid, el Barcelona o equipos europeos, y con las jovencitas ocasionales se limitaba a desfogarse en la cama. La verdad es que Elvira y Arturo constituían una pareja extraña, ciertamente, sobre todo si nos remontamos cuatro o incluso cinco décadas más atrás en las que Bilbao era aún una

villa burguesa y pacata, pero que siempre había sido admitida con naturalidad, como si formaran parte del paisaje urbano.

—Bueno, ya se le pasará, además te tiene a ti que es más que lo que la mayoría de los hombres tenemos.

Elvira sonrió ante lo que había sido un torpe intento de peloteo y me acompañó en silencio hasta el despacho de Arturo. El notario jubilado me recibió como si fuese la persona a la que más ganas tenía de ver en el mundo con un abrazo de oso que, efectivamente, no tenía la contundencia de los de antaño, pero que aún así era más efusivo que los de la mayoría de la gente que conocía.

—Goiko —me dijo cuando conseguí zafarme de sus garras—, dichosos los ojos que te ven. ¿Te habías olvidado de este viejo decrepito?

—Que eres un viejo está claro, lo dice tu DNI, pero lo de decrepito es algo nuevo para mí, aunque si tú lo dices seguramente tendrás razón.

—¡Pero qué cabronazo eres, Goiko, qué hijo de puta más cabrón estás hecho! ¿Ya lo ves, Elvira? ¿No tengo yo razón cuando te digo que no deberías dejar entrar nunca en esta casa a este amigo tuyo tan impresentable?

La aludida, que se había quedado en el interior del despacho tras haberme abierto la puerta del mismo, se limitó a sonreír más irónicamente que en señal de asentimiento mientras de un mueble bar sacaba una botella de coñac y dos panzudas copas que rellenó, generosamente la que me estaba destinada y algo más frugalmente la que puso junto a las manos del exnotario. Di un sorbo a mi copa, era auténtico coñac francés, y tras paladearlo durante unos instantes volví a posar mis ojos sobre Apodaka.

—Veo que pese a los epítetos que me has dedicado sigues siendo un excelente anfitrión, aunque eso es, en realidad, mérito de Elvira y no tuyo, pero pese a todo he decidido pasar por alto tus injustas palabras y permitir que te rehabilites ayudándome en una investigación que tengo entre manos.

Las risotadas que se escucharon hubieran sido más propias en un joven de veinte años que en alguien que hacía ya mucho tiempo había entrado en el selecto y minoritario club de los octogenarios y solo se apaciguaron cuando Apodaka, sin hacer caso de las protestas de Elvira, volvió a llenar su copa y se bebió de un trago el contenido.

—¿Así que necesitas mi ayuda? No me extraña, eso fue lo primero que le comenté a Elvira cuando me dijo que habías venido a visitarnos. Ese cabrón de Goiko solo viene aquí para pedirnos algo, seguro, sí, eso es lo que le dije a Elvira, palabra por palabra.

Arturo Apodaka tenía razón así que se la di, no sin antes indicar que de todos modos siempre era un placer hablar con él. Como en el fondo los dos nos teníamos un cariño y aprecio muy grande así lo entendió, y se puso nuevamente a mi disposición.

—Tú me dirás qué es lo que necesitas o cómo te podemos ayudar.

—Se trata de un colega tuyo, el notario de Bilbao Carlos Joaquín Gómez-Uralde

Urizarbarrena. Por lo que sé tiene su despacho en la Gran Vía, junto al parque de Doña Casilda.

—Sé dónde tiene el despacho —me contestó con seriedad, tras haber intercambiado fugazmente una mirada con Elvira—. De hecho mis antiguos protocolos los custodia él. ¿Qué es lo que ocurre con el bueno de Uralde?

—¿Qué piensas de él?

—No, Goiko, las cosas no son así, no se responde a una pregunta con otra pregunta.

—Pensaba que era a mí al que le tocaba preguntar. No olvides que soy yo el detective.

—¡Detective! —refunfuñó ostensiblemente al repetir esa palabra—, detective, como los americanos. Cuanto más nos americanizamos más nos agilipollizamos, pero está claro que hay que ir con los tiempos, bebemos Coca-Cola y contratamos detectives. Menos mal que me queda poco tiempo de vida y no veré cómo acabamos siendo una sucursal del Tío Sam, si es que no lo somos ya, que seguramente sí lo somos.

—Vamos, Arturo, no me vengas ahora con ese antiamericanismo de cartón piedra, que ya sé que has hecho más de una escapada a Las Vegas.

—¿Y eso qué tiene que ver? —protestó vehementemente mi viejo amigo—. A mí me gustan los Estados Unidos, pero allá lejos, en América, no aquí, en Euskadi. Recuerdo que en una ocasión, en Nueva York nos comimos unas hamburguesas de puta madre —buscó con la mirada la complicidad de Elvira, que se rio dulcemente—, pero lo nuestro no son las hamburguesas sino el marmitako.

Por mucho que lo intentara jamás me convencería de que había sido capaz de comerse una hamburguesa en su vida, y en cuanto a lo del marmitako, eso habría ocurrido en su remota infancia, cuando su madre le obligaba a comer lo que había puesto en la mesa, pero conociendo el esnobismo de Arturo y su afición por las exquisiteces de la alta cocina internacional, dudaba mucho de que disfrutara a menudo con un plato inventado por pescadores y consistente en bonito y patatas pese a que, como saben todos los que lo han probado, cuando está bien hecho es un auténtico manjar.

La pequeña e intrascendente charla sobre los gustos gastronómicos del notario jubilado no habían sido más que una tregua en el asunto que de verdad nos importaba, por lo menos a mí, que era quien había acudido en busca de la ayuda de Apodaka por lo que este, sin pronunciar ni una palabra más, siguió preguntándome con los ojos, ya que estimaba innecesario volver a hacerlo con la boca, tenía por costumbre no repetir jamás una pregunta que ya había formulado, cuál era mi interés en la persona de Gómez-Uralde. Solo podía hacer una cosa, rendirme, así que me rendí.

—De acuerdo, tú ganas —estuve a punto de añadir «como siempre» pero un último resquicio de orgullo que anidaba en mi persona me impidió efectuar una

confesión tan notoria—, tu colega me ha contratado para que investigue la muerte de su mujer.

En esta ocasión las miradas que se cruzaron Arturo y su compañera de fatigas no tenían nada de irónico o tierno sino que estaban preñadas de una sorpresa genuina.

—No te entiendo —me dijo finalmente Apodaka—, ¿qué se supone que tienes que investigar?

—Lo que te he dicho, la muerte de su mujer. Creo que se llamaba, si no me equivoco, María Isabel Gárate.

—Sí, ese era su nombre —me confirmó el exnotario antes de volver a sumirse en el silencio.

Durante unos segundos los tres permanecimos callados, sin pronunciar ni una sola palabra, sin toser ni carraspear y sin que ninguno de esos extraños y en ocasiones embarazosos ruiditos que de vez en cuando hacemos involuntariamente nos sirviera de desahogo. Por cómo fruncía Apodaka el ceño comprendí que mi amigo estaba sinceramente preocupado.

—Bueno, ¿se puede saber qué cojones tienes que investigar sobre la muerte de María Isabel? —estalló finalmente Arturo.

—¿No murió al caerse a la ría desde el puente de Calatrava y ahogarse al estar completamente borracha, prácticamente inconsciente? —Elvira fue más suave al hablar que su viejo compañero, pero mostraba la misma entereza que él—. Por lo que sabemos su muerte fue calificada como accidental.

—Gómez-Uralde sospecha que el accidente en el que murió su mujer no lo produjo una ingesta excesiva de alcohol sino que fue asesinada. Vamos, que en realidad no hubo ninguna caída fortuita desde un puente sino que alguien la empujó con no muy buenas intenciones —añadí.

—Pero eso no es posible —Arturo Apodaka no salía de su asombro—, tanto la Ertzaintza como el juzgado han dictaminado que ha sido un accidente. ¿En qué se fundamentan las sospechas de Uralde?

—En nada en concreto —no me quedó más remedio que reconocerlo—, son tan solo sensaciones.

—¿Sensaciones? —repitió Apodaka como un loro lo que yo acababa de decir, quizás porque aún seguía sin creérselo del todo.

—Sensaciones, corazonadas, no recuerdo qué dijo literalmente, tan solo que no tenía datos concretos. El único un poco fiable que pudo ofrecerme fue que en los últimos tiempos la encontraba nerviosa, más de lo habitual.

—María Isabel era una mujer muy tranquila —intervino de nuevo Elvira—, casi nunca perdía la calma, yo no recuerdo haberla visto nerviosa, por lo menos no hasta extremos histéricos, a veces podía preocuparse por algo, como nos ocurre a todos, pero no la calificaría como una persona nerviosa.

—En ese caso —volví a tomar la palabra—, si en los últimos tiempos hubiera estado muy nerviosa, ¿constituiría eso un hecho inhabitual, sería para vosotros una

sorpresa?

—Sí, supongo que sí —admitió, aún dubitativa, Elvira.

—De todos modos eso es una estupidez —Apodaka aún luchaba contra la idea que empezaba a germinar en su mente. Por su edad había sobrevivido a guerras y dictaduras, y por su modo de ser había visto cosas que raramente vería en su vida un ciudadano cualquiera, pero en su fuero interno se negaba a aceptar que la mujer de su colega pudiera haber sido asesinada—, todo el mundo, por apacible y tranquilo que sea su carácter, puede estar nervioso en un momento u otro, incluso yo estoy poniéndome nervioso ahora mismo sin que eso signifique que haya matado a nadie, así que no sé qué tiene que ver ese hecho con la absurda tesis de que María Isabel ha sido asesinada. Quizás el único nervioso en este caso sea Uralde, y que al haber fallecido su mujer en un estado de inconsciencia ética, su cerebro haya empezado a reblandecerse y a ver fantasmas donde no los hay.

—¿De verdad crees eso posible? —le pregunté—. ¿De verdad crees que Uralde no se ha recuperado del trauma causado por la muerte de su mujer y ve gigantes donde solo hay molinos de viento? En realidad es eso lo que quería saber, si crees que me puedo fiar de él o no.

Pasado el primer momento de excitación, Apodaka volvió a mirarme fijamente con unos ojos en los que brillaban simultáneamente la inteligencia y la astucia. Aún así se le notaba incómodo, como si hubiera estado reflexionando y no le gustaran las conclusiones que había sacado de ese sencillo ejercicio intelectual.

—No, Uralde es un tío ecuánime y equilibrado, demasiado equilibrado en ocasiones, para mi gusto. Si cree que su mujer ha sido asesinada..., no sé, me parece una idea fantástica, las cosas como son, y mucho más si no ha podido aportarte no ya una prueba sino un mero indicio de algo consistente, pero por otra parte no creo que esté loco. No, no lo creo.

—¿Entonces, merece la pena que acepte el caso?

Apodaka se encogió de hombros como dándome a entender que ese marrón me lo tenía que comer yo solo, cosa que por otra parte era cierta.

—Eso es cosa tuya —dijo por fin—. Al fin y al cabo tienes que vivir y si haces tu trabajo con honradez y no le engañas, tienes derecho a cobrar tus honorarios. Si Uralde quiere tirar el dinero yo no tengo nada que objetar además que, por mucho que te pague, no se va a quedar en la miseria, pero bueno, como te he dicho, eres tú quien debe decidir.

—De acuerdo, como siempre tienes razón así que, suponiendo que haya aceptado el caso y esté investigando en estos momentos la muerte de la mujer de Gómez-Uralde, ¿tenéis noticia de que estuviera metida en algo peligroso o que hubiera sido amenazada?

—Si fuera así ya te lo habríamos dicho, pedazo de zopenco —Apodaka parecía estar enfadado de verdad—, ¿o qué te crees, que hemos estado disuadiéndote de que investigues la muerte pese a sospechar que había algo raro? ¡No me toques los

cojones, Goiko, no me toques los cojones!

Mientras me increpaba de ese modo empezó a toser de una manera tan estruendosa que pensaba que se moría y que iba a tener entre mis manos, en poco tiempo, un segundo cadáver, solo que en este caso no habría nada que investigar, todo me señalaría a mí como culpable. Finalmente pudo recuperarse y, para celebrarlo, encendió un veguero de esos que solo se ven en las corridas de toros y algunos partidos de fútbol especiales. Los médicos podrán decir lo que quieran, pero estaba claro que mi notario favorito iba a llegar a centenario gracias a una exclusiva dieta de alcohol, tabaco y sexo.

—No tengas tan mala hostia, Arturo, ni tergiverses mis palabras —decir a cualquier jurista que no tergiverses tus palabras es como intentar devolver la pasta de dientes al bote, pero suele producirles por lo general un extraño efecto sedante—, que no se trata de eso. Me refiero, en realidad, a si podéis explicarme qué hacía, cómo era su vida, en qué estaba metida, ese tipo de cosas. Ya lo sabes, para tener una visión general.

—¿Una visión general? Todavía no entiendo cómo tu padre, que era un hombre inteligente, pudo engendrar un ser tan estrambótico como tú —me hice la promesa de mirar con posterioridad en el diccionario qué era lo que significaba esa palabra pero, como me ocurría a menudo con las promesas que solía hacer, no la cumplí—. ¡Una visión general!, tiene cojones lo gilipollas que puedes llegar a ser. Y yo no tergiverso nada, tengo buena memoria, lo que has dicho textualmente es si teníamos noticia de que estuviera metida en algo peligroso o que hubiera sido amenazada. Y que nosotros supiéramos María Isabel no estaba amenazada por nada ni por nadie. En cuanto a lo de estar metida en algo peligroso —este fue el momento que Apodaka eligió para reírse a carcajadas—, todo depende, si consideras que estar todo el día metida en una parroquia es peligroso, que yo pienso que sí lo es y en grado extremo, pues has acertado, pero tengo que admitir que el común de los mortales no comulga con esa idea. ¿Lo has cogido? —me preguntó, y cuando comprobó que le miraba del mismo modo que miran las vacas pasar los trenes se dignó a aclarármelo—: el juego de palabras, «comulgar» con una idea cuando hablo de una parroquia. ¡Bah!, es inútil, nunca has tenido muy desarrollado el sentido del humor, me imagino que igual que otras partes de tu persona.

—¡Arturo, deja de decir tonterías! —no sabía si la intervención de Elvira se debía a lo último que acababa de decir sobre mi humilde persona o al enojo que le producían las palabras de su amante y jefe sobre los curas, pero surtió efecto y Apodaka recobró lo que él consideraba una pose notarial.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo conciliador aunque con un toque sarcástico—, no lo volveré a hacer más, mamá, te lo prometo. De todos modos no tengo nada más que contarte, Goiko, la vida de María Isabel era transparente y cristalina, su único vicio era, precisamente, colaborar con la parroquia. Son los inconvenientes de tener mucho dinero y aún más tiempo libre, lo digo por experiencia, aunque yo he

procurado tener distracciones más mundanas, qué le vamos a hacer, cada uno es como es.

—Arturo tiene razón —añadió Elvira—, es lo único que te podemos decir sobre ella, lo siento.

—No hay por qué sentirlo, me habéis sido de gran ayuda, de verdad —les dije—. Bueno, parejita, os he robado ya mucho de vuestro tiempo así que mejor me voy.

—Hay que joderse, se ve que hoy estás sembrado. Mira que decir eso de que «nos has robado mucho de nuestro tiempo». Somos dos jubilados a los que lo único que les sobra es el tiempo así que deja de decir bobadas, di más bien que no aguantas más la charla de este par de carcamales y que tienes cosas mejores que hacer.

Me fui entre protestas de que eso no era cierto y de que dentro de unos pocos días volvería para cenar con ellos, pero los tres sabíamos que esa era otra promesa que tampoco iba a cumplir.

La ciudad parece tranquila, piensas mientras la recorres a pie, que es como debe recorrerse una ciudad para conocerla más íntimamente, lejos de esos autobuses de dos pisos en los que turistas con pantalón corto y gafas oscuras se aposentan para ver pasar, ante sus ojos, una ciudad de cartón piedra que ni el más optimista de los mortales reconocería como un ser vivo. No, no está mal, piensas mientras paseas por ella, no tiene las altas tasas de criminalidad e inseguridad de otras ciudades en las que has estado o vivido, y eso es bueno para los negocios, incluso para los tuyos. Puede parecer una contradicción, pero también quienes habéis elegido como profesión la ejecución previo contrato de aquellas personas que por el motivo que sea molestan a la parte contratante, o tal vez la profesión os ha elegido a vosotros, en el fondo eso no es más que una disquisición filosófica que no tiene la menor importancia, necesitáis un ambiente tranquilo y sosegado para poder atender vuestros negocios. Por eso recorres la ciudad con cierta parsimonia y lo que ves te está gustando, pese a que por lo general sueles ver más lejos que los demás, incluso que los propios habitantes de las ciudades por las que paseas.

Enseguida te has puesto al día sobre las características de esa ciudad que durante los próximos meses, lo que has conocido hasta ahora acerca de tus jefes y tu nuevo trabajo te dice que pese a tu intención inicial este tampoco va a ser el lugar en el que fijes tu residencia definitiva, va a ser la tuya. En los últimos tiempos se ha puesto de moda gracias sobre todo a ese curioso museo que han creado al borde de la ría, el Guggenheim, y que atrae más visitantes por su continente que por su contenido. Ahora, justamente, te encuentras ahí, fotografiando, como un turista más, el museo y el gigantesco perro, de nombre Puppy según te ha explicado amablemente un transeúnte, que se yergue ante él, como si fuera un guardián muy poco fiero, más presto a dar la bienvenida que a acosar a dentelladas a un presunto intruso.

Tiras una, dos, tres, incontables fotografías al museo, incluso paras un momento para fotografiar a una pareja de ingleses que quieren inmortalizar su presencia delante del monstruo de titanio, antes de proseguir con tu afición por grabar con la cámara los rincones más fotogénicos de tu nueva ciudad. En el fondo sabes que esas fotografías pronto desaparecerán del interior de tu cámara digital, sin haber sido impresas o guardadas en tu ordenador. Caminar por la ciudad sacando fotografías no es más que un modo inofensivo de familiarizarte con ella, de identificarte por unos instantes, quizás por unas horas, con un turista normal, que está de visita en una ciudad que pretende conocer en unas pocas horas y que dentro de unos escasos días volverá a serle totalmente ajena.

Cumplimentado el obligado rito de fotografiar el Guggenheim guardas la cámara y continúas paseando por la ciudad, por la zona que unos llaman Abando y otros El Ensanche, curiosa ciudad esta en la que sus habitantes no coinciden al denominar uno de sus más céntricos barrios, y casi sin darte cuenta te encuentras frente a un

enjambre de mujeres que acarrean niños de diversas edades. Al principio estás extrañado hasta que te das cuenta de que has ido a recalar junto a un colegio y que es la hora de salida de los estudiantes. Como no te gustan las masas te fijas en especial en una mujer que a duras penas tira del brazo de un chiquillo de cuatro años que no deja de llorar. El aspecto fatigado de la mujer se acrecienta tal vez debido a su notable embarazo. Es una mujer morena y menuda, la ostensible tripa que enarbola orgullosa como un emblema de su capacidad reproductiva no es capaz de disimular su natural delgadez, que solo poniéndose de puntillas llega al metro sesenta, pero su aparente fragilidad es desmentida por el gesto enérgico con el que obliga al pequeño, que se había tirado al suelo, a levantarse y acompañarla.

Casi sin darte cuenta retiras la mirada y buscas otro punto, el toldo de una carnicería en este caso, en el que fijar tu mirada. Las embarazadas te ponen nervioso. Nunca dejas traslucir ese nerviosismo, por algo eres un profesional de los mejores, pero tú sabes, afortunadamente eres el único que lo sabes, que las embarazadas te suelen poner nervioso.

El destino es una cosa muy curiosa, te dices a ti mismo. Quién sabe, quizás si hubieras sido padre habrías buscado un trabajo más convencional, tal vez en un taller, como mecánico, o de chupatintas en una oficina, y nunca habrías acabado siendo un asesino profesional, pero enseguida desechas la idea, no te gusta engañarte a ti mismo, cuando Cecilia te dijo que estaba embarazada tú ya habías transitado parte del camino que finalmente te ha conducido a esta ciudad. Aunque una cosa es segura, posiblemente con un hijo tu vida habría sido diferente, muy diferente.

De todos modos nunca lo sabrás, Cecilia no te dio la más pequeña opción. Desde el mismo momento en que tuvo la primera falta te anunció su intención de abortar y por más que le rogaste y suplicaste que no lo hiciera siguió adelante con su idea, consideraba que aún era muy joven y tenía muchas cosas que hacer, y pensaba que un hijo la ataría de por vida. Durante unos cuantos días procuraste disuadirla, le dijiste que eso no sería ningún problema, que tú te harías cargo de todo. Incluso por las noches soñabas con que tenías en tus brazos al pequeño Nicola, ya habías decidido bautizarle con el mismo nombre que tu hermano, y le acunabas. Pero un día llegó Cecilia y antes de darte un beso o preguntarte qué tal estabas te dijo que ya lo había hecho, que por fin había acabado con esa molestia que amenazaba con estropear su figura y su futuro. Fue entonces cuando mataste a tu primera mujer. Anteriormente ya habías acabado con la vida de unos cuantos hombres pero Cecilia, precisamente Cecilia, tu chica, tu novia, tu compañera, la que iba a ser la madre de tu pequeño Nicola, fue la primera mujer de tu extensa lista, y la única vez que has disfrutado matando. La estrangulaste con tus propias manos, lo que seguramente fue una imprudencia, pero nadie te descubrió, nadie sospechó de ti, seguramente tus jefes se olieron algo pero lo taparon, no en balde eras uno de sus mejores agentes y el más prometedor. Aquel día no solo rompiste tu virginidad en lo de asesinar mujeres, cosa que no tenía la menor importancia, si no lo habías hecho anteriormente era porque no

había surgido la ocasión, sino que comprendiste que el camino que habías elegido era ya un camino sin retorno.

No había vuelto a mi antigua comisaría desde que me sugirieron que lo mejor era pedir una excedencia indefinida. Podía haberme negado a ello, por supuesto, se supone que las excedencias son algo voluntario, pero ciertas sugerencias son a menudo auténticas órdenes y cuando me la hicieron no me encontraba en el momento de ánimo más idóneo para pelear por mis derechos. Ni para pelear ni para nada, si soy sincero. Aún no tengo claro lo que haré cuando pasen los tres años que como mínimo tengo que estar en esa situación, si pediré el reingreso o la alargaré hasta el máximo de diez años que me permite la ley. Eneko, uno de los pocos amigos que me queda en la Ertzaintza, suele intentar animarme diciendo que tres años, más de mil días, añade, como si diciendo esa cifra aparentemente elevada reafirmara sus opiniones, son suficientes para restañar las heridas. No lo sé, ojalá tenga razón, pero de momento mi antigua casa y yo somos como dos enemigos que no tienen muchos deseos de encontrarse y a los que, sin embargo, no les queda más remedio que hacerlo.

El policía uniformado que atendía en recepción no me conocía pero cuando le di mi nombre no pudo disimular su sorpresa, está claro que ciertas leyendas urbanas corren de boca en boca sin que nadie pueda ni quiera evitarlo. De todos modos era de natural educado, o quizás tan solo estaba bien enseñado, por eso cuando le dije que quería hablar con Eneko Goirizelaia me contestó con una sonrisa «que esperara un momento mientras avisaba al señor Goirizelaia». La sonrisa se le borró de la boca cuando comprobó que el señor Goirizelaia, en lugar de echarme de allí como al desecho humano en el que me había convertido la leyenda, le decía que podía pasar.

—No hace falta que me acompañes, chaval, conozco perfectamente el camino.

Ver cómo se quedaba jodido, no tanto por el modo entre campechano y despectivo con que le había tratado como por el hecho de que Eneko hubiera decidido recibirme, fue una pequeña victoria contra un enemigo inexistente que apenas atemperaba la desazón que me producía ser considerado como un auténtico paria en lo que antaño había sido mi territorio. Los mil días de los que hablaba Eneko no iban a cambiar nada las cosas, me dije a mí mismo, cuando hasta quienes no me habían conocido estaban convencidos de que yo era un monstruo de la peor calaña.

El *ertzaina* reaccionó a tiempo antes de que me introdujera en el ascensor y cortándome el paso me pidió el DNI.

—Vaya, menos mal, pensaba que ya no os atenáis al reglamento, aquí lo tienes —añadí sacándolo de la cartera y entregándoselo—, aunque no hacía falta que comprobaras mi identidad, te lo digo sinceramente, no creo que haya nadie tan imbécil que quiera hacerse pasar por Mikel Goikoetxea Uriarte en esta comisaría.

El joven no respondió, quizás porque no sabía qué contestar o, más seguramente, porque pensaba que yo no era digno de su atención y sin pronunciar ni siquiera el buenas tardes de rigor me devolvió mi DNI, lo que interpreté como una señal divina de que de nuevo podía encaminar mis pasos hacia el ascensor que me conduciría a la

planta en la que mi amigo Eneko tenía su cubículo.

Mientras me dirigía a su despacho me crucé con tres o cuatro agentes, pero ninguno me conocía de la época en la que yo pululaba por aquellos pasillos y si me conocían de oídas tuvieron el buen criterio de considerar que mi estancia allí no era asunto suyo, seguramente algún compañero me habría citado como presunto implicado en algún delito de baja estofa.

Entré sin llamar, no solo porque esa era una de mis costumbres más reprobables, sino porque Eneko ya estaba avisado de que me encontraba en camino. Del mismo modo, sin recibir su preceptiva invitación, me senté en la silla que estaba colocada enfrente de su mesa, esa silla en la que antiguamente me había sentado infinidad de veces para discutir sobre un caso complicado o, simplemente, hablar de fútbol, mujeres y política. Un negro ramalazo de nostalgia me invadió por unos instantes pero me recompuse como pude, no había acudido hasta allí para llorar en el hombro de un amigo sino por trabajo.

—Te estaba esperando. Supongo que vienes a por esto —dijo tendiéndome, por encima de la mesa, lo que parecía ser la copia del atestado levantado a raíz de la muerte de María Isabel Gárate, la mujer del notario. Así era Eneko, siempre iba directo al meollo de la cuestión. Luego, humanizando la voz, añadió que se alegraba de que hubiera aceptado el caso—. Te vendrá bien estar de nuevo en activo, no solo por los euros, que no hay que desdeñar, sino porque así no estarás anquilosado cuando pasen los mil días.

—Olvídate de los putos mil días, que parece que hablas de los cien mil hijos de San Luis, algo que pertenece a la historia y que nunca volverá —no quería ser desagradable con uno de los pocos amigos que me quedaban, pero me jodía que intentaran darme falsas esperanzas—, no he venido para que me compadezcas o intentes levantar mi autoestima sino para saber qué coño pasó con la mujer del notario.

—Así me gusta, como aquel famoso entrenador del Barça, siempre positivo —Eneko intentó ser sarcástico pero hacía ya mucho tiempo que esas cosas me resbalaban—. Bueno, pues ya tienes lo que quieres —volvió a señalar los documentos que me acababa de pasar—, aunque no te va a servir de nada, o quizás sí, te va a servir para adornar el informe que le presentes al notario junto a la minuta de honorarios, porque ya te dije que no hay nada de extraño en esa muerte, fue un accidente, un triste y estúpido accidente, nada más.

—¿Y si te digo que no te creo? —pese a mis buenos propósitos de no ser desagradable con Eneko, algo en mi interior me impulsaba a ser, al menos, combativo.

—¿Y si te digo que eres un gilipollas?

—Seguramente estarías en lo cierto, pero esa no es la cuestión. Vamos, Eneko, no me tomes el pelo, nos conocemos desde hace muchos años y si hay algún compañero por el que pondría la mano en el fuego ese eres tú. No me creo que quieras engañar al

notario con una investigación falsa.

Cuando acabé de hablar su rostro había adquirido un penetrante color púrpura. Si se hubiera presentado a un concurso de caras deformadas seguramente habría sacado la medalla de oro, pero un sexto sentido me indicó que era mucho mejor, sobre todo para mí, no comentarle ese detalle.

—¿Pero quién cojones te crees que eres para hablarme de ese modo? —parecía genuinamente cabreado—. ¿A quién coño piensas que estoy engañando? ¿Acaso te he pedido una mínima parte de los emolumentos que vas a cobrarle al notario?

—No, no me refería a eso y tú lo sabes.

—Pues en ese caso no vuelvas a decir esas chorradas. No hay ningún engaño porque yo ya le he dicho claramente a Gómez-Uralde que no hay nada que investigar, pero si él se empeña en desoír mi consejo y tirar el dinero es problema suyo. Y si lo va a despilfarrar a lo tonto pensé que a ti te vendría bien ese dinero. Si quieres lo tomas y si no lo dejas, pero no me toques más las pelotas, ¿entendido?

Quizás se podía decir más alto, era difícil pero se podía intentar, pero más claro, imposible, y así se lo reconocí. La verdad es que Eneko era un buen tipo y no tenía la culpa de que el mundo se me hubiera hundido hacía unos cuantos meses y yo anduviera, desde entonces, totalmente jodido.

—Fumemos la pipa de la paz —le dije mientras le tendía, en lugar de una pipa, un cigarrillo que cogió sin dudarlo. La comisaría estaba llena de carteles recordatorios de la prohibición de fumar en centros de trabajo, pero eso a Eneko se la sudaba. Su concepto de la ley se detenía en el Código Penal, el resto de la normativa vigente era algo que le dejaba indiferente.

—Ahora que volvemos a ser colegas —añadí con una sonrisa pretendidamente amistosa—, ¿por qué no me haces un resumen de lo que pone aquí? —le dije señalando las fotocopias que me había proporcionado.

—Pues porque no me sale de los cojones. Es el colmo, el señorito Goikoetxea es tan vago que tienen que hacerle los deberes los demás. Léete el informe y saca tus propias conclusiones, los ciudadanos vascos no me pagan para que atienda a tus caprichos.

—Vamos, Eneko, no hay que ponerse así. Me conoces y sabes que lo leeré atentamente, incluso subrayaré con rotuladores de colores diferentes los párrafos más interesantes y luego haré unos esquemas que podrían servir de modelo en un cursillo para aprender a estudiar, pero no veo que te cueste tanto ponerme al día de los aspectos más importantes antes de que yo los lea. Cuando éramos compañeros lo hacíamos habitualmente, ¿qué ocurre, que ya no somos compañeros tan solo porque haya tenido que abandonar la Ertzaintza por culpa de unas injustas acusaciones que no han sido probadas?

El chantaje sentimental es algo deplorable y deleznable pero que a menudo suele funcionar, incluso con endurecidos policías.

—De acuerdo, te haré un resumen, siempre que prometas dejarme luego en paz.

—Palabra de *boy-scout*.

—Si no hay más remedio la aceptaré. En fin, es poco lo que hay que contar. Hará unos quince días unos voluntarios de la DYA, la Asociación de Ayuda en Carretera, nos avisaron de que había aparecido un cadáver flotando en la ría, junto a la Pasarela Arrupe. Quince minutos después de recibir el aviso se personó una patrulla junto al Juzgado de Guardia y se rescató el cuerpo, que aún no se encontraba en muy mal estado, todo eso lo tienes en el informe del forense. Una vez en el depósito se procedió a efectuarle la autopsia y a comprobar su identidad, lo de siempre. Según el médico no había señales de violencia en el cadáver, aunque parecía evidente que la mujer, porque se trataba de una mujer, se había atiborrado de alcohol. Aún no había transcurrido mucho tiempo desde que se ahogó, porque el forense también aclaró ese extremo, y como acabo de decirte no hay ninguna duda sobre la causa del fallecimiento de la mujer. Ni fue apuñalada, ni recibió un tiro en la nuca o una paliza por todo el cuerpo, ni siquiera usaron con ella una pequeña pero letal dosis de cianuro. La señora estaba borracha hasta las meninges y tuvo la mala suerte de caerse a la ría. Y como decía mi personaje favorito de los dibujos animados, eso es todo, amigos.

—¿Tuvisteis problemas para identificar a la mujer?

—Ninguno, en realidad la identificamos casi al instante. Esa misma mañana Gómez-Uralde había denunciado la desaparición de su esposa. Si quieres que te diga la verdad al principio no le hicimos ni puto caso, tan solo había pasado una noche fuera del domicilio conyugal y todos en comisaría pensamos que era un asunto de cuernos, pero como la descripción del cadáver coincidía con la que el notario nos había dado de su mujer le llamamos, más que nada por seguir la rutina preestablecida. Y las cosas como son, estábamos equivocados con el notario porque, efectivamente, su mujer había desaparecido, no solo había desaparecido sino que posteriormente había aparecido ahogada en la ría.

—Según Gómez-Uralde su mujer sentía auténtica aversión por las bebidas alcohólicas.

—¿Y qué quieres decirme con eso? Tampoco mi sobrino Iker había probado nunca el alcohol, era el chaval más formal que podías echarle a la cara, pero hace cuatro días él y sus compañeros de clase celebraron el final de la ESO y al llegar a casa echó hasta la primera papilla. No quieras saber cómo se puso mi hermana cuando mi cuñado le dijo que no era para tanto, que alguna vez tenía que ser la primera en la que su hijo mayor llegara borracho a casa, por poco les echa a los dos. La verdad es que mi hermana es todo un carácter, se ve que se ha llevado ella sola toda la mala hostia de la familia y por eso estoy yo aquí, aguantándote en lugar de haberte echado hace un rato con una patada en el culo.

—Si crees que no tienes mala hostia es que tu sentido autocrítico es nulo, pero quizás tengas razón, siempre hay una primera vez para todo, hasta para mamarse, aunque no sé, todavía no he podido profundizar mucho en el perfil de la difunta, pero

me cuesta creer que se emborrachara sin ton ni son, así, como por arte de magia.

—Bueno, nadie se emborracha sin ton ni son, como por arte de magia, siempre hay algún motivo y el más sencillo, o al menos el más utilizado como excusa, es el de que sin darnos cuenta se nos ha ido la mano. Ya sabes, tomas un trago y está muy bueno, tomas el segundo y no te ha afectado para nada, ¿por qué no tomar un tercero? Y así hasta que pierdes la cuenta y un alma caritativa te introduce en un taxi para llevarte a casa. Solo que en este caso, por desgracia, la mujer de Uralde no encontró ningún alma caritativa. Si lo piensas bien, parece lógico que a una persona no acostumbrada a beber se le fuera la mano y acabara completamente noqueada.

—Quizás por ahí podríamos abrir una vía de investigación, cuál ha podido ser el motivo de que a una abstemia convencida se le haya ido la mano con el alcohol.

—Quizás en todo caso podrías abrir una vía de investigación, no utilices el plural, nosotros, y no hablo en plural mayestático, como el Papa, sino que me refiero a la Ertzaintza, estamos fuera de juego, el caso, por lo que a nosotros y al Juzgado concierne, está cerrado y enterrado, ahora es tuyo, exclusivamente tuyo. Y sí, podría ser interesante explorar los motivos que indujeron a la mujer de Uralde a mamarse, pero tan solo para engordar el informe que le presentes en su día al notario, para nada más.

—Supongo que el forense no encontraría rastros de drogas o sustancias estupefacientes.

—Supones bien, ni siquiera medicinas legales, con o sin receta. La difunta, hasta el momento en que falleció, disfrutaba de una salud excelente.

—Muy bueno el chiste, se ve que estas situaciones te ponen de buen humor. ¿Tuvo relaciones sexuales poco antes de su fallecimiento?

—Si las tuvo, la contraparte usó preservativos porque no hay ningún rastro de presencia masculina en su interior.

—¿Esa frase, la de ningún rastro de presencia masculina en su interior, es de tu propia cosecha o la has leído en algún sitio?

—No me jodas, Goiko, intento ayudarte y tú te pones borde conmigo. En fin —añadió sonriendo—, tienes razón, la frase es del forense. Ya te puedes suponer quién es, Velázquez, no es mal tipo pero le gusta sustituir el argot forense por frases más rebuscadas. Y entre nosotros, aunque a veces se pasa, es de agradecer el intento.

—¿Ha habido algún tipo de investigación?

—Bueno, ya lo sabes, el procedimiento de siempre, la rutina de todos los días, pero enseguida quedó claro que había sido un accidente y tras archivar el juez las diligencias preliminares nosotros también le dimos carpetazo.

—De todos modos me gustaría hablar con el oficial que llevó el caso.

Fue ese el momento que Eneko eligió para mirar hacia otro lado, enrojecer un poco, remover algunos papeles que había encima de la mesa y pronunciar palabras ininteligibles. Parecía un personaje de dibujos animados al que hubiesen pillado perpetrando una travesura.

—¿Se puede saber qué coño pasa? —le pregunté, cansado de su actuación.

—Tendrías que haberte leído antes la copia del atestado —fue la críptica respuesta que recibí. Comprendiendo que no le iba a sacar nada más seguí su consejo y empecé a leer los folios que me había entregado anteriormente hasta que entendí el motivo de su azoramiento, pero ese entendimiento no evitó que le chillara con algo más que un enfado considerable.

—¿Natalia? ¿Natalia fue la oficial a la que se le asignó el caso? ¿Me quieres explicar de qué cojones va todo esto, Eneko?

—No hay nada que explicar —me dijo, enfureciéndose también a su vez. Esa era una de sus características, podía estar humillado o avergonzado por algo, pero como le atacaras y él pensara que no se merecía el ataque, y siempre pensaba que no se lo merecía, por supuesto, reaccionaba como un basilisco en pleno orgasmo bélico—. Natalia es una oficial que trabaja en los casos que se le asignan y por puñetera casualidad se le asignó este. Y el que ella haya intervenido no tiene nada que ver con que haya sugerido tu nombre al notario. Joder, necesitas el dinero y seguir en activo, tú mismo me lo has reconocido, así que no te hagas películas. Soy un oficial de la Ertzaintza, no un puto casamentero, o sea que tú mismo, si quieres dejarlo porque ella haya estado metida en el ajo se lo dices al notario y luego te vas a tomar por culo, gilipollas desagradecido.

Bueno quizás no fueran esas sus palabras textuales pero creo que he recogido, más o menos, su espíritu. Y digo eso porque casi sin darme cuenta desconecté y en lugar de escuchar su perorata, qué buen mitinero se han perdido los partidos políticos vascos, mis pensamientos se centraron en la oficial que había intervenido en el asunto de la muerte de María Isabel Gárate, Natalia, la hermosa y dulce Natalia.

Natalia Urkiza había sido compañera mía de promoción y coincidimos en la Academia de Arkaute cuando, tras aprobar las oposiciones, estuvimos formándonos como policías. Solía decir que era mucho más lista e inteligente que yo ya que, aunque habíamos entrado al mismo tiempo en la Ertzaintza, ella era seis años más joven.

—O sea —solía concluir siempre con una sonrisa en los labios—, soy seis años más lista e inteligente que tú.

Yo intentaba rebatirle diciendo que era todo lo contrario, mucho más tonta, porque en lugar de haber vivido como había vivido yo, disfrutando de todo lo que podía y estudiando solo cuando no había más remedio, ella se había dedicado a empollar, metida siempre entre libros, dedicando su escaso tiempo libre a mantenerse físicamente en forma, siempre pensando en aprobar las oposiciones.

—¿Y de qué te ha servido? Necesitaste tres convocatorias para aprobar mientras que yo, pese a mi vida licenciada, ociosa y crapulosa, en la primera ocasión que me lo propuse conseguí ingresar en el cuerpo.

Cuando Natalia escuchaba esto último se revolvía contra mí y acabábamos enzarzándonos en una pelea que inevitablemente acababa por resolverse en la cama o,

si teníamos prisa por solucionar cuanto antes la disputa, en el confortable sofá que habíamos instalado en el salón de su apartamento que acabó siendo también el mío, al menos durante un tiempo, el escaso tiempo en el que puedo asegurar, sin exagerar lo más mínimo, que fui feliz.

Porque Natalia y yo vivíamos juntos. No solo vivíamos juntos sino que al cabo de cuatro meses de tomar esa decisión la ratificamos ante un juez. En ningún momento nos arrepentimos de hacerlo, incluso meditamos seriamente si había llegado el momento de tener descendencia hasta que..., bueno, da igual, no merece la pena pensar en ello, todo había sido muy bonito, demasiado bonito para ser cierto, casi como de cuentos de hadas, pero el cuento se acabó y no tuvo un final feliz. Me acusaron de formar parte de una red de pornografía infantil y pederastia y todo se derrumbó. Natalia no pudo soportar la presión o, lo que es peor, no creyó en mi inocencia y todo se acabó entre nosotros, todo, lo que fue y lo que pudo haber sido. Y ahora de nuevo amenazaba con cruzarse en mi camino.

—Entonces, ¿quieres hablar con ella o te retiras del caso?

La pregunta de Eneko, que no había dejado de hablar mientras yo me sumía en mis pensamientos, tuvo la virtud de interrumpirlos y devolverme al tiempo real.

—Supongo que si quiero disfrutar de la pasta del notario no me va a quedar más cojones que hablar con ella.

—Ese es mi chico —intentó sonreír, sin conseguirlo, Eneko—. Creo que haces lo adecuado. O quizás no, no lo sé, y me parece que este es un tema en el que no deseo convertirme nunca en experto.

Por lo que me contó Eneko, Natalia debía estar avisada de mi presencia en las dependencias de la Ertzaintza, pero aún así nuestro encuentro fue de todo menos agradable.

—Bueno, os dejo solos, tengo asuntos pendientes que no pueden demorarse, espero que lo entendáis —el valiente Eneko Goirizelaia, policía condecorado en varias ocasiones, que no había vacilado nunca en enfrentarse ante curtidos atracadores o fanáticos terroristas, me mostraba su alma más cobarde huyendo con el rabo entre las piernas.

Cuando la puerta se cerró, tras la ignominiosa fuga de mi antiguo compañero, ya no tuve excusa para no mirar en dirección a Natalia. ¿Qué hace uno en esos momentos, se levanta de su asiento y le da un beso en la mejilla, o tal vez un apretón de manos? ¿O se mueve el brazo en un displicente gesto de saludo? Levantarme sí me levante, ya que ella seguía de pie y no parecía tener la más pequeña intención de sentarse, pero me limité a mirarla embobado, sin saber qué decir o hacer.

—Estás muy guapa —dije finalmente por decir algo, aunque quizás no fue una frase muy afortunada teniendo en cuenta lo que me contestó.

—¿De verdad? Yo pensaba que te gustaban con treinta años menos —la mirada de sus ojos me hizo comprender, sin lugar a dudas, que aún pensaba que las mentiras que habían escupido sobre mí eran ciertas—. No sé qué eres más, si un hijo de puta o un auténtico cara dura. ¿Cómo te atreves a pedir mi ayuda después de lo que ha pasado?

Podía irme de las oficinas policiales, y dar por zanjado el asunto, o quedarme y enfrentarme a Natalia. El cuerpo me pedía lo primero pero qué coño, si la mujer a la que había amado pensaba que yo era un desecho humano, no le iba a proporcionar una victoria fácil. Esta disputa no iba a acabar como las de antaño, con un revolcón en la cama o el sofá, pero tampoco iba a acabar conmigo revolcándome en la mierda, si quería guerra la iba a tener así que, con un gran esfuerzo de voluntad, opté por la segunda posibilidad.

—Yo no he pedido tu ayuda, se ha dado la coincidencia de que has estado ocupada con un asunto que me han encargado investigar, eso es todo. Y te recuerdo que el caso fue sobreseído y tan solo estoy en excedencia. Mientras tanto ejerzo mi derecho constitucional al trabajo y lo hago como detective privado, con licencia y todo. Me da igual que no creas en mi inocencia, o mejor dicho, no me da igual, pero a estas alturas es lo que menos me importa. Si no me equivoco tu superior jerárquico te ha dicho que colabores conmigo, ¿vas a obedecerle o no?

Su mirada de odio no me impresionó, había recibido tantas en los últimos tiempos que me había acabado por acostumbrar, aunque en el fondo no es lo mismo que esa mirada te la eche un tipejo al que no conoces de nada que la mujer con la que has convivido y de la que has estado locamente enamorado.

—No hay caso, nunca lo ha habido —dijo finalmente, supongo que más por su arraigado sentido de la disciplina que porque conservara algún sentimiento positivo hacia mi persona—, se trata de una mujer que se emborrachó hasta tal punto que perdió la conciencia y se cayó a la ría, ahogándose. Me parece una inmoralidad que intentes sacar dinero al marido investigando un caso tan claro.

—Es él quien ha venido a mí, pese a que todo el mundo le ha dicho que es un accidente. Y si lo es como todo el mundo piensa, así lo expondré en mi informe, o sea, que ya puedes dejar de ejercer de profesora de moral pública conmigo. ¿Fuiste tú quien dio la noticia al marido?

Cuando vivíamos juntos y felices en más de una ocasión, aunque no se tratara de una investigación en la que estuviera implicado, había sido yo el portador de las malas noticias cuando el asunto lo llevaba Natalia y por la delicadeza del tema me lo pedía, pero debía haberse endurecido, supongo que el convencimiento de que había estado enamorada de un pederasta contribuyó bastante a ello, porque me dijo que sí, que ella en persona había dado la noticia a Gómez-Uralde.

—¿Y no te transmitió sus sospechas de que había sido asesinada?

—No, en esos momentos no me dijo nada, bastante tenía el pobre hombre con asimilar lo que había sucedido —su hostilidad no había desaparecido, pero era una buena profesional y por unos momentos apartó su negativa actitud para responder a mis preguntas—. Eso ocurrió unos días más tarde, cuando empezó a llamarnos a todas horas para exigirnos que investigáramos el asesinato.

—Pero, por supuesto, no le hicisteis ni puto caso.

—¿Cómo íbamos a hacerle caso? Por Dios, Mikel, las cosas estaban meridianamente claras, fue un accidente, un desgraciado accidente, y nada más. Es comprensible que el marido, en su desesperación, se negara a admitir la idea de que su mujer se hubiese emborrachado y a consecuencia de ello hubiese sufrido un accidente o... —vaciló durante unos segundos.

—¿O...? —la animé a proseguir, aunque me imaginaba lo que iba a decir.

—O que se hubiese suicidado.

—¿Manejasteis en algún momento esa hipótesis?

—Bueno, cuando un cadáver aparece flotando en la ría y no hay señales de violencia hay que contemplar tanto la hipótesis del accidente como la del suicidio. Quizás eso explicara que una mujer abstemia se emborrachara, para armarse de valor antes de quitarse la vida.

Lo que acababa de decir Natalia era razonable y proporcionaba algo de luz sobre el hecho de que la mujer del notario hubiese ingerido una cantidad de alcohol superior a la que cualquier cuerpo humano puede aguantar sin convertirse en un despojo.

—¿Profundizasteis en esa dirección?

Por primera vez Natalia vaciló antes de contestar.

—No, no lo hicimos. No lo consideramos necesario, ¿en qué iban a cambiar las

cosas si finalmente su muerte se declaraba suicidio? ¿Para engrosar las estadísticas de gente desesperada que se quita la vida? ¿Para aumentar la angustia del marido? La mujer no tenía ningún seguro de vida así que tampoco había ninguna compañía aseguradora que pudiera verse perjudicada, de modo que no tenía ningún sentido que nos esforzáramos en dilucidar si era accidente o suicidio. En su momento pensamos que era lo mejor para todos. Y en estos momentos todavía lo sigo pensando —me miró desafiante.

—Así que apenas investigasteis su muerte.

—¿Estás sordo o qué? —la hostilidad que por unos instantes había sido hibernada volvía a estar presente—. Investigamos lo suficiente como para comprender que, salvo en la retorcida mente de un detective de tres al cuarto que quiere lucrarse con el dolor de su viudo, no había terceras personas implicadas en su muerte. Suicidio o accidente, ¿qué más da?

—Es curioso, a mí me condenas sin pruebas por algo que no he cometido y tú, en cambio, no vacilas en crearte una coartada moral para justificar una actuación irregular.

—¡Vete a la mierda, Mikel!

—Puedes llamarme Goiko, como todos. Mikel solo me llamaban mi madre y la mujer que amaba. Mi madre ha fallecido y esa otra mujer creo que también murió hace tiempo. Seguiremos en contacto.

—¡Ni lo sueñes!

—No es un sueño, cariño, es una realidad. Si has accedido a recibirme es porque las altas esferas quieren que colabores así que seguirás colaborando, te guste o no. Tiene narices la cosa, al final voy a cogerle el gusto a esto de trabajar por mi cuenta. Aparte de las económicas proporciona otro tipo de satisfacciones.

Durante unos segundos pensé que Natalia iba a descerrajarme un tiro entre las cejas. Afortunadamente el reglamento de la Ertzaintza no permite a sus agentes matar a los excónyuges. Eso fue lo que me salvó, estoy totalmente convencido.

Mientras caminas parsimoniosamente por Bilbao, la ciudad en la que ahora vives y trabajas, te das cuenta de que está llena de puentes. Muchos o pocos es difícil decidir, todo depende de con qué otra ciudad la compares, pero de lo que no cabe duda es de que está llena de puentes. Y tú has paseado por casi todos, empezando por el del Ayuntamiento, continuando por el del Arenal y más tarde, bordeando la zona de Abando Ibarra, junto al museo que se ha convertido en el nuevo icono de la ciudad, por el que oficialmente se llama Zubi Zuri, puente blanco en el idioma de la zona, pero al que los bilbainos, sin tanto remilgo, llaman el Puente de Calatrava en honor al arquitecto que lo diseñó, luego has cruzado por la Pasarela Arrupe, dedicada curiosamente a un jesuita, quizás porque conecta con la Universidad de Deusto, y algo más allá has visto el Puente de Deusto y un poco más lejos el Euskalduna, llamado así en doloroso recuerdo a unos antiguos astilleros que pasaron a mejor vida con la reconversión industrial. Hay algunos más, eso te han dicho, pero no te interesan porque María Isabel Gárate, la mujer a la que tienes que asesinar, nunca pasea por ellos, no sabes si por casualidad o porque tenga algún motivo para rehuirlos.

Si conociera tus intenciones los rehuiría todos aunque no le serviría de nada, siempre hay maneras de matar y de morir pero a ti, desde que has llegado a esta ciudad, te han enamorado sus puentes y no dejas de pensar que están hechos a propósito para que puedas realizar tu trabajo. Si la gente normal y corriente que pasea junto a ellos, disfrutando en esos largos días de primavera de la tenue brisa que en ocasiones se levanta, conociera tus pensamientos se estremecería, aunque no tanto de frío como de miedo. Seguramente pensarían que están en el interior de una mente perversa, pero se equivocarían. No eres un perverso de esos que disfruta matando, nada más alejado de tu personalidad, eres simplemente un trabajador que cumple eficaz y eficientemente con su cometido. En el fondo no te diferencias tanto del resto de los ciudadanos, salvo por las características especiales de tu profesión.

Quizás si hubieras nacido en otra ciudad u otro país, o quizás si tu madre hubiera podido manteneros junto a ella, o quizás..., pero da igual, la vida está llena de «quizás» que no cambian nada, las circunstancias te llevaron por un camino y lo de menos es que lo eligieras voluntariamente o porque era tu única salida. Ahora estás aquí, en esta ciudad que hasta hace dos meses era para ti totalmente extraña, y te has mimetizado con ella, se ha convertido en parte de tu ser, al menos hasta que decidas cambiar de aires aunque cada vez te cansa más, ¿te estarás haciendo viejo?, la vida de nómada que has llevado hasta ahora. Una cosa tienes clara, si esta ciudad no va a ser la definitiva, y aunque te hubiera gustado que lo fuera ciertas cosas que has visto te obligarán, casi con toda seguridad, a abandonarla, la siguiente tendrá que serlo, presientes que está llegando el momento de afincarte por fin en algún lugar que te convenga y convertirte en un burgués sedentario, de esos que sonrían y dan

caramelos a los niños en lugar de disparar a sus padres, aunque bien mirado, no son dos actitudes incompatibles.

Aunque no te han fichado para ser un simple ejecutor, te sonríes cuando utilizas esa palabra, «fichar», más propia para hablar de futbolistas que de asesinos, contratar sería seguramente una palabra más adecuada, tus nuevos patrones han querido que te encargaras personalmente de una mujer cuyas andanzas les preocupa. Has investigado algo por tu cuenta y enseguida has comprendido que no representa un auténtico peligro para ellos, en todo caso podría constituir una pequeña molestia cuyo asesinato aparentemente no tiene sentido, pero tú no eres un novato y muy pronto has comprendido lo que eso significa.

Lo que subyace detrás de esa petición es el hecho de que tus jefes, en el fondo, no se fían totalmente de ti y quieren hacerte una prueba de sangre. Los muy estúpidos piensan que si cometes un asesinato en su ciudad te tendrán cogido. Sí, son unos estúpidos, no saben que eres tú quien les tendrá agarrados por los cojones. En realidad son una pandilla de diletantes que juegan a ser mafiosos, un grupo de empresarios sin escrúpulos que han decidido entrar a saco en aquellos negocios que, fuera de la ley, les garantizan unos beneficios mucho más suculentos que los que ya de por sí les proporcionan sus empresas convencionales. Aún no se han dado cuenta de que para ser un mafioso, para ser un asesino, quizás no haya que llevarlo necesariamente en la sangre, seguramente no es algo genético, pero hay que haberlo mamado en las calles, se te ha tenido que introducir en el cuerpo por vía intravenosa, mientras das y recibes golpes y vas comprendiendo que en la jungla de asfalto se mata o se muere. Eso no se consigue haciendo un master en una universidad privada. Algún día tal vez lo comprendan, aunque seguramente será tarde, mientras tanto tú te limitas a disfrutar de los beneficios que te proporciona su estupidez.

Y si para mantener esos beneficios de momento tienes que asesinar a esa pobre mujer, lo harás. Sin placer, pero también sin remordimientos, es tan solo un trabajo más. Por eso has estado paseando las últimas noches por los puentes de Bilbao, conociéndolos y reconociéndolos hasta sentirte parte de ellos. Será fácil, en los días laborables, ya entrada la noche, es muy raro que alguien pasee cerca de alguno, tan solo en una ocasión un yonqui intentó atracarte y quizás le hiciste un favor porque desde ese día ha dejado de ser un drogadicto para entrar en la categoría de los lisiados, mucho más digna a los ojos de la burguesía que controla la ciudad. Sí, será fácil, muy fácil. Solo tendrás que emborracharla y luego empujarla suavemente desde una de las barandillas de la orilla, hacerlo desde cualquiera de los puentes es más complicado, y permitir que se ahogue. Puede parecer difícil conseguir emborrachar a una mujer como esa pero confías en tus dotes de seducción. Y si no, hay sistemas para lograrlo. Aunque en realidad no ha hecho falta buscar un plan alternativo, matarla ha sido fácil, muy fácil. En el fondo no era más que otra mujer con ganas de hablar con alguien, con ganas de comunicarse, de ser escuchada, de transmitir sus pensamientos, sus problemas, sus inquietudes. Y tú, por alguna extraña razón que va

más allá del simple entrenamiento, generas confianza en ese tipo de personas. Incluso te llegan a tener cariño y el cariño, lo sabes por experiencia, puede llegar a ser letal.

La terraza del Toledo, en plena Gran Vía junto a la entrada del Parque de Doña Casilda Iturrizar, estaba atestada de mujeres, la mayoría de ellas contemporáneas de Isabel la Católica, que tomaban café mientras hablaban de sus achaques y de lo bien que jugaban al golf sus nietos. Aún no comprendía cómo el local no se había ido a la quiebra, teniendo en cuenta que muchas de las señoras se pasaban toda la tarde tomándose un único cafelito, pero bien mirado no era problema mío, así que deseché mi primigenia idea de contactar con la gerencia para ofrecer mis servicios como espantador de clientes poco lucrativas, además en esos momentos tenía trabajo que hacer y no era cuestión de distraerse con otro tipo de ocupaciones.

Había quedado allí con un grupo de amigas de la difunta María Isabel Gárate. Fue su viudo, el notario, quien me dijo que solía pasar allí muchas tardes, tomando cafés (o tes o refrescos, la bebida no alcohólica que más le apeteciera según los momentos) con unas cuantas mujeres de su misma condición social o económica. Las cosas como son, lo que menos me apetecía en esos momentos era lidiar con un grupo de señoras cuya máxima preocupación en la vida era seguramente dilucidar si Isabel Pantoja tenía que separarse del exalcalde de Marbella o mantenerle una lealtad infinita, pero era lo que tocaba y tenía que hacerlo.

Mis temores eran infundados hasta cierto punto, las amigas de María Isabel Gárate aún no eran el típico grupo de cacatúas que con tanta profusión florecen en mi ciudad, y en todas las ciudades, las cosas como son, que la mía no tiene afortunadamente ese monopolio, pero quizás, con tiempo y dedicación, llegarían a serlo en el futuro. Constituían un variopinto grupo de mujeres, entre los cuarenta y los cincuenta, que cuidaban su aspecto, al menos el exterior. Si en su totalidad no habían pasado esa misma mañana por la peluquería, seguramente lo habían hecho el día anterior. O se trataba de eso, o el dinero que gastaban en el mantenimiento de sus peinados estaba muy bien empleado. En la ropa que llevaban también se podía percibir que los agobios económicos les eran tan cercanos como los habitantes de Ganímedes, o quizás menos. Varias de ellas incluso dejaban adivinar que debajo de sus vestidos llevaban una ropa interior de lo más sugerente. Intenté adivinar dónde encajaba en aquel grupo de amigas lo que el notario me había contado acerca de su difunta esposa, que se aproximaba más a la descripción de una burguesa mojigata que a la de una mujer moderna adicta a la lencería que se vende en los «sex-shops», pero decidí no romperme la cabeza y esperar a hablar con ellas. De hecho esa fue una de las pocas cosas que me explicaron con suficiente claridad.

—Maribel siempre fue muy estrecha y su boda con un beatorro como Gómez-Uralde no contribuyó a mejorarla, incluso estoy convencida de que llegó virgen al matrimonio —me confesó una de sus amigas, la que llevaba una minifalda que se abría en los laterales hasta dejar ver una excelente porción de muslo—. Pero éramos amigas, muy buenas amigas desde la época del colegio. Maribel y nosotras dos —

señaló a otra de las compañeras de mesa—, fuimos compañeras de clase en La Pureza. Y desde luego a ella, mejor que a nosotras, le cuadraba por completo el nombre del colegio. Pero pese a ser tan diferentes era una buena amiga y lamentamos su muerte. Lo que no entendemos es el motivo de que nos pregunte acerca de su accidente. Porque fue un accidente, ¿no?

La sonrisa con que la mujer que había hablado acompañó a sus palabras me indicó que quizás el tópico acerca de las rubias tontas (porque la tipa era rubia, al menos aparentemente y mientras no pudiera hacer otro tipo de comprobaciones) no era del todo cierto.

—Eso es lo que parece y, desde luego es lo que opinan la Ertzaintza y el juez.

—Pero el meapilas no se lo cree, ¿verdad? —fue la otra compañera de la Pureza, una morena que sin duda había contribuido considerablemente al calentamiento global, desde luego las monjas habían bautizado su colegio con un nombre quizás muy significativo desde el punto de vista religioso pero tal vez poco profético, la que habló en esta ocasión.

—¿El meapilas? ¿A quién se refieren? No entiendo —sí lo entendía pero quería que me lo dijeran ellas.

—No se haga el tonto, sabe usted perfectamente que nos referimos al marido. Es un buen hombre, que conste, y posiblemente era el adecuado para Maribel, pero como ya le hemos dicho es un mojigato total. Y no nos ha contestado a nuestra pregunta, ¿hubo algo raro en la muerte de nuestra amiga?

Antes de que me diera tiempo a decir nada una de las mujeres que hasta el momento no había hablado, la de más edad, le hizo una seña a uno de los camareros y pidió en mi nombre un *whisky*. A mí lo que me apetecía tomarme en esos momentos era una cerveza bien fría, pero no me dio opción a opinar, supongo que pensaba de buena fe que un detective tenía que tomar siempre, le apeteciera o no, un *whisky*. Afortunadamente no me reprochó que no llevara una lupa ni fumara en pipa.

—¿Que si hubo algo raro en la muerte de su amiga? —repetí la pregunta que me habían hecho tras beber el primer sorbo del *whisky*, como si estuviera pensando profundamente en ella—. Pues no lo sé, son ustedes quienes la conocían y podrían responder a esa pregunta. El meapilas —usé el término que ellas le habían aplicado, en un intento de generar una atmósfera de confianza— piensa que su mujer fue asesinada, pero no tiene nada sólido para fundamentar esa idea, y de momento yo tampoco he encontrado nada. Por eso he venido a hablar con ustedes, por si pudieran darme algún indicio de que algo no encajara en la personalidad de María Isabel.

—¿Algo como qué? —preguntó la mujer que me había obsequiado con el *whisky*.

—Algo inusual, que no fuera normal en ella. Por ejemplo, la autopsia —al oír esta palabra todas se miraron con un gesto, no sé si sincero o fingido, de horror— indica que estuvo bebiendo más alcohol del que normalmente puede aguantar una persona normal. Toda la gente con la que he hablado hasta ahora me dice que era totalmente abstemia, pero el forense no se equivoca en ese aspecto, cuando se cayó, o la tiraron,

al agua estaba completamente borracha. ¿A ustedes les sugiere algo este hecho?

De nuevo se miraron entre ellas antes de que la mujer de más edad, que parecía haberse convertido en la portavoz del grupo, volviera a hablar.

—Sí que es algo raro, señor Goikoetxea, porque es cierto que Maribel no bebía alcohol jamás. Por lo menos —puntualizó—, nunca delante de nosotras.

—Ni siquiera de joven era bebedora —añadió la rubia de la falda abierta—, jamás se emborrachó ni nos acompañó en ninguna de las locuras que por aquellos tiempos acostumbábamos a hacer. La pobre se ha muerto sin haber vivido, aunque supongo que no es el momento de hacer ese tipo de reflexiones filosóficas, ¿verdad? A sus ojos seguramente somos un grupo de mujeres frívolas sin más preocupación en la vida que mantenerse eternamente jóvenes y atractivas, y posiblemente tenga razón, pero era nuestra amiga y la queríamos, por eso, si pudiéramos ayudarle lo haríamos, lamentablemente no está en nuestras manos hacerlo. Si es cierto que Maribel ha sido asesinada le deseamos suerte en sus pesquisas, ¿se dice así, pesquisas?, pero no tenemos nada con que ayudarle, lo siento, lo sentimos todas. De hecho, y para serle totalmente sincera, ya nos había llegado la onda de las sospechas del marido si bien es cierto que no le dimos el menor crédito, supusimos que se debía tan solo a su incapacidad para aceptar su muerte.

—Esa falta de aceptación de la muerte de su mujer, ¿podría deberse a que se niega a aceptar que quizás se haya suicidado?

—Es posible —volvió a terciar en la conversación la segunda exalumna de la Pureza, la morena—, para un hombre tan religioso como el meapilas, quitarse la vida es uno de los pecados más horribles que se pueden cometer, pero si quisiera engañarse lo tendría más fácil achacando la muerte a un accidente que a un asesinato. De todos modos somos nosotras las que no creemos en esa posibilidad, si no fue un accidente tuvo que ser un asesinato, porque nos parece inconcebible que se suicidara, no hubiera sido propio de ella.

—El suicidio no es propio de nadie hasta que decide quitarse la vida.

—Lo sé, y seguramente usted ha visto muchos, no quiero decir que Maribel, como cualquiera de nosotras —volvieron a mirarse, en esta ocasión con un risueño gesto de complicidad—, llegado el caso no lo hiciera, pero créame, aún no había llegado ese hipotético caso, por lo menos nada en su actitud nos hacía pensar eso, y tendría que haber sido muy buena actriz para ocultárnoslo. Quizás haya sacado una impresión equivocada de nuestras palabras cuando la hemos descrito como una mujer muy religiosa, nada amiga del desenfreno y la juerga, casada con un mojigato, pero independientemente de eso era una mujer muy luchadora y con mucho carácter, que nunca se arrugaba. Si hubiera tenido algún problema no lo habría combatido con la bebida ni se habría suicidado, habría peleado con todas sus fuerzas hasta resolverlo o eliminarlo.

—Seguramente es así, ustedes la conocían mejor que yo, pero en ese caso, ¿cómo se explican que estuviera completamente borracha en el momento de ahogarse?

—Bueno, tampoco hubiera estado nada mal que por una vez en la vida se desmelenara y probara la fruta prohibida, ¿no está de acuerdo? —volvió a tomar la palabra la rubia—. Personalmente siempre que la veía le animaba a hacerlo, en más de una ocasión, para gran escándalo suyo, le dije que lo que necesitaba era echarse un amante, aunque solo fuera para comparar. Y si luego decidía que quien a ella le gustaba de verdad era el meapilas, pues que volviera con él, aún más reconfortada que antes por su elección. Pero antes de que me lo pregunte tengo que decirle que, desgraciadamente, nunca me hizo caso, como tampoco nos lo hacía cuando le animábamos a tomarse un *gin-tonic*, no es que no soportara ni le gustara el alcohol, es que lo detestaba profundamente.

—Sin embargo, su amiga se emborrachó el día de su muerte, eso no es ninguna hipótesis, es un hecho comprobado por el forense —insistí.

—Quién sabe, quizás se encontró con alguien con más capacidad de convicción que nosotras —intervino en esta ocasión la mujer madura—. De todos modos poca cosa más podemos decirle sobre el asunto, usted es el detective por lo que es a usted a quien le corresponde encontrar la explicación. Y cuando lo haga, por favor, acuérdesse de nosotras. Nos aburriríamos mucho aquí, viendo transcurrir la tarde mientras tomamos un café y cotilleamos sobre nuestras amigas ausentes, así que sería un auténtico placer oírle contar la historia cuando la haya resuelto, si la resuelve.

No estaba seguro de si sus últimas palabras eran una muestra de su convencimiento sobre que la muerte de su amiga era accidental o de su escepticismo sobre mi capacidad para llegar hasta el fondo del asunto pero de algún modo, lo que sí estaba claro era que la conversación había acabado. El bufón ya había divertido lo suficiente a las damas de la corte y estas le despedían para poder dedicarse a otros asuntos más apremiantes, así que tras captar el mensaje me despedí, no sin darles antes una de esas tarjetas en las que aparecía mi profesión y el número de mi móvil.

Una de las cosas buenas que tienen los móviles es que sabes quién te llama y puedes decidir si te interesa o no contestar la llamada; salvo cuando aparece la leyenda «número privado», lo que te jode los esquemas. Tengo la costumbre de no hacer caso a ese tipo de llamadas, si quien está al otro lado del teléfono no desea identificarse me parece perfecto, pero en justa correspondencia no me da la gana atenderle. Además, por lo general, suele tratarse de publicidad. Por eso cuando en la pantalla del mío en lugar del número correspondiente aparecieron esas dos palabras decidí cortar la comunicación sin contestar y seguir mi camino, pero cuando sonó por cuarta vez, y en las cuatro ocasiones sin identificarse, empezó a picarme la curiosidad, por eso decidí que si lo intentaban en una ocasión más sería benévolo y haría la pregunta típica que hace todo el mundo cuando coge el teléfono: ¿Quién es? Soy consciente de que con esa actitud en realidad estoy primando a quien es más insistente o, por decirlo de un modo más propio, a quien es más pesado y cargante, pero por otra parte de pequeño me enseñaron que la insistencia siempre tiene premio, eso sin dejar de lado el humano sentido de la curiosidad, al que nunca he sabido sustraerme.

Como si me hubiera leído el pensamiento mi anónimo comunicante pulsó nuevamente la tecla de rellamada y esta vez sí, un frío y distante «¿quién es?» le indicó que por fin había tenido suerte.

—Por fin, gracias a Dios. Es usted muy difícil de contactar, señor Goikoetxea, y eso que yo pensaba que un detective tendría siempre abierto su móvil en previsión de que le pudieran llamar para darle alguna pista acerca del asunto que está investigando. Y mucho más si lo que investiga es un asesinato. Tendría que denunciarle por negligencia profesional, pero hoy estoy de buen humor así que me voy a limitar a hacerle la eterna pregunta: ¿en su casa o en la mía?

No reconocí de momento la voz, pero tanto por su tono como por el hecho de saber que estaba investigando un posible asesinato supuse que sería alguna de las amigas de la difunta María Isabel Gárate, con las que acaba de hablar.

—Antes de responder a su pregunta me gustaría saber quién es usted y por qué me llama.

—Por el amor del cielo, detective, ¿quién se cree usted que puedo ser, la novia del Pato Donald? Hemos estado hablando hace un rato en la cafetería Toledo y cuando nos hemos despedido me ha dado su tarjeta. Siempre había pensado que cuando una persona daba a otra su número de teléfono era porque deseaba que le llamara, pero quizás estaba equivocada.

Se estaba divirtiendo a mi costa, cosa que no me parecía mal. Ni bien, por lo menos hasta que no averiguara si se reía conmigo o de mí. Y en el fondo tampoco eso me afectaba mucho, hacía tiempo que había dejado de ser susceptible. Cuando has sido acusado injustamente de pederasta y has tenido que abandonar la policía, el que alguien se ría del color de tu corbata no suele constituir, precisamente, tu mayor

preocupación. De todos modos lo que sí necesitaba saber era si me llamaba para matar el aburrimiento o porque tenía algo que comunicarme. Solo había un sistema para salir de dudas, preguntárselo directamente, y eso es lo que hice.

—Parece que le gusta ir al grano, detective. Pues bien, no sé por qué hay que optar por una u otra respuesta, las dos pueden ser afirmativas. No todos los días conoce una a un detective y, por otra parte, quizás le pueda decir algo que le ayude en sus investigaciones así que se lo vuelvo a preguntar: ¿en su casa o en la mía?

—¿Está usted todavía en el Toledo?

—¿Y que mis adoradas amigas se enteren de que estoy intentando citarme con usted? Me temo que no, que ya no estoy allí, voy caminando por la Gran Vía dirección El Corte Inglés.

—Si aún no se ha alejado mucho podría acercarse a la calle García Rivero, supongo que sabe por dónde cae. Podríamos quedar en cualquiera de sus bares, si conoce alguno.

—Los conozco todos, señor Goikoetxea, los conozco todos, pero creo que sigue sin enterarse. Le he preguntado si en su casa o en la mía, esa es su única alternativa, la toma o la deja. Ya sé que suena muy taxativo, pero así son las cosas, no me apetece hablar en el interior de un bar, no suele haber mucha intimidad. Y además acostumbran a estar abarrotados de gente chillando y fumando, por Dios, me estremezco solo de pensarlo. No, me temo que tendrá que olvidarse de los bares por un rato y aceptar la disyuntiva que le he ofrecido, le conviene, créame, no le miento si le digo que le interesa hablar conmigo aunque para ello tendrá que sujetarse a mis condiciones.

Desde que Natalia me abandonó no había entrado ninguna otra mujer en mi casa. Al principio porque aún confiaba en una posible reconciliación y luego, bueno, porque no había tenido ninguna oportunidad de llevar a una mujer o quizás, para ser sincero, ni siquiera lo había intentado. Era como en el chiste del capitán del Titanic que cuando va a subirse a un bote salvavidas es interpelado por uno de sus oficiales que le recuerda que aún hay mujeres a bordo y contesta que para follar está él en esos momentos. Algo así me ocurría a mí, no estaba para mujeres en esos momentos. Ni para nada que no fuera autocompadecerme, si soy totalmente sincero, pero era absurdo seguir dándole largas a la rubia de la falda abierta, porque estaba convencido de que era ella, así que le di mi dirección y me dijo que en menos de media hora estaría allí.

Antes de que llegara tuve la tentación de hacer limpieza, según los anuncios de la televisión hay algunos productos que en menos de diez minutos te dejan la casa como los chorros del oro y ni siquiera te has despeinado, pero hacía ya tiempo que había dejado de creer en los anuncios, más o menos cuando me dijeron que el Olentzero no existía y que los Reyes Magos eran los padres, así que opté por dejar el piso en su estado natural. Si había sido suficiente para recibir a un notario podía serlo también para hacer lo propio con una ociosa hija de la alta burguesía vasca.

Cuando le abrí la puerta comprobé que mi instinto de sabueso había fallado estrepitosamente. La mujer que se escondía bajo un teléfono sin identificar no era la rubia de la minifalda abierta sino la morena cuya contribución al calentamiento global tendría que ser denunciada por los amigos de «Greenpeace», y aunque en lugar de una falda abierta llevaba un pantalón lo suficientemente holgado como para no inspirar pensamientos pecaminosos en cualquier hombre en caso de vestirlo cualquier otra mujer, lucido por ella despertaba en el macho de la especie el deseo de arrebatárselo para descubrir qué había debajo. Eso no quería decir que fuese la típica maciza cuya fotografía en bikini cuelga en el noventa por ciento de las cabinas de los camiones que transitan por España, en ella había algo más, mucho más. De la compañera de la rubia y de María Isabel en el colegio de monjas, puesto que de ella se trataba, emanaba una elegancia natural que no tenía nada que envidiar a las mujeres que acostumbran a salir en las revistas del corazón.

—No está mal este txoko —dijo nada más entrar en la casa—, aunque me extraña que un detective, y que conste que no se lo digo con intención de ofender, viva en Manuel Allende, justo al lado de la Plaza de Indautxu. Por lo demás, está hecho un asco, las cosas como son, se nota que le falta una mano femenina.

—El piso lo heredé de mi padre, que antes de dilapidar su fortuna en alcohol y mujeres podía permitirse invertir en bienes inmuebles. Y en cuanto a lo otro, ya lo siento, pero desde que me echaron de la Ertzaintza acusándome de pederasta, ninguna mujer ha tenido a bien venir a hacerme la limpieza, ni de la casa ni de ninguna otra cosa.

—¿Ahora es cuando se supone que yo, horrorizada por lo que acabo de escuchar, me escapo corriendo de la casa? La verdad es que tentaciones no me faltan, pero por su machismo y grosería, no por lo otro. Supongo que si está en la calle, y trabajando como detective, se debe a que es inocente de esos cargos, ¿o acaso me equivoco?

—No, no se equivoca, pero en el fondo da igual, sobre todo cuando se sobresee la causa por falta de pruebas, no con una declaración expresa de inocencia. Pero me imagino que no ha venido usted a discutir ese tema, y respondiendo a su pregunta, este es el momento en que decide irse de aquí, horrorizada o no, eso me es completamente indiferente, o quedarse y decirme para qué quería verme.

—¿Y usted dice que es detective? Quién sabe, quizás se sobrevalore al incluirse en ese gremio. Un detective de verdad sabría por qué estoy aquí.

—Puede haber muchos motivos, que se aburre con su vida y quiere tener nuevas experiencias, que le da morbo conocer a alguien que se dedica a una profesión tan cinematográfica o literaria como la mía o que quiera sonsacarme qué es lo que hay de verdad en las sospechas de que María Isabel ha sido asesinada, pero voy a dejarme de esgrimas dialécticas y le voy a decir lo que pienso o deseo, que usted tiene información sobre la muerte de su amiga y quiere compartirla conmigo, como una buena ciudadana.

—Bueno, al final va a resultar que sí sabe hacer usted su trabajo, señor

Goikoetxea. ¿Puedo llamarle Mikel?

—Prefiero que me llame Goiko, es fácil de recordar, como el mítico central del Athletic.

—Pues muy bien, Goiko, a mí puedes llamarme Lola, ¿no te importa que nos tuteemos, verdad?, al fin y al cabo estamos solos los dos, en tu casa, en tu leonera más bien, pero sí, creo que hay algo que deberías saber aunque no sé si te servirá de algo, pero como he leído muchas novelas policíacas ya sé cuál va a ser tu respuesta, que eres tú quién debe decidir eso, así que te lo voy a contar. Últimamente Maribel estaba diferente, la palabra preocupada o nerviosa quizás no se adecue a su estado de ánimo, pero sí podría decirse que estaba diferente, no sé cómo explicarlo, excitada, ansiosa, incluso ilusionada.

—¿Y a qué se debía ese estado de ánimo?

—A su trabajo en la parroquia.

Que colaboraba en una parroquia ya lo sabía por lo que me había contado Apodaka, pero que eso pudiera tener algo que ver con su presunto asesinato, en el fondo seguía sin crearme la milonga de que había sido asesinada, era algo muy diferente. Mi cara debió ser el espejo, si no de mi alma sí de mis escépticos pensamientos, porque antes de que pudiera decir nada la morena de la Pureza volvió a hablarme.

—No te equivoques, señor detective, ni pongas a funcionar tus células grises antes de tener en la mano todos los datos, porque lo que tenía a Maribel ilusionada, o quizás más correcto que ilusionada sería decir preocupada, no era el leer la epístola a los corintios todos los domingos, ni pasar el cepillo en misa u organizar la catequesis de unos mocosos que solo quieren hacer la primera comunión para que sus viejos les regalen de una puñetera vez la Play Station 3, que también lo hacía, lo que la mantenía en un perpetuo estado de agitación era otra cosa muy diferente. Desgraciadamente no sé de qué se trataba, pero sí que era algo muy importante. Era muy enigmática acerca de ese tema, pero entre lo que me dijo y lo que intuí creo que estaba haciendo precisamente de detective.

—¿En la parroquia? ¿Qué hacía, investigar quién se bebía el vino de la misa?

—No te burles, Goiko, que esto es muy serio, o lo será si efectivamente demuestras que ha sido asesinada. Creo que se trataba de algo relacionado con un grupo de acogida a los inmigrantes, pero no sé más y tampoco estoy muy segura de ello, aunque supongo que averiguarlo es precisamente misión tuya.

—Necesitaría saber en qué parroquia colaboraba.

—Aunque a ella le correspondía la del Carmen, aquí al lado, no sé por qué motivos trabajaba en la de San Julián, una nueva de Deusto. El párroco es un antiguo misionero, creo que su nombre es Carlos Saratxaga, uno de esos curas seguidores de la Teología de la Liberación que piensa que todos los ricos son unos explotadores y todas sus mujeres unas rameritas, como las de Babilonia o algo así. Seguramente tiene razón, al menos por lo que a mi modesta persona respecta, pero qué le vamos a hacer,

será que Dios ha hecho el mundo así y un sacerdote debería respetarlo, ¿no crees?

—No lo sé, no estoy muy versado en cuestiones teológicas.

En lugar de responderme la morena acercó sus labios a los míos e introduciendo su lengua en mi boca me dio un beso húmedo y cálido como hacía ya tiempo ninguna mujer me había dado. Cuando mecánicamente intenté rodear su cintura con mis brazos ella se desasíó y se rompió el encanto.

—Ahora es cuando yo tendría que desnudarme y entregarme a ti, siguiendo el tradicional y ancestral rito de la vampiresa de novela negra que se entrega al fornido detective, pero desgraciadamente no va a ser así. No quiero que me consideres una vulgar calentapollas, pero me temo que en estos momentos es imposible que follemos el uno con la otra. No solo porque nunca lo haga en la primera cita, si lo piensas bien, teniendo en cuenta que antes nos hemos visto en el Toledo, esta sería nuestra segunda cita. Tampoco porque sea una mujer casada, mi marido es para mí tan solo un cajero automático, y él lo sabe y no le importa. Es algo diferente, muy diferente. Para mí follar es un acto alegre y placentero, pero cuando pienso en hacerlo contigo, y lo he pensado, lo confieso, creo que no lo sería. Desprendes demasiada amargura y tristeza. Algo, me imagino que las acusaciones que lanzaron contra ti y por las que estás en excedencia en la Ertzaintza, te está reconcomiendo por dentro y mientras no lo superes no serás capaz de dar todo lo que puedes dar. Lo siento porque me gustas —tras decir esto me dio un beso rápido en los labios, apenas una rozadura—, pero me tengo que marchar. Cuando por fin te liberes de tus fantasmas llámame, quién sabe, a lo mejor sigo disponible, porque lo que te he dicho es cierto, me gustas, pero me das miedo. No por lo que puedas hacerme sino por lo que te estás haciendo a ti mismo.

Tras soltar la parrafada desapareció del apartamento, con la misma rapidez con la que en los últimos tiempos desaparecía todo en mi vida. Volví a quedarme solo, lo que no hubiera debido importarme, al fin y al cabo la soledad había sido mi única compañera los últimos meses, pero de repente me empezaba a dar cuenta de lo que eso significaba y dolía, dolía mucho.

Me acerqué al cuarto de baño y miré mi rostro en el espejo. Allí estaba, devolviéndome la mirada, un tipo llamado Mikel Goikoetxea Uriarte, más conocido por Goiko, *ertzaina* en excedencia, detective en activo, separado de una mujer de la que aún estaba enamorado, pero que le despreciaba por considerarle un pederasta, con un pequeño puñado de amigos que no sabía por cuánto tiempo podría conservar y una vieja casa en pleno centro de Bilbao que valía ella sola más lo que podría ganar en la vida y que amenazaba con caérsele encima en cualquier momento. Ese era Mikel Goikoetxea. Ese era yo.

Volví a mirarme con los ojos con los que seguramente lo había hecho la amiga de María Isabel Gárate y comprendí lo que me había dicho. De ser mujer a mí tampoco me habría apetecido hacer el amor, ni ninguna otra cosa, para ser sincero, con un tipo como el que estaba sosteniendo mi mirada al otro lado del espejo, tan lleno de

amargura, tristeza, rabia y frustración.

Hay algo que nunca cambiará, estés donde estés, las miradas que te echan, cuando creen que no te das cuenta, tus patronos. Ya sean políticos corruptos, empresarios sin escrúpulos o endurecidos jefes mafiosos, todos sienten una mezcla de temor y excitación cuando están a tu lado, es el peaje que debes pagar por haber hecho de la muerte ajena tu oficio. Y aunque cuando lo ejerces te limitas a cumplir sus órdenes, sienten que no eres de su mundo, que entre ellos y tú hay un abismo. No te importa porque sabes que es cierto, lo que ellos no comprenden es que eres tú quien está en la cima y ellos quienes se encuentran en el fondo de ese abismo, creen que tienen las manos limpias porque sus dedos no aprietan el gatillo ni empuñan la navaja sin darse cuenta de que tú eres en realidad ese gatillo o esa navaja, un instrumento aséptico, imparcial y objetivo, terriblemente objetivo, mientras que ellos son quienes de verdad, al utilizar a su capricho ese instrumento, pueden ser considerados como los auténticos asesinos.

Sonríes pensando que últimamente estás más filosófico de lo acostumbrado y rechazas esos pensamientos, esas necedades más bien, que durante unos instantes han poblado tu cabeza. No porque no sean ciertas sino porque eso, tú lo sabes mejor que nadie, no te eximen de tu responsabilidad. No eres como un martillo o una escopeta, objetos peligrosos pero inertes, si quisieras podrías negarte a ser la herramienta que esos imbéciles utilizan para acabar con quienes les molestan, si no lo haces es porque vives de ello, y vives bien, muy bien, para qué negarlo.

De todos modos una cosa es cierta, entre quienes te ordenan matar a alguien y tú que, efectivamente, matas a la persona que te han indicado, hay una gran diferencia, quizás no sea una diferencia moral, con tu vida y profesión ponerte a moralizar es una solemne tontería, pero hay una evidente diferencia entre vosotros, aunque no sepas definirla. Siempre has sido consciente de esa diferencia y ahora también, por eso notas la tirantez con la que te está hablando uno de tus jefes mientras te pregunta cómo lo vas a arreglar.

—No se preocupe —respondes risueño, y eso hace que tu patrón frunza el ceño —, tengo mis métodos.

El hombre asiente con la cabeza y se va, ansioso por alejarse de ti y tranquilo porque sabe que tú harás ese trabajo sucio tan necesario para que su negocio siga prosperando.

Libre ya de ese gilipollas que se considera un auténtico émulo vasco de Al Capone, vuelves a concentrar tu interés en otro gilipollas, un caballero (todos los asistentes a la reunión son caballeros) que está montando el escándalo.

—Esto es un robo —dice a voz en grito con toda la fuerza que le permite su evidente estado de inmersión ética—, un auténtico robo que no estoy dispuesto a consentir. Las malditas apuestas están amañadas, pero a mí no hay nadie que me robe, como que me llamo José María Vázquez de Luzuriaga y a un Vázquez de Luzuriaga

no le estafa ni Dios.

Sigue lanzando una retahíla de impropiedades similares mientras tú piensas en lo irónico de la situación ya que, aunque en ese negocio nada es legal, tampoco hay trampa ni cartón, si José María Vázquez de Luzuriaga ha perdido treinta mil euros en hora y media, los ha perdido sin que nadie le hiciera trampas, simplemente ha apostado por el caballo equivocado. Por fin, cuando parece que se ha desinflado como un globo al que de repente le hubieran clavado un afilado cuchillo, te acercas a él y suavemente le agarras del brazo.

—Cálmese, señoría —le dices con tranquilidad en el idioma recién aprendido, siempre has tenido facilidad para las lenguas, una consecuencia de la profesión que has elegido, además el español es de origen latino, como tu rumano natal—, le ruego que se calme. Seguramente ha habido un error, pero mientras lo resolvemos y trabajamos para que no vuelva a ocurrir no debe preocuparse porque le devolveremos su dinero. A ver, Pierre —le preguntas a uno de tus hombres—, ¿cuánto dinero ha perdido Su señoría?

—Treinta mil euros —responde escuetamente Pierre.

—¿Treinta mil euros? —pareces sorprendido por la cantidad, aunque sabías perfectamente a cuánto ascendían las pérdidas del cliente protestón—. Bueno, tampoco es para tanto. Vamos a hacer una cosa, Pierre, devuélvele al señor Vázquez de Luzuriaga sus treinta mil euros y como entre nosotros hay mutua confianza yo sé que en caso de que al final le demostremos que no ha habido ningún error ni, de eso estoy seguro, trampa alguna, él nos los abonará de nuevo sin mayores problemas. ¿Está de acuerdo con el trato, señoría?

José María Vázquez de Luzuriaga responde, como tú pensabas, que sí, que está de acuerdo, que él es un hombre de honor y palabra que paga sus deudas, otra cosa es que no le guste que le estafen aunque el señor Vladimir le parece un caballero y está seguro de que no le ha estafado.

Lo que dice no es muy coherente, si está seguro de que no le has estafado no tendría que haber protestado ni recoger los treinta mil euros que acaba de darle un sorprendido Pierre, que en el último momento, antes de desprenderse del dinero, te pide nuevamente tu aprobación. En realidad lo que quiere hacer es asegurarse de que tú te responsabilizas de la pérdida de esa cantidad, piensa, y seguramente tiene razón, que a los jefes no les va a gustar ese gesto tan caritativo, pero tú llevas ya muchos años en el negocio y sabes que en ocasiones el mejor modo de ganar es atreverse a perder previamente.

No solo eres generoso en lo económico sino personalmente ya que, viendo el estado ético en el que se encuentra el señor Vázquez de Luzuriaga, te ofreces a conducir por él y llevarle hasta donde te diga, no vaya a ser que le pare la policía de tráfico o, aún peor, que tenga un accidente. No tienes que insistir mucho porque José María Vázquez de Luzuriaga sabe que no está en condiciones de guiar su potente BMW y dándote las llaves te pide que le acerques a su domicilio.

El coche avanza con tanta suavidad, pese a que le pisas a fondo, que tu acompañante enseguida se duerme, apenas arropado por un leve traqueteo al que ayuda todo el alcohol que ha ingerido. Por eso no se da cuenta de que no has cogido la carretera adecuada para ir a su casa sino otra que desemboca en un acantilado, junto a Arrigunaga. Decididamente te gustan las ciudades que tienen la costa cercana, ofrecen muchas posibilidades, por ejemplo la de hacer que un potente coche, del que has borrado todo posible rastro de tu presencia en su interior, se despeñe con un conductor borracho que no ha sabido calibrar el mejor modo de tomar una curva. Un accidente, un triste accidente de esos que desgraciadamente ocurren todos los días en todas las ciudades del llamado mundo desarrollado, que se ha cobrado una nueva víctima mortal.

Es posible, piensas, mientras conduces con prudencia el vehículo que acabas de requisar para acercarte a la estación de metro más cercana, que alguno de los asistentes a la discusión anterior sospeche algo cuando lea al día siguiente, en alguno de los periódicos de Bilbao, la noticia sobre el trágico accidente sufrido por uno de sus más prominentes y queridos ciudadanos, pero no te importa en absoluto, sabes que nadie va a hablar, que nadie se va a atrever a delatarte. En tu negocio suele ser mucho más rentable una muerte a tiempo que treinta mil euros en la cartera.

Soy uno de esos católicos que van a misa exclusivamente cuando se celebra un bautizo, boda o funeral. Y en los últimos tiempos, cuando los hijos de los escasos amigos que no me han dado la espalda cumplen la edad pertinente, también alguna que otra primera comunión. Por lo demás me limito a respetar a los curas desde la distancia con una exquisita reciprocidad, ya que ellos no acuden a mi negocio yo tampoco asisto al suyo, y aquí paz y después gloria. Por eso desconocía dónde estaba la parroquia de San Julián y me encaminé a la de San Pedro, junto a la plaza del mismo nombre de Deusto, cerca de las calles Ramón y Cajal y Luzarra en las que acostumbraba a potear en mis lejanos tiempos de estudiante universitario. Recuerdo que en aquella época había un bar que cobraba menos a los jubilados. Pensé si en estos días haría lo mismo con los *ertzainas* que se encontraban en excedencia y bajo sospecha, pero opté prudentemente por no averiguarlo, intuía cuál iba a ser la respuesta y no tenía el cuerpo para escuchar cierto tipo de comentarios. Además tenía trabajo que hacer y aunque no sabía dónde se encontraba San Julián supuse que algún feligrés de San Pedro me informaría amablemente sobre su ubicación. Es lo bueno que tiene la Iglesia Católica, como a cada acólito se le asigna una parroquia según dónde esté domiciliado, no se hacen la competencia entre ellas y a la gente no le incomoda informarte. Si el Tribunal de Defensa de la Competencia llegara a enterarse les metería un paquete de la hostia, nunca mejor dicho, pero todos sus componentes deben ser ateos o asimilados así que, de momento, no tienen ni idea de lo que ocurre en ese negocio.

El único inconveniente consistía en que estaban en plena celebración de la misa, por lo que los asistentes se habían concentrado en los ritos litúrgicos y no estaban muy dispuestos a interrumpir sus oraciones para charlar con un detective, pero eso, bien mirado, no constituyó ningún problema porque con tal de que la dejara en paz mientras se daba golpes de pecho una señora que debió ser contemporánea de los niños que vieron a la Virgen en Fátima me indicó, tal vez con no muy buen talante pero sí con total precisión, dónde podía encontrar la parroquia de San Julián. Por si me perdía añadió, en un tono muy poco caritativo teniendo en cuenta dónde nos encontrábamos, que en realidad no se parecía a una iglesia sino más bien a un garaje. Tengo que admitir que la señora llevaba razón. San Julián, que se encontraba más cerca de Sarriko que del centro de Deusto, no poseía la solemnidad que suelen tener las iglesias, quizás porque era una parroquia relativamente nueva, cosa sorprendente en estos tiempos en los que no es nada raro que continuamente se abran *pubs*, cibercafés o concesionarios de coches de lujo, pero en los que abrir una nueva iglesia es tan extraño que debería salir, como noticia de portada, en todos los telediarios. Quizás el motivo de su extemporánea fundación radicaba en sus feligreses, la mayoría de ellos, por lo menos los que pude ver cuando asomé mi cara por su interior, de inequívoco origen latinoamericano.

En esos momentos, como me informó un hombre mayor con aspecto de sacerdote aunque vestía como un político socialista de la transición, estaba ensayando un grupo de danzas compuesto por inmigrantes de origen boliviano.

—Como no tenemos salón de actos —el uso de la primera persona del plural me confirmó en mi idea de que el hombre era sacerdote o, como mínimo, un sacristán cualificado—, los ensayos tienen que hacerse en el interior del templo, como usted puede ver, pero no tiene importancia, a los que vienen a rezar no les molesta, incluso les gusta, también con el baile se puede glorificar al Señor, ¿no está usted de acuerdo?

Hacía ya muchas décadas que yo no glorificaba al Señor, pero le dije que sí, total, si eso le hacía feliz al cura, para qué darle un disgusto. Además intuía que podía ser uno de mis informantes y llevarse bien con los posibles e hipotéticos informantes es algo que todo policía o detective, por torpe que sea, considera uno de los requisitos más importantes para el ejercicio de su profesión. El hombre, ante mi asentimiento, sonrió beatíficamente, cosa lógica por otra parte, aunque cuando intenté entablar una conversación con él me dijo que esperara, si no me importaba, a que acabara el ensayo. Sí que me importaba, las cosas como son, pero decirle a alguien cuyo reino no es de este mundo que mi tiempo era oro, aparte de ser una mentira grandísima, de esas capaces de enviarte al Infierno por toda la eternidad, no surtiría ningún efecto, así que me tragué todo el ensayo, como un perfecto amante de las danzas folklóricas hispanoamericanas.

La verdad es que la espera mereció la pena y no se me hizo nada pesada. Entre el colorido de los vestidos y la propia belleza y armonía de los bailes, el tiempo se me pasó en un abrir y cerrar de ojos. Aunque los bailarines no eran profesionales el sentimiento que ponían, quizás un reflejo de la lejana tierra perdida, suplía con creces sus carencias técnicas, por otra parte no muy significativas. Así se lo dije para romper el hielo al sacerdote, porque efectivamente era un sacerdote, el titular de la parroquia además, cuando nos reunimos en el pequeño despacho que había anexo a la iglesia, una vez finalizado el ensayo.

—Me alegra que le haya gustado. No todo el mundo es tan comprensivo como usted, ni siquiera muchos feligreses que piensan que a la iglesia hay que venir a rezar exclusivamente. Tienen el reloj parado, pero suelen ser muy influyentes pese a constituir una minoría. No se dan cuenta de que, como ya le he dicho antes, bailar también es una manera de rezar y, aparte de eso, en el caso de este grupo de inmigrantes es su modo de recordar todo lo que han dejado atrás, patria, amigos, familia. De todos modos, aunque es un tema que me apasiona, como seguramente ya se ha dado cuenta, me imagino que usted no ha venido hasta aquí para escuchar mis teorías sobre la conexión entre la danza y la religión. ¿Me puede decir qué es lo que necesita de mí o de mi parroquia? —dijo «mi parroquia» no tanto en un sentido posesivo como en el de algo que está dispuesto a defender con uñas y dientes. Quién sabe, quizás era uno de esos curas que décadas atrás se enroló en alguna de las

múltiples guerrillas latinoamericanas.

—Mire, siguiendo las enseñanzas que me inculcaron en los felices años que pasé en los escolapios —le dije aunque estuve a punto de ruborizarme al escuchar la carcajada con la que el cura recibió mi comentario—, quiero ser totalmente sincero con usted. Soy detective privado, sí, como en las películas —añadí antes de que el cura me preguntara, él también, Dios mío, ningún gremio está libre de esa mirada de escepticismo con la que se recibe habitualmente esa declaración, si era de verdad un detective—, solo que de carne y hueso.

—Lo siento, no quisiera ser descortés —me dijo el sacerdote—, pero no entiendo qué es lo que necesita un detective de nuestra pequeña y humilde comunidad.

—Lo que necesita cualquier detective, como usted sin duda sabrá gracias a las películas o novelas: información.

—En ese caso —me interrumpió sin ningún miramiento—, ha acudido al lugar equivocado. Antes le he dicho que no deseaba ser descortés, pero si tengo que serlo, lo seré. Le repito, ha venido usted al sitio equivocado. Y no intente engatusarme o amenazarme, he sido misionero durante muchos años en América Central así que estoy acostumbrado a lidiar con policías violentos y corruptos, mucho más de lo que usted seguramente podrá ser nunca. Además, en teoría, aquí me protegen las leyes y si no quiero hablar con usted nadie puede obligarme a hacerlo.

En otro momento cualquiera me hubiese encantado hablar con ese discípulo aventajado de Ignacio Ellacuría, pero no tenía muchas ganas de enzarzarme en una discusión sobre lo divino y lo humano y mucho menos con un cura resabiado que al parecer tenía más conchas que un galápagos y posiblemente un historial guerrillero de primera división, cada vez estaba más seguro de ello.

—Antes de cerrarse en banda déjeme que me explique. Mire, no soy policía, ya se lo he dicho, sino detective, y no tengo la más mínima intención de causarles problemas ni a usted ni a sus feligreses. Si le preocupa que algunos o muchos sean ilegales puede estar tranquilo, es un tema que no me concierne y sobre el que no voy a mover ni un dedo, incluso si es necesario me encerraré junto a usted en la parroquia para pedir su legalización total y definitiva. Eso sí, sin hacer huelga de hambre, a tanto no llego, no está en mi naturaleza.

El cura miró mi incipiente barriga, apenas unos pocos gramos de más pero que empezaban a notarse, y sonrió antes de decirme que me escucharía, pero que no me prometía nada.

—Me parece bien, pero ya le he dicho que no busco información comprometedoras ni para usted ni para sus parroquianos, incluso creo que cuando le explique lo que deseo comprenderá que ayudarme es una obra de caridad.

—Si va a seguir diciendo chorradas más vale que se vaya, así que por favor, dígame lo que desea y yo le responderé si lo considero conveniente.

Al parecer me había vuelto a pasar, no sé por qué pero ese parece ser el resumen de mi vida. Afortunadamente el cura me estaba dando una última oportunidad y

procuré no desaprovecharla.

—Se trata de María Isabel Gárate, una mujer que según tengo entendió colaboraba activamente con la parroquia.

—Sí, me suena ese nombre, pero no llegué a tratarla mucho, con quien más relación tenía era con mi coadjutor. De todos modos no entiendo para qué necesita información sobre esa mujer, si no estoy equivocado falleció hace varias semanas. Un lamentable accidente, por lo que me dijeron.

—¿Y si no hubiese sido un accidente, padre? ¿Y si lo que en realidad ocurrió es que fue asesinada?

—¿Eso es lo que usted piensa?

—Eso es lo que piensa su viudo y me ha contratado a mí para que averigüe la verdad. La verdad nos hará libres, padre, recuérdelo, lo dijo San Juan Evangelista.

—Sí, y en la actualidad la frase se ha convertido en el lema de la CIA, así que va usted por muy mal camino si quiere obtener mi ayuda gracias a escogidas citas bíblicas. De todos modos, aunque eso fuera cierto, ¿qué tendría que ver su presunto asesinato con nosotros?

—No lo sé, quizás nada —me sinceré—, pero es mi obligación escudriñar en todo lo que haya tenido que ver con la vida de María Isabel Gárate para intentar esclarecer su muerte. No trabajo con ninguna hipótesis preconcebida, incluso admito que el marido pueda estar equivocado y que lo ocurrido tan solo haya sido un accidente, pero mi trabajo consiste en desentrañar la verdad. De momento una de las informaciones que me han dado es, precisamente, que trabajaba en esta parroquia y no solo eso, sino que al parecer hacía una labor importante con la que estaba muy ilusionada. Eso, a simple vista, no parece ser un motivo suficiente para que alguien decida asesinarla, pero quién sabe, tal vez a algunos elementos racistas les pareciera interesante castigarla por su labor social en favor de los colectivos inmigrantes.

—Tal vez, pero usted no cree en esa hipótesis, la ha soltado tan solo para intentar ganarse mi confianza.

—Es cierto, no creo que haya sido todo tan burdo y sencillo como le he explicado, lo he hecho tan solo para mostrarle un ejemplo expresivo de las posibilidades que pueden darse. Y de todos modos, sí creo que puede ser interesante conocer lo que hacía en la parroquia. O fuera de ella ya que, si mis informantes me han dicho la verdad, parece ser que estaba haciendo algún tipo de trabajo detectivesco relacionado con la parroquia.

—¿Un trabajo detectivesco relacionado con la parroquia? Es la primera noticia que tengo, y teniendo en cuenta que soy el párroco supongo que debería saberlo. No es que sea muy controlador, lo admito, doy bastante autonomía a la gente que colabora conmigo, pero una cosa así acabaría sabiéndose y esta es la primera noticia que recibo del tema. Si alguien de esta comunidad estaba al cabo de la calle, tengo que quitarme el sombrero ante él porque ha sabido guardar celosamente el secreto.

—Podría ser —reflexioné en voz alta—, que estuviera indagando en algo

relacionado con la parroquia, pero como cosa suya, sin contárselo a nadie.

—Pues sí, claro que podría ser, pero si usted me va a preguntar qué o a quién estaba investigando, me temo que no voy a poder ayudarle.

—Lo entiendo, pero no le pido que me señale con el dedo un culpable sino que me ayude a esclarecer la verdad y, si ha sido asesinada, descubrir quién es su asesino. Ella colaboraba con ustedes, creo que al menos le deben eso.

—He visto tantos muertos, muertos inocentes en la mayoría de los casos, que he agotado mi capacidad de pagar deudas, señor detective —se pasó la mano por los ojos no sé si como expresión de un tic nervioso o con la finalidad de conjurar la aparición de una lágrima sobrevenida, posiblemente, al recordar historias que para él seguramente eran muy dolorosas—, de todos modos me gustaría ayudarle, pero me temo que no puedo. Yo apenas traté con ella, un día me la presentaron y al siguiente estaba muerta y antes de que usted me lo pregunte tengo que decirle que no, cuando me la presentaron no observé en ella ningún dato capaz de indicarme que iba a ser asesinada en las próximas horas y a manos de quién. De momento el Espíritu Santo no me ha considerado digno de disfrutar de ese don.

—Es una pena —intenté ser irónico—, porque de haber sido así ya estaría solucionado el caso, pero quizás pueda ayudarme su coadjutor —mi formación en un colegio de curas me permitió pronunciar la palabra sin titubear—, por lo que me ha dicho hace un rato en realidad era él quien más trato tenía con María Isabel Gárate.

Durante unos segundos el afable rostro del sacerdote se ensombreció, como si le estuvieran llegando a la mente pensamientos muy poco edificantes.

—Me temo que eso también va a ser imposible —me dijo finalmente—. El padre Mendiluze fue trasladado hace unas pocas semanas a Honduras, a una de las misiones que la diócesis tiene allí abiertas —volvió a callar durante unos instantes, el semblante aún sombrío, como si estuviera sopesando lo que me iba a decir a continuación—. Usted, como detective o policía, ¿cree en las coincidencias?

—Es como lo de las meigas, haberlas haylas, pero en cuanto veo una desconfío y hago como si no existieran, por lo menos hasta tener muy claro que, efectivamente, lo que se ha producido es fruto de una coincidencia y no de otra cosa. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque aunque hasta este momento no le he dado la menor importancia, hay una serie de hechos que quizás cobren una dimensión diferente si lo relaciono con sus sospechas. Por ejemplo, que el traslado del padre Mendiluze se produjo muy pocos días después de que su colaboradora, María Isabel Gárate, falleciera en accidente. Y que al de pocos días de llegar a Honduras el propio padre Mendiluze fue asesinado. Sobre esto último no hay ninguna duda porque fue ametrallado cuando paseaba por las cercanías de la misión.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—Claro que se sabe quién lo hizo —me contestó con una rabia muy poco cristiana, seguramente si el párroco se topaba con los asesinos de su compañero no

pondría la otra mejilla sino que haría una cosa bien diferente—, escuadrones parapoliciales ligados a la patronal y la extrema derecha, pero salvo catástrofe nacional ninguno de los autores materiales o de los instigadores pisará un juzgado. Y en caso de hacerlo, tenga usted por seguro que ningún juez en su sano juicio, lamento el aparente juego de palabras ya que la situación no me produce la menor gracia, les condenaría por ese hecho.

El sacerdote tenía razón, era una coincidencia muy extraña, pero aún así podía haberse producido por causas naturales, no es tan raro que un sacerdote, sobre todo si está próximo a la Teología de la Liberación, como intuía que era el caso de mi interlocutor y su antiguo coadjutor, vaya destinado a las zonas más míseras de Latinoamérica. Y tampoco es tan raro, por desgracia, que una vez que han empezado a realizar su labor en esos países, que normalmente suele ir más allá del mero apostolado religioso, los poderes públicos consideren que su presencia es más molesta que beneficiosa.

—Tiene usted razón —me dijo el párroco cuando se lo comenté—, pero aún hay más. El padre Mendiluze no se fue voluntario a Honduras. A ver si me explico, él había solicitado en múltiples ocasiones el traslado, pero en los últimos tiempos estaba muy ilusionado con la labor que podía hacer aquí, en su ciudad natal, con los inmigrantes y refugiados, así que cuando le dijeron desde el Obispado que tenía que hacer el petate e irse a Centroamérica no se negó, pero sí pidió que le aplazaran el viaje por unos meses, sin conseguirlo. Yo mismo hablé con el obispo auxiliar sin que sirviera para nada. No era un traslado habitual sino que, por lo que me explicaron, había algo más, alguien estaba presionando para que se le trasladara y el Obispado no podía sustraerse a esas presiones si quería evitar un posible escándalo.

—¿De qué se trataba?

—Al parecer gente muy importante y prominente de nuestra ciudad amenazó al Obispo con tirar de la manta y ensuciar el buen nombre del padre Mendiluze y, de rebote, el de la propia Iglesia. Según me contó el obispo auxiliar se le acusaba de aprovecharse de niños pequeños para tener relaciones sexuales con ellos. En el Obispado no se lo creyeron, pero teniendo en cuenta la posición de los denunciantes y la sensibilidad sobre el tema que hay en los últimos tiempos como consecuencia de los lamentables sucesos ocurridos en algunas diócesis de los Estados Unidos, entendieron que enviarle a Honduras era una buena decisión. Yo tampoco me creí esas acusaciones, pero ahora empiezo a pensar que quizás no se tratara simplemente de unas calumnias maliciosas sino que alguien intentaba quitárselo de en medio. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió.

Aunque intenté controlarme supongo que el sacerdote se percató de que de repente me había quedado pálido, por eso me preguntó si me ocurría algo. Claro que me ocurría algo, lo que me acababa de decir me retrotraía a mi propia experiencia y la falsa acusación de la que yo también fui objeto, y aunque no creía que ambas trampas nos las hubieran tendido las mismas personas por los mismos motivos, ¿o quizás sí?,

al fin y al cabo no hacía mucho habíamos elucubrado sobre lo extraño de ciertas coincidencias, no podía confesarle a mi interlocutor, si se me permite la paradoja, la razón de mi desasosiego, así que le contesté que no había sido nada salvo una pasajera bajada de tensión.

—Me ocurre de vez en cuando, pero no tiene importancia —mentí lo mejor que pude, aunque no estoy seguro de que me creyera.

—Aún así debería cuidarse esa tensión, y mucho más con el trabajo que tiene, que supongo que le tendrá en un permanente estado de estrés.

Podía haberle dicho en ese momento que mi trabajo habitual, perseguir a cónyuges adúlteros y conseguir las pruebas de su infidelidad, no era de los más estresantes pero opté por callarme, no en balde estaba en presencia de un sacerdote católico y los sacerdotes católicos, incluso los que en cuestiones políticas e ideológicas se sitúan a la mismísima izquierda de Dios Padre, suelen ser en su práctica totalidad partidarios de la unidad familiar y la indisolubilidad del santo matrimonio, así que me limité a asentir en silencio y preguntarle, con la intención de volver a centrarnos en el asunto que me había llevado hasta allí, si sabía quiénes eran esos ciudadanos tan prominentes que habían intentado desembarazarse, por todos los medios, del padre Mendiluze.

El párroco, viendo que la conversación estaba durando más de lo que había previsto al principio, en lugar de contestarme directamente sacó de un bolsillo de su pantalón un paquete de Ducados y con un vetusto mechero, que seguramente había sido donado por un feligrés que, de buen grado o a la fuerza, se había sumado a la Liga Anti Tabaco, lo encendió, después de hacer lo propio con el que me acababa de ofrecer y que yo, tras unas pequeñas dudas iniciales, había aceptado. De alguna manera la sacristía era el centro de trabajo del sacerdote y según la ley en los centros de trabajo no es posible fumar, pero por otra parte la legislación laboral, que yo sepa, no se ha metido nunca en disquisiciones teológicas, así que supuse que podía permitirme unas pocas caladas sin que cayera sobre mi cabeza todo el peso de la ley.

—¿Que quiénes eran esos ciudadanos prominentes? —repitió mi pregunta el sacerdote, tras aspirar profundamente el humo de su cigarrillo—, ¿no se lo imagina? ¿Quiénes cree usted que pueden querer desembarazarse de un sacerdote joven, deseoso de seguir al pie de la letra el mensaje de Jesús y servir a los sectores más pobres de la sociedad? Seguro que a usted, que no parece nada tonto, se le podrían ocurrir muchos nombres.

—Sí, seguramente si pienso en ello se me ocurrirían muchos nombres, pero lo que yo piense no sirve de nada, lo que me interesa son nombres concretos de personas concretas, de personas con las que yo pueda tener, llegado el caso, una conversación, y no jugar a las adivinanzas.

—Me temo que entonces voy a tener que defraudarle porque, hasta donde yo sé, y procuré enterarme de lo que estaba ocurriendo, esos ciudadanos prominentes poseen una modestia tan grande que además de prominentes han decidido también ser

anónimos. Como suele ser habitual en ellos no dieron la cara, sino que utilizaron a un notario, nada más ni nada menos que a un notario, para contactar con el Obispado.

—¿Un notario? —pregunté con extrañeza.

—Sí, un notario. Bueno, quizás no sea del todo exacto porque se trataba de un notario jubilado, pero los notarios, como los curas —sonrió al decir esto último—, nunca se jubilan del todo. Desgraciadamente dudo de que ese dato le sirva de algo porque yo mismo hablé con ese notario y me dijo que él en realidad no conocía el caso, que se había limitado a ser un mero representante de otras personas de las que, por supuesto, se negó a desvelar su identidad alegando el secreto profesional. Me dijo que seguramente yo lo entendería, por eso de la similitud con el secreto de confesión. En realidad una cosa y otra no tienen nada que ver, pero por mucho que le hubiera soltado un discurso plagado de referencias teológicas, a las que por otra parte no tengo mucho apego, no hubiera conseguido nada más de él así que no me quedó más remedio que batirme en retirada. Es el signo de la historia, los desheredados del mundo siempre tienen que batirse en retirada ante los poderosos aunque eso no significa que no debamos seguir intentándolo, pero esa es otra cuestión que seguramente a usted no le interesa.

—En estos momentos, padre, lo único que me interesa es el nombre de ese notario.

—Apodaka, Arturo Apodaka. Yo no le conocía porque he estado muchos años fuera de Euskadi, pero por lo que me dijeron es un notario muy conocido y famoso en Bilbao.

Mientras caminaba hacia el domicilio de Arturo Apodaka iba repitiendo en mi interior «las coincidencias sí existen, las coincidencias sí existen», como si quisiera aventar el fantasma que de repente, como surgido de la nada, amenazaba con poner en solfa una de las escasas certezas que conservaba en los últimos tiempos, la de que Arturo era un viejo amigo en el que podía confiar. Pese a que tanto el párroco de San Julián como yo mismo habíamos mostrado nuestra poca fe en las casualidades, aquello tenía que serlo. Al fin y al cabo era perfectamente lógico que un notario, incluso después de jubilarse, velara por los intereses de sus clientes. El hecho de que esos intereses hubieran llevado a calumniar primero, y expulsar del país con posterioridad, a una tercera persona no parecía importante, ningún abogado se preocuparía jamás por el aspecto ético de la cuestión siempre que se pudiera demostrar que se actuaba dentro de la legalidad. Y de momento ningún juzgado había dictaminado que fuera delito presionar ante el señor Obispo para que un sacerdote fuera enviado a algo tan digno, desde el punto de vista religioso, como son las misiones. Por eso, como si fuese un mantra, repetía incesantemente en mi interior lo de que «las coincidencias sí existen, las coincidencias sí existen», quizás así el pensamiento se convirtiese en realidad.

La sonrisa con la que Elvira me abrió la puerta no dejaba traslucir la extrañeza que seguramente sentía al comprobar que les iba a ver por segunda vez en menos de una semana, así que se limitó a decir que se alegraba mucho de que en esta ocasión no hubiera transcurrido un gran lapso de tiempo entre visita y visita. Arturo, en cambio, no fue tan diplomático cuando me vio entrar en el salón de la casa.

—Coño, Goiko, ¿qué se te ha perdido de nuevo en nuestra humilde morada? ¿Todavía no has resuelto el caso de asesinato que llevas entre manos y necesitas mi ayuda? Porque a mí no me engañas y aunque intentes disimularlo, esta no es una visita de cortesía.

—En ningún momento he intentado disimular, Arturo. Es más, no he intentado nada porque no me has dejado ni hablar, ni siquiera decir el protocolario «buenas tardes» —tengo que reconocer que el estilo bronco y directo del exnotario me motivaba y aunque hubiera ido a su casa con el firme propósito de ser moderado y no decir ninguna inconveniencia, cumplir ese propósito era harto difícil. Afortunadamente Arturo Apodaka solo era quisquilloso en las formas, no en el fondo, por lo que tampoco corría mucho peligro mi amistad con él nos dijéramos lo que nos dijésemos, aunque me daba en la nariz que la conversación que íbamos a tener pondría a prueba nuestra amistad.

—Déjate de exquisiteces urbanas, eso de buenas tardes me sobra, a mi edad el hecho de que viva una tarde más es suficiente, pero dime a qué has venido, que tengo prisa. ¿O tú crees que en casa suelo estar vestido de esta guisa?

El aspecto de Arturo, con su impecable traje azul oscuro hecho a medida, los

gemelos de oro y el alfiler de corbata en el que podía vislumbrarse el escudo de los Apodaka, la corbata negra, de riguroso luto, y los zapatos que refulgían de limpios que estaban, era evidentemente el de una persona que se disponía a abandonar su domicilio, y no a tomarse unos chiquitos precisamente, sino que iba a asistir a algún tipo de acto social.

—Seré breve y telegráfico —respondí—. Vengo a hablar del padre Mendiluze.

—Has sido tan breve y telegráfico que no tengo ni puñetera idea de quién es ese tal padre Mendiluze ni la relación que pueda tener conmigo.

Me sostuvo la mirada con firmeza, pero ambos sabíamos que me estaba mintiendo.

—No me jodas, Arturo, puede que estés jubilado y que tengas más años que Matusalén pero siempre has tenido una memoria prodigiosa y ya sería puta casualidad que justo empezase a fallarte en estos momentos. Sabes de quién te estoy hablando.

—Sé quién es, por supuesto, pero sigo sin saber qué tiene que ver contigo, con tu investigación. Si me lo explicas, yo te diré cuál ha sido mi relación con él, aunque me imagino que tú ya lo sabes, así que no sé para qué me necesitas, si eres un sabelotodo.

—El padre Mendiluze, por si no lo sabías, trabajaba codo con codo junto a María Isabel Gárate, la difunta mujer de tu colega Gómez-Uralde, de ahí viene mi interés por su persona. Lo que en cambio conoces con total certeza es que le acusaron de pederasta. Según su superior en la parroquia de Deusto en la que trabajaba, la acusación era injusta, pero el Obispado, temeroso de meterse en un fregado de ese calibre, optó por tirar por la calle de en medio y le trasladó a un país centroamericano, más concretamente a Honduras. Al parecer el portavoz de esas acusaciones fuiste tú, Arturo.

—Es cierto y, además, muy exacto. Yo fui quien habló con Su Eminencia el Señor Obispo —lo pronunció de tal modo que no supe si iba de coña o hablaba con total respeto por la autoridad episcopal— y le informé de lo que ocurría con el padre Mendiluze, pero como muy bien me has calificado, fui un mero portavoz. Y si no he interpretado erróneamente tus palabras, estás convencido de que esa acusación era injusta. Pues bien, lamentablemente no puedo ni confirmarlo ni desmentirlo. Desconozco si el padre Mendiluze se lo montaba con niños, travestis, mujeres de buen ver o babuinos, incluso si mantenía a rajatabla el voto de castidad, porque no le conocía. Me limité a ser portavoz de alguien que me merecía total confianza y que, por motivos personales que no me confesó y que no le pedí que me desvelara, prefería permanecer al margen.

—¿Puedes decirme por lo menos quién era esa persona o me vas a soltar el rollo del secreto profesional?

En lugar de contestarme miró su reloj y se levantó de la butaca en la que había estado sentado mientras duraba nuestra conversación, al tiempo que me invitaba a seguirle.

—Ya te he dicho que tenía muy poco tiempo, pero si me acompañas quizás te puedas enterar de algo más.

—¿A dónde tienes que ir?

—A San Vicente —me respondió con firmeza, para añadir en tono más jocoso—. A la misa de ocho.

—¿A San Vicente? ¿A la misa de ocho? —respondí extrañado—. ¿Te refieres a la parroquia de San Vicente Mártir, la de Abando? —cuando cabeceó en sentido afirmativo volví a preguntarle—. ¿Y desde cuándo frecuentas tú las iglesias? Soy capaz de imaginarte realizando todas las perversiones conocidas y por conocer, pero nunca pensé que fueras un hombre religioso.

—¿Y por qué no? ¿Porque no he hecho caso a esos predicadores pazguatos que dicen que todo lo que nos gusta y da placer es malo? ¡Menuda manada de hijos de puta! Te aseguro que si yo fuera Dios esos tipejos irían derechos al Infierno por haber cometido el gran pecado de haber quitado a los seres humanos la alegría de vivir. De todos modos tienes razón, el tema religioso nunca ha sido mi fuerte aunque en estos momentos en los que sé que estoy ya en la prórroga del partido y no creo que llegue a los penaltis, no me interrumpas en plan plañidero porque es la verdad, cuando se tiene mi edad uno debe ser consciente de que por fin ha llegado la fecha de caducidad, pues lo que te decía, en estos momentos en los que ves acercarse a la señora de la guadaña uno empieza a cuestionarse si efectivamente hacemos un extravagante y agrio mutis por el foro o si, como nos prometen los clérigos de todas la religiones conocidas y por conocer, esto no es el fin de nuestra existencia consciente. Pero dejémonos de filosofías, en realidad si voy a misa no es porque me haya caído del caballo camino de Damasco como San Pablo sino porque tengo que asistir a un funeral, así que ¿me acompañas o no? —cuando me hizo esta pregunta ya estaba abriendo la puerta de su domicilio por lo que no me quedó más remedio que seguirle si, como me había prometido, eso significaba que iba a enterarme de algo más que lo que me acababa de explicar.

La tarde era fría pero bien abrigado se podía soportar el paseo, incluso era agradable sentir cómo el viento fresco te azotaba en la cara. Además, el paso que imprimía a sus pies Apodaka, y como resultado a los míos, evitaba que el frío se hiciera presente en mis articulaciones. Tardamos, de todos modos, muy poco tiempo en llegar a la iglesia, pero durante esos escasos minutos ninguno pronunció palabra alguna, sumido cada uno en sus propios pensamientos. Los míos, para ser sincero, no tenían nada que ver con la investigación que llevaba entre manos sino con la propia parroquia de San Vicente, una de las más clásicas de Bilbao, situada junto a los jardines de Albia, muy cerca del Palacio de Justicia, y que lindaba con Sabin-Etxea, la antigua casa de Sabino Arana, hoy reconvertida en sede del partido político fundado por su antiguo morador, y a la que hacía años que no acudía, ni a ninguna otra para ser exacto, pero en la que había escuchado misa múltiples veces de niño cuando de la mano de mis padres, que vivían muy cerca, en la plaza del conde Aresti,

aunque los bilbaínos siempre la han denominado plaza del Ensanche, me acercaba hasta allí todos los domingos y fiestas de guardar.

La visión de su fachada me volvió a traer recuerdos de la infancia. Desde allí salía, y sigue saliendo con puntualidad británica, todos los años la procesión del domingo de Ramos que nosotros llamábamos «la del borriquito» y allí agitábamos a su paso las palmas que previamente nuestras madres, o a veces alguna de nuestras tías, nos habían comprado. Sentí no tanto un angustiado ramalazo de crisis existencial o religiosa, como la que aparentemente sufría Apodaka, sino un exacerbado sentimiento de nostalgia por la infancia perdida y la inocencia que iba unida a esa infancia. Pensé en cuando iba a San Mamés cogido del brazo firme de mi padre, o en cómo los domingos me daba dinero para que fuera a la pastelería de Jáuregui a comprar pastas o a la de Arrese a por trufas, o en los caramelos de limón y naranja, duros y compactos como piedras, que comprábamos a una anciana a la salida del cine Coliseo. Ahora, en cambio, para mucha gente incluso mentar esos recuerdos podría resultar obsceno, alguien acusado de pederasta no es digno ni siquiera de rememorar su infancia con alegría, mucho menos con nostalgia. Los cabrones que habían intentado hundirme hasta de eso me habían privado, de poder recordar con satisfacción los años lejanos en los que no era nada más, ni nada menos, que un niño feliz y confiado.

Junto al pórtico de la iglesia se habían formado los típicos corrillos que habitualmente pueden vislumbrarse a la entrada de los funerales. Hombres y mujeres que se palmeaban la espalda o se estrechaban vigorosamente las palmas de las manos antes de ofrecerse mutuamente cigarrillos o que charlaban en animada conversación, felices pese a lo aparentemente triste del suceso que les había reunido, de volver a verse después de mucho tiempo. No tuve que esforzarme demasiado para darme cuenta de que muchas de las caras que estaba contemplando no me eran totalmente desconocidas, había una gran abundancia de miembros del gremio de juristas en sus diversas acepciones, abogados, procuradores, jueces y funcionarios de diverso pelaje, altos mandos policiales incluidos. Reconocí así mismo al subdelegado del Gobierno en Bizkaia y al propio delegado del País Vasco. Estaba claro que el fallecido había sido en vida alguien conocido en ese ambiente. Yo también fui reconocido por unos cuantos de ellos, como lo demostraban, en la mayoría de los casos, los gestos de asco que me dirigían cuando pensaban que no les estaba observando, o bien, aunque estos eran menos, las miradas de conmiseración y pena que me dedicaban los restantes. Afortunadamente Apodaka, tal vez en consideración a mi persona, pese a ser saludado por la mayoría de ellos no se paró a charlar con ninguno y se introdujo sin más dilación, siempre acompañado por mí como si de su sombra se tratase, en el interior del templo.

Nos quedamos discretamente al fondo, ocupando unos bancos pegados a la pared. Pese a ello tenía una visión bastante buena y pude constatar que el funeral lo concelebraban nueve sacerdotes.

—¿Quién es el fallecido, Arturo? —le pregunté entre susurros, para no perturbar la paz del recinto sagrado.

—No seas impaciente —me contestó con voz más alta de lo aconsejable en ese tipo de ceremonias, lo que hizo que nos ganáramos la silenciosa recriminación de dos señoras que por su edad podrían haber sido perfectamente la madre y la abuela del propio Apodaka—, enseguida te enterarás, pero de momento va a ser mejor que guardemos silencio —finalizó su contestación, con buen criterio.

El funeral transcurrió del modo en que transcurren estas cosas, con glosas a esa vida eterna que ninguno, ni siquiera los religiosos más fanáticos y convencidos, tenemos mucha prisa en conocer y loas al muerto. José María, así le llamaba el oficiante al finado, había sido un buen padre y marido, hombre amante de su familia y de su pueblo por el que había trabajado, durante muchos años, impartiendo justicia con mano férrea y al mismo tiempo con un hondo sentido de la humanidad. Supongo que el tal José María también tendría sus pequeños defectos, pero es comprensible que el cura optara por pronunciar un discurso laudatorio, hay que entender que soltar en un funeral eso de que el difunto era un tipo putero, alcohólico y jugador, por poner un ejemplo, no suele sentar muy bien a los familiares y allegados más próximos, por certera que pueda ser la descripción. Bueno, algún dato más ya tenía sobre el difunto, su nombre y que, efectivamente, estaba ligado al mundillo jurídico, seguramente como juez. Esto último me lo confirmó Apodaka cuando, finalizada la misa, nos acercamos hasta el Bar Artajo, en la calle Ledesma, a tomarnos unas cervezas y comernos su clásica ración de tigres. La edad no le había quitado el apetito al viejo notario y aunque tengo mis dudas sobre si los mejillones con tomate constituyen una buena dieta para un octogenario, no me atreví a llevarle la contraria cuando hizo el pedido.

—¿Has adivinado quién era el muerto? —me preguntó mientras engullía, feliz, su primer tigre.

—Poca cosa, que se llamaba José María, que estaba viudo y tenía tres hijas, y que era juez o magistrado.

—Sí, has acertado, José María Vázquez de Luzuriaga Sagasti, supongo que te suena el nombre, era magistrado jubilado y había estado destinado durante muchos años primero en la Audiencia Provincial y posteriormente en el Tribunal Superior de Justicia del País Vasco. Una gran pérdida, si nos creemos el panegírico que le han hecho en la iglesia.

—¿Tú te lo crees?

—Por supuesto. Josemari era todo lo que han dicho los curas y algo más, era, por encima de todo, un gran amigo. Le conozco desde que aprobó las oposiciones para juez, ya te puedes imaginar a qué época se retrotrae nuestra amistad, más o menos al Pleistoceno. Es curioso, siempre pensé que por la edad, yo soy algo mayor que él, y por lo que se cuidaba, era un auténtico tiquismiquis para las cuestiones de la salud, sería él quien me enterraría a mí y no al revés, pero ya lo ves, qué razón tiene el

refrán ese que dice que el hombre propone y Dios dispone.

—Así son las cosas —dije por decir algo, no era el comentario más inteligente que había hecho en los últimos días, lo reconozco, pero es que, por duro que pueda parecer, todo lo relacionado con el caballero a cuyo funeral acabábamos de asistir me la sudaba, y eso fue más o menos, aunque con otras palabras, lo que le dije a Apodaka—. De todos modos, aún sintiendo hondamente lo ocurrido, me gustaría que una vez que has cumplido con tu deber como amigo de acompañar al difunto en su última misa, nos centráramos en el tema sobre el que quería charlar contigo, las acusaciones contra el padre Mendiluze. ¿En nombre de quién actuabas?

—¡Coño, Goiko, no seas tan impaciente! Disfruta de tu cerveza, ya que no has comido ningún tigre, que pronto te enterarás de todo, al menos de lo que yo sé. ¿O qué te crees, que te he hecho asistir a una misa para ver si te conviertes y vuelves al redil de la Santa Madre Iglesia Católica. Apostólica y Romana? Estoy viejo, pero todavía no chocheo. De momento sigamos hablando de nuestro amigo Josemari. Hay una cosa que se le ha olvidado decir al sacerdote, y es que José María Vázquez de Luzuriaga fue, además de un gran jurista, un hombre preocupado, desde que obtuvo su primer destino en la judicatura e incluso antes, por el bienestar de la infancia. Siempre decía que los niños eran los más merecedores de protección, tanto por ser inocentes como por estar llamados a ser los hombres del futuro. Estaba firmemente convencido de que un niño feliz sería, en el futuro, un hombre feliz y un buen ciudadano. ¿Sabes a dónde quiero llegar?

Asentí con la cabeza. Empezaba a comprender a dónde quería llegar Apodaka, pero preferí que continuara hablando, sin interrumpirle.

—Sí, Josemari era un hombre volcado totalmente en la infancia, pero era también un hombre muy religioso y un católico devoto, de ahí su dilema interior cuando se enteró de que el padre Mendiluze abusaba de los niños que estaban a su cargo. Por eso me pidió que fuera yo quien hablara con la diócesis para contar lo que estaba ocurriendo. Lo demás, ya lo sabes. El señor Obispo optó por zanjar el problema quitándoselo de encima y enviando a la oveja negra a un país centroamericano. Fin de la historia y de mi intervención en ella.

Antes de contestarle me acerqué de nuevo a la barra y pedí otras dos cervezas. Yo, al menos, la necesitaba. De repente la garganta se me había quedado seca, como si estuvieran todos sus poros agrietados. Pegué un trago largo y después de quitar con la mano la espuma que se había quedado adosada a la comisura de los labios le dije a Apodaka que, al menos para mí, la historia no había terminado.

—¿Tú te creíste lo que te dijo Vázquez de Luzuriaga?

—Claro que me lo creí. Josemari era un hombre honrado a carta cabal, hubiera puesto la mano en el fuego por él y tú sabes que eso solo lo haría por muy pocas personas, tú entre ellas.

Agradecí su confianza por la parte que me tocaba, pero mi agradecimiento no llegó al extremo de aceptar su opinión, y así se lo dije.

—No digo que te mintiera, pero ¿no podría estar equivocado?

—¿Equivocado? ¿Con algo tan serio? No solo porque había sido magistrado sino por su propio carácter, nada proclive a frivolidades, Josemari no habría acusado al sacerdote si no hubiese tenido pruebas sólidas de su comportamiento.

—¿Viste tú esas pruebas?

—No, ni puñetera falta que me hacían. Para mí su palabra era suficiente.

—Podría haberte mentido.

—Sí, y el Olentzero es un carbonero que todos los días 24 de diciembre, por la noche, baja del monte con su burro para repartir los juguetes a los niños. Puestos a aceptar estupideces sin sentido, estoy más a favor de esta hipótesis que de la que acabas de sugerirme.

—La gente cambia, Arturo. Por lo que sé de tu amigo, llevaba varios años viudo y jubilado, sus hijas habían abandonado el nido hacía tiempo y se encontraba solo. Quién sabe, quizás no mintiera, pero es posible que ya no fuera el hombre lúcido y sensato que tú conociste.

—Quizás, pero ahora que está muerto ya no tiene la menor importancia.

—Ahora que lo dices, ¿no te extraña que los dos estén muertos? Primero el padre Mendiluze y después tu amigo el magistrado.

—La gente se muere constantemente —me contestó sin mirarme a los ojos Arturo, con la excusa de que estaba untando los restos de tomate que habían quedado en el plato de tigres—, es algo natural. Un día de estos yo también me moriré, es ley de vida, aunque personalmente me parezca una putada, pero qué le vamos a hacer, no somos inmortales.

—No digas chorradas, Arturo, sabes tan bien como yo de qué te estoy hablando. Primero alguien se quita de en medio al padre Mendiluze, con unas falsas acusaciones y posteriormente el hombre que le ha acusado también muere. Puedes decir lo que quieras, pero para mí dos y dos son cuatro, siempre lo han sido y siempre lo serán.

—Un estudiante listillo te podría replicar que dos y dos son veintidós. Ya lo ves, no hay nada seguro en esta vida.

—Muy bueno el chiste, Arturo, muy bueno —intenté mostrarme irónico aunque no estaba seguro de haberlo conseguido—, pero eso no cambia las cosas. ¿Cómo murió Vázquez de Luzuriaga?

—Si te lo digo no quebranto ningún secreto, porque la noticia ha aparecido en todos los periódicos de Euskadi. Su coche se deslizó por Arrigunaga, al parecer perdió el control del coche y...

—¿Pudo ser un suicidio?

—Eso insinúan algunos de los periodistas que han escrito sobre su muerte —me respondió con asco—, pero es imposible, Josemari no era de los que se suicidan.

—Entonces, solo pudo ser un accidente —intenté de nuevo ser irónico, y en esta ocasión creo que lo conseguí, o eso me pareció al escuchar la contestación de Arturo

Apodaka.

—¡Pues claro que fue un accidente! ¿Qué iba a ser, si no?

—Un asesinato.

—¿Un asesinato? ¿Tú estás loco?

—Para nada —contesté—. No sería la primera vez que se hace pasar un asesinato por accidente. Sin ir más lejos, la muerte de María Isabel Gárate, la mujer de tu colega.

—¿Así que ya has decidido que esa muerte fue un asesinato? ¿Tan claro lo tienes?

—Al principio era muy escéptico, pero cuando resulta que otras dos personas relacionadas con ella también mueren en poco tiempo, pues qué quieres que te diga, dos y dos podrán ser veintidós, pero esto me huele a asesinato. Dime, ¿Vázquez de Luzuriaga vivía cerca de Arrigunaga o tenía alguna relación, de tipo profesional, sentimental o de amistad con alguien que viviera en esa zona?

—No.

—¿Lo ves? ¿Qué hacía, entonces, por allí?

—¡Y yo qué cojones sé! —Arturo empezaba a sulfurarse—, le gustaría ir allí. ¿No sueles ir tú a menudo a Urkiola, aunque no vivas allí, para pasear y airearte? Pues lo mismo Josemari, le gustaría acercarse a Arrigunaga, para mirar el mar y respirar. Ni se suicidó ni le mataron, fue un accidente.

—Es posible, pero hay otra posibilidad. A Vázquez de Luzuriaga lo utilizaron los asesinos de María Isabel Gárate para deshacerse de Mendiluze y luego se deshicieron también de él. Sí, esa hipótesis me gusta más.

—Te olvidas de una cosa, si tu hipótesis es cierta, Josemari me utilizó a mí para deshacerse del curita pederasta —tuvo que observar cómo yo torcía el morro al oír ese calificativo, pero no se inmutó el muy cabrón— y eso es algo que nunca hubiera hecho. Lo mismo que yo, Josemari valoraba la amistad en grado sumo, quizás por eso no te he mandado todavía a tomar por saco.

—Te lo agradezco, Arturo —intenté sonreír—, pero aunque no te lo creas, acabas de poner el dedo en la llaga. Quizás tú podrías ser la próxima víctima, deberías pensar en ello. No lo digo para acojonarte, simplemente me preocupa tu seguridad.

Por primera vez desde que nos habíamos sentado en el bar, Arturo se rio con todas sus fuerzas, de un modo tan estruendoso que todos los clientes nos miraron.

—¿Sabes, Goiko? No es que estés loco, es que estás completamente paranoico.

La calle Manuel Allende, al menos en el tramo que va de la Alameda de Urkijo a Simón Bolívar, no es propicia para efectuar vigilancias ni seguimientos pero allí es donde vive Mikel Goikoetxea y por eso te has acercado lo más posible hasta el portal de su vivienda para esperar su llegada y conocerle en persona, porque su historial ya lo has leído repetidamente hasta llegar a asimilarlo del todo. Has recibido la orden de ejecutarle y aunque eres consciente que ese no es el lugar más adecuado, no tanto para matarle, cualquier lugar es bueno para matar, sino para huir indemne, has querido verle en su propio territorio, donde todo el mundo se siente más seguro y, por tanto, más confiado se encuentra.

Mikel Goikoetxea, treinta y nueve años, licenciado en Derecho, separado, un metro setenta y ocho centímetros, ochenta y cinco kilos algunos de los cuales empiezan a ser de grasa, pelo castaño muy corto aunque todavía lejos de sufrir calvicie. Eso, en lo físico. Según otros datos, policía en excedencia, excedencia solicitada como consecuencia de una acusación de integrar una trama de pederastas, acusación de la que fue absuelto por falta de pruebas, pero sin poder demostrar su absoluta inocencia. Sonríes al pensar esto último, ¡como si la inocencia se pudiera demostrar! En la actualidad, para sobrevivir trabaja como detective privado, lo típico, ya se sabe, informes sobre empleados que están de baja más tiempo de lo razonable, cónyuges que creen que hay vida más allá del matrimonio o socios que pasan bajo mano a la competencia los datos del negocio. Y ahora, un caso más adecuado a las habilidades de quien tenía un impecable historial como investigador de homicidios, el asesinato de una mujer llamada María Isabel Gárate.

Como si de una broma macabra se tratase vuelves a sonreír al pensar cómo reaccionaría Goikoetxea, o Goiko, que es el apodo por el que le conoce casi todo el mundo, si te plantases inopinadamente delante de él y le dijeras que deje de buscar, que tiene enfrente al asesino que con tanto denuedo está persiguiendo en los últimos tiempos. Pero no lo harás, una cosa es gastarse bromas a uno mismo y otra poner en peligro la propia seguridad. En realidad lo que tienes que hacer es algo muy diferente, tienes que acabar con él. Esas han sido las órdenes que te han dado y tú siempre cumples las órdenes. Por lo menos, cuando crees que eso te puede traer algún beneficio o, al menos, no te perjudica. No es que seas indisciplinado, ser indisciplinado no es una buena tarjeta de presentación en el oficio que has elegido, pero tampoco triunfan los borregos que dicen sí a todo y tú, afortunadamente, eres de los que has sabido mantener ese equilibrio sin caerse nunca del caballo. Y no tienes intención de caerte en un futuro cercano.

Está claro que tus jefes se han puesto nerviosos, extremadamente nerviosos, con las actividades del detective. Sobre todo cuando dos de ellos le vieron en el funeral del juez Vázquez de Luzuriaga. Y aunque es imposible que esté cerca de descubrir la verdad han sacado la bola negra y te la han entregado para que actúes en

consecuencia, y eso es lo que vas a hacer, actuar en consecuencia, que no significa que actúes del modo que quieren ellos. A la legua se nota que son unos aficionados, tal vez sean unos tiburones en el mundo de la empresa y las finanzas, pero este otro mundo en el que se han introducido al olor del dinero fácil es muy diferente. Aunque en una cosa sí tienen razón, este es un mundo en el que si hay que matar se mata, tú lo sabes mejor que nadie, mucho mejor que ellos, por supuesto, pero tampoco es el Far West, no se puede ir liquidando a la gente así como así, y menos a un expolicía, por desprestigiado que esté entre sus compañeros. A los maderos no les gusta que uno de los suyos sea asesinado, lo consideran una mala costumbre y un posible precedente aún peor, así que cuando alguno muere de forma violenta se movilizan con más energía que en otras ocasiones y eso sí que es malo para los negocios.

Cuando explicas estas cosas a tus patronos, con la paciencia con la que un profesor enseña a leer a niños de cinco años, notas en sus miradas una señal de escepticismo, incluso de desilusión, en el fondo son unos románticos que creen que juegan a policías y ladrones en lugar de los capitanes de empresa que pretenden ser, pero saben que tú eres el especialista, el que entiende de estas cosas, y no les ha quedado más remedio que dejarlo todo en tus manos y permitir que las cosas se hagan a tu manera.

Y a pesar de todo, le estás esperando. Has encontrado un lugar en el que puedes pasar desapercibido, junto a la parada de autobuses que hay en la Alameda de Urkijo, cerca de una pastelería y un establecimiento de apuestas. Es la hora de la salida de clase y un montón de padres y madres revolotean por allí, a la espera de que sus retoños sean traídos sanos y salvos después de una dura jornada de estudio, por el autobús escolar. Allí, junto a ellos, te has conseguido mimetizar con el ambiente, nadie va a fijarse en un padre más que agita, impaciente, la bolsa en la que se puede vislumbrar un bocadillo de chorizo y un yogur a la espera de ser devorados por un chiquillo hambriento.

Casi al mismo tiempo que hubieras tenido que abandonar tu escondite al aire libre, ya que el autobús acaba de depositar su infantil carga sobre la acera, ves llegar, procedente de la calle Doctor Areíza, a tu objetivo, que cruzando de acera se aproxima a los números impares de Manuel Allende, seguido por ti desde la acera correspondiente a los pares. Mientras él continúa con su parsimonioso paso y, antes de llegar al portal, se detiene un momento para sacar las llaves de un bolsillo del pantalón, tú sacas a su vez un paquete de tabaco de la chaqueta y con un mechero lo enciendes. Luego, con el mismo mechero, haces amago de apuntar al detective y disparar. Si hubiera sido una pistola Mikel Goikoetxea ya estaría muerto. Afortunadamente para él has convencido a tus jefes de que en estos momentos os interesa más (en realidad habría que decir «te interesa más») vivo que muerto, por eso ha podido introducirse sin ningún problema en el interior del edificio en el que tiene su domicilio. El detective nunca sabrá lo cerca que ha estado de morir, lo fácil que es morir. Casi tan fácil como matar.

Aquella noche dormí mal. Estuve toda la tarde con la sensación de que alguien me había estado vigilando. No me gusta hablar de eso que algunos llaman intuición y que para mí no es más que profesionalidad y entrenamiento, ni tampoco creo en esotéricos «sextos sentidos» que de repente nos avisan de que algo no encaja en nuestra vida, pero si se tiene en cuenta que no descubrí a nadie que me siguiera los pasos ni noté nada fuera de lugar en los sitios en los que estuve, no me quedaban más excusas que las anteriormente citadas, la intuición y el sexto sentido, para explicar esa desasosegante sensación. Quizás por eso no conseguí pegar ojo hasta altas horas de la madrugada y eso explica que cuando el timbre sonara yo aún estuviera en la cama.

Mi primera idea fue darme la vuelta y seguir durmiendo, pero la persona, animal o cosa que se había instalado detrás de la puerta era insistente o quizás tenía todo el tiempo del mundo y había decidido dedicárselo a mi humilde persona, así que arrastrándome salí de la cama y me acerqué a la puerta.

—¿Se puede saber quiénes sois y qué puñetas queréis a estas horas de la mañana? —En realidad eran las once y media, pero aún no había mirado el reloj y además, qué coño, en mi casa los horarios los marco yo.

De todos modos la pregunta sobre quiénes eran fue puramente retórica porque con un simple vistazo me había percatado de que mis dos visitantes, un hombre y una mujer de aspecto juvenil, recién salidos del cascarón como quien dice, eran compañeros de profesión. Dos maderos, en suma. Intenté averiguar a qué cuerpo pertenecían porque si de algo andamos sobrados en Euskadi es precisamente de fuerzas policiales. Está, por un lado, la Ertzaintza, de la que yo soy un indigno representante en excedencia. Luego tenemos a la Guardia Civil, la Policía Nacional y los municipales, eso sin contar a los vigilantes jurados que se han visto todas las películas de Harry el Sucio y no tienen más deseo que imitarlo. Euskadi no será un estado policial, de hecho ni siquiera es un estado, pero un observador imparcial, al ver cómo proliferaban los policías de todo pelaje, seguramente no tendría más remedio que pensar que los vascos somos unos tipos de cuidado. Por lo pronto enseguida descarté a mis antiguos compañeros. Supuse que no eran *ertzainas* porque no me miraban con asco y repugnancia; por lo que respecta a los representantes del Estado Español también los descarté casi al instante, no creo que tuvieran ningún interés en mí, habida cuenta de que entre mis muchos defectos no estaba el de ser miembro de un grupo terrorista o de una banda internacional de ladrones de joyas. Así que, por eliminación, deduje que los dos pipiolos a los que se les había quedado pegado el dedo en el timbre eran policías municipales. Desgraciadamente no tuve tiempo de lucirme ante ellos con mis dotes detectivescas ya que se me adelantaron enseñándome sus placas y añadiendo que eran miembros de la Policía Municipal.

—¿Es usted el señor Goikoetxea, don —la chica miró un papel que llevaba

escrito antes de continuar— Mikel Goikoetxea Uriarte?

—Soy Goikoetxea, lo del «don» y el «señor» pueden reservarlo para cuando tengan que hacer la pelota a los jerifaltes del ayuntamiento. Pero aún no habéis respondido a la segunda de mis preguntas, ¿qué puñetas queréis?

Como ya había supuesto aún estaban muy tiernos, seguramente eran los componentes más desaventajados de la última promoción, porque escucharon mis palabras sin inmutarse y sin reaccionar. Si en mis buenos tiempos alguien me trata a mí de esa manera le hubiera caído una buena manita de hostias, pero ellos aún no habían llegado a ese punto de su aprendizaje, así que se limitaron a decirme que les acompañara, por favor, sí, me lo pidieron «por favor», al Juzgado de Guardia, y me extendieron una citación.

—¿Y si me niego a ir?

—Tenemos orden del juez de llevarle como sea —me contestó en esta ocasión el componente masculino de la pareja—, pero usted ha sido policía y sabe tan bien como nosotros que siempre es mejor acudir a un juzgado voluntariamente como testigo que en calidad de detenido.

—¿Testigo de qué?

—No lo sabemos, señor —se ve que mi actitud les imbuía respeto o quizás, después de todo, sí habían oído hablar de mí y preferían mantener una respetuosa distancia—, tan solo nos han ordenado que lo conduzcamos hasta el juzgado.

Asentí con la cabeza y les dije que les acompañaría, pero que tendrían que esperar un rato. Una de las cosas que había aprendido de mis padres y que aún mantenía pese a los años transcurridos, era la importancia de mantener unos mínimos hábitos de higiene corporal, así que tenía que afeitarme, ducharme, vestirme y desayunar. Dicho esto, y tras haberme asegurado de que lo entendían y lo aceptaban, cerré la puerta delante de sus narices. Sé que lo educado hubiera sido dejarles entrar e incluso invitarles a desayunar, pero en esos momentos no me sentía muy versallesco. Incluso admito que a mí me hubiera jodido que me hicieran algo así, pero bueno, de vez en cuando apetece ver el toro desde el otro lado de la barrera.

Cuando volví a abrir la puerta, convenientemente maqueado, comprobé dos cosas: que los policías municipales, al igual que los dinosaurios del cuento, aún seguían allí y que, como era de suponer, el portazo con el que les había obsequiado hacía un rato, no les había hecho la menor gracia. O eso o eran extremadamente callados porque no me dirigieron la palabra en todo el trayecto, corto en realidad, desde mi domicilio hasta el Palacio de Justicia.

La comprobación de que mi actitud no les había provocado vibraciones positivas la tuve cuando me acompañaron hasta el juzgado de guardia y el municipal de género masculino, sonriendo, por primera vez desde que nos habíamos visto, me dirigió la palabra.

—Por cierto, se nos ha olvidado comunicarle que hoy está de guardia el magistrado del juzgado número ocho, don Luis Bourget Morán.

Fue su momento de gloria y no se lo reprocho, no había hecho nada para ganarme su amistad así que se despedía de mí con el equivalente a una patada en los cojones. Porque eso significaba para mí, siendo moderado en mis expresiones, el tener que volver a ver a Luis Bourget Morán.

El titular del juzgado número ocho era uno de esos magistrados a los que los periodistas habían catalogado como «jueces estrella» que se moría por salir en la prensa y ser famoso, como si fuera un friqui al asalto de un programa de telebasura, y que para ello arremetía contra todo lo que se le pusiera delante sin encomendarse ni a Dios ni al diablo aunque, eso sí, sin perjudicar jamás los intereses de los sectores más conservadores que partían el bacalao en el denominado poder judicial. Aún no había conseguido su objetivo, que era el llegar a la Audiencia Nacional, pero se especulaba con que el ansiado ascenso no llegaría demasiado tarde. Mientras tanto se dedicaba a machacar a los ciudadanos inocentes que estimaba necesario para su propia promoción personal.

Bueno, quizás no haya sido muy objetivo con esta última apreciación, es posible que Luis Bourget fuera un juez honrado a carta cabal, e incluso independiente, en el caso de que en la realidad exista ese famoso personaje de ficción denominado «juez independiente», pero me era imposible sentir la más mínima simpatía por él ya que había sido uno de los que con más saña habían intentado hundirme. Cuando comprobó que no podía procesarme se llevó el disgusto de su vida. Incluso hizo unas declaraciones incendiarias a un diario local, que reprodujeron la totalidad de los periódicos de difusión estatal, en las que decía que personalmente como homosexual que había luchado, tanto desde la vida civil como desde la judicatura, contra las discriminaciones debidas a las tendencias sexuales de las personas, consideraba la lucha contra la pederastia y la explotación infantil un deber sagrado, para evitar que la inmensa mayoría de los gays y lesbianas, que eran casi en su totalidad ciudadanos honrados y decentes, pudiesen ser confundidos o metidos en el mismo saco que esos abominables delincuentes. En eso seguramente tenía razón, el problema es que añadí que por eso, pese a que algunos delincuentes habían conseguido zafarse de la justicia gracias a su habilidad para evitar las pruebas que pudieran haberles incriminado, no se rendiría y seguiría luchando lo indecible para librar las calles de esos indeseables. Tampoco habría que objetar nada a esto último salvo por el pequeño detalle de que pese a hablar en plural se estaba refiriendo a una persona en concreto, un *ertzaina* llamado Mikel Goikoetxea Uriarte.

Al principio pensé en querellarme contra él, pero finalmente no lo hice, en parte por consejo de mi abogado y en parte por decisión propia. Según mi abogado, al no citarme expresamente en la entrevista, pese a que por el contexto parecía claro que se refería a mí, era muy difícil que la querrela prosperara. Y en lo que a mi punto de vista concierne, estaba convencido de que el corporativismo judicial hubiera funcionado a la perfección y, por otra parte, me apetecía descansar y cuanto más removiera la mierda más difícil me iba a resultar volver a la vida normal. En eso me

equivocué porque con querrela o sin ella, mi vida no había vuelto a ser normal desde que el juez Bourget me puso en su punto de mira.

Que la hostilidad mutua aún continuaba vigente se demostró cuando entré en el despacho y nos miramos, o quizás sea mejor decir cuando yo le miré, porque Luis Bourget, sin dignarse a echarme un vistazo, se dirigió a la auxiliar que estaba con él para pedirle que se fuera y nos dejara a solas.

—¿Qué, estamos decididos a prevaricar nuevamente y no queremos tener testigos? —Ya sé que esa no es la mejor manera de hacer amigos, pero es que entre Luis Bourget y yo había una relación tan cordial que nada de lo que hiciera o dijera podría empeorarla.

—¡Siéntese, señor Goikoetxea! —me señaló una silla que estaba detrás de la mesa, enfrente de él— y haga el favor de no decir estupideces. Ambos sabemos que aquí el único delincuente presente es usted.

—¿Qué ocurre, que ya no enseñan en la Escuela Judicial eso de la presunción de inocencia? ¡Menudo ejemplo para las jóvenes generaciones de jueces! Claro que no es lo mismo llenarse la boca hablando de la defensa de los derechos humanos en los medios de comunicación, sobre todo en los audiovisuales, en los que se puede dar mejor imagen, que llevar a la práctica esa defensa con los ciudadanos acusados injustamente de un delito.

—No le consiento que me hable así —los ojos se le habían encendido y pese a su constitución endeble en esos momentos asemejaba ser un trasunto del increíble Hulk —, por culpa de piltrafas como usted todos los homosexuales de bien, que somos la mayoría, hemos sido catalogados del mismo modo, pero eso se va a acabar y para ello nada mejor que meter en la cárcel a los tipos como usted. ¿Acusado injustamente? Diga mejor que salvado injustamente, por falta de pruebas, no por ser inocente.

—Que yo sepa la inocencia no hay que demostrarla, lo que hay que demostrar es la culpabilidad. Pero da igual, por mucho que haga nunca conseguiré convencerle, en su caso el odio es superior al sentido de la justicia, de que alguien me tendió una trampa.

—¿Qué alguien le tendió una trampa? No me haga reír, señor Goikoetxea, usted nunca ha sido tan importante como para que nadie creyera necesario tenderle una trampa, no me venga con estupideces. En todo caso ha sido un tipo con suerte que ha sabido escabullirse a tiempo, pero ya caerá, se lo aseguro, no descansaré hasta que usted y todos los de su calaña sean procesados y condenados por sus asquerosos delitos.

—Le repito que yo también he sido una víctima de los auténticos culpables, alguien me tendió una trampa, joder, ¿no lo entiende o no quiere entenderlo? Pero bueno, me da exactamente igual, ya le he dicho antes que sé que no le voy a convencer, así que me rindo. ¿Por qué me ha mandado llamar? ¿Qué es lo que quiere de mí? —le pregunté intentando cambiar de tema y averiguar el motivo de la citación, ya que estaba cansado de ese estúpido combate dialéctico en el que nunca, por más

que me esforzara, saldría victorioso.

Luis Bourget aceptó mi petición de cambio de tercio y recobrando la típica compostura judicial me dijo que había tenido noticias de que estaba investigando un asesinato.

—Investigación para la que usted no está habilitado. En España los detectives privados no pueden actuar en asuntos relacionados con delitos perseguibles de oficio. Se está jugando la licencia, una licencia que yo nunca le hubiera concedido —se dignó apostillar—, y tal vez algo más, ya que su conducta podría llegar a ser calificada como delictiva.

—Sus informantes han vuelto a equivocarse. Yo no estoy investigando un asesinato, de hecho no hubo asesinato, eso al menos han dictaminado la Ertzaintza y un colega suyo, y yo, como es lógico, acato esos dictámenes. Lo único que estoy investigando es los últimos días de la muerte a petición de su difunto marido. Estaba tan enamorado de ella que desea conocer lo que estuvo haciendo hasta que exhaló su último suspiro. ¿No cree usted que es algo muy tierno y hermoso, señoría?

—Déjese de gilipolces, Goikoetxea. Usted podrá vestir el muñeco de la forma que quiera, pero por lo menos tenga la decencia de no ofender mi inteligencia. Los dos sabemos que está investigando el posible asesinato de María Isabel Gárate y aunque, como acaba de decir usted mismo, es cierto que no hay abierta ninguna causa oficial por ese motivo, eso no significa que no esté cometiendo una infracción similar a la que cometería si, efectivamente, hubiera sido asesinada. De modo que le exhorto a que abandone esa investigación si no quiere afrontar las pertinentes consecuencias administrativas y judiciales a las que puede hacerse acreedor.

—Fíjese lo equivocado que estaba yo con usted, señoría. He entrado aquí pensando que era un cabrón de mierda y un hijo de la gran puta y sin embargo me iré con el convencimiento de que es un buen hombre que lo único que desea es evitarme problemas.

—No le consiento que hable así.

—¿De verdad? ¿Y qué piensa hacer para evitarlo? Porque usted mismo se ha asegurado de que no haya testigos, salvo que esté usando micrófonos ocultos para grabar esta conversación, lo que no sé si sería del todo legal, pero seguramente haría temblar de puro gozo a esos periodistas a los que usted es tan aficionado. No, señoría, ya va siendo hora de que me aguante como yo he tenido que aguantar toda su inquina y su persecución. Y ya que hablamos de esto, ¿quién le ha informado de que estoy investigando la muerte de María Isabel Gárate y por qué lo ha hecho? Porque seguramente quien me ha denunciado tendrá un motivo y no creo que ese motivo sea angelical y puro. He sido policía los suficientes años como para saber que eso de la desinteresada colaboración ciudadana no es más que una leyenda urbana, y no de las más creíbles precisamente.

—No todo el mundo es como usted, señor Goikoetxea, afortunadamente —una sonrisa sustituyó a su anterior aspecto airado, como si se considerase vencedor de

nuestro encuentro dialéctico—, todavía hay gente a la que le interesa el triunfo de la justicia. Pero, por supuesto, deberá permanecer en el anonimato de momento, no me gustaría que sufriera ningún percance por culpa de una extemporánea indiscreción. Y ahora, aunque no sepa usted quién le ha denunciado, sí que sabe que no voy a tolerar ninguna acción coactiva o atemorizadora contra el denunciante.

Joder con el magistrado Bourget, prácticamente me estaba acusando de ser un nieto putativo de don Vito Corleone o un miembro activo de las nuevas mafias rusas. Y lo peor de todo eso, lo que más me descorazonaba, era el hecho de que pese a que antes le había calificado de cabrón e hijo de la gran puta, y de que era un impresentable que quería medrar por todos los medios, yo sabía que Luis Bourget Morán, como juez, era un hombre íntegro y honrado. Si me decía lo que me decía y me acusaba de lo que me acusaba era porque estaba convencido de ello. Contra alguien corrupto se puede luchar, es muy difícil, no me hago ilusiones, pero se puede luchar. El problema estriba en cómo luchar contra un hombre íntegro y honrado que está convencido de que tú eres un delincuente de la peor especie y tiene esa idea tan arraigada en su interior que es prácticamente imposible arrancarla.

—Como usted desee, señoría —le dije dándome por vencido—. ¿Tiene algo más que decirme o puedo irme?

—Puede irse y espero no verle en mucho tiempo, salvo cuando llegue el momento de leerle en persona una orden de ingreso en prisión —me dijo con esos ojos brillantes que le proporcionaban un inquietante aspecto de Savonarola con toga.

Supongo que lo más inteligente hubiera sido efectuar una elegante o, al menos, silenciosa salida, pero el último comentario de Bourget hizo que la testosterona recobrara su perdido protagonismo y como si quisiera desafiarle agarré con mis manos una fotografía que tenía encima de la mesa, dentro de un marco de plata con aspecto de haber costado un huevo, y en que se podía ver a Luis Bourget y a su novio, un joven y reputado empresario bilbaíno, vestidos ambos con traje de pingüino y una acaramelada expresión de felicidad que te producían unas inmensas ganas de vomitar.

—Vaya, vaya —le dije—, por lo que veo se ha casado hace poco con su novio de siempre. Enhorabuena, pichoncito. ¿Fue bonita la ceremonia? Ya me los imagino, los dos llenos del arroz que han esparcido alegremente los invitados y morreándose castamente tras el primer brindis, mientras los concurrentes gritan alborozados «vivan los novios» y «que se besen».

La manera en la que intentaba joderle tenía su punto de hipocresía porque hasta el día en que Natalia me miró con odio y me dijo que no quería volverme a ver nunca más en su puta vida, uno de mis recuerdos más felices era, precisamente, el de nuestra boda, en la que cumpliendo con todos los tópicos de la horterada nacional nos echaron arroz, me cortaron la corbata y se gritó infinidad de veces «vivan los novios», y «que se besen», esto último siempre con respuesta positiva por mi parte, que no desperdiciaba la menor ocasión de meter mi lengua en la boca de Natalia.

Esa imagen que repentinamente se adueñó de mi cabeza me hizo comprender que me estaba comportando como un auténtico gilipollas, pero no tuve tiempo de devolver la fotografía a su sitio porque Bourget me la arrebató, mientras aún colérico me decía que saliera inmediatamente de su despacho, antes de que se arrepintiera de ser tan indulgente y dictara orden de prisión contra mí por desacato.

Prudentemente opté, en esta ocasión, por hacerle caso y sin despedirme de él salí del despacho. No estoy seguro del todo pero mientras cerraba la puerta me pareció vislumbra cómo con la manga de la toga, creo que en su humorística jerga los leguleyos le llaman «puñeta», limpió el marco de la fotografía por donde la había cogido y besaba, como si de un acto de desagravio se tratara, la imagen de su adorado cónyuge.

Cuando salí del Palacio de Justicia estaba tan pasado de vueltas que no se me ocurrió nada mejor que acudir a la casa de la buena de Sara. Dicho así parece que había decidido ir a casa de una vieja amiga, y en cierto modo lo era, el matiz lo proporcionaba el hecho de que no se trataba de una antigua compañera de estudios o de trabajo, ni de una vieja conocida de la familia o un antiguo ligue del que me hubiese separado amistosamente, sino que cuando hablaba de la buena de Sara me refería al hecho de que estaba buenísima, lo que suponía un punto importante a su favor a la hora de ejercer su profesión, que era la de prostituta. Una puta de lujo, eso sí, o de alto *standing*, como dicen ahora los pijos que han estudiado en Oxford, pero prostituta al fin y al cabo, y que conste que no lo digo en plan crítico, cada uno es lo que es, y además, aunque ya he reconocido que lo mío no es ir a misa, de las clases de religión a las que asistí de pequeño lo único que se me quedó, quizás por lo paradójico que aparentemente parecía, fue esa frase de que «las prostitutas os precederán el reino de los cielos». Espero que si ese reino existe de verdad, en segundo lugar vayamos los policías acusados injustamente de pederastas.

Había conocido a Sara no debido a ningún tipo de vicio inconfesable, todos los que tengo los he acabado por confesar en algún momento de mi vida y si no los he confesado algún alma caritativa se ha encargado de hacerlo en mi nombre, sino en el ejercicio de mi profesión, pero en lugar de detenerla me hice amigo de ella y hasta cierto punto, solo hasta cierto punto ya que Sara siempre ha estado lejos del lumpen delincencial, se convirtió en mi confidente. De hecho le había pedido que me ayudara a descubrir quién me había tendido la trampa que me obligó a pedir la excedencia y estuvo a punto de llevarme a prisión, a lo que accedió de buen grado. Pese a ser prostituta, o quizás precisamente por serlo, detestaba a los pederastas y explotadores de niños o de mujeres, pero previamente me advirtió de que no pusiera muchas esperanzas en el buen resultado de sus gestiones ya que sus clientes habituales formaban un grupo selecto en el que no podía entrar nadie a quien la propia Sara no le hubiera dado previamente el visto bueno. Hasta ahora, como si sus predicciones estuvieran bendecidas por el mismísimo Dios, su profecía se había cumplido al pie de la letra y no había conseguido proporcionarme ninguna pista que me ayudara a lavar mi buen nombre, bueno, dejémoslo simplemente en que no me había proporcionado ninguna pista que me ayudara a lavar simplemente mi nombre.

En aquella ocasión no era la esperanza de que tuviera algo para mí lo que me llevaba a su casa. En realidad no sabía lo que quería de ella, simplemente estaba en horas bajas y la única amiga a la que se me ocurrió recurrir coincidió que se dedicaba a la más vieja profesión del mundo. No sé qué hubieran opinado sobre esa circunstancia mis difuntas abuelas, que eran de misa diaria, pero era un hecho y yo no estaba en esos momentos para buscarle el intrínquilis filosófico. Hacía mucho tiempo que no iba a visitarla, pero me acordaba perfectamente dónde estaba ubicado su

establecimiento, por llamarlo de algún modo. Se trataba de un viejo inmueble de aspecto señorial —eso es, al menos, lo que suele decirse de las casas antiguas que están a punto de caerse a trozos en el centro de Bilbao, y presumo que en el centro de todas las ciudades— con más aspecto de albergar en su seno un geriátrico que una casa de putas, pero las cosas como son, desde que nos hemos convertido en una ciudad de servicios en cualquier rincón disponible la gente emprendedora, tipo Sara, monta negocios de todo tipo.

Por si se me hubiera olvidado el piso en el que mi amiga y sus colegas ejercían su oficio, un vecino o transeúnte que en esos momentos salía del portal me lo recordó al guiñarme un ojo y decir, «¿qué, al quinto, eh?». Totalmente azorado, pese a ser un policía curtido en el oficio durante años en los que había visto de todo siempre que me encontraba en situaciones parecidas aflúan involuntariamente los rescoldos de mi educación en un colegio de curas, le contesté que no, que iba a ver a un dentista muy bueno que me habían dicho que tenía allí su consulta, porque me dolían un poco las muelas. Su contestación, «sí, seguro que le hacen un bonito trabajo bucal», me convenció de que no merecía la pena disimular, y farfullando unas cuantas palabras de excusa, parece mentira la de gente ociosa y con ganas de pegar la hebra que hay por el mundo, me desembaracé de él y me introduje en el ascensor.

Quizás debido al desconcierto en el que me habían sumido los procaces comentarios del fulano, pese a conocer perfectamente el inmueble me equivoqué de timbre y pulsé el de la mano derecha. Me abrió la puerta un niño pequeño, lo que no me sorprendió gran cosa ya que sé que muchas de las mujeres que se dedican a ese honesto oficio lo han hecho después de haber sido seducidas, embarazadas y abandonadas por algún desaprensivo —y que conste que este párrafo no es autobiográfico— de modo que, tras sonreírle bobaliconamente, como dicen los manuales que hay que tratar a los representantes de la santa infancia, le pregunté por Sara.

—Mamá, mamá, aquí hay un señor que pregunta por una de las putas de enfrente. ¿Qué hago? —dijo el niño haciendo acopio de una mala leche impensable en un retaco como ese.

Por toda contestación apareció al de escasos segundos una mujer joven, con la cara encendida por la ira, que tras pronunciar un injusto «sinvergüenza de mierda», obviamente dirigido a mi persona, me cerró bruscamente la puerta, tan bruscamente que no me dio tiempo a apartarme y me hizo sangrar por la nariz. Hay que ver cómo se han puesto en los últimos tiempos las amas de casa, tienen más mala hostia que sus congéneres del tipo abogada liberada. Además, para mayor humillación, tras de la puerta pude escuchar cómo se reía el enano delator. Mi único consuelo era el pensar que se acercaban los exámenes finales y el monstruito seguramente suspendería todas y cada una de las asignaturas, lo que causaría una gran frustración a su madre y a él le privaría durante un tiempo, como justo y proporcionado castigo, de meterse en las páginas guarras de Internet. Sí, el tiempo se ocuparía de poner en su lugar a esa

desagradable mujer y a su repugnante vástago. Admito que como consuelo era bien magro, pero cuando no hay otra cosa uno se agarra a un clavo ardiendo.

El siguiente timbre que pulsé fue el correcto y en cuanto dije mi nombre la propia Sara salió a recibirme efusivamente, colmándome a besos y agasajos antes de decirme que lo sentía mucho, pero que no tenía nada para mí.

—No he conseguido averiguar nada, lo lamento.

—Da igual, hoy no vengo por eso —repliqué—, vengo tan solo como amigo.

Quizás en otro momento Sara hubiera interpretado esa expresión de un modo diferente, pero allí y a aquella hora se limitó a llevarme a su habitación privada, en la que no podía entrar ningún cliente ni ninguna de sus pupilas, tan solo la mujer que le limpiaba el piso, y tras ofrecerme una copa de un orujo especial que se lo traía de Galicia un cliente que también se creía especial, añadió sonriendo, se limitó a escucharme sin interrumpirme ni un segundo. No es que nos hubiéramos puesto de acuerdo, ni que fuera con esa intención, o quizás sí, el subconsciente suele gastarnos esas bromas, el caso es que desgrané de la cruz a la fecha todo lo que me había ocurrido, todo lo que había sentido, llorado y sufrido, desde que tuve que solicitar la excedencia. Y lo mejor de todo es que fue sencillo, muy sencillo. En ningún momento se me hizo un nudo en la garganta o solté una lágrima fácil, simplemente se lo conté todo, de un modo natural, sin dramatismos ni aspavientos, y cuando acabé de hablar me sentía mejor, mucho mejor.

—Mi pobre Goiko —dijo cuando finalizó mi perorata acercándose a mí y acariciándome el pelo, en un gesto de ternura que por poco acaba con la serenidad que había mostrado hasta entonces—. Mi pobre Goiko —repitió, consciente de que no hacía falta decir ninguna cosa más.

Durante unos segundos continuamos así, como si fuéramos un fotograma suspendido de una película romántica y empalagosa, pero pronto los ojos de Sara recobraron su vivacidad característica y empezando a reír escandalosamente me dijo que, de todos modos, la amiga de María Isabel Gárate había dado en el clavo.

—La morenaza del Toledo tenía más razón que un santo, follar es un acto alegre y placentero, pero tú, efectivamente, desprendes tanta amargura y tristeza que eres capaz de joderlo, y que conste que no pretendo hacer un juego de palabras —añadió sin dejar de reírse—, aunque hay una diferencia importante entre ella y yo. Yo soy una auténtica experta, capaz de resucitar a un muerto. Mucho más a alguien vivo que solo está entristecido y amargado.

—Ahora no, Sara —le dije al observar cómo ponía en acción su cuerpo de tal manera que daba la sensación de que no había ni un poro de su piel que no estuviera restregándose la mía—. Ahora no, Sara —y lo decía de verdad, desde que Natalia me había dejado no había estado con ninguna mujer y no solo porque fuera fiel a su recuerdo o por un enfermizo sentido de la moral proveniente de mi esmerada educación judeocristiana, sino porque sencillamente las órdenes que patéticamente intentaba transmitir mi cerebro a mis genitales no se cumplían y, por decirlo sin

eufemismos, no se me levantaba, pero aquel día todo fue diferente, muy diferente.

Yo no sé si Sara, como había presumido, era tan solo una excelente profesional o había algo más o simplemente me pilló, nos pilló a ambos, en el momento adecuado, el caso es que al de pocos segundos estábamos desnudos sobre su cama haciendo lo que habitualmente hacen sobre una cama dos personas desnudas. Quizás no fuimos muy originales, pero nos lo pasamos francamente bien, que al fin y al cabo es de lo que se trata en este tipo de ocasiones.

Supongo que eso debiera haberme calmado, ya se sabe, la típica expresión machista de «el refugio del guerrero» y esas cosas, pero lo que ocurrió fue precisamente todo lo contrario, lo que no deja de ser lógico. Si algún día un monarca magnánimo, muy magnánimo tendría que ser, de todos modos, me concediera un título nobiliario con escudo, y en ese escudo tuviera que inscribirse una leyenda, ya fuese en latín o en arameo, seguramente tendría que escoger como lema el de «haz siempre lo contrario de lo que tienes que hacer». En fin, hay cosas que cuando uno llega a cierta edad ya no se pueden cambiar. El caso es que cuando me despedí de Sara, en lugar de estar satisfecho y calmado, bueno, satisfecho sí estaba, eso es cierto, decir lo contrario habría sido absurdo, pero en lugar de estar calmado me encontraba eufórico, muy eufórico, más que si me hubiera bebido todo el tinto que son capaces de producir los viñedos de La Rioja. Por eso en lugar de dirigirme a mi casa, a recordar con una sonrisa en los labios el buen rato pasado, decidí acercarme a la comisaría.

O los turnos estaban mal repartidos o alguien le tenía manía al policía uniformado que me había atendido en la ocasión anterior, porque de nuevo se encontraba en la recepción haciendo su aburrido papel de «hermano portero». Esta vez sí me reconoció, pero de nuevo la fama que me precedía le impidió musitar ninguna palabra.

—¿Está Natalia Urkiza?

—¿Natalia Urkiza? —volvió a repetir mi pregunta. Tal vez tuviera insertado en su ADN genes de papagayo o, simplemente, pensaba que eso de Natalia Urkiza era un mantra. En lugar de «hare krishna, hare krishna» no tendría más que repetir continuamente «Natalia Urkiza, Natalia Urkiza» para conquistar el nirvana.

—Sí, Natalia Urkiza, suboficial de la Escala de Investigación, metro sesenta y ocho, sesenta kilos si no ha engordado en los últimos tiempos, pelo castaño, ojos verdes, piernas esbeltas y torneadas, pecho..., ¿es necesario que le diga las medidas o con esto ya tiene suficiente?

Se supone que los policías son hombres hechos y derechos que no se asustan por nada, pero el que en esos momentos tenía enfrente enrojeció como si se tratara de un seminarista la primera vez que pisaba Las Cortes, la calle en la que en las épocas anteriores al botellón se desvirgaban por primera vez todos los vizcaínos de bien, y también los vizcaínos de mal, por supuesto.

—¿Está o no está? —volví a preguntarle interpretando, acertadamente, que su

rubor era un indicativo de que no necesitaba explayarme más en la descripción de Natalia. Algún gato que odiaba a los *ertzainas* debía haberse comido su lengua, porque me contestó que sí con un simple movimiento de su cabeza, sin pronunciar ninguna palabra, ni siquiera un monosílabo tan sencillo como ese.

Sin más ceremonias ni darle mi DNI para que tomara nota en el libro de entradas, al fin y al cabo el fulano sabía perfectamente quién era yo, me dirigí hacia el despacho que ocupaba el grupo al que pertenecía Natalia. Cuando entré allí estaba riéndose de alguna chorrada que seguramente había dicho uno de los compañeros que estaban con ella. Era un joven al que yo no conocía, de hecho ninguno de los *ertzainas* que estaban en esos momentos con Natalia habían coincidido nunca conmigo, pero eso no me detuvo lo más mínimo.

—Yo pensaba que el animal carroñero que se reía era la hiena, pero veo que también se ríen las zorras. O quizás seas ambas cosas, quizás seas una mezcla de hiena y de zorra.

Si en algún momento de lucidez había pensado tener una conversación tranquila y serena con Natalia estaba claro que acababa de cagarla. Y, desde luego, no había sido el mejor modo de presentarme ante sus compañeros. Pero el mal ya estaba hecho, así que decidí seguir explayándome a gusto.

—Zorra y chivata. Sobre todo chivata.

Si en un primer momento la sorpresa había sido mi aliada, pasado ese primer momento Natalia reaccionó como, por otra parte era lógico, enrojeciendo de ira y preguntándome qué es lo que estaba haciendo allí. Para ser más exacto, chilló históricamente mientras decía qué cojones estaba haciendo allí un mal nacido hijo de puta como yo.

—¿Sí, soy yo el hijo de puta? ¿Y cómo calificarías a alguien tan rastroso y mezquino que delata a un antiguo amigo —por un momento estuve a punto de decir a un exmarido pero preferí no citar esa palabra— y le echa encima a los perros de la municipal y un juez que sabe que le odia? ¿Cómo le calificarías tú? ¿Zorra, puta, chivata, malnacida? ¿Alguna otra palabra? Estoy dispuesto a aprender de ti, tú eres la experta en ese campo.

—No sé de qué me estás hablando —intentó aparentar indignación, pero la expresión de su cara la delataba. Si antes de presentarme en la comisaría estaba prácticamente seguro de que era ella quien le había ido con el cuento al juez Bourget Morán, ahora no tenía la más pequeña duda.

—Sí, sí que lo sabes. Tú eras la única persona, aparte de Eneko Goirizelaia y el notario Uralde, que sabía que estaba investigando la muerte de María Isabel Gárate —en realidad el círculo de conocedores de la noticia se había ido ensanchando según iba avanzando la investigación, pero ese pequeño detalle no venía al caso—. Y no creo que ninguno de los dos me haya denunciado.

—Eres un imbécil, Goiko —aunque en nuestra anterior conversación había sido yo quien le había pedido que me llamara así y no utilizara el nombre más íntimo de

Mikel, me dolió que, justo en esa única cuestión, me hubiera hecho caso—, y un engreído si crees que eres la única persona en el mundo que ocupa mi pensamiento. No he hablado para nada con Bourget, quizás tus amigos no sean tan leales como pretenden.

Por unos instantes me hizo dudar, pero se me pasó enseguida. Solo había una persona en el mundo capaz de odiarme más que el juez y esa era la mujer a la que hacía aún muy poco tiempo, aunque parecía que hubiesen transcurrido varios siglos, había amado.

Durante unos segundos nos miramos fijamente, no tanto con odio o dureza como con la determinación de mantener cada uno su postura. Ese duelo visual tan solo fue roto por las palabras del *ertzaina* que hacía un rato había estado riéndose con Natalia.

—Natalia, ¿quieres que nos hagamos cargo de él? —Era todo un caballero el gachó, o quizás tan solo intentaba ligársela y pensaba que ese era un buen modo de impresionarla.

—No creo que haga falta —respondió, con tono molesto, Natalia—. El señor Goikoetxea ya se iba, ¿no es así?

Los escasos gramos de sensatez que aún atesoraban mis neuronas eligieron ese momento para salir a flote y dije que sí, que me iba.

—Pero esto no va a quedar así, tú y yo aún tenemos que hablar largo y tendido —fui incapaz de escabullirme sin pronunciar una última frase rimbombante.

—Estás muy equivocado, Goiko, pero que muy equivocado. Tú y yo hace ya mucho tiempo que no tenemos nada de qué hablar.

Ha pasado ya mucho tiempo, tiempo en el que has dejado atrás tu infancia para siempre, pero aún hoy en día te asombras de vez en cuando, como acaba de ocurrirte hace un momento, cuando ves a un grupo de niños que caminan felices junto a sus jóvenes profesores. Seguramente van de excursión, o a nadar, o a alguna sala de cine en la que verán una película de dibujos animados. O a hacer cualquier otra cosa, da igual, pero se les ve alegres y bulliciosos, sobre todo bulliciosos. Es curioso, piensas, que a lo largo de toda tu vida te has enfrentado a delincuentes endurecidos por la vida, a asesinos sin escrúpulos y a gentuza de todo tipo y condición, y sin embargo serías incapaz de lidiar con un grupo de niños de primaria. Está claro que cada uno vale para lo que vale y no hay que darle más vueltas.

Los niños desaparecen en pos de sus profesores y no puedes evitar el echar la vista atrás, a aquellos tiempos, felizmente lejanos, en los que tenías su misma edad y no puedes evitar el sentir un evidente desasosiego al comparar la expresión de felicidad de esos niños con la que habitualmente teníais tú y tus compañeros.

El tipo que proclamó eso de que la patria de un hombre es su infancia era un gilipollas. O eso o no había vivido lo que tú viviste. Porque para ti la infancia no fue una patria, sino una cárcel. Y no se trata de una metáfora, no se llega a donde tú has llegado gracias a las metáforas, sino que es algo real, terrible y sórdidamente real. No había nada más parecido a una cárcel que el orfanato en el que tú y tu hermano os criasteis, con esos muros de piedra gris y perennemente sucia que podían haber albergado, en su interior, el decorado de una película de terror, con esos profesores, aunque dudas que fueran de verdad profesores, que parecían haber realizado sus primeras prácticas profesionales en un campo de concentración del III Reich y, sobre todo, con esa tristeza que impregnaba todos los rincones del internado y que nada ni nadie era capaz de erradicar. En ese lugar la palabra felicidad había sido confinada en los diccionarios y nunca se le permitió salir al exterior. Si fuera verdad eso de que la patria de un hombre es su infancia, tú serías un auténtico apátrida.

Y no es que los niños que ves por las calles no puedan estar tristes e infelices, de hecho lo están a menudo, como ese niño que llora a pleno pulmón al que su padre, con aspecto malhumorado, lleva de la mano, pero no es lo mismo llorar porque no te compran esas golosinas que tanto ansías que hacerlo porque sabes que no hay esperanza para ti. Y saber que no hay esperanza para ti cuando tan solo tienes siete, ocho, nueve años..., no es para llorar, es para esconderte en un agujero lo más alejado posible del mundo y no salir de él hasta que el Ángel Exterminador anuncie, con su trompeta, que por fin ha llegado el anhelado día del juicio final.

Aunque tú nunca perteneciste al grupo de los llorones. Te hubiera gustado serlo, toda la gente dice que llorar es como un bálsamo, que desahoga mucho y ayuda a pasar las penas, pero tú no podías permitirte el lujo de llorar, a ti te tocaba aguantar. Alguien tenía que hacerlo, lo supiste aquel día que viste a tu hermano llegar llorando

al camastro que compartíais en el orfanato. Lloraba amargamente y solo dejó de hacerlo cuando tú le preguntaste qué le ocurría. Entonces se enjuagó las lágrimas y empezó a chillarte diciendo que él no era un llorón, que él nunca lloraba, mientras te golpeaba en la cara una y otra vez, una y otra vez, hasta que le dijiste que tenía razón, que te habías equivocado, que él nunca lloraba. Aquel día decidiste que tú tampoco derramarías ni una lágrima en todo el tiempo que te quedara de vida.

El trabajo de la policía suele ser a menudo tedioso, hay que meter muchas horas yendo de un sitio a otro, haciendo preguntas, enseñando fotografías, husmeando en los rincones, con la débil esperanza de que quizás, gracias a un golpe de suerte, pueda hallarse en el pajar esa aguja que nos indica que vamos por buen camino, pero por lo menos es compartido, se trabaja en equipo, incluso si el asunto es muy importante, es decir, de esos que hacen que los jefes puedan salir sonriendo en los informativos de la mayoría de las cadenas de televisión, el equipo supera en efectivos a los de un club de fútbol y es más fácil obtener resultados. O al menos, en caso de no obtenerlos, el cansancio y la frustración es mucho menor.

Pero el detective trabaja solo, irremediablemente solo, y los únicos zapatos que se desgastan son los suyos. Si quiere cubrir todo el espacio y explorar todas las posibilidades de conseguir una pista tiene que hacer el mismo trabajo que habitualmente, y según los casos, hacen dos, tres, cuatro o cincuenta de sus colegas con placa oficial. O eso o tener muy buenas relaciones con la propia policía lo que, desgraciadamente, no era mi caso, así que pese a la resaca que llevaba encima (la noche anterior había intentado apaciguar mis demonios interiores y mi estupidez y fracaso con Natalia ingiriendo varios litros de alcohol con el resultado lógico) decidí comportarme como un buen profesional e iniciar un recorrido por los bares y cafeterías que jalonan el Paseo de Abando Ibarra, que bordea la Ría de Bilbao, penúltimo hogar de la mujer cuya muerte estaba investigando.

Hasta que uno no tiene que ir de bar en bar, de cafetería en cafetería, y de restaurante en restaurante mendigando unas migajas de información, no se da cuenta de lo aficionados que son los bilbaínos a ese tipo de locales, de hecho, a lo largo de mi vida, he visto inaugurar muchos, pero muy pocos se han cerrado. Por eso, cuando llevaba tres horas largas repitiendo mecánicamente la misma operación, acercarme a un camarero, enseñarle la fotografía de María Isabel Gárate, preguntarle si la recordaba y después de oír su respuesta o ver su cabeceo negativo, darle una tarjeta y pedirle que, si de repente se acordara de ella, me llamara a cualquier hora y en cualquier circunstancia (soy consciente de que en el noventa y nueve como noventa y nueve por ciento de los casos la tarjeta acaba archivada en el cubo de la basura, pero es el procedimiento habitual y, en el fondo, soy muy respetuoso con los procedimientos habituales), decidí que mis maltratados pies tenían derecho a un merecido descanso, así que en la última cafetería en la que mis preguntas habían obtenido un «lo siento, pero no me suena» por respuesta, me senté en la única mesa que quedaba libre y pedí una caña de cerveza. Estuve también tentado de pedir una ración de ibéricos, total, con pasarle al notario la factura como gastos me salía gratis el homenaje, pero finalmente no lo hice, no tanto por honradez como porque no tenía hambre. Además, cuando vino el camarero a traerme la caña, la ración de ibéricos se me fue de la cabeza ya que, junto a la cerveza, me proporcionó algo más, la

información que había estado buscando en vano hasta ese momento.

El camarero debía haber empezado en ese momento su turno, ya que anteriormente no le había visto, así que con una gran dosis de hastío y desgana volví a sacar de mi cartera la fotografía, que amenazaba ya con ajarse por el uso, y le pregunté si la había visto en alguna ocasión anterior.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Es usted policía?

Esto último me lo preguntó con la desconfianza pintada en su cara. Estaba claro que las Fuerzas del Orden no le caían nada bien, no sé si por ideología o porque hubiera tenido algún que otro encontronazo desagradable con la ley. De todos modos, como no tenía aspecto de delincuente, decidí fiarme de mi instinto y, confiando en que la primera de las hipótesis fuese la correcta, mentirle descaradamente.

—Fui policía, pero afortunadamente ya no lo soy. Me cansé de luchar desde dentro contra las prácticas corruptas de mis compañeros, así que dejé la Ertzaintza y me instalé por mi cuenta, como detective privado. Desgraciadamente mis antiguos colegas no perdonan y en cuanto han averiguado que estoy investigando la desaparición de una mujer que anteriormente había sido acosada por ellos han empezado a amenazarme así como a obstaculizar mi investigación todo lo posible. Por eso, si usted pudiera proporcionarme algo de información, le estaría muy agradecido.

El tipo parecía más aficionado a jugar a la nintendo o la play station que a las novelas policíacas, aunque quién sabe, quizás había visto en una emisión televisiva de madrugada la película *Serpico* y se había emocionado con mis palabras recordando al personaje interpretado por Al Pacino. A veces, por increíble que parezca, esas cosas funcionan, y en esta ocasión funcionó, vaya que si funcionó. Aunque es posible que el billete de cincuenta euros que disimuladamente introduce en el bolsillo de su chaqueta, siempre hay que tener en la recámara un plan B, por si acaso, le ayudara a recordar.

—Sí, me parece que la recuerdo —el camarero hizo con su cabeza auténticos malabarismos, como para remarcar que estaba pensando en el tema. Quizás pensar, efectivamente, fuera un ejercicio al que no estaba habituado o, tal vez, se tratara tan solo de una actuación dirigida a sacarme más pasta, ya que estaba meridianamente claro que desde el primer golpe de vista había reconocido a María Isabel Gárate, pero ante la duda decidí premiar sus esfuerzos con otro billete, en esta ocasión de veinte euros, mientras le decía que era el último billete que me quedaba.

—Gracias, aunque el dinero es lo de menos, que conste —eso fue lo que dijo, pero no me devolvió los setenta euros el muy hipócrita—. Sí, creo que la reconozco, estuvo aquí hará unas dos semanas, no recuerdo cuándo exactamente, pero calculo que hará unos diez o doce días y que debió venir entre un lunes y un jueves, ya que el fin de semana tenemos tanta gente que es imposible fijarse en ningún cliente, salvo en los habituales, por supuesto, y los domingos solemos cerrar.

—¿No era, por tanto, una clienta habitual?

—No, no era una clienta habitual. ¿Y por qué me lo pregunta en pasado? ¿La han asesinado? ¿Alguno de sus antiguos compañeros, tal vez?

Vaya, parecía que el sujeto sí que era aficionado a las novelas policíacas o, por lo menos, a las películas en blanco y negro de serie B. Eso, como muchas cosas en la vida, tenía ventajas e inconvenientes, así que decidí explorar las posibles ventajas.

—Podría ser, pero aún espero llegar a tiempo para evitarlo —le dije misteriosamente. El camarero estaba tan emocionado que cualquiera hubiera dicho que tenía una cita con Jennifer López—. Si no era una clienta habitual, ¿está seguro de haberla reconocido? ¿No podría estar equivocado? Mire la fotografía de nuevo, por si acaso.

—No es necesario —me respondió en un tono semiofendido—, soy un buen observador, y no me estoy inventando nada —añadió, como si temiera que no le creyera. En realidad yo sabía desde el primer momento que me estaba diciendo la verdad, pero mi escepticismo suponía un estímulo para que acabara diciéndome más cosas que las que en un primer momento hubiera pretendido contarme—, esta mujer estuvo aquí hará unas dos semanas, como ya le he dicho, acompañada por un hombre.

—¿Conocía a ese hombre? ¿Podría describírmelo?

—No, no le conocía, y en cuanto a su aspecto era normal, sí, eso, normal.

—¿Normal? ¿Podría ser más explícito, por favor? ¿Era alto o bajo, rubio o moreno, cómo vestía, poseía alguna característica especial?

—Pues normal, ya se lo he dicho. No era ni alto ni bajo, vamos, que no era un enano, pero tampoco podría haber jugado en la NBA y en cuanto el pelo, pues no sé, quizás moreno, pero no negro, ¿castaño quizá?, no, bueno, no lo recuerdo, la verdad, pero era normal, no llevaba coleta ni el pelo a lo punki ni una chamarra en la que pusiera con letras sanguinolentas «os odio a todos, cabrones» —por el tono en que lo dijo me dio la impresión de que él sí tenía una chamarra de esas—, lo que he dicho, un tipo normal como cientos, qué digo cientos, como miles de los que pasan por aquí todas las semanas.

Asentí en silencio, consciente de que si le presionaba acabaría inventándose algo más para darme gusto, con lo que sería peor el remedio que la enfermedad. Además, lo que me decía tenía su lógica, la mayoría de la gente es, por usar las palabras del camarero, «normal», y el mejor camuflaje para alguien que ha decidido cometer un crimen y pretende conservar su anonimato es, precisamente, procurar ser lo más «normal» posible, así que de momento opté por olvidarme del acompañante y centrarme en la propia María Isabel Gárate.

—La mujer, ¿estaba nerviosa o excitada? ¿Parecía estar con ese hombre contra su voluntad o tenían pinta de ser amigos?

—No parecía estar a disgusto, no señor, de hecho intentaba sobar a menudo al pobre hombre aunque apenas lo conseguía porque estaba totalmente pedo.

—¿Pedo? —Enarqué las cejas, como un famoso presentador de televisión, para

demostrarle mi extrañeza y animarle a que continuara.

—Bueno, sí, pedo, quiero decir que estaba borracha, ya sabe, un tanto achispada. No es que no se tuviera en pie ni balbuceara, no señor, pero se la notaba como muy alegre, excitada, como ha dicho usted antes, y no paraba de repetir que «esto es genial, pensar que he sido abstemia toda mi vida, lo que me he estado perdiendo». Si no repitió la frase cien veces lo hizo mil, por eso supuse que no estaba acostumbrada a beber alcohol. En realidad aquí solo se bebió un *gin- tonic*, pero debía venir cargada ya. O quizás no, si como decía todo el rato era la primera vez en su vida que tomaba alcohol, su cuerpo no estaría acostumbrado a sus efectos y lo que usted y yo aguantaríamos perfectamente —me hizo un guiño como si buscara una secreta complicidad que me negué a ofrecerle— para ella pudo ser letal.

—¿Letal? —Volví a enarcar las cejas con un sentido intimidatorio que en esta ocasión no era ninguna pose, me joden los tipos que, por simple pedantería o por intentar impresionarme, usan palabras cuyo significado desconocen.

—Bueno, quiero decir que seguramente con dos *gin- tonic* que tomara ya estaría para el arrastre, es lo que suele pasarles a quienes no están acostumbrados.

—¿Su acompañante, el hombre «normal», también estaba borracho?

—Pues ahora que lo pregunta creo que no, que estaba completamente sereno. Es más, creo que no pidió nada.

—¿Y no le extrañó?

—No demasiado, es cierto que a un bar la gente entra a beber, de eso vivimos —iba a ofrecerme de nuevo su guiño cómplice, pero optó hábilmente por quedarse a medio camino, seguramente recordó a tiempo que su apertura y cierre de ojos no podía competir con mi alzamiento de cejas—, pero cuando entran varios, incluso parejas, tampoco es raro que alguno no consuma nada y no se les va a echar por eso, vamos, digo yo. Además, si se les echara también se irían sus acompañantes y posiblemente no volverían nunca. Así que hay que aceptarlo con deportividad, como si fuera una inversión para el futuro.

En esos momentos no me encontraba con la disposición de ánimo necesaria para aguantar una charla sobre el mejor sistema de llevar un negocio de hostelería, pero como conocía perfectamente el sistema de llevar el mío opté por no interrumpirle de momento, a la espera de que continuara hablando. Es mejor que piensen que hablan porque quieren a que se percaten de que les estás interrogando y se pongan a la defensiva.

—La verdad es que no me extrañaría que su acompañante fuera uno de esos tipos que emborrachan a su pareja pensando que así se pueden aprovechar de ella —lo dijo casi con un tono nostálgico, como si estuviera recordando pasadas aventuras—, pero si eso era lo que pretendía el maromo me apuesto lo que quiera a que no lo consiguió.

—¿Ah, sí? —preferí ser escueto, lo mínimo para animarle a seguir hablando.

—Lo que yo le diga, detrás de una barra se aprende un huevo sobre el género humano. No hay como llevar años trabajando de camarero para conocer bien a la

gente y saber de qué pie cojea, por eso le digo que ese día no —quizás le pareció muy fuerte usar la palabra «follaron» con un desconocido y la sustituyó por el gesto que todos los hombres del mundo, hablen el idioma que hablen, comprenden perfectamente—, me entiende, ¿no?

Le entendía perfectamente y así se lo hice saber con un simple cabeceo.

—Estaba claro —continuó el camarero—, que en muy poco tiempo la mujer tan solo estaría preparada para dormir, si es que no caía en coma etílico. Además, antes de que salieran del bar, cambió como del agua al vino y le dio la llorona. Ya sabe cómo son estas cosas, seguramente se acordaría de alguno de esos documentales que dan por televisión a altas horas de la madrugada sobre lo difícil que está la vida en el Tercer Mundo, como si aquí tuviéramos las cosas fáciles, no te jode, y se echaría a llorar.

—¿Por qué dice eso de los documentales? —en esta ocasión consideré preferible salir de mi mutismo y darle un pequeño empujón para que continuara hablando.

—Porque no dejaba de decir «pobres niños bolivianos, pobres niños bolivianos» mientras lloraba a moco tendido.

—¿Bolivianos? ¿Está seguro de que eran bolivianos? ¿No podrían ser colombianos o peruanos o...?

—O hijos de la Gran Bretaña —me interrumpió excitado—. Yo que sé, el caso es que yo solo la oí hablar de bolivianos, me imagino que habría visto un programa de esos en los que se habla de niños que tienen que estar doce horas trabajando en las minas mascando un poco de hoja de coca como único alimento. Y es que la vida es muy jodida, se lo digo yo, pero no podemos pasarnos todo el puto día llorando por los demás, que bastantes problemas tenemos en nuestro país como para arreglar los suyos.

—¿Comentó algo más de los niños bolivianos? ¿Dijo por qué estaban jodidos?

El camarero se encogió de hombros antes de responder negativamente a mi pregunta.

—En realidad no le hice mucho caso, tampoco crea que estuve todo el rato atento a lo que decía la señora, en el fondo no tenía el menor interés, todos los borrachos son iguales, de repente se les ocurre una frase que creen ocurrente o interesante y se pasan todo el santo día repitiéndola, la mujer esa decía lo de «pobres niños bolivianos, pobres niños bolivianos» como podría haber dicho «dejad que los hombres se acerquen a mí» —si había pretendido parecer ingenioso con esa frase de intencionalidad claramente machista, como delataba su obscena sonrisa, no lo consiguió—, vamos que la frase era como eso de los hindús o budistas que repiten todo el rato lo mismo, ¿cómo se dice?, un mantra, eso, un mantra, así que no le di ninguna importancia a lo que decía. Además, yo tan solo soy un camarero que no se mete en la vida de los demás, hasta ahí podíamos llegar.

Hasta ahí había llegado yo también, así que me despedí del camarero. Le había sacado todo lo que se le podía sacar y no merecía la pena perder el tiempo —ni más

euros—, para nada. Y en el fondo había sido una charla muy instructiva. Sí, pese a que no me había proporcionado ningún dato concreto, algo de lo que me había dicho podía ser aprovechable. Quién sabe, quizás después de todo los setenta euros que había tenido que darle al camarero, por expresarlo en términos económicos, no habían sido un gasto sino una inversión.

Cualquiera que no te conociera, si supiera lo que estás haciendo, pensaría que estás corriendo un riesgo innecesario al permanecer sentado tranquilamente en la barra de esa coqueta cafetería del paseo que bordea la ría mientras el camarero, que es un auténtico bocazas, le cuenta al detective todo lo que recuerda del día que estuviste allí acompañando a María Isabel Gárate, pero quien piense eso está completamente equivocado. Tú no corres riesgos, jamás corres el menor riesgo, eres un profesional, no un gilipollas con vocación de suicida, y si llevas tanto tiempo viviendo de tu trabajo es porque sabes lo que haces.

Tal vez quienes tienen una idea un tanto romántica de tu profesión, sí, es cierto, todavía hay quienes creen que eso de ir matando gente a diestro y siniestro tiene un halo romántico, será por eso del contraste de Eros y Thanatos, piensan que, como la del torero, es una profesión de riesgo, en la que estás en todo momento al borde del abismo, pero ni el torero es un loco que no tiene bien controlado lo que hace cuando se arrima al asta de su enemigo ni tú eres un hombre que te dedicas al oficio de matar para que se te dispare la adrenalina, lo haces por la única razón por la que merece la pena hacerlo, por dinero, y el dinero es para disfrutarlo, no para dejarlo en herencia a unos hijos que ni siquiera tienes. Por eso bebes tranquilamente la cerveza, porque sabes que el camarero no te va a reconocer, por buen observador que sea, y en todo auténtico profesional de la barra hay un buen observador, tienen que serlo para poder halagar al cliente recordando cuál es su bebida favorita, de qué equipo de fútbol hay que hablar mal delante de él o qué tema de conversación es tabú. Solo de esa manera se consigue, como dicen los economistas con una horrible palabra que desgraciadamente cada vez está más extendida, «fidelizar» al cliente para hacer que vuelva a menudo y, lo que es más importante, deje buenas propinas.

En realidad, sonríes mientras lo piensas, quien de verdad ha tenido suerte al no reconocerte ha sido el camarero, no tú, ya que el no recordarte le ha salvado la vida. De modo que podría afirmarse, irónicamente, que si aún continúa vivo se debe a que tú eres bueno, muy bueno, en tu oficio. De otro modo, si hubieras sido descuidado y te hubiese podido identificar, tendrías que haber acabado con él. No habría sido la primera vez, por supuesto, pero confías en no tener que volver a hacerlo nunca más, al menos por ese motivo. Si ese día llegara, significaría que habías perdido cualidades, que ya no eres el número uno, y habría llegado el momento de dejarlo.

Puede ser injusto, incluso divertido en el caso de que alguien pudiera apreciar el sentido humorístico, casi cómico, del asunto, que alguien tenga que pagar por tus errores, no por los suyos, pero hace tiempo que sabes que no es la justicia lo que sostiene el mundo y no vas a ser tú quien empiece a cambiar esa situación.

Hace años, muchos años, recuerdas, otro camarero no tuvo esa suerte, aunque lo que sucedió no fue por tu culpa. Es cierto que todavía no habías alcanzado la maestría, o excelencia se dice ahora, que en estos momentos nadie que supiera a lo

que te dedicas podría discutirte, pero tampoco eras un torpe principiante. El que de verdad metió la pata fue el contacto que te habían asignado para darte apoyo logístico en una delicada operación, un militante de la izquierda radical que creía que las Brigadas Rojas eran unos blandos burgueses y del que los descerebrados que en aquella época eran tus jefes en los servicios de inteligencia rumanos pensaron que les podría ser útil por su dedicación a la causa y por barato, sobre todo por barato. El problema estribaba en que el tal Giuseppe Lorenzetto, que así se llamaba el fulano, era aún más gilipollas que barato, y se puso en evidencia ante el camarero de la pizzería romana en la que habíais contactado. La verdad es que nunca supiste qué era lo que había sospechado el camarero o si ni siquiera se había oído nada raro, pero no podías dejar ningún cabo suelto, por eso acabó flotando en el Tiber, con el cuello abierto de parte a parte. Mala suerte para el camarero, quizás no debiera haber transitado completamente solo, de noche, por ciertas calles de Roma que las guías turísticas no aconsejan visitar. Y mala suerte también para el camarada Lorenzetto, que veinticuatro horas más tarde fue atropellado por un vehículo que se dio a la fuga sin tener la delicadeza de pararse a auxiliarlo.

Cuando informaste a tus superiores de que habías tenido que eliminarlo para no poner en peligro la operación, no te impusieron una medalla, pero tampoco te lo reprocharon. Sabían perfectamente lo que tú has comprendido también con el transcurso de los años. Si algo abunda en el mundo son los gilipollas como Lorenzetto, más baratos que él incluso, por lo que son totalmente prescindibles, así que cuando has tenido que arrojar a alguno de ellos al cubo de la basura lo has hecho sin que te temblara la mano.

¿Es prescindible Mikel Goikoetxea?, te preguntas, pero aún no tienes la respuesta. En el fondo te cae bien, es un digno contrincante aunque eso es lo de menos porque no tiene ninguna posibilidad de derrotarte, a ti no te gusta jugar limpio, prefieres llevar las cartas marcadas para no sufrir ningún contratiempo. Además, aún tienes que decidir qué vas a hacer con él. Es un hombre inteligente y un buen sabueso que se va acercando a la verdad, aunque es imposible que la averigüe nunca. Al menos sin ayuda, sin tu ayuda. Ese es uno de los puntos que aún están sin decidir, ¿le ayudarás a descubrir la verdad? O mejor dicho, ¿le usarás finalmente como instrumento para conseguir tus auténticos objetivos?

Esa sí es la pregunta auténtica, pero aún no tienes prisa por contestarla. Todavía hay tiempo para decidirlo y una de las cosas que has aprendido a lo largo de los años es precisamente esa, a administrar tu tiempo.

La frase clave era la que tantas veces repitió María Isabel Gárate, si lo que me había comentado mi informante era cierto y no tenía motivos para dudar de él, mientras trasegaba su *gin- tonic*: «pobres niños bolivianos, pobres niños bolivianos». ¿Por qué no dejaba de pronunciar incesantemente esas palabras? ¿Tenía razón el empleado del bar cuando le quitaba importancia diciendo que los borrachos pueden hablar de cualquier cosa sin que eso quiera significar nada especial? Seguramente sí, lo sabía por experiencia, recuerdo que una vez me emborraché, o mejor dicho, no lo recuerdo, me lo contaron mis amigos, y me pasé todo el rato gritando «Viva Fuerza Nueva», por el antiguo partido franquista que dirigía Blas Piñar. Nunca he sido facha, las cosas como son, ni de extrema derecha, pero me dio por ahí. Acababa de verle en televisión, antes de salir de copas con la cuadrilla, y cuando me mamé por completo esa imagen debió llegar a mi embotado cerebro obligándome a ser si no su más eficaz sí su más étlico propagandista. No recuerdo nada de aquel día, pero el equívoco tuvo que ser curioso porque mis amigos y yo no nos movíamos, habitualmente, en ambientes muy poco susceptibles de acoger con buena disposición ese tipo de proclamas. Pero a pesar de todo merecía la pena explorar esa frase, la de los niños bolivianos. Quizás todo estaba muy cogido por los pelos, pero era la segunda vez que algo relacionado con el país andino se cruzaba en la investigación. La primera fue en la parroquia de San Julián, cuando tuve que esperar a que acabara el ensayo de un grupo de danzas formado por ciudadanos oriundos de Bolivia para poder hablar con el párroco. Y de nuevo acababa de encontrármelos, si me fiaba de los recuerdos del camarero. En realidad, cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que la idea no era tan descabellada como había pensado al principio. Al fin y al cabo, la difunta María Isabel colaboraba con una parroquia que, de algún modo, protegía y cobijaba actividades relacionadas con inmigrantes bolivianos.

El grupo de danzas ensayaba dos días a la semana, martes y jueves, así que tendría que esperar al día siguiente para acercarme a la iglesia e indagar entre sus componentes. Sabía que no me sería nada fácil, los inmigrantes, sobre todo si no tienen papeles y posiblemente gran parte de ellos no los tenían, son reacios a hablar con todo lo que suene a policía, cosa que comprendo y no reprocho en absoluto, y aunque yo no lo era, al menos en esos momentos, seguía despidiendo un inconfundible olor a pasma del que me iba a ser muy difícil desprenderme. Aún así confiaba en que el viejo cura adicto a la memoria del Che Guevara me allanara el camino avalándome y convenciéndoles de mis buenos propósitos. De todos modos, no tuve ocasión de hacerlo. Fue algo así como los anuncios de las corridas de toros, que siempre indican que se celebrarán si el tiempo y la autoridad competente no lo impiden. En mi caso concreto, el tiempo era bastante bueno, el problema fue que la autoridad competente lo impidió.

Los vi nada más acercarme al portal de mi casa. No hacía falta ser muy listo para

darse cuenta de que me estaban esperando y en este caso no se trataba de unos policías municipales nerviosos y poco experimentados sino de dos auténticos chuloputas con placa. No es un desahogo por lo que posteriormente sucedió, simplemente saltaba a la vista.

Hubo una época, tras el final de la dictadura y la instauración del nuevo estado democrático y autonómico, que la Ertzaintza, la recién creada policía vasca, generó una inusitada ilusión entre la población. Quizás por contraste con las Fuerzas de Orden Público del franquismo, cuya única misión, que cumplían con eficacia y extremado celo profesional, consistía reprimir a los disidentes y a quienes, sin serlo, pasaban por allí, la creación de un nuevo cuerpo policial que iba a estar bajo las órdenes del gobierno autónomo despertó una auténtica oleada de simpatía y apoyo popular. Los primeros *ertzainas* eran nuestros vecinos, nuestros colegas, y durante unos años se produjo una unión entre la policía y el pueblo que incluso hubiera asombrado al mismísimo Lenin en sus más utópicos momentos. Pero el paso del tiempo convirtió, tanto para lo bueno como para lo malo, a esa nueva policía en una policía normal y en la actualidad mis excolegas son como todos, los hay honestos y corruptos, están quienes creen con entusiasmo que realizan una labor social y quienes se han metido a policías porque más cornadas da el paro, los que respetan escrupulosamente los derechos humanos, incluidos los de los detenidos, y los que les inflarían a hostias sin el menor remordimiento si supieran que su acción iba a quedar impune. Y, por supuesto, como en cualquier otro cuerpo policial del ancho mundo, podemos encontrarnos con los típicos matones de tres al cuarto que están convencidos de que una placa y una pistola les transforman en unos seres poderosos y superiores al resto de los ciudadanos. A este último grupo pertenecían los dos *ertzainas* que me estaban esperando. O eso, al menos, me decían mi instinto y mi experiencia que, combinados adecuadamente, no suelen fallarme.

—¿El señor Goikoetxea? ¿Mikel Goikoetxea? —me preguntó uno de ellos, el moreno y alto que llevaba una ostentosa cadena de oro al cuello, en un intento baldío de parecer educado.

—Si os dijera que no, ¿os lo creeríais?

—¡Conteste la pregunta! —me dijo, ya sin fingir una inexistente buena educación, su compañero, quizás más bajo en centímetros pero muy superior en mala hostia—. ¿Es usted Mikel Goikoetxea?

—La verdad es que no lo sé. Esta mañana me he levantado amnésico, ¿saben ustedes lo que es la amnesia?, y no recuerdo quién soy. Pero no hay que preocuparse por ello, suele pasar en las mejores familias.

—¿Nos toma por gilipollas o qué? —El alto y moreno, con aspecto de macarra, no andaba muy desencaminado, por lo que se ve.

—Vale, dejemos el juegucito —en el fondo sabía que no tenía mucho sentido seguir haciéndome el ingenioso y si seguía tocándoles las pelotas al final sería yo quien acabaría perdiendo—, sí, soy Mikel Goikoetxea. Y vosotros supongo que sois

ertzainas, aunque me parece increíble que hayáis sido capaces de aprobar la oposición, seguramente teníais un enchufe de altos vuelos —pese a mis buenos propósitos no desperdicié la ocasión de cagarla nuevamente.

Se les veía en los ojos que lo que les pedía el cuerpo era darme una buena manita de hostias, pero estábamos en la calle, en pleno barrio de Indautxu, y eso no hubiera sido políticamente correcto, así que se limitaron a mostrarme sus credenciales —eran, en efecto, agentes de la Ertzaintza— y a decirme que estaba detenido.

—¿Necesitas la orden judicial? —me dijo sonriendo el más bajito de los dos capullos, estaba disfrutando el momento—. No tenemos ningún inconveniente en mostrártela, la firma el magistrado del ocho.

Así que el cabrón de Bourget Morán estaba en el ajo, en el fondo no me extrañaba nada aunque no dejaba de ser raro que, después de lo ocurrido en nuestro anterior encuentro, siguiera acosándome.

—¿Y se puede saber de qué me acusa esta vez ese maricón?

—De asesinato, aunque también podríamos añadir la homofobia —esta vez fue el macarra número uno quien disfrutó dándome la información.

—¿Asesinato? ¿Se puede saber de qué cojones estáis hablando?

Pero esta última pregunta no tuvo contestación. Se limitaron a colocarme unas esposas y a introducirme en un coche camuflado, en el que me llevaron a la comisaría.

—¿Se puede saber de qué coño me acusáis? ¿Qué es eso de un asesinato?

A mis insistentes preguntas, o mejor dicho, a mi única pregunta planteada en variados registros, a cada cual más fuerte y obsceno, dieron la callada por respuesta. Una vez dejado bien claro que ellos, los chicos de la placa y la pistola, eran quienes mandaban, ya no tenían nada que decirme y se limitaron a conducirme hasta la comisaría de Ibarrekolanda e introducirme en el calabozo, supongo que con la idea de que me cociera en mi propio jugo.

Si había algo que me jodía cuando estaba al otro lado de la barrera era que los presos montaran un buen follón para que se les hiciera caso. Nunca lo conseguían, pero jodía, vaya que sí jodía, así que supuse que, vista la situación, no perdía nada por imitar a mis antiguos clientes y lo hice tan bien, jamás preso alguno había gritado con tanta intensidad y vehemencia para denunciar que le estaban acosando, violando y matando, que enseguida se arremolinaron junto a mi celda un montón de *ertzainas* que no querían perderse el espectáculo.

Tres horas más tarde un policía uniformado abrió las puertas del calabozo y me condujo hasta una sala de interrogatorios. Dos agentes a los que no conocía me estaban esperando y tras decir al uniformado que me soltara las esposas, me leyeron mis derechos y me informaron del motivo por el que había sido detenido. Se me acusaba de ser el autor del asesinato de la suboficial de la Escala de Investigación de la Ertzaintza Natalia Urkiza Otamendi.

Debí quedarme totalmente pálido ya que la sangre se retiró de mi rostro. ¿Natalia

asesinada? En esos momentos no me preocupó que me consideraran el asesino de Natalia, esa idea tardó en penetrar en mi mente, lo único en lo que podía pensar era en la idea de que estaba muerta. No me lo podía creer y así lo expresé, con más vehemencia aún que la que había utilizado anteriormente en el calabozo.

—Es imposible, me estáis engañando, cabrones hijos de puta.

—¿Imposible? ¿Por qué? ¿Acaso piensa que no fue para tanto? Quizás se le fue la mano, puede ser, tal vez no deseara matarla sino simplemente darle una lección, me imagino que podría servir de atenuante en el juicio, siempre que confiese, por supuesto —dijo el agente que parecía estar al mando.

—Yo no la he matado.

—Sí, bueno, eso dicen todos, pero no vamos a continuar, no por lo menos sin cumplir con las formalidades legales. ¿Va a nombrar abogado o prefiere que se le designe uno de oficio?

—Mirad, paso de abogados, conozco el sistema y no necesito para nada asistencia letrada.

—Es la ley, si no nombra un abogado tendremos que pedir al Colegio de Abogados que le envíe uno.

Me encogí de hombros. Las formalidades legales así lo exigían y mis excolegas tenían razón. Quizás eran unos agentes escrupulosamente respetuosos de los derechos de los detenidos o quizás pensaban que tenían contra mí una acusación muy sólida y no querían echarla a perder por fallos procedimentales.

—De acuerdo, ustedes ganan, llamen al Colegio de Abogados y que me envíen uno de oficio, pero puede tardar un huevo en venir, salvo que las cosas hayan cambiado mucho desde mi época, lo que me parecería bastante raro, así que por qué no aprovechamos el tiempo y me cuentan de qué es de lo que se me acusa.

—Ya se lo hemos dicho, del asesinato de Natalia Urkiza Otamendi.

—Eso es absurdo, yo jamás le hubiera hecho daño a Natalia. La quería. Estábamos separados, sí, pero fue decisión de ella.

—Quizás estaba resentido por esa decisión.

—¿Y por eso la maté? No diga chorradas, hace meses que nos separamos, seguía enamorado de ella, pero lo había aceptado.

—¿Cuál fue el motivo de la separación?

—No me toque los cojones, lo sabe perfectamente, o debiera saberlo si es bueno en su trabajo, y supongo que lo es, sino no le habrían encargado este caso —me dio la impresión de que una pequeña sonrisa apareció en sus labios, pero fue tan efímera que no podría jurarlo—. Fui acusado de pertenecer a una red de pornografía infantil y eso motivó que nos distanciáramos.

—¿Qué se distanciaron o que ella le abandonara porque no soportaba convivir con un pederasta?

—Fui declarado inocente. O mejor dicho, ni siquiera hubo necesidad de eso porque el asunto se sobreesó antes de llegar a la vista oral.

—Lo que quiere decir que no había pruebas.

—No las había porque no podía haberlas, desprecio a esa gentuza, jamás me habría involucrado con un grupo de ese tipo, ni con ningún otro grupo de gente dedicada a la delincuencia.

—Pero aún así tuvo que dejar la Ertzaintza.

—La dejé voluntariamente, se había creado alrededor de mi persona un ambiente tan irrespirable que decidí pedir voluntariamente la excedencia, pero aún sigo siendo *ertzaina*.

—Pese a ello su exmujer le creía culpable, es comprensible que usted tuviera hacia ella sentimientos hostiles.

—¡Claro que tenía sentimientos hostiles!, usted también los tendría de estar en mi lugar, pero seguía enamorado de ella, jamás le habría hecho el menor daño, ya se lo he dicho.

—Sin embargo no hace muchos días usted la amenazó.

—¿Que yo la amenacé? Eso no es cierto.

—Bueno, quizás no la amenazó —admitió en tono condescendiente—, es posible que técnicamente lo que le dijo no constituya una amenaza, pero de lo que no hay la menor duda es de que la insultó gravemente llamándola —hizo ademán de que consultaba su agenda, pero seguramente se lo sabía de memoria el muy cabrón—, zorra, puta y chivata. Desde luego, no puede usted negar que en sus palabras había una hostilidad manifiesta hacia Natalia Urkiza.

—Fue un pronto del que me arrepentí al momento y tenía mis motivos.

—Eso es lo malo, que siempre hay motivos para matar a alguien.

Lo dijo como con pena, como si entendiera mi situación y lamentara sinceramente que hubiera tenido que matar a Natalia, ya lo ves, colega, me decía con los ojos, ella te obligó, tenías que matarla, lo comprendo, pero la ley es la ley, ya lo sabes, existe un Código Penal que castiga esas cosas, así que no tengo más remedio que detenerte. Sí, no estaba nada mal la actuación, solo tenía un inconveniente y es que yo no había matado a Natalia. Así se lo hice saber por enésima vez, sin conseguir otra cosa que una nueva sonrisa de circunstancias.

Había una cosa que desde que me enteré de que Natalia había sido asesinada quería preguntar. No lo había hecho hasta ese momento porque confiaba en que los propios policías me lo dijeran, pero estaba claro que les gustaba jugar al gato y al ratón y que la única información que me iban a proporcionar era la que a ellos les interesara, aún así creí que había llegado el momento.

—¿Cómo fue asesinada?

—¿De verdad no lo sabe? —me preguntó el *ertzaina* que estaba al mando mientras me cogía las manos con las suyas en un gesto propio de enamorados o de quien quiere suscitar confianza en su interlocutor. Como de momento la idea de un enamoramiento súbito no parecía la más adecuada, supuse que mi interrogador quería transmitirme confianza. O quizás fuera otra cosa..., de repente retiré mis manos,

como si me quemara su contacto, y volví a repetir la pregunta.

—¿Cómo fue asesinada?

—A tiros, fue asesinada a tiros. No con una bala ni con dos, su cuerpo recibió las correspondientes a todo un cargador completo, no fue un asesinato limpio, el que se la cargó disparó con saña, con mucha saña, en fin, qué le voy a decir que usted no sepa, la típica reacción del amante despechado que desearía poder matar a la mujer que ha tenido la osadía de abandonarle no una sino mil veces.

—Yo no la maté —repetí por enésima vez—. ¿Se sabe a qué hora se produjo su muerte?

—Todavía no con total exactitud, pero la asesinaron de noche, seguramente entre las dos y las seis de la madrugada. ¿Dónde estaba usted a esas horas?

—Durmiendo, y si quiere saber si tengo coartada, lo siento pero no, habitualmente no tengo gente contemplándome mientras duermo, es uno de mis muchos fallos.

Mi interrogador cabeceó con tristeza, como si deplorara no ya mi insolencia sino la de un hijo que le hubiera salido rana, incluso suspiró de un modo artificioso, más propio de un alumno aventajado del Actor's Studio que de un endurecido policía, aunque a veces ni yo mismo notaba la diferencia entre ambas profesiones. Su actuación fue interrumpida por el *ertzaina* que le acompañaba y que hasta entonces no había pronunciado ninguna palabra. En esa ocasión interrumpió su mutismo, pero no pude enterarme de lo que decía ya que habló colocando su boca sobre la oreja de su compañero, casi como en un juego erótico. De todos modos lo que le dijo debió ser importante, porque el policía que me había estado interrogando se levantó y salió de la sala de interrogatorios, momento que aprovechó el policía silencioso para presentarse.

—Me llamo Ander González. No nos conocemos, pero he oído hablar de ti mucho. Tranquilo —añadió al observar mi gesto despectivo—, quien me ha hablado ha sido Eneko Goirizelaia. Él no cree que hayas asesinado a Natalia y yo confío en su intuición, pero quizás sea el único, Natalia era muy querida en esta comisaría y tú fuiste tan imbécil que viniste el otro día a ponerla a parir, en vivo y en directo, delante de todos sus compañeros, lo que te convierte en sospechoso, es más, te convierte en el sospechoso perfecto. No digas nada —me interrumpió al ver que yo quería contestarle—, no tenemos mucho tiempo, Julen, mi compañero, —se creyó en el deber de explicarme quién era el tal Julen, aunque yo ya lo había adivinado— volverá enseguida. No hemos tenido prácticamente tiempo para examinar las acusaciones contra ti, así que lo mejor será que no digas nada, y en el juzgado lo mismo. ¿Lo entiendes?

—No del todo, además, si lo que me dices es cierto y no me estás tendiendo una trampa, ¿no eres muy imprudente al hablar conmigo de este modo?, ¿ya no se graban las conversaciones con los detenidos?

—Pero bueno, ¿tú de verdad has sido *ertzaina* o es que la excedencia te ha

atontado? No soy tan gilipollas como lo que tú aparentas serlo, ha habido un fallo del sistema y las grabadoras, ya me he encargado yo de eso, están inutilizadas. Y en cuanto a lo otro, tú sabrás si te puedes fiar de mí y de Eneko, pero más vale que lo hagas porque lo que sí tengo muy claro es que por un tiempo vas a chupar prisión preventiva. No me interrumpas que el capullo de Julen volverá enseguida —añadió al apercibirse de mi intención de meter baza en la conversación—, si te digo que con toda seguridad vas a pasar una temporada en el mako no es por acojonarte sino para que te prepares, al menos mentalmente, para lo que te va a caer. La orden de detención ha venido directamente del juez de instrucción, así que suponemos que tendrá indicios suficientes para enviarte a prisión. Y me temo que no vas a poder hacer nada cuando te llevemos hasta él porque el juez que lleva el caso del asesinato de Natalia es...

—Luis Bourget Morán —no pude evitar interrumpirle, pese a la advertencia que acababa de hacerme.

—¡Bingo! Premio para el caballero, consistente en una estancia, con pensión completa, en el hotel de las rejas. Pues sí, el juez que lleva el asunto es Bourget Morán y por lo que me ha dicho Eneko, no te tiene la menor simpatía, así que más te vale mentalizarte y confiar en que entre él y yo podamos desenmarañar este embrollo, de momento, mientras no sepamos cuáles son las pruebas o indicios que apuntan hacia ti, estamos atados de pies y manos. Haz lo que quieras, pero lo tienes jodido, muy jodido, yo que tú lo confesaría todo, quizás de ese modo consigas alguna rebaja en la condena —dijo esto último al comprobar que su compañero se acercaba hasta la sala de interrogatorios, guiando a un joven atildado que, por las trazas y también porque hacía un momento había anunciado su llegada, debía ser el abogado.

No le di prácticamente ni tiempo para presentarnos porque, siguiendo los consejos que me acababa de dar Ander González, les dije que me acogía a mi derecho a guardar silencio y a no declarar hasta que me llevaran al juzgado. Al compañero de González le sentaron mis palabras como una patada en todos los testículos ya que le cambió la expresión e intentó convencerme de que era mejor que hablara con ellos.

—Si eres inocente es el momento de aclarar las cosas —añadió el muy hipócrita, como si no me hubiera dado cuenta de que lo que quería el tipo era lucirse a mi costa—. Además, como seguramente sabes por tu experiencia como *ertzaina* —lo que faltaba, ahora usaba la táctica del colegao—, el no declarar, aunque es un derecho constitucional, produce malas vibraciones, como si el interrogado tuviera algo que ocultar, y eso no les gusta nada a los jueces.

Podría haberle respondido que a «mi juez» no le gustaba nada de mi humilde persona, lo mismo le iba a dar que estuviera callado como que hablara por los codos, pero me limité a repetirle una y otra vez que deseaba acogerme a mi derecho constitucional a guardar silencio, para lo que conté con el apoyo incondicional del letrado de oficio, que veía en mi pretensión de no declarar una oportunidad para escaquearse y volver cuanto antes a su despacho, en el que seguramente le estaban

esperando asuntos más importantes y, sobre todo, más lucrativos.

—De acuerdo, estás en tu derecho —dijo malhumorado Julen—, pero luego no digas que no estabas avisado —finalizó en el mismo tono que habría usado en el caso de que en vez de negarme a declarar hubiera rechazado un millón de euros libres de impuestos—. Ahora mismo preparo el papeleo y en cuestión de minutos dejarás de estar en nuestras manos para pasar a las de Su Señoría.

Tengo que admitir que pese a saber lo que me esperaba gracias a las confianzas del amigo de Eneko, la sonrisa sádica que iluminó el rostro de Julen consiguió que, por primera vez desde que me habían detenido, empezara a inquietarme.

Hoy por primera vez te has planteado si hiciste bien en venir a Bilbao. La ciudad te gusta, pero ese detalle no es significativo, en realidad para ti todas las ciudades son iguales, espacios en los que vivir y sobrevivir. Ese es el problema, que pensaste en que había llegado el momento de hacer algo más que vivir y sobrevivir, pero para eso no era suficiente con afincarse en una ciudad, tendrías que haber cambiado de vida, de oficio, lo malo es que solo conoces una vida, solo tienes un oficio, y te da pereza abandonarlos, intentar algo nuevo, aunque en los últimos tiempos has empezado a sopesar seriamente esa posibilidad.

Quizás el problema consiste en que has dejado de trabajar por tu cuenta. Ahora eres un asalariado, de lujo, eso sí, pero un asalariado. Eres, y sonríes internamente al hacer la comparación, como un Beckham o un Ronaldinho en el mundo del crimen profesional, pero Beckham y Ronaldinho, pese a ser unas estrellas en su mundo, están supeditados a un entrenador. Posiblemente gracias a sus genialidades con el balón les puede perdonar que en ocasiones no sigan sus directrices, pero siempre está ahí, observándoles, vigilándoles e incluso decidiendo, a pesar de su carisma y de los millones que han costado, dejarles en el banquillo un partido o una temporada para que purguen sus posibles errores e indisciplinas. Sí, ese es el problema, que en el fondo eres como Beckham y Ronaldinho, pero no soportas que nadie te dé órdenes.

En realidad, si eres sincero contigo mismo, tampoco eres tan independiente, de alguna manera siempre has recibido órdenes, no solo cuando trabajabas para los servicios secretos de tu país natal sino también cuando trabajabas por tu cuenta. Alguien te ponía un fajo de billetes encima y te decía «tienes que cargarte a Fulano» y tú cogías el fajo de billetes y te cargabas a Fulano. O al contrario, si no te convencía el asunto ni cogías el fajo de billetes ni te cargabas a Fulano, y al cliente no le quedaban más cojones que aguantarse porque tú eras el que mandabas y eras, sigues siéndolo, si no el número uno, la vanidad es letal en cualquier oficio y en el tuyo lo puede ser de un modo literal, sí uno de los mejores lo que hace surgir alrededor de ti un aura que tal vez no sea de invulnerabilidad, nadie es invulnerable y tú lo has demostrado en muchas ocasiones, pero que te proporciona la garantía de saber que tan solo a un loco o a un suicida podría ocurrírsele atentar contra ti.

Pero eso era cuando trabajabas de manera autónoma, ahora tienes unos patrones que te exigen resultados. Y los están obteniendo, si es por ese motivo no pueden quejarse. El problema es que no se fían de ti, y seguramente hacen bien en desconfiar, porque casi desde el primer día que llegaste a esa ciudad y les conociste, decidiste actuar a tu manera, sin hacer caso a nada de lo que te decían. En el fondo te está ocurriendo lo que ya te ocurrió cuando trabajabas para la Securitate, mientras te daban margen suficiente para trabajar a tu aire acatabas sin mayores problemas las órdenes, si lo que querían eran resultados tú se los dabas y nadie podía discutirte los ni decir que no habías llevado a buen puerto la misión que se te había encomendado,

pero cuando se te obligaba a trabajar de una manera determinada que no te gustaba, no había fuerza en el mundo, ni siquiera la de la despiadada y atroz policía política de Ceacescu, capaz de doblarte.

Recuerdas tu última acción para quienes fueron tus primeros patronos. El coronel Adamescu, un militar anodino que no te caía ni bien ni mal, simplemente era tu jefe, te ordenó asesinar a un niño, hijo único de unos molestos disidentes. Y te negaste a hacerlo. No por un sentido de la moral o de la decencia, hace tiempo que eres consciente de que la vida que has elegido está en las antípodas de la moral y decencia convencionales que, por otra parte, seguramente son las únicas existentes. Sencillamente no querías hacerlo, no estabas dispuesto a hacerlo, habías matado a mujeres, a inválidos y a ancianos, a sacerdotes y seglares, a directivos y a obreros, pero no querías matar niños y si no querías hacerlo no ibas a hacerlo. El único problema estribaba en que al anodino coronel Adamescu no se le podía decir eso, no podías entrar en su despacho y decirle que te eximiera de ese servicio, que se lo encargara, por ejemplo, a Corneliu, que seguramente disfrutaría torturando a tiernos infantes. No, eso no era posible, el único modo de decirle a tu jefe que no ibas a cumplir sus órdenes era asegurándote previamente de que no pudiera tomar represalias contra ti y para ello tu única opción era la de adelantarte y acabar con su vida antes de que él ordenara hacer lo propio con la tuya. Eso fue lo que hiciste y nadie sospechó de ti, jamás ninguno de tus compañeros se imaginó que tú habías empuñado la navaja que cercenó el cuello del coronel Adamescu, ese insigne servidor de la patria. Es cierto que la muerte de un jerifalte del régimen no podía quedar impune y que como consecuencia de su muerte las represalias contra los opositores al régimen fueron terribles, pero eso a ti no te incumbía ni te importaba lo más mínimo. Tú eras tan solo, y sigues siéndolo, un profesional, en ese momento servías a una dictadura comunista como podrías haber trabajado para un gobierno fascista o de cualquier otro signo político, el que tus patronos sean rojos, negros o blancos te es indiferente mientras los billetes con los que te paguen sean verdes.

Ahora la situación no es la misma, tus actuales jefes no les llegan, ni de lejos, a la altura de los zapatos a tus antiguos superiores, pero presientes que antes o después chocarás con ellos, y no podrás reprochárselo ya que la culpa va a ser totalmente tuya porque has decidido jugar tu juego y con tus propias cartas y antes o después tendrás que dar un órdago, repites esa palabra, órdago, en el idioma de la región significa «ahí está» y te encanta su significado, ahí está mi jugada y aquí estoy yo. Luego, no dices eso de «que sea lo que dios quiera» porque aunque no llegues al extremo de considerarte un dios sí va a ser lo que tú quieras y es que hay una cosa que tienes muy clara, cuando llegue la confrontación, y sabes que no va a haber forma de evitarla, vas a ganar. No es vanidad, sino la constatación de un hecho, tú siempre tienes que ganar porque lo contrario significa la muerte y aún no te ha llegado el momento de que desees conocer a esa señora.

Cuando el furgón me trasladó hasta las proximidades del Juzgado de Guardia tenía una sensación de *dejà vu* que no me tranquilizaba nada. Hacía unos días Bourget Morán había estado a punto de enviarme al mako por una cosa tan nimia como el investigar, sin ser competente para hacerlo, las causas de la muerte, aparentemente accidental, de una mujer, así que podía imaginarme, sin realizar un esfuerzo excesivo, qué me iba a ocurrir tras mi próxima comparecencia en sus dominios. Y si además, como me había explicado el compañero de Eneko, la orden de detención provenía del propio juez, era absurdo engañarme a mí mismo pensando que también en esta ocasión iba a salir indemne. Dijera lo que dijera en mi declaración, la prisión provincial de Basauri me esperaba con sus brazos abiertos.

De todos modos decidí no ponérselo fácil. Si en comisaría había optado por no declarar, en el juzgado sí me iba a prestar al interrogatorio. Confiaba, quizás llevado por un exceso de soberbia, en mi capacidad para no decir nada que me perjudicara. Además, estaba mi convicción de que era imposible que tuvieran pruebas suficientes para incriminarme en un asesinato que no había cometido. Era consciente, los años pasados en el otro lado de la barrera así me lo habían enseñado, de que no es imposible que alguien inocente se coma un marrón, pero un asesinato es algo muy grave y no se puede acusar a alguien de haberlo cometido sin tener unos indicios muy fuertes. De repente comprendí que el argumento se volvía en mi contra, si Bourget Morán había ordenado mi detención eso significaba que esos indicios, por absurdo que pareciera, existían. Mi magistrado favorito podía ser un hijo de puta con galones, pero no iba a arriesgar su carrera y su posición por el simple capricho de verme entre rejas, aunque con ello cumpliera uno de sus mayores deseos.

Aún tuvimos que esperar casi tres cuartos de hora hasta que el abogado que el Juzgado de Guardia había solicitado al Colegio, ya que cuando me instaron a hacerlo no designé a ninguno en concreto, llegara. Se trataba de un hombre joven, lo notaba en sus ojos, aunque se había dejado crecer una tupida barba para disimularlo y que le tomaran algo más en serio, en realidad esto último eran imaginaciones mías aunque no creo que anduviera muy desencaminado, en los despachos de sus colegas y los pasillos de los juzgados. Desgraciadamente con Bourget Morán no iba a tener nada que rascar, con o sin barba la decisión estaba tomada de antemano y nada ni nadie le haría cambiar de opinión. Además, en ese tipo de comparecencias los abogados, en principio, no pueden hacer nada, se limitan a comprobar que se respetan los derechos de los detenidos, aunque a veces, sobre todo si se trata de clientes de pago, lo que no era mi caso, se extralimitan en sus funciones y procuran asesorar, con mayor o menor fortuna según sea el talante del juez, al declarante.

Parece absurdo dada la situación, pero cuando por fin me introdujeron en el despacho del juez sentí algo similar a lo que tiene que sentir un futbolista cuando sale al césped el día de la final de la Champion's, pese a que sabía que por más goles que

metiera y más penaltis que parara, al final de los noventa minutos, sin posibilidad de prórroga, el trofeo no iba a engrosar mis vitrinas sino las del juez. Bourget Morán debía estar sufriendo un proceso parecido ya que durante unos segundos sus ojos brillaron de excitación nada más verme. Aún así debía tener una gran capacidad de autocontrol puesto que apenas se le notó, seguramente el único que se dio cuenta fui yo, y enseguida recompuso el gesto, ofreciendo a los presentes la imagen de un magistrado que se dispone a cumplir con su deber, preocupado tan solo por servir a la ley y a la justicia, en el dudoso caso de que esta última palabra tenga algún significado. Por mi parte, aunque estuve a punto de hacer alguna de mis payasadas típicas, como guiñarle un ojo o lanzarle un tierno beso con la mano, tampoco quise ser menos y a duras penas conseguí contenerme. Si había decidido machacarme, por lo menos no aumentaría mi lista de delitos, falsos o inventados, con una nueva acusación por desacato.

Lo primero que hizo fue decirme, con un tono tan compungido que un observador imparcial no hubiese dudado de su sinceridad, que lamentaba verme de nuevo por allí y en esas condiciones.

—Tenía la esperanza de que habría recapacitado y aprovechado la oportunidad de rehacer su vida, pero al parecer me equivoqué, y lo siento, porque esta vez la acusación es grave, muy grave.

—Sí, acusar a alguien de un delito que no ha cometido es grave, muy grave, en eso tiene usted razón.

—En efecto —asintió Bourget Morán risueño, como si le agradara darme por una vez coincidir conmigo—, acusar a alguien de un delito que no ha cometido es grave, muy grave, por eso estamos aquí, para tomarle declaración y darle la oportunidad de que exprese lo que estime conveniente.

—Si no le parece mal, me limitaré a decir la verdad. Ya sé que no está acostumbrado a ello, pero para todo hay una primera vez, o eso es al menos lo que se suele decir.

Los ojos de Luis Bourget volvieron a brillar, en esta ocasión a causa de la ira, pero nuevamente recompuso el gesto e hizo como si no me hubiera escuchado.

—Por lo que sé ya le han informado de sus derechos y al no designar abogado, se le ha asignado uno de oficio para que le asista en esta comparecencia —volvió a leer uno de los documentos que tenía sobre su mesa, aunque estoy seguro de que se lo sabía todo de memoria—, concretamente se le ha asignado el letrado del Ilustre Colegio de Abogados del Señorío de Bizkaia don Jaime Bergaretxe Jiménez, aquí presente. ¿Es correcto? —preguntó dirigiéndose al abogado, no a mí.

—Así es, señoría, todo correcto —contestó el fulano, estaba claro que el tal don Jaime no tenía ni puta idea de cuál era la situación, pero ni me parecía el momento adecuado ni tenía ganas de explicárselo.

—Bien, en ese caso iniciaremos la declaración. Usted —volvió a dirigirse a mí— ya conoce el procedimiento, así que empezaremos con las preguntas preliminares.

Nombre, dirección, profesión.

—Señoría, tiene usted mi documento nacional de identidad, así que páseselo a la señorita —señalé a la auxiliar que se disponía a transcribir mi declaración en su ordenador portátil— y que los copie, todos los datos que aparecen en él son correctos así que por ese lado no hay ningún problema.

Como si quisiera demostrar su magnanimidad, Su Señoría sacó de una carpeta mi DNI y se lo entregó a la funcionaria. Esperó durante unos segundos a que su subordinada introdujera los datos pertinentes en el ordenador y me lo devolvió ceremoniosamente.

—Señor Goikoetxea, ha sido detenido y traído a este Juzgado de Guardia al haberse detectado indicios lo suficientemente significativos de que es usted el causante de la muerte violenta de doña Natalia Urkiza Otamendi, suboficial de la Escala de Investigación de la Ertzaintza. ¿Es usted el autor de esa muerte y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, querría darnos su versión de los hechos? Le recuerdo que no está obligado a declarar, pero una confesión sincera podría servirle de atenuante llegado el momento.

—Señoría, lamento no poder decirle nada sobre la muerte de mi mujer, pero hasta que unos matones que deshonran el buen nombre de la Ertzaintza me detuvieron, no sabía que había sido asesinada.

—Será mejor, si a usted no le parece mal —en esta ocasión el juez se dirigió al abogado, que cabeceó hacia delante en señal de asentimiento—, que no consten en la declaración los calificativos que el declarante ha dirigido a los policías que le detuvieron. Se declara, por tanto —volvió a honrarme con su atención— inocente de los hechos que se le imputan.

—Siento defraudarle, señoría, pero así es. Soy inocente como un bebé, ya le he dicho que ni siquiera sabía que Natalia había muerto hasta que los abnegados servidores de la ley que usted envió para detenerme me lo comunicaron.

Es posible que Luis Bourget Morán tuviera en la punta de su lengua algún sarcasmo con el que contraatacar al que yo acababa de proferir, o tal vez, asumiendo profesionalmente que él era un juez y yo un detenido a quien tenía que tomar declaración, se hubiera limitado a lanzarme las preguntas que tenía ya preparadas, el caso es que nunca lo sabré porque tras un leve estruendo que durante unos segundos nos intrigó a todos, la figura majestuosa de Arturo Apodaka, enfundado en una negra toga que le daba un inequívoco aire de patricio romano o dios menor heleno, penetró en el interior de la sala seguido de un agente judicial que intentaba explicarle, o quizás en realidad se dirigía a su superior en un desesperado intento de evitar la reprimenda y el expediente que sospechaba que le iban a endilgar por su incapacidad para custodiar la sala, que no podía entrar allí porque se estaba celebrando una comparecencia judicial.

La primitiva cólera que había aparecido en los ojos de Bourget Morán desapareció enseguida al comprobar quién era el intruso. Sabía, como todo aquel que

fuera alguien, o intentara serlo en el ambiente jurídico de Bilbao, quién era Arturo Apodaka y aunque se conocía al dedillo eso de que todos somos iguales ante la ley, e incluso ante los reglamentos y costumbres, el antiguo notario le intimidaba lo suficiente como para no tratarle del modo despectivo y arrogante con el que acostumbraba a tratar a detenidos, funcionarios y abogados.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —se limitó a balbucear, después de ordenar al agente judicial que se retirara—. ¿Qué significa esto? —añadió, como si pensara que su primera pregunta no era lo suficientemente precisa.

Si la entrada de Apodaka había sido digna de un tribuno romano, su voz, cuando empezó a hablar, se asemejaba a la que había tenido que utilizar el propio Catón el Viejo cuando exhortaba al Senado a destruir Cartago.

—¿Que qué ocurre, señoría? Pues ni más ni menos que se iba a consumir una ilegalidad manifiesta, ya que iban a tomar declaración al señor Goikoetxea sin la asistencia letrada de su abogado personal, que soy yo. Aquí tiene el poder que avala mis palabras —añadió extendiendo al juez una escritura pública.

La verdad es que ni yo mismo recordaba que unos años atrás, cuando Apodaka se jubiló y abandonó la oficina notarial, se había vuelto a colegiar como abogado en ejercicio, tan solo para mantenerme en forma, acostumbraba a decir, y muy de vez en cuando solía trabajar para los amigos o en asuntos que le parecerán interesantes. Fue entonces cuando le otorgué el poder general y para pleitos que en esos momentos exhibía del mismo modo que un caballero de la Mesa Redonda podría haber exhibido su lanza.

—El poder es correcto —dictaminó Bourget Morán tras haberle echado un vistazo, consiguiendo con esa afirmación que Apodaka bufara ofendido—, pero en ningún momento el señor Goikoetxea nos ha pedido ser asistido por usted, de hecho nos solicitó expresamente que le nombráramos un abogado de oficio.

—El señor Goikoetxea es un cabeza de chorlito —me guiño un ojo de un modo tan ostensible que todos los presentes pudieron percatarse de ello, seguramente esa había sido su intención— y con toda seguridad se sentía tan intimidado al haber sido detenido injustamente —en esta ocasión fue el juez quien resopló lleno de indignación— que no sabía lo que estaba haciendo.

—Por mi lado no hay problema —se apresuró a manifestar el abogado de oficio, que como el noventa y nueve por ciento de sus colegas sentía algo más que respeto profesional por Apodaka—, si el detenido quiere ser representado por el señor Apodaka, me retiro del asunto y le doy la venia.

—¿Está usted de acuerdo? —me preguntó Bourget Morán, pero quien respondió afirmativamente que sí, claro que está de acuerdo, fue el propio Arturo y a mí no me quedó más remedio que asentir.

—En ese caso —volvió a decir el juez—, si el señor letrado no tiene nada más que añadir, continuaremos con la toma de declaración.

—Sí tengo algo que decir, señoría, ¿de qué se acusa exactamente a mi

representado?

—De la muerte de su exmujer, Natalia Urkiza Otamendi, agente de la Ertzaintza.

—Eso es ridículo, señoría, completamente absurdo —en realidad no estaba hablando el abogado sino el amigo—. De todos modos quiero protestar por el modo en que mi cliente ha sido detenido y trasladado a las dependencias policiales y judiciales. Si hubiera sido citado utilizando los procedimientos habituales del juzgado, puedo asegurarle que habría comparecido voluntariamente, sin necesidad de ser esposado.

—El trato que se ha proporcionado a su defendido ha sido en todo momento correcto, y en caso contrario siempre puede interponer la denuncia correspondiente. Y como usted puede comprender, señor letrado, cuando se trata de un posible asesinato u homicidio, es lógico que la policía judicial tome sus precauciones.

—¿Deseas interponer una denuncia por malos tratos? —me preguntó directamente Apodaka, ignorando ostensiblemente a Luis Bourget.

—La verdad es que no. Me apetecería demandarles por gilipollas, pero si mis conocimientos jurídicos son correctos, me temo que todavía esa condición no está tipificada como delito en el Código Penal.

—Yo me temo lo mismo que tú, así que podemos proseguir con el interrogatorio. Puede proceder, señoría.

Luis Bourget carraspeó, desconcertado por la situación tan surrealista que estaba viviendo, pero tras ordenar de nuevo los papeles que tenía encima de la mesa, del mismo modo que un ilusionista ordena su baraja, recuperó lo que seguramente él consideraba su magistral aspecto de juez instructor y reinició el interrogatorio.

—Antes de que el señor Bergaretxe haya sido sustituido por el señor Apodaka como su representante legal en esta declaración, usted había negado cualquier tipo de implicación en la muerte de su exmujer, Natalia Urkiza Otamendi. ¿Se reafirma en su declaración?

—Así es, señoría, no soy de esos que cambia de opinión cada dos por tres.

—¿Dónde se encontraba usted ayer a la noche, entre las once y las cuatro de la madrugada?

Así que Natalia había sido asesinada entre las doce y las tres, más o menos, imaginaba que Bourget Morán había ampliado el plazo para curarse en salud.

—En el lugar en el que suele encontrarse la gente honesta y trabajadora de este país a esas horas, en la cama, descansando tras una dura jornada laboral.

—¿Puede justificarlo de algún modo?

—¿Se refiere a si tengo testigos? Me temo que no, señoría, y que conste que si los tuviera se lo diría, no soy de esos caballeros que se callan una aventura para no perjudicar a la virginal dama aunque eso les suponga el cadalso, no, nada más alejado de mi personalidad, pero últimamente no sé qué me pasa que ninguna tía en edad de merecer quiere follarse conmigo. Y en cuanto a los tíos, pues no sé qué ocurriría porque nunca lo he intentado, pero me da la impresión de que tampoco serían muy proclives

a yacer conmigo. Usted, como experto en ese aspecto del problema, ¿qué opina, estoy en lo cierto?

Las risotadas con las que Apodaka acompañó el final de mi declaración, «deposición» la denominan algunos juristas chapados a la antigua y no saben lo acertados que suelen estar en muchos de los casos, tuvieron que escucharse en todo el Palacio de Justicia, pero Bourget Morán fingió que no le afectaban y continuó con el interrogatorio.

—¿Es cierto que hace tres días, en la comisaría sita en la calle Autonomía de Bilbao amenazó a su exmujer?

—Mi exmujer no, mi mujer, aún no estábamos divorciados —era la tercera vez que Luis Bourget Morán se refería a Natalia como mi exmujer y estaba hasta los cojones de escuchar esa expresión. Seguramente, pese a la mutua animadversión que nos profesábamos, no la decía con la intención de joderme, pero lo estaba consiguiendo. Sabía que esa actitud mía era irracional, lo único que nos separaba de considerarnos divorciados era la falta de un papel con membrete judicial, y sabía también que salvo un milagro, y para mi desgracia hacía ya mucho tiempo que había dejado de creer en milagros, jamás la habría recuperado, pero aún así oír esa expresión, exmujer, en labios del juez, jodía, jodía un huevo.

—De acuerdo, reformularé la pregunta —se notaba que Bourget Morán pensaba que tenía agarrada la sartén por el mango y podía mostrarse magnánimo—, ¿es cierto que hace tres días, en la comisaría sita en la calle Autonomía de Bilbao, amenazó a su mujer, con la que ya no convivía?

—Eso es totalmente falso, en ningún momento amenacé a Natalia.

—Sin embargo hay muchos testigos, todos ellos *ertzainas*, que le oyeron cómo insultaba a su mujer con expresiones como —fingió que nuevamente repasaba sus papeles— zorra, puta, chivata, malnacida. ¿Acaso mienten esos testigos?

—No, es cierto que dije eso —sabía que el reconocerlo me colocaba en una situación difícil, pero negarlo hubiese sido absurdo—, pero no significa nada, insultar no es lo mismo que amenazar a una persona, y mucho menos que amenazarla de muerte. Estaba fuera de mis casillas, pero no es cierto que la amenazara ni que me mostrara violento.

—Proferir en Euskadi una acusación como la de «chivato» ha tenido en muchas ocasiones trágicas consecuencias, usted, en su condición de antiguo *ertzaina*, seguramente es consciente de ello.

—¡Por Dios! —intervino por primera vez Apodaka—, no saque las cosas de contexto, señoría, que yo sepa aquí no se está acusando a nadie de terrorista.

—Señor letrado, le recuerdo que está usted aquí presente para comprobar que se respetan los derechos de su representado, ya tendrá usted la oportunidad, si viene al caso, de hacer las alegaciones y consideraciones que estime convenientes.

La manera en la que Bourget Morán había interpelado a Apodaka era señal inequívoca de que se sentía seguro y firme, y esa señal no era nada positiva desde mi

punto de vista.

—¿Puede explicar, señor Goikoetxea, por qué están sus huellas dactilares por todo el domicilio de Natalia Urkiza?

—¡Claro que puedo explicarlo! —estallé—, he vivido allí durante varios años, hasta que nos separamos y me marché a vivir a la casa que había heredado de mis padres.

—¿Cuánto tiempo hace que la señora Urkiza y usted se separaron?

—Esa pregunta no es procedente, señoría, pertenece a la intimidad de mi representado y no está obligado a contestarla —protestó Apodaka, supongo que más por llevarle la contraria al juez que porque estuviera convencido de lo que decía. A mí, al menos, si lo miraba desde mi punto de vista policial, me parecía una pregunta muy pertinente, aunque su objetivo fuera hundirme.

—En efecto, el acusado —por fin había dejado de ser el señor Goikoetxea y empezaba a ser «el acusado»— tiene derecho a guardar silencio, eso ya ha quedado claro anteriormente, pero la pregunta no es improcedente ya que afecta a la relación entre él y su mujer, que puede ser determinante para explicar sus acciones. ¿Desea contestar la pregunta, señor Goikoetxea, o prefiere acogerse a su derecho a no hacerlo?

Callarme era una tontería, todos los que nos conocían estaban al cabo de la calle de nuestra situación, así que reconocí que hacía poco más de medio año que no vivíamos juntos.

—¿Y en ese intervalo de tiempo ha vuelto alguna vez al antiguo domicilio conyugal?

—Sí, en alguna ocasión, para recoger mis cosas.

—Supongo que eso se habrá producido al poco tiempo de separarse.

—En efecto —sabía que me estaba llevando a su terreno, pero negarlo no tenía sentido.

—¿Y en los últimos tiempos ha vuelto a acudir a su antiguo domicilio, invitado o por su propia decisión?

—No, señoría.

—En ese caso tengo que preguntarle nuevamente cómo se explica usted que sus huellas aparecieran por toda la casa, porque me imagino que en el plazo de medio año la difunta señora Urkiza habrá limpiado más de una vez su domicilio.

Haciendo caso omiso al sarcasmo que se desprendía de las palabras de Bourget Morán, y adelantándome a las de protesta que pugnaban por salir de la boca de Arturo Apodaka, reconocí que no podía explicarlo.

—¿Reconoce usted que la pasada madrugada visitó a su exmujer? —el hecho de que volviera a usar la odiada partícula «ex» no me pasó desapercibido, pero en lugar de protestar por esa actitud me limité a rechazar lo que acababa de preguntarme.

—En absoluto, ya le he dicho que a esas horas me encontraba en mi casa, en la cama. Solo, totalmente solo.

—¿Posee usted una pistola del calibre 45? —cambió bruscamente de tema el juez instructor.

Esta vez la pregunta era delicada. Efectivamente era propietario de un arma de ese calibre, pero nunca había tenido licencia para portarla aunque muchos de mis compañeros lo sabían, como yo sabía que ellos también estaban en posesión de armas no registradas. Gracias a los buenos oficios de Eneko Goirizelaia el asunto no trascendió en la oficina correspondiente y no me la requisaron, pero que de repente ese tema saliera a relucir me daba mala espina, no me habían informado de cómo había fallecido Natalia, pero me barruntaba que el arma homicida había sido una 45. Afortunadamente si era así, una simple prueba pericial balística sería suficiente para descartar mi participación en la muerte de Natalia, aunque con ello me arriesgara a ser acusado de un delito de tenencia ilícita de armas.

—Sí, tengo una pistola de ese calibre. Y antes de que me haga una nueva pregunta le confesaré que no la tenía registrada, iba a hacerlo, pero un día por otro lo fui dejando y hasta el momento aún no lo he hecho. De todos modos con un examen pericial podrán comprobar que no ha sido disparada en los últimos meses.

—Así lo ordenaré cuando nos entregue el arma.

—Está en mi domicilio, en el cajón superior de la cómoda que hay en mi dormitorio. No tienen más que registrarlo y la encontrarán.

—El problema es que ya se ha hecho el registro y el arma no ha aparecido. Así que o nos la entrega usted voluntariamente o la prueba que nos ha sugerido no podrá realizarse.

—No entiendo —dije, y nunca he sido más sincero en mi arrastrada vida, no entendía lo que estaba ocurriendo, aunque empezaba a vislumbrarlo—. El arma siempre ha estado donde le he dicho y nunca la he cambiado de sitio ni se la he dejado a nadie.

—Pues no ha sido encontrada, señor Goikoetxea, así que salvo que pueda darnos alguna idea acerca de su actual ubicación, de momento no va a ser posible cotejar los casquillos encontrados en el domicilio de su exmujer con su arma. Una desaparición muy curiosa y, sobre todo, muy oportuna.

—Eso no es pertinente, señoría —Arturo volvía a estar enfadado—, las insinuaciones que está haciendo atentan directamente contra el principio de presunción de inocencia de mi cliente. Además, es él quien sale perjudicado por esa desaparición, ya que no le es posible demostrar que la bala no salió de su arma.

—Tiene usted razón, señor Apodaka, admito que no ha sido una observación muy afortunada —cuando Bourget nos daba la razón me ponía a temblar, señal inequívoca de que se preparaba para entrar a matar— y la retiro. Además puedo asegurarlo que el hecho de la desaparición del arma que poseía ilegalmente el señor Goikoetxea no influirá, de momento en mi decisión. Así que aclarado este aspecto, ¿su cliente desea declarar algo más antes de que finalice la comparecencia?

Respondí negativamente y Apodaka tampoco consideró necesario contribuir con

ninguna pregunta adicional.

—Bueno, en ese caso por mi parte no hay más preguntas que hacer. En cuanto la señorita Irene —dijo refiriéndose a la auxiliar que había tecleado mi declaración en el portátil— imprima el documento, podrán firmarlo. Mientras tanto he preparado una nueva diligencia que confío en que nos haga avanzar en la instrucción del asunto.

La diligencia anunciada por Bourget Morán consistía en una rueda de reconocimiento. En su honor tengo que admitir que estaba preparada a conciencia, de manera que nadie pudiera ponerle objeciones en el futuro, la mayoría de mis compañeros tenían unas características físicas similares a las mías. Siempre había tenido la intuición de que debía ser una diligencia muy estresante, e incluso acojonante, para un detenido. Estás ahí, detrás de un cristal opaco, observado por varios pares de ojos que tú no puedes confrontar mientras seguramente cuchichean acerca de tu persona. En la realidad, y cuando pude comprobarlo desde el lado del detenido, no solo me di cuenta de que mi intuición era acertada sino que se había quedado corta. La diligencia duró unos escasos minutos, pero se me hizo eterna, y el hecho de que en tres ocasiones me instaran a moverme o hacer un gesto concreto no contribuyó a que el tiempo se hiciera más ligero. Cuando la diligencia finalizó tenía la impresión de que un espectador anónimo me había reconocido y me había señalado con su dedo acusador como al asesino de Natalia.

Tanto lo que me dijo posteriormente Arturo Apodaka como la orden de prisión provisional que media hora después firmó Luis Bourget Morán confirmaron que mis peores temores eran correctos. Iba a pasar esa noche, y las siguientes, en la prisión provincial de Basauri.

—No te preocupes —me dijo Apodaka—, tan solo hay indicios, no pruebas. Es cierto que con la Ley de Enjuiciamiento Criminal en la mano esos indicios son suficientes para ordenar tu ingreso en prisión, pero no podrán sostenerlo durante mucho tiempo. O encuentran pruebas más concluyentes o no les quedará más cojones que dejarte en libertad. En el peor de los casos tendrán que fijarte una fianza para que quedes libre. Es cierto que con el cariño que te tiene Luis Bourget será, seguramente, una fianza muy elevada, pero por eso no te preocupes. A estas alturas de mi vida lo único de lo que puedo disponer sin ninguna cortapisa es, precisamente, dinero y qué mejor modo de utilizarlo que para ayudar a un amigo.

Asentí con la cabeza mientras me introducían en el furgón policial que me iba a conducir a la prisión, pero no me dio tiempo a confesarle que el dinero era lo que en esos momentos menos me preocupaba. No quería volverme paranoico, pero me daba la impresión de que si no todas las fuerzas del universo sí que algún puñado de hijoputas se había confabulado contra mí. ¿Por qué, si no, había desaparecido mi 45, una 45 de la que muy poca gente sabía que era propietario? ¿Y cómo era posible que la casa de Natalia estuviera prácticamente empapelada con mis huellas dactilares? Y, sobre todo, ¿por qué, en la rueda de reconocimiento, alguien me había señalado como culpable? No conocía las respuestas, pero por desgracia iba a tener mucho tiempo

para pensar en ellas. Sí, por desgracia era lo único que me iba a proporcionar mi estancia en Basauri, tiempo para pensar en lo que me estaba ocurriendo.

La cárcel, y soy consciente de que no estoy inventando la pólvora al decirlo, no es un lugar aconsejable para nadie. Es posible que hasta que no se invente algo mejor, hoy por hoy solo al alcance de las películas de ciencia ficción, sea inevitable la existencia de cárceles, prisiones, mazmorras o presidios, lugares contruidos para privar de libertad a quienes han infringido la ley de un modo que la sociedad o quienes la dirigen estiman merecedor de ese castigo, pero no por ello dejan de ser lugares sórdidos en los que lo único que falta suele ser que a la entrada aparezca la leyenda que Dante inscribió en el dintel del Infierno, «abandonad toda esperanza quienes aquí hayáis entrado». Se supone, y así lo proclaman e incluso exigen las almas bienintencionadas y los dirigentes de las organizaciones humanitarias cuya finalidad es apoyar a los presos, que deben servir para reinsertarles en la sociedad mientras purgan sus culpas, pero a menudo son más escuelas de delincuencia que centros de rehabilitación. Eso es así, y hasta que Luis Bourget decidió que tenía que conocer una prisión por dentro, el tema me había preocupado, levemente, tengo que reconocerlo, tan solo como policía y ciudadano, pero ahora las cosas habían cambiado, ahora iba a ser uno de los inquilinos de la prisión de Basauri y la idea no me seducía lo más mínimo.

Si para cualquier ciudadano el ingreso en prisión, independientemente de que se lo haya merecido, es una tragedia, para un policía puede ser muchísimo peor. De repente se ve inmerso en un ambiente hostil, rodeado de delincuentes contra los que, al menos en teoría, ha luchado toda su vida y a los que ha perjudicado e incluso en ocasiones maniatado y golpeado sin tener el menor remordimiento. No importa que ninguno de los reclusos que le rodean haya sido detenido por él, funciona una especie de conciencia colectiva que le detecta, le odia y está dispuesta a hacérselas pasar putas mientras dure su estancia en prisión. Sí, la cárcel puede llegar a ser fatal para un policía y yo a esos efectos, aunque estuviera en situación de excedencia, era un policía.

El policía cuenta, además, con una desventaja. Aunque sea un hijo de puta redomado, un corrupto de cojones, un torturador o simplemente más delincuente que los desgraciados que detiene, siempre se considera a sí mismo como «uno de los buenos», alguien ajeno a las miserias y padecimientos de los delincuentes, los «malos» oficiales, por eso no suele estar preparado, ni física ni psicológicamente, para entrar en prisión, con lo que el impacto negativo es aún mayor que en cualquier otro caso. Afortunadamente, aunque no sé si es adecuado utilizar esa palabra vista la situación en la que me encontraba, yo sí estaba preparado para afrontar mi ingreso en prisión. No tanto psicológicamente, uno nunca está seguro de cómo va a reaccionar en un caso de esos, sino en cuanto al hipotético riesgo en que me colocaba mi condición de *ertzaina*. En alguna ocasión Eneko y yo, junto a otros compañeros, habíamos especulado con la posibilidad de encontrarnos en esa situación y habíamos

ideado un plan para guardarnos las espaldas en esa eventualidad. Y algo más que las espaldas.

Nuestro seguro de vida se llamaba, o mejor dicho, le llamaban El Relojero, no porque se dedicara al digno oficio de vender o fabricar relojes, sino por su afición a coleccionarlos. Pero no le interesaban los rolex, omegas, philip patek o virguerías por el estilo, a él los que le gustaban eran esos grandes relojes que por pocos euros puedes comprar en los bazares chinos, cuanto más grandes, estrambóticos y llamativos mejor. Su colección, decían las malas lenguas, sobrepasaba los dos mil. No sé qué me llamaba más la atención de ese dato, si la cantidad de relojes diferentes que pululaban por el mercado o el número de bazares chinos que había tenido que patearse para llegar a adquirir tantos relojes. En el fondo daba igual, era un *hobby* inofensivo y no demasiado caro, aunque seguramente podía permitirse aficiones mucho más costosas y eso que su sueldo, ese modesto pero honrado sueldo que el Estado Español le ingresaba puntualmente todos los finales de mes en su cuenta corriente, no era como para proporcionarle excesivos lujos. Menos mal que a falta de sueldos boyantes existen los sobresueldos de varias cifras, cuantos más dígitos, mejor.

El Relojero era funcionario de prisiones y estaba destinado en Basauri. Oficialmente su puesto no era de esos privilegiados que todos los funcionarios intentan conseguir, bien a través de oposiciones y concursos de méritos o bien de maneras más inconfesables aunque en ocasiones más efectivas, sino uno de esos puestos que se adjudican a los funcionarios de nuevo ingreso y que en un par de años, o poco más, vuelven a quedar vacantes, pero eso al Relojero no le importaba demasiado. Él sabía que dos o tres niveles profesionales no constituían una diferencia considerable, al menos desde el punto de vista económico, el único que, por otra parte, le interesaba, y no estaba dispuesto a desperdiciar sus fuerzas y energías ni, sobre todo, su inteligencia, para conseguir un aumento de sueldo de trescientos euros, por jugoso que eso pudiera parecer en cualquier otra circunstancia. En el fondo El Relojero más que de funcionario tenía alma de empresario y decidió convertir la prisión en su propia empresa, una empresa de suministros varios y diversificados, como corresponde a un hombre de negocios con visión de futuro, una empresa además en régimen monopolístico ya que en su segmento de mercado, es decir, la prisión en la que estaba destinado, no tenía competencia. Era lógico, por tanto, que no le interesara ascender en el escalafón ya que desde su modesto puesto de trabajo, fácil y sin excesivas responsabilidades, podía controlar perfectamente su auténtico negocio, el que le había convertido, paradojas de la vida y de la economía de libre mercado, en el único funcionario destinado en la prisión auténticamente imprescindible.

Y ahora viene la pregunta del millón: si sabíamos todo eso del Relojero, ¿por qué no había sido detenido, puesto a disposición judicial y, tras un juicio justo, condenado y encarcelado? Es una pregunta que habitualmente suele hacerse la gente, no solo en

este caso sino en muchos de similar cariz, pero la respuesta no siempre es fácil. En muchos casos se sabe que Fulano está implicado en hechos delictivos, pero no es posible pillarlo, bien porque sea muy cuidadoso o bien porque quienes tienen la obligación de poner coto a sus desmanes no se sienten inclinados a hacerlo. La opinión pública suele inclinarse por la segunda opción, y lo entiendo aunque no siempre acierta, pero en el caso del Relojero habría acertado de haberlo sabido.

En realidad El Relojero era un tipo muy cuidadoso e intentar probar algo en su contra en un juicio habría sido muy difícil, aunque no imposible. Por muy obseso que seas de la seguridad, y nuestro amigo lo era, siempre hay fisuras, es inevitable que de repente algo se te escape de las manos. Y la única vez que algo se le escapó de las manos al Relojero, ahí estábamos Eneko Goirizelaia, un par de compañeros más y yo, dispuestos a añadir otra muesca a nuestro currículum de abnegados luchadores contra el crimen. Hasta que nos lo pensamos mejor y comprendimos que encarcelarle no arreglaba nada. El Relojero cumplía, en realidad, una función necesaria. Si no se encargara él de los negocios intrínsecos a todo establecimiento penitenciario en el que, no lo olvidemos, hay más delincuentes que gente honrada, otra persona, seguramente peor que él, tomaría las riendas. Al menos El Relojero era un tipo contenido, que nunca recurría a la violencia y que durante mucho tiempo había conseguido mantener a todos, reclusos y personal, moderadamente contentos y satisfechos. Con su detención no se ganaba nada y se allanaba el camino para que alguien infinitamente menos escrupuloso que él se hiciera con el negocio, así que consideramos justificado el hacer, por esa vez y sin que sirviera de precedente, la vista gorda.

Ese era, por supuesto, el argumento altruista para justificar nuestra inacción. Pero había otro que podíamos considerar más egoísta e interesado. La peor pesadilla de un policía es, como ya he mencionado anteriormente, acabar compartiendo celda con aquellos que hasta ese momento han sido nuestros enemigos, da igual que se lo haya merecido o que haya ingresado en prisión por una trampa o un error judicial, la cárcel puede ser letal para un policía y nosotros éramos policías. En el fondo no pensábamos en serio que nos pudiera ocurrir algo así, pero éramos conscientes de que a menudo pisamos territorio minado y no estaba de más tener una salvaguardia, aunque la posibilidad de que necesitáramos esa hipotética salvaguardia fuese muy remota. Pues bien, lo impensable había sucedido y había llegado el momento de usar esa salvaguardia, de usar al Relojero.

No tuve que preguntar por él cuando penetré en lo que con un curioso eufemismo algunos llaman recinto penitenciario, es decir, en la puta cárcel, porque ya estaba allí, observándome con sus anodinos ojos grises, como calibrando en qué situación me encontraba y qué clase de protección necesitaba. Vestido con su uniforme reglamentario nada en su persona delataba que tenía junto a mí al capo del chiringuito. De mediana estatura, con unas gafas ni posmodernas ni de la época de nuestros abuelos tapándole la cara, unas entradas que aún dejaban vislumbrar que en

su juventud el color de su pelo había sido de tono castaño y una sonrisa de circunstancias en los labios, jamás hubiera pasado un *casting* para hacer de gángster en una película de género negro, pero era mi hombre y ahí estaba, transmitiéndome mentalmente el mensaje de que iba a cumplir su parte del pacto y no iba a dejarme tirado.

Y eso que en un primer momento pensé que lo había hecho, ya que no recurrió al recurso fácil de dejarme ingresado en la enfermería, por ejemplo. Más tarde lo comprendí, una de las reglas del Relojero consistía en no involucrar al resto de los funcionarios en sus pequeños trapicheos, como él los calificaba, si podía evitarlo. Son buena gente, funcionarios honrados que creen en lo que hacen, me confesó varios meses más tarde, cuando ya lo sucedido era historia, que desempeñan un trabajo necesario aunque desagradable por un sueldo no muy elevado y aún así procuran hacerlo del mejor modo posible, así que prefiero dejarles en paz, es bueno que en el mundo haya gente así. Nunca he sabido si lo decía para justificarse a sí mismo o si me estaba engañando, por mi profesión, y la experiencia que esa profesión me ha acarreado, tiendo a ver siempre el lado oscuro de la vida, pero di por buenas sus palabras, quizás porque de vez en cuando necesitamos aferrarnos a ese tipo de ideas, por mucho que nuestra inclinación natural nos lleve al escepticismo.

El caso es que en lugar de aislarme del resto de los presos, al menos de los más peligrosos y conflictivos, enchufándome en un trabajo seguro, no movió un dedo cuando, siguiendo el procedimiento habitual, me condujeron a una celda doble en la que ya estaba internado otro preso que, por las pintas que tenía, debía ser gitano. Cuando me introdujeron en la celda el gitano ni siquiera me miró, abducido por su iPod en el que sonaban, con rotundidad, las desgarradas voces de Azúcar Moreno. Transcurrió más o menos una hora hasta que se dignó a hablar para explicarme cuál era mi parte de la celda.

—Tú allí y yo aquí, y si cada uno se queda en su sitio no habrá problemas.

Lo que menos necesitaba yo en esos momentos era crearme más problemas, así que asentí a sus palabras, intentando no aparecer ni muy derrotado o humillado ni arrogante. Un equilibrio necesario para evitar tanto el que mi compañero pensara que era una presa fácil como que iba de listillo y prepotente. Lo malo es que en Arkaute^[1] no enseñan a mantener ese equilibrio, pese a lo necesario que puede ser en ocasiones. De todos modos debí hacerlo bien porque el gitano me dedicó, con una boca a la que le faltaban la mitad de sus dientes originarios, lo que él seguramente consideraba una sonrisa.

—Así me gusta, pasma, porque tú eres el pasma, ¿no? Creo que nos llevaremos bien.

Intenté explicarle, mientras me prometía a mí mismo despellejar lentamente al Relojero si salía de este embrollo, que hacía tiempo que no era policía y que ya no tenía nada que ver con maderos, pasmas, bofias, polis, charainas o como quisiera llamarlos, pero mi patético intento por negar, con la misma vehemencia que San

Pedro negó a Jesucristo, mi relación con la Ertzaintza, no hizo mella en mi compañero de celda.

—Corta el rollo, tronco, que a mí eso me da igual. Conmigo no corres ningún peligro, todo lo contrario, si estás aquí es porque el Relojero me ha pedido que te proteja, así que relájate y disfruta.

Miré asombrado al gitano. ¿Ese era mi protector? ¿Un tío pequeño, anodino, desdentado, sin apenas músculos en el cuerpo? Volví a mirarle y me fijé en sus ojos, brillantes y astutos. Quizás, después de todo, el Relojero sabía lo que se hacía.

Ese día y el siguiente el gitano fue mi sombra o, para decir la verdad, yo fui el perrito faldero del gitano, allá donde él iba también iba yo, comía junto a él, paseaba a su vera y sus amigos se convirtieron en mis amigos, aunque en el fondo todos sabíamos que esa amistad era una farsa. Yo seguía siendo un madero, un madero al que estaban obligados a proteger, pero un madero que cuando acabara nuestra extraña relación, si es que algún día acababa, volvería a estar situado al otro lado de la línea. Las miradas de odio que de vez en cuando recibía así lo indicaban.

Los días fueron pasando sin mayores novedades ni sobresaltos. De algún modo me estaba habituando a la rutina de la vida en prisión, una vida vacía y desoladora, pero que era la que en esos momentos me tocaba vivir hasta que el aviso de que había llegado un abogado para hablar conmigo rompió esa monotonía.

Poder ver a Arturo Apodaka y hablar con él fue una de las pocas cosas gratificantes que me sucedieron mientras estaba en prisión aunque las noticias que me traía no eran muy alentadoras.

—Lo siento Goiko, pero no traigo de momento tu carta de libertad —me dijo tras preguntarme qué tal me encontraba y si necesitaba algo—, me han rechazado sucesivamente los recursos de reforma y apelación que he interpuesto contra tu ingreso en prisión. En estos momentos estoy redactando un recurso de queja, pero tengo pocas esperanzas de que me lo acepten, ya conoces el corporativismo existente en el estamento judicial y si a eso añadimos que Luis Bourget Morán es una de las estrellas judiciales del momento, pues me temo que no va a servir de nada.

Debió de sentir lástima al ver la expresión de mi cara ya que intentó arreglar la situación lo mejor que pudo.

—De todos modos no te desanimes, una cosa es que no tenga esperanzas de que salga adelante el recurso y otra muy diferente que confío en que pronto puedas salir de este lugar. Sigo pensando que los indicios son muy endeble y que la situación de prisión provisional no podrá mantenerse durante mucho tiempo. Además, ya sabes que soy íntimo del Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco y que tengo una estrecha amistad con varios magistrados del Supremo, así que he puesto a trabajar mis influencias y espero obtener dentro de poco resultados positivos.

—O sea —contesté con amargura—, que si algún día consigo salir de este antro no será porque haya demostrado mi inocencia sino porque mi abogado es un genio de los enchufes.

—¡Coño, Goiko!, si quieres mostrarte digno pues nada, tú mismo, cuando recibas el auto de libertad lo recurres para poder seguir en prisión, seguramente será el primer caso en toda la historia del mundo y podrás ingresar en el Libro Guinness de los Récords como el gilipollas más grande del universo.

—No se trata de eso, Arturo, estoy deseando salir a la calle sea como sea, pero jode que tenga que ser así, gracias a tu influencia y no a que se me exonere totalmente. En fin, haz lo que creas conveniente y cuanto antes mejor, que esto no es un hotel de cinco estrellas precisamente.

—Me lo imagino. Es una de las pocas experiencias que no he tenido en la vida y créeme si te digo que no lo lamento pese a que siempre me ha gustado probarlo todo, o casi todo. En fin, piensa que cuando salgas en libertad podrás dedicarte a hacer lo que te venga en gana, ya que vas a tener tiempo libre, mucho tiempo libre.

—¿A qué te refieres con eso del tiempo libre? ¿Y por qué lo dices de esa manera?

Tomó aliento antes de contestar, sabía que lo que me tenía que decir iba a constituir una mala noticia para mí y necesitaba coger fuerzas antes de hacerlo.

—Ayer estuvo conmigo tu cliente, mi antiguo colega Gómez-Uralde, y me pidió que te transmitiera su decisión de que no sigas en el caso, es decir, que no sigas investigando la muerte de su mujer. Al final se ha convencido de que todo fue un desgraciado accidente y no quiere seguir removiéndolo todo, es muy doloroso para él. Me ha dicho que te pagará el trabajo que has realizado, pero que te olvides del caso.

—No es posible que te haya dicho eso, Arturo, tienes que convencerle de que es una tontería. Y más ahora que estaba en el buen camino y más convencido que nunca de que Gómez-Uralde tenía razón, su mujer fue asesinada.

—No digas tonterías, Goiko, eres el único que defiende eso, ni la Ertzaintza, ni el juez de instrucción y ahora ni siquiera el propio viudo piensan que María Isabel fue asesinada, pero claro, tú eres más listo que nadie y sabes, por ciencia infusa, lo que ocurrió.

—No, no lo sé por ciencia infusa, lo sé porque he trabajado en el caso, me he dejado los cuernos currando y he llegado a esa conclusión. Mira, Arturo, puedo ser un gilipollas, puedo ser un imbécil integral, incluso puedo ser tonto del culo, pero soy un buen policía, no es vanidad ni orgullo, tú me conoces y sabes que es verdad, por encima de todo soy policía, un buen policía, y si te digo que María Isabel Gárate fue asesinada no te lo digo por decir, o por seguir estrujando económicamente a tu colega, sino porque estoy convencido de que fue asesinada.

—¿Tienes alguna prueba que presentar en una comisaría o en un juzgado?

—Todavía no, Arturo, y menos ahora que estoy aquí dentro, pero tú sabes cómo funcionan estas cosas, tienes que creerme cuando te digo que fue asesinada.

—Es posible que tengas razón, tú eres el experto, pero mientras no presentes pruebas no hay nada que hacer, y la decisión de Gómez-Uralde es firme. Lo único que quiere saber de ti, de ahora en adelante, es el importe de la factura que tienes que enviarle, que por cierto, y por si te sirve de consuelo, te la abonará sin discutir, sea

cual sea la cantidad que le cobres.

—Joder, no se trata de eso, Arturo, y tú lo sabes, pero me he dejado la piel en este caso y me da por el culo que me dejen tirado a las primeras de cambio. Mira dónde estoy, coño, en Basauri, y todo por trabajar para alguien que ahora me quiere dar la boleta.

—No digas tonterías, Goiko, y no te vuelvas paranoico. ¿Qué tiene que ver el asesinato de Natalia con la investigación sobre la muerte de María Isabel? No mezcles churras con merinas o acabarás volviéndote loco, si es que ya no lo estás.

—Seguramente tienes razón, Arturo, lo siento, pero es cierto que estar aquí encerrado puede acabar por hacerte perder la cabeza.

Un funcionario nos indicó amablemente que nuestro tiempo se había acabado, pero no nos importó a ninguno de los dos, todo lo que teníamos que decirnos estaba ya dicho. Arturo se despidió de mí deseándome suerte y pidiéndome que confiara en sus gestiones.

—Dentro de poco estarás nuevamente en libertad —fueron sus últimas palabras antes de alejarse del locutorio.

Ojalá fuera verdad, pensé, incluso aunque esa palabra, «libertad», cada vez tuviera menos sentido para mí. Desde que tuve que pedir la excedencia dudaba que hubiera estado auténticamente libre ni un segundo, me sentía como un hámster al que hubieran colocado dentro de una noria y lo único que podía hacer en la vida era dar vueltas y más vueltas sin llegar a ningún sitio.

Intenté eliminar esas ideas de mi cabeza. Independientemente de lo que significara la palabra libertad desde un contexto filosófico, había una gran diferencia entre estar dentro de los muros de una prisión o fuera, en las calles, así que procuré aferrarme a lo que acababa de decirme Arturo, que dentro de poco volvería a dormir en mi cama. No sabía si se trataba de una mentira piadosa o si efectivamente el viejo notario estaba convencido de ello, pero en todo caso era un pensamiento reconfortante.

Mientras me dirigía de vuelta a mi celda otra idea, si cabe más inquietante, empezó a revolotear por mi cabeza. ¿Por qué le había dicho a Arturo, sin pensarlo siquiera, como si fuese una inesperada revelación, que me encontraba en la cárcel como consecuencia de la investigación que estaba efectuando sobre la muerte de María Isabel Gárate? ¿Había algo en lo que no había caído conscientemente que relacionara ambos asesinatos, el de la mujer del notario y el de Natalia, y que de repente hubiera vislumbrado en mi mente por un instante fugaz? No era posible, era cierto que el hecho de que se hubieran producido en un corto espacio de tiempo dos asesinatos de mujeres en los que yo estaba involucrado, por motivos diferentes, desafiaba las estadísticas relativas a las casualidades, pero aún así no dejaban de ser eso, simples casualidades, no había nada, o al menos de haberlo yo no lo había encontrado, que relacionara ambas muertes. ¿Por qué entonces ese cosquilleo que notaba en el estómago cada vez que pensaba en ello? ¿Acaso me estaba volviendo

paranoico?

Se lo pregunté a mi compañero de celda y protector cuando nos juntamos en el patio de la prisión, dispuestos a dar nuestro preceptivo paseo vespertino.

—Antonio —le pregunté, el gitano se llamaba Antonio Jiménez Borja—, ¿tú crees que soy un paranoico?

—¿Un para qué?

—Paranoico.

—No sé qué es eso, si me lo explicas.

—Bueno, la verdad es que no tiene mucha importancia, el paranoico es un tío que vive aterrorizado creyendo que le persiguen, que alguien va detrás de él.

—¿Cómo yo ahora?

El gitano se había retrasado, para arreglarse el bajo del pantalón, de ahí que me hiciera esa pregunta.

—No —me reí—, no me refiero a estar detrás físicamente, sino a que un paranoico es alguien que cree que van a por él.

—En ese caso —me contestó el gitano—, tú no eres un paranoico porque, efectivamente, van a por ti.

Esas fueron las últimas palabras que escuché antes de que un dolor insoportable se aposentara junto a mis costillas y, con la vista nublada y un único pensamiento en mi cabeza, «me han matado, me han matado», me sumergiera en el vacío.

Nunca te ha gustado matar. Ni te ha disgustado tampoco, para ti matar es sencillamente un trabajo, tu trabajo. Eso que dicen algunos escritores, que se atreven a escribir sobre crímenes pese a que nunca han salido de su despacho, acerca del subidón de adrenalina, de la sensación de poderío o de cómo la testosterona se apodera de tu cuerpo, son gilipollices sin fundamento. Matar es un trabajo y punto, que hay que hacerlo del modo más eficaz y profesional posible. Es cierto que hay que ser cuidadoso ya que el ejercicio de esa profesión está castigado en todos los códigos penales del mundo, pero por lo demás no te proporciona una sensación diferente a la que le puede proporcionar a un funcionario del Registro Civil inscribir un nacimiento en el libro correspondiente. Es un trabajo que alguien tiene que hacer y por el que te pagan, lógicamente un asesino cobra más que un funcionario, pero es que se trata de un profesional más especializado y con mayores riesgos, pero es así, no hay que darle más vueltas.

No, no disfrutas matando aunque tampoco tienes remordimientos. Ni siquiera lo tuviste la primera vez, y eso que entonces no eras un profesional. En realidad tampoco lo hiciste por placer, no disfrutaste, te limitaste a hacer lo que tenías que hacer. Si no fuera porque hace ya mucho tiempo que no te planteas ese tipo de temas, podrías afirmar, sin ruborizarte, que se trataba de una cuestión moral. Alguien tenía que morir, se merecía morir, y tú fuiste simplemente el brazo ejecutor de esa muerte merecida. La única diferencia con las que hiciste más adelante fue que en aquella ocasión no cobraste aunque se puede considerar que fue algo así como el meritoriaje, esa fase de aprendizaje que toda profesión requiere.

Pero el que no disfrutes matando no significa que no disfrutes de alguna manera con tu trabajo. Hay una cosa con la que cada vez te sientes más a gusto porque hace aflorar ese alma de artista que jamás pensaste que podías llevar dentro, y es la manipulación de la gente. Disparar una pistola o apretar el temporizador de una bomba no está al alcance de todos, requiere preparación, capacidad y sangre fría, pero no deja de ser algo mecánico. Manipular las mentes de los demás, llevarles cogidos de la mano hasta donde tú deseas sin que ellos se percaten, conlleva mucho más esfuerzo, por supuesto, pero te produce una satisfacción que va más allá de la que se siente por hacer bien un trabajo, te produce la misma satisfacción que debió sentir Leonardo da Vinci al rematar la Gioconda, hace que te sientas un Dios aunque nunca hayas sido un hombre religioso.

Por eso estás ahí, aparcado enfrente de la sucursal del barrio de Rekalde de una conocida caja de ahorros, leyendo un periódico deportivo mientras finges esperar a alguien, socio, amigo, amante, ¿qué más da?, la gente pasa atenta a lo suyo, sin fijarse en lo que ocurre a su alrededor.

Es la hora prevista y otro vehículo que tú ya conoces aparca con puntualidad británica justo enfrente de la sucursal. Un hombre correctamente trajeado, con

aspecto de ejecutivo, se apea de él y entra con paso decidido en la caja de ahorros. Tú ni siquiera le sigues con la vista, no merece la pena porque ya sabes lo que va a ocurrir dentro de pocos minutos, continúas atento a la lectura, ayer Fernando Torres, la nueva estrella del Liverpool, marcó tres goles, un *hat trick*, y el periódico lo resalta con más alardes tipográficos de los que seguramente utilizaría para informar al lector del descubrimiento de una vacuna contra el sida.

Cinco minutos después el hombre trajeado vuelve a salir de la sucursal aunque ya no camina de modo parsimonioso sino con prisas. El desconcierto aparece en su cara cuando observa que el vehículo en el que había llegado, y que él suponía que estaría todavía allí, esperándole, ha desaparecido. En su lugar puede verse una dotación policial que le conmina a rendirse. Durante unos instantes parece que así va a hacerlo cuando de repente suena una detonación y los policías que le están encañonando, creyéndose en peligro, disparan a su vez.

El hombre trajeado cae al suelo, con su impoluta camisa blanca y su corbata de rayas azules y rojas cubiertas de sangre. No hace falta ser un médico forense para comprender que está muerto, piensas mientras arrojas el periódico al asiento del copiloto y arrancas suavemente, alejándote del lugar de los hechos.

Todo ha salido como estaba previsto y sonrías pensando en ello. En realidad no disfrutas con la muerte del pobre idiota que se atrevió a robar un banco pensando que lo tenía todo controlado, disfrutas porque nuevamente tu plan se ha cumplido a la perfección, sin el más pequeño fallo. Aunque para ello fuera imprescindible la muerte de ese desgraciado.

La yuxtaposición de dolores que sentía, por un lado en el costado y, por otro, en mi cabeza, que parecía haberse convertido en el escenario de un concierto de percusión, me indicaron que pese a lo que había pensado cuando me desvanecí, aún estaba vivo. O eso o efectivamente había fallecido y estaba disfrutando de un anticipo de los tormentos del Infierno. ¿Sería acaso El Relojero uno de los acólitos de Lucifer? Porque eso fue lo primero que vi cuando tras un ingente esfuerzo conseguí abrir los ojos, al Relojero. Estaba sentado junto a mí, con cara de pena, como si me hubiera estado velando mientras permanecía sumido en estado de coma inducido. Esa era, al menos, la impresión que daba, aunque posteriormente me enteré de que acababan de avisarle de que estaba a punto de despertar.

No hacía falta ser muy perspicaz para comprender que me encontraba en la enfermería de la prisión y no en el averno, y que El Relojero no había dejado de ser funcionario del Estado para pasar a ejercer sus labores en la corte satánica, pero curiosamente esa vuelta a la lucidez no me hizo ningún bien.

Estuve a punto de decir eso tan típico y tópico que suelen decir quienes retornan de un desmayo de «¿dónde estoy?», pero tanto el hecho de que sabía perfectamente dónde me encontraba como unos pequeños restos de vergüenza torera que no sé de dónde saqué, me lo impidieron. Y en lugar de hacer una pregunta estúpida me limité a hacer una afirmación rotunda:

—Ha sido Antonio Jiménez Borja, el gitano, ha sido el gitano el que ha querido matarme.

—¡Cállate, coño!, no seas imprudente, alguien podría oírte.

No podía salir de mi asombro al escuchar las palabras del Relojero. ¿Acaso estaba conchabado con el gitano y se encontraba allí no para ayudarme sino para rematarme? Intenté levantarme, pese a que los dolores que había sentido al despertarme no habían aminorado un ápice, pero el propio funcionario de prisiones me lo impidió.

—No hagas chorradas —me dijo, usando su mano derecha de parapeto con el que impedir que me levantara—, aún estás muy débil y levantarte sería una locura, aparte de que todavía no sabemos si sigues corriendo peligro o no.

—¿Han detenido al gitano?

—¡Joder, chaval!, menuda perra te ha entrado con el gitano. El Antonio lleva detenido varios meses, por eso está ocupando una plaza de huésped en este hotel, pero si lo que quieres decir es si se han abierto nuevas diligencias contra él por haberte agredido, la respuesta es negativa. Y espero que tú no te vayas de la muy, no sería muy correcto acusar de intento de asesinato al tío que te ha salvado la vida.

—¿Qué, el gitano me ha salvado la vida? ¿Estás loco? —Quizás no estuviera en el Infierno, pero sin duda debía encontrarme en uno de esos mundos alternativos que suelen crear los más imaginativos escritores de ciencia ficción, un mundo en el que

todo funcionaba al revés, en cualquier momento vería volar elefantes y cómo la ley de la gravedad empujaba los objetos que había en la habitación hacia el techo—. El gitano no ha cumplido su parte del trato, ha intentado matarme, tienes que creerme, ha intentado matarme, era yo el que estaba allí, no tú.

El Relojero suspiró tristemente, como el profesor de Matemáticas que no consigue que su alumno predilecto comprenda el teorema de Pitágoras.

—Sé perfectamente que Antonio te pinchó en las costillas con una navaja de confección casera, pero en ningún momento tuvo intención de matarte. Comprendo tu confusión, pero tienes que saber que es un auténtico artista de la pinchosa, si hubiera querido matarte ahora no estarías aquí, hablando conmigo. Es cierto que corriste un riesgo, pero era un riesgo necesario y calculado y, como ves, la cosa ha salido bien.

—¿Y si no hubiera salido bien? —pregunté indignado.

El Relojero se encogió de hombros antes de decirme que habría sido una lástima, pero que no habría tenido más consecuencia que la de engrosar la elevada lista de las víctimas del sistema penitenciario español.

—Afortunadamente todo ha salido como habíamos planeado, así que si te calmas por unos minutos intentaré explicarte qué es lo que ha sucedido.

Acepté la oferta que acababa de hacerme El Relojero, en parte porque no tenía otra opción pero, sobre todo, porque hasta el momento no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, ni siquiera utilizando los recursos más delirantes de mi imaginación.

—De acuerdo —asentí magnánimo—, cuéntame qué ha ocurrido.

—En primer lugar debo decirte que tendré que revisar el acuerdo que tenía con Eneko Goirizelaia, porque en tu caso había algo más que el lógico miedo de un policía a ser agredido en la prisión. En tu caso iban a por ti directamente, no iban contra el madero que se tiene más a mano, querían matar a Mikel Goikoetxea.

En esta ocasión no pude ni quise alejarme de la pregunta tópica y balbuceé un desangelado «¿por qué?».

—No lo sé y espero que no te ofendas si te digo que no me interesa, cuanto menos sepa sobre eso mejor —no le creí esto último, para alguien como El Relojero la información, cualquier tipo de información, era importante, pero de algún modo entendía lo que quería expresarme y asentí en silencio—, eres tú quien mejor tiene que saber a qué se está enfrentando, pero lo que te he dicho no es ningún invento, alguien está deseando ansiosamente que pases a mejor vida y no le importa cómo ocurre si consigue que acabes criando malvas.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque al gitano le ofrecieron doce mil euros para que te matara. La verdad es que a simple vista jamás hubiera pensado que valías dos millones de las antiguas pesetas, a partir de ahora voy a tener que mirarte con algo más de respeto —sonrió por primera vez desde que yo había abierto los ojos—. Es una cantidad importante que no se paga así como así, por capricho, cuando alguien ofrece dos kilos por tu

cabeza es que tiene motivos más que suficientes para querer verte muerto. No se trata del caso habitual del preso que odia al madero e intenta cargárselo, sino de que alguien quiere verte muerto. Antonio no podía rechazar la oferta, hubiera resultado muy sospechoso, sospechoso y peligroso, así que decidió aceptarla y se la jugó, confiando en su habilidad en el manejo de la navaja. Tenía que conseguir que el hombre que le había pagado se creyera que lo había intentado y que tan solo por mala suerte, o por un milagro, te habías salvado.

—¿Quién encargó mi muerte?

El Relojero meneó su cabeza de izquierda a derecha, mientras con sus ojos me telegrafiaba la respuesta que enseguida me comunicó de forma verbal.

—Si quieres saber eso tendrás que averiguarlo por tus propios medios, pero el juego no es ese. Nosotros te protegemos y si podemos hacerlo —no sé si al hablar usaba el plural mayestático o aludía a algún tipo de organización comandada por él— es, precisamente, porque los reclusos, todos los reclusos, saben que somos neutrales, que no nos inmiscuimos en sus asuntos y, sobre todo, que no somos confidentes de la policía.

Rumié en silencio lo que El Relojero acababa de decirme. Por mucho que yo protestara no iba a conseguir nada y en el fondo el muy hijo de puta tenía razón, las cosas solo podían funcionar de ese modo.

—Supongo que lo intentarán otra vez.

—Supones bien, porque ya lo han intentado. Deben estar desesperados porque quisieron matarte aquí mismo, en la enfermería —al observar la expresión de extrañeza que apareció en mi cara me informó de que había estado cuatro días dormido—, pese a que había una fuerte vigilancia. Por cierto, hubo un momento en que pensé que el gitano había calculado mal el navajazo que te asestó, porque ni siquiera la ráfaga con la que abatieron al preso que quiso acabar el trabajo supuestamente empezado por Antonio logró despertarte. Si te interesa saber a quién quisieron utilizar como brazo ejecutor eso sí puedo decírtelo, porque ha salido en todos los periódicos de la ciudad, tu frustrado asesino era un joven de origen boliviano llamado Nelson Llanos que estaba pendiente de juicio por robo con violencia. Por desgracia para él, no para ti, en estos momentos el único juicio del que tiene que preocuparse es del divino. ¿Te dice algo ese nombre?

No, ese nombre no me decía nada, y así se lo dije, pero me callé que el hecho de que fuera boliviano no constituía ninguna sorpresa para mí. Lo que no entendía todavía era qué coño pintaba en todo ese asunto el país andino. Era una de las cosas que tendría que aclarar cuando saliera de allí, si es que salía algún día.

—Ya, me lo imaginaba —contestó El Relojero a mi negativa—, el Nelson era seguramente un simple sicario, el problema es que sicarios como él los hay a montones, golpeas una piedra y aparecen mil, así que tendrás que tener cuidado, mucho cuidado. Afortunadamente de aquí en adelante tu seguridad no va a ser responsabilidad mía. No te enfades si te digo que va a ser un alivio para mí.

Le miré con extrañeza antes de preguntarle si es que había decidido romper unilateralmente el trato que Eneko había hecho con él.

—Vuelves a ser un paranoico, quizás, después de todo, ese sea tu problema. No, no voy a romper ningún trato, y no por un exceso de moralidad, al fin y al cabo si los gobiernos, los partidos políticos, las grandes empresas y los clubes de fútbol rompen sus pactos a menudo, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Pero tu amigo me tiene cogido por los huevos, lo digo sin acritud, las cosas son así y una de las más importantes lecciones que he aprendido en este negocio es que hay que aceptarlas como vienen. No, no se trata de eso, muy pronto lo comprenderás. Y ya basta de cháchara, el médico me ha dicho que estás prácticamente repuesto, por eso me ha permitido tener esta conversación contigo, pero tienes que descansar.

Estuve descansando durante algo más de una semana. La herida había sido muy aparatosa, pero iba cerrándose muy bien y no me quedarían secuelas, salvo una larga cicatriz. «Pero eso no debe traumatizarte», me dijo jovial el médico de la prisión, «ese tipo de cicatrices atrae mucho a las mujeres». Quizás tuviera razón, pero por si acaso el matasanos no le había pedido al gitano que le proporcionara una, a ver si así conseguía ligar de una santa vez.

La estancia en la enfermería se me hizo eterna. Era consciente de que si me mantenían ahí se debía, con toda probabilidad, a que de esa manera se garantizaba mejor mi seguridad, pero aún así, allí aislado, me sentía como si me hubieran introducido en una sala de castigo. Incluso estaba decidido a llamar al Relojero para que me devolviera a mi celda cuando, como si hubiese recibido mi mensaje por telepatía, apareció de improviso para anunciarme que tenía una visita.

—¿De quién se trata?

—No puedo decírtelo, es una sorpresa. Una sorpresa agradable.

No estaba en condiciones de apreciar en toda su magnitud el divertido juego de «adivina quién viene a cenar esta noche», pero no me apetecía discutir con El Relojero. Además sus palabras me habían intrigado, ¿una sorpresa agradable?, si eso fuera cierto constituiría un cambio esencial en la historia de mis últimos meses de vida. No creía que fuera ninguna trampa, si El Relojero hubiera querido liquidarme habría tenido oportunidades más que de sobra en los últimos días, así que le dije que por mi parte no había inconveniente, que estaba dispuesto a recibir esa sorpresa.

Cuando vi entrar en la enfermería la relamida figura de Luis Bourget Morán pensé que el sentido del humor del Relojero era extremadamente retorcido, aunque la presencia junto al juez de Arturo Apodaka aminoró un tanto mi enfado incipiente. El primero en hablar, en hablar y en abrazarme, fue precisamente el viejo notario, que me preguntaba por mi estado de salud mientras me decía que me traía buenas noticias.

—Me encuentro bien, gracias, todavía con dolores y un poco cansado, pero fuera de peligro. ¿Cuáles son esas buenas noticias de las que me hablas?

En lugar de contestarme Apodaka fue Luis Bourget quien tomó la palabra, para

ordenar al secretario judicial, que había entrado en la enfermería poco después que ellos lo hicieran, que me diera una copia del auto.

Cuando lo tuve en mis manos lo leí con avidez, pero con miedo a que las esperanzas que de repente habían empezado a anidar en mi pecho se frustraran, pero no, por una vez la fortuna me sonreía y el documento que tenía en mis manos era el auto de libertad firmado por el juez instructor encargado del caso, D. Luis Bourget Morán.

—Quiero que sepa que he venido a traérselo en persona —empezó a hablar el juez cuando comprobó que había leído y releído el documento que me declaraba teóricamente libre—, no para disculparme por una actuación incorrecta, cuando decreté su prisión incondicional sin fianza constaban en las diligencias indicios suficientes para hacerlo de acuerdo a lo dispuesto en la Ley de Enjuiciamiento Criminal, sino para recordarle que todas mis actuaciones, lo mismo que las de mis compañeros, se rigen por un estricto sentido de la justicia y del respeto a la legalidad.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta* —no pude evitar el repetir el viejo aforismo latino que había aprendido en mis lejanos tiempos de estudiante de Derecho, pero el juez ni se inmutó, todo lo contrario, hizo como si no me hubiera escuchado y continuó con su perorata.

—Pero no se confunda, señor Goikoetxea. Le he puesto en libertad porque se ha demostrado que usted no asesinó a Natalia Urkiza Otamendi, pero sé quién es usted y que su auténtico lugar es la cárcel. Le vigilaré de cerca, Goikoetxea, porque creo que es usted un peligro para la sociedad, pero mientras tanto está libre. Algunos no creemos que el fin justifica los medios, por eso he firmado ese auto.

—Por eso y porque no le quedaba más remedio, señoría —le interrumpió Apodaka—, está demostrado que mi cliente es completamente inocente del asesinato de su mujer.

—Bien, eso es todo —Bourget Morán volvió a fingir que no había escuchado nada de lo que se había dicho—, tan solo quería avisarle. Ahora, si nos disculpan, el señor Lasheras —señaló al secretario— y yo tenemos que ausentarnos.

Les disculpamos su marcha, asegurándoles que no nos ofendía para nada, y cuando nos quedamos solos le pregunté a Apodaka qué había pasado. La frase textual que empleé creo que fue algo así como: «¿quieres decirme de una puta vez qué cojones ha pasado, Arturo?». No era una expresión muy fina, pero en esos momentos no me apetecía ser más alambicado.

—¿Recuerdas al hombre que te señaló con el dedo en la rueda de reconocimiento?

—Sí, claro, bueno, a él personalmente no, como es lógico no conseguí verle, pero recuerdo la rueda de reconocimiento. ¿Qué ha ocurrido, se ha echado atrás? ¿Ha reflexionado y se ha dado cuenta de que se había equivocado al reconocerme?

—No, algo mejor, mucho mejor, porque disipa cualquier duda sobre la autoría del asesinato. Fue él quién asesinó a Natalia. Hace tres días intentó asaltar una sucursal

de la BBK en Rekalde y fue abatido por la policía cuando intentó escapar del cerco que le tendieron. Llevaba una pistola calibre 45, con la que intentó agredir a los policías que le rodeaban, y de esa misma pistola, según las comprobaciones de balística, salieron las balas que acabaron con la vida de Natalia.

—¿Era mi pistola?

—Supongo que sí, que te la había robado, pero como era un arma no registrada oficialmente es imposible asegurarlo.

—No lo entiendo —dije, tras unos segundos de silencio.

—¿No lo entiendes? ¡Es la libertad, estúpido! Y la has conseguido con todas las de la ley, porque se ha demostrado que eres inocente, no por influencias ni componendas, ¿qué es lo que tienes que entender?

—No me malinterpretes, Arturo, estoy encantado, no me refería a lo de mi libertad, cuanto antes salga de aquí mejor, lo que no entiendo es por qué ese tipo tuvo que matar a Natalia, no lo entiendo.

Arturo Apodaka sonrió escéptico antes de decirme que él tampoco lo entendía, pero que no tenía la menor importancia.

—Puede haber miles de razones, pero ya nunca las sabremos porque murió en el enfrentamiento con la Ertzaintza. De todos modos ya no tiene importancia, es agua pasada. Sus razones están enterradas en la misma tumba que él y lo importante es que todo el asunto se ha aclarado y tú has salido indemne.

—De acuerdo —intenté sonreír, pero los dolores aprovecharon justo ese momento para reaparecer—, ¿cuándo nos vamos de aquí?

—Enseguida, pero no te apresures, aunque estás fuera de peligro todavía no te han dado el alta. Nos espera en la calle una ambulancia medicalizada y aquí fuera unos enfermeros que te acompañarán a la ambulancia —al ver mi gesto, entre extrañado e indignado, añadió—: Estás libre, pero durante unos cuantos días seguirás encerrado entre cuatro paredes. He dispuesto todo lo necesario para que te ingresen en la clínica del Doctor San Sebastián, en Deusto, con todos los gastos pagados, por supuesto. Y eso no es negociable. No creas que lo hago por mi buen corazón, de eso nada, pero por un motivo que no llego a comprender Elvira te aprecia, y si te dejara en la estacada me despellejaría.

Planteadas las cosas de esa manera comprendí que no podía poner ninguna objeción y un par de horas más tarde me encontraba instalado en una amplia y soleada habitación de la clínica San Sebastián y, lo mismo que cuando estuve ingresado en Basauri, con mucho tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo.

La clínica en la que estuve ingresado no estaba nada mal, incluso se puede decir, dadas las circunstancias, que era bastante confortable, pero aún así no veía el momento de salir de allí y volver a mi casa. Entre otras cosas que tenía vetadas mientras acababan de recomponerme, no pude probar ni una gota de alcohol. Ya sé que parece algo banal, incluso soy consciente de que eso de ahogar las penas en alcohol es una solemne gilipollez, pero en aquellos momentos lo único que me apetecía era emborracharme. Sin más, coger una buena mierda y volver a empezar.

Soy hombre de ideas fijas, entre otras cualidades a cada cual más sorprendente, así que cuando de nuevo estuve en mi domicilio saqué del mueble bar la botella de Chivas que guardaba para las grandes ocasiones, ¿qué mejor ocasión que esa?, y me bebí todo su contenido. Afortunadamente la tenía ya mediada porque, de otro modo, me la hubiera soplado entera y hubiera entrado en un coma etílico posiblemente irreversible. En el fondo no hubiera constituido una gran pérdida para la sociedad, al menos eso era lo que yo pensaba en aquellos momentos.

Me desperté con una resaca de campeonato y una canción rondándome por la cabeza. Al principio creí que era yo quien la entonaba, pero enseguida me di cuenta de que salía del ordenador que había enchufado antes de ponerme a beber, seguramente había manipulado los mandos para que se repitiera continuamente hasta que no lo apagara, por eso me había despertado con ella sonando, al cabo de varias horas. Pese a mi estado resacoso la canción, en lugar de aumentar mi malestar, contribuyó a calmarme y no solo eso, sino que de repente, cuando la escuché con más atención y me di cuenta de cuál era me puse a llorar mientras intentaba balbucearla con la lengua de trapo típica de quienes aún están bajo los influjos del alcohol.

*Hegoak ebaki banizkion,
nerea izango zen,
ez zuen alde egingo.
Bainan honela, ez zen gehiago txoria izango
eta nik txoria nuen maite^[2].*

Txoria, txori, la hermosa canción de Mikel Laboa, había sido nuestra canción, la de Natalia y mía. Nunca fuimos de esas parejas que tienen una canción «propia» en el más empalagoso y tópico de los sentidos, como esas con las que Richard Clayderman torturaba a su fiel público, una canción que nos recordara nuestro primer encuentro, o nuestro primer baile, no. En nuestro caso nos gustaba escucharla porque ese canto a la libertad, que es al mismo tiempo uno de los más hermosos cantos al amor que jamás he escuchado, no nos recordaba el pasado, cómo nos habíamos conocido o la primera vez que hicimos el amor, sino que nos recordaba lo que queríamos ser, cómo

construiríamos nuestro futuro, la escuchábamos y nos prometíamos mutuamente que jamás quebraríamos las alas del otro, que nuestro amor, indestructible, no se basaría en la desconfianza ni en la mutua anulación sino en el respeto y la libertad.

Pero sin saber ni cómo ni por qué nuestras alas se habían quebrado. ¿Empezó todo cuando Natalia creyó las acusaciones contra mí o eso tan solo fue la culminación de un proceso que ya se había iniciado sin que ninguno de los dos nos percatáramos de ello? No lo sabía ni quería saberlo, el tiempo nos había convertido en lo que jamás hubiéramos deseado ser, en pájaros sin alas, condenados de por vida a no poder surcar los aires nunca más, y en el caso de la pobre Natalia, además, a pasar el resto de la eternidad en el frío panteón que su familia poseía en el cementerio de Derio.

Necesitaba un trago, pero había agotado mis existencias y no tenía nada a mano. Además, el hecho de pensar en beber hizo que se me revolviere el estómago y tuve que vomitar. No me dio tiempo a hacerlo en el cuarto de baño y puse el pasillo perdido, pero me alivió un montón y aunque la resaca no desapareció del todo empecé a recuperar el aspecto de un ser humano.

Escuché por última vez la canción dejando que fluyeran libremente las lágrimas y cuando se acabó e introduje el compacto en su carátula me encontraba completamente sereno, como si ese desahogo lacrimal me hubiera proporcionado la catarsis que tanto necesitaba en los últimos tiempos. Decidido a recobrar, dentro de lo posible, las riendas de mi vida me puse a limpiar el suelo y esa repentina calma que se había apoderado de mi persona unido al penetrante olor a limón que emanaba de la fregona acabaron por disipar las últimas nubes alcohólicas que aún se aferraban a mi cuerpo.

Estaba a punto de meterme en la ducha cuando sonó el timbre de la puerta. No me apetecía recibir a nadie, así que hice caso omiso de los timbrazos, antes o después quien estaba llamando, fuera quien fuese, hombre o mujer, joven o viejo, policía o delincuente, ni siquiera me apetecía observar por la mirilla para salir de dudas, se iría en paz. Pero los timbrazos no cedieron sino que aumentaron en intensidad, acompañados por fuertes golpes en la puerta que amenazaban con derribarla, y por último con un grito estentóreo que debió escucharse por toda la escalera y consiguió que volviera a dolerme la cabeza.

—¡Goiko, ábreme, soy Jorge! ¡Abre, Goiko, ábreme, cojones!

Conocía a varios Jorges, pero la voz de mi cuñado, el hermano de Natalia, era inconfundible. En esos momentos no me apetecía estar con nadie, pero si hubiera tenido que hacer una lista de los menos deseados, Jorge Urkiza estaría situado en primer lugar. Intenté olvidarme de él, pensando que antes o después se convencería que no estaba y se largaría, pero él continuó repitiendo, como si de una letanía se tratara, esas dos frases, «¡Goiko, ábreme, soy Jorge, abre, Goiko, ábreme, cojones!», a la que de vez en cuando se unía una tercera, igual de original que las anteriores, «Goiko, sé que estás en casa, ábreme, cabrón».

Viendo que el dolor de cabeza amenazaba con recuperar el terreno perdido si

continuaba escuchando los lastimeros aullidos de mi cuñado, diez minutos después de que empezara a aporrear mi puerta la abrí, aunque en esos momentos era yo el cabreado.

—¿Se puede saber qué quieres, cojones? No estoy para chorradas y además ya deberías saber que no he matado a tu hermana así que déjame en paz de una puta vez.

—Lo sé, Goiko, lo sé, siempre lo he sabido, si antes no te lo dije fue porque en el fondo soy un mierda, un auténtico mierda.

No pudo continuar su autoflagelación porque los sollozos se lo impidieron. Si hacía un rato el espejo me había devuelto la imagen de un tipo de aspecto deplorable, comparado con el que en esos momentos tenía mi cuñado yo debía parecer un auténtico dandi inglés en el baile de puesta de largo de su prometida. Sin afeitarse, con un traje que seguramente no se había cambiado en cinco días, los ojos inyectados en alcohol y las mejillas surcadas de lágrimas, no se parecía en nada al jovial Jorge Urkiza con el que yo había compartido muy buenos momentos. En realidad era un buen tipo que hacía muy poco tiempo había sufrido la pérdida de una hermana, así que pese a mis intenciones iniciales le dejé pasar al interior de mi domicilio.

—Gracias, Goiko, gracias —dijo cuando le senté en una de las butacas del salón—, gracias, eres un buen tío, y sé que nunca hubieras hecho daño a Natalia, lo sé, si no te lo dije antes ni te apoyé cuando las estabas pasando putas se debe única y exclusivamente a que soy un mierda, como ya te he dicho, un auténtico mierda...

—No lo eres, Jorge, simplemente habían asesinado a tu hermana y eso... —lo dejé ahí, porque no sabía qué añadir, o quizás todo lo contrario, podía añadir muchas cosas, yo la había perdido dos veces, pero no tenía sentido hablar de ello, ningún sentido.

—¿Puedes ponerme un *whisky*? O una copa de vodka, o ginebra, cualquier cosa mientras sea fuerte, un buen pelotazo de orujo me iría de puta madre.

—Creo que te sentará mejor un café bien cargado. Además, a mí tampoco me vendría mal, así que si esperas un momento enseguida lo preparo.

Cuando regresé de la cocina Jorge se había calmado, al menos había dejado de llorar aunque su mirada continuaba extraviada, como si quisiera ver algo que estaba mucho más allá de su alcance, de nuestro alcance.

El café solo, fuerte, sin azúcar, le espabiló y por fin sus ojos, aunque seguían enrojecidos, dejaron de mostrar a un tipo enloquecido para dar paso a alguien con el que quizás se pudiera hablar.

—¿Qué es lo que quieres, Jorge? Siempre has sido bien recibido en esta casa, pero comprenderás que en las actuales circunstancias no deje de extrañarme tu visita.

—Quería pedirte perdón, solo eso.

—No tienes que pedírmelo, que yo sepa tú nunca me acusaste de haber matado a tu hermana, y aunque lo hubieras hecho —aspiré con profundidad antes de seguir hablando—, habría sido completamente comprensible, al fin y al cabo un juez había considerado que existían indicios suficientes como para meterme en prisión.

—Eso de los indicios es una solemne chorrada, Goiko, y tú lo sabes. Mira, Goiko, tú me conoces hace tiempo y sabes que soy un buen compañero de juergas y borracheras, pero nada más. No, déjame hablar, no soy del todo tonto, pero no soy ninguna lumbrera, y aún así sé lo suficiente como para juzgar quién es un tío legal y quién no, y para mí tú, independientemente de que estuvieras casado con mi hermana, siempre has sido un tipo legal. ¿Sabes por qué no te lo dije, por qué no fui a decírtelo mientras estabas encarcelado?

—Supongo que, porque pese a esos sentimientos, que te agradezco, tendrías tus dudas. Ya te he dicho que lo entiendo y que no te lo reprocho.

—¡Joder, Goiko!, para ser un gran detective no tienes ni puta idea de nada. Siempre he sabido que eras inocente, sé que jamás le hubieras hecho daño a Natalia, no, si no te visité fue porque me tranquilizaba, ¿lo entiendes?, me tranquilizaba saber que alguien estaba pagando por la muerte de mi hermana, aunque fuera inocente, pero joder, alguien tenía que pagar por ello y me daba igual que fuera inocente, me daba igual que fueras tú. Eso es lo que pensaba, ¿no estás de acuerdo conmigo en que soy un auténtico mierda, un hijo de la gran puta?

No le contesté, en parte porque no sabía qué decirle y en parte porque no me hubiera escuchado, de nuevo se había puesto a llorar compulsivamente y decidí esperar a que se calmara. Tardó dos minutos o tres, pero a mí me parecieron horas. Hasta entonces yo siempre solía decir, quizás con un punto de machismo, que no podía soportar a una mujer llorando. Aquel día comprendí que un hombre llorando tampoco es plato de buen gusto.

—Lo siento, Goiko, lo siento —no sabía qué me enervaba más, si sus continuos sollozos o la obsesiva manía de pedirme disculpas en todo momento—, pensarás que soy un cerdo.

—Para nada, Jorge, para nada, tu reacción es muy humana. En el fondo eso es lo que hace que funcionen las sociedades, la confianza de que todo crimen conlleva su castigo, aunque a veces el castigado no sea la persona adecuada, pero eso da igual, lo que la opinión pública desea es dormir tranquila y para eso necesita que se castigue a los culpables, sean estos quienes sean, y así continuar viviendo con la tranquilidad de que el sistema nos protege —la situación en la que se encontraba mi cuñado no era la más adecuada para que yo sacara a relucir mi aspecto más cínico, pero las palabras surgieron de mi boca de un modo inconsciente, como si en el fondo lo menos importante fuera mi interlocutor sino la necesidad, postergada durante demasiado tiempo, de sacar afuera mi propia amargura. De todos modos, si durante unos segundos estuve preocupado por el efecto que podían causar en él pronto pude comprobar que, en el dudoso caso de haberme escuchado, no había asimilado lo que acababa de decir, porque seguía a lo suyo.

—¿Y sabes qué es lo peor, Goiko? Que también he sabido siempre que las acusaciones que se te hicieron eran falsas, completamente falsas, pero desde que Natalia y tú os separasteis en ningún momento te di mi apoyo.

—¡Déjalo ya, Jorge! Además, ¿cómo podría haberte reprochado nada si la propia Natalia estaba convencida de mi culpabilidad?

—No, en eso te equivocas, Goiko, mi hermana nunca dudó de ti en ese aspecto. Te conocía demasiado bien como para creerse esa patraña.

Escuchar eso fue como si me hubieran metido la cabeza dentro del agua y me impidieran sacarla, como si me hubieran dado una patada en los testículos con unas botas con la puntera reforzada con hierro, como si me hubieran arrancado de cuajo los dos ojos y las cuatro extremidades. Intenté boquear para coger aire ya que estaba al borde de la asfixia. Por fin me recompuse y la poca voz que tenía la empleé en recriminar a mi cuñado sus falsas palabras.

—¡No te estoy mintiendo! —protestó vehementemente Jorge—, sabes que jamás lo haría y mucho menos tratándose de algo tan serio. Ella me lo dijo, Goiko, Natalia me lo dijo. No le gustaba hablar del tema, pero un día en que le reproché que hubiera creído esas acusaciones me dijo, chillando, que jamás las había creído, pero que dejara de pasárselo por los morros, que había cosas que yo jamás podría comprender ni me convenía saber.

No sabía si saltar de alegría al escuchar esas palabras o ponerme a sollozar amargamente. Si eso era verdad, ¿por qué no me lo había dicho? Si lo que quería era separarse de mí, sin más, podría haberlo hecho de otro modo, simplemente hablando, diciéndomelo. Me habría dolido, por supuesto que me habría dolido, y habría estado jodido durante un buen tiempo, pero lo habría entendido, joder, no soy un hombre de las cavernas. Si ya no estaba enamorada de mí podría habérmelo dicho, en lugar de hacerme creer que pensaba que yo era un pedófilo.

—Quizás no te lo dijo porque seguía enamorada de ti —había estado pensando en voz alta, sin darme cuenta y mi cuñado respondió a lo que creía que era una pregunta, pero sus palabras añadieron más dolor y sorpresa a la situación en la que me encontraba.

—Eso es imposible —le espeté malhumorado, y con tono irónico le pregunté si también se lo había confesado Natalia.

—No, no me lo dijo, al menos con palabras —me contestó Jorge, que según iba yo hundiéndome parecía serenarse—, pero esas cosas se saben. Cada vez que hablaba de ti, aunque fuera para insultarte, yo notaba que te seguía queriendo.

—En ese caso, no entiendo nada, no consigo entender qué ocurría. ¿Tú sabes algo?

—Ojalá lo supiera, Goiko, puedes creerme que si lo supiera te lo diría, pero no tengo ni puta idea. Le pasaba algo, eso es seguro, pero nunca pude averiguar de qué se trataba. ¿Sabes?, a veces he pensado que si no la hubieran asesinado, habría acabado por quitarse la vida ella misma.

—Eso es absurdo, Jorge, Natalia no era de las que se suicidan.

—Es posible que tengas razón, Goiko, la Natalia que tú y yo conocimos no era de las que se suicidan, pero la Natalia de la que te estoy hablando era otra Natalia.

¡Goiko! —pronunció mi nombre como si necesitara que pusiera toda mi atención en él, como implorándome que le atendiera—, tienes que encontrar al hijo de puta que la mató, tienes que hacerlo, prométemelo.

—Está muerto, Jorge, ese hijo de puta está muerto, y bien muerto, si quieres saber mi opinión.

—Sí, yo también me alegro de que a ese cabrón se lo estén comiendo los gusanos, pero es que no lo entiendo, joder, no lo entiendo, ¿por qué tenía que matar a mi hermana, cojones, por qué?

—No lo sé, Jorge, no lo sé, y te juro que me gustaría saberlo, pero ese cerdo se ha llevado su secreto a la tumba.

Si me ponía a pensar en ello me daba cuenta de que mi cuñado tenía razón, no había ningún motivo lógico para que el hombre que supuestamente me había señalado en la rueda de reconocimiento —seguía identificándole de ese modo porque aún no me había preocupado en saber cuál era su nombre— asesinara a Natalia. Pero si empezaba a sospechar que también detrás de ese crimen se había producido una conspiración mi cabeza acabaría por estallar. Posiblemente en el futuro tendría que reflexionar sobre ello, pero en esos momentos prefería pasar del tema, como si se tratara de los delirios de un hermano alcoholizado y hundido en la depresión.

Durante unos segundos los dos permanecemos callados, como si rumiáramos en silencio nuestros pensamientos. Al cabo de un rato, y casi al mismo tiempo, Jorge hizo ademán de irse y yo de despedirle, pero ambos nos mantuvimos quietos en nuestros respectivos asientos, como si supiéramos que todavía quedaban cosas por decir.

—Natalia y tú seguís oficialmente casados —no era una pregunta sino una aseveración, y yo la confirmé con un cabeceo de asentimiento. Era cierto, no sé por qué, pero en ningún momento me planteó acudir a un juzgado para solicitar el divorcio y a mí no me apetecía dar ese paso en solitario—. Y tampoco cambió su testamento. Hace tres días me dieron el certificado de últimas voluntades y tú sigues siendo su heredero universal.

—Me da igual —le dije—, no pienso reclamar nada.

—Aún así habrá que realizar algunas gestiones, cambio de titulares en cuentas corrientes, en propiedades.

—De acuerdo, de acuerdo, haz lo que creas conveniente, lo dejo en tus manos.

—Goiko, ¿puedo hacerte una última pregunta?

Decirle que no hubiese sido algo completamente absurdo, si estaba allí, en mi casa, era para hablar conmigo, además conocía a mi cuñado y sabía que la pregunta que acababa de formularme era meramente retórica, de modo que le animé a que hablara.

—Goiko, ¿tu familia tiene dinero, mucho dinero? Contéstame, por favor, por impertinente y absurda que te parezca la pregunta.

La pregunta, en efecto, me parecía absurda e impertinente, pero aún así la

contesté.

—Bueno, mis padres y mis hermanos siempre han vivido más o menos bien, con sus pisos, sus coches, sus vacaciones, dándose pequeños, y en ocasiones grandes, caprichos, supongo que sociológicamente se les podría definir como de clase media alta, pero sin más. Desde ese punto de vista se puede decir que no les ha faltado nunca el dinero, pero lo que cualquiera llama «tener dinero» de verdad, me temo que no, que ninguno de mis parientes entraría jamás en esas listas de los hombres y mujeres más ricos, no ya del mundo, sino ni siquiera de Euskadi. Además los últimos años de mi padre, tras la muerte de mi madre, fueron un poco locos, ya sabes, el viejo se sintió de repente solo y desorientado, y acabó comiéndose todos sus ahorros, si llega a vivir unos meses más seguramente habría acabado puliendo este piso. Y una vez satisfecha tu curiosidad, ¿puedes explicarme a santo de qué viene esa pregunta?

—En ese caso, ¿tú no le has dado a Natalia un millón de euros? ¿En metálico?

—¿Un millón de euros? ¿En metálico? ¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Natalia guardaba un millón de euros. En casa. En metálico. Dentro de una bolsa. En billetes usados. Pensé que se lo habías dado tú. Por la separación.

—¡Deja de hablar como si estuvieras dictando un telegrama, por Dios! Y estás loco si piensas que se lo he dado yo, jamás he visto tanto dinero junto en mi vida. Ni junto ni separado, no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo.

—Entonces, ¿ese dinero no es tuyo?

—Ya te he dicho que no, joder, no tengo ni puta idea de dónde habrá salido esa pasta.

Durante un rato permaneció en silencio, como si rumiara lo que me iba a decir, hasta que finalmente me lo soltó.

—He pensado quedármelo —se dirigió a mí en tono desafiante, con los hombros erguidos y los ojos brillantes, tal vez temeroso de que yo decidiera pelearme con él por el botín—, al fin y al cabo si no es tuyo..., además oficialmente ese millón de euros no existe, nadie puede reclamarlo.

—Por mí puedes hacer lo que quieras con ese dinero, como si te lo metes por el culo.

Ahora sí, ahora estaba claro que ya no teníamos nada más que decirnos, así que Jorge, sin despedirse, se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir volvió a repetir lo que me había dicho anteriormente.

—¡Tienes que encontrar al hijo de puta que la mató, tienes que hacerlo, prométemelo!

Por mi parte no quise repetir lo de que ese hijo de puta está muerto, y bien muerto, además comprendía perfectamente a qué se estaba refiriendo, por lo que me limité a decirle que sí, que lo haría. Pero tendría que dejarlo para otro momento porque en esos instantes el terrible dolor de cabeza que antes de que llegara Jorge había desaparecido, volvió a apoderarse triunfalmente de mi persona.

Uno, otro más, de los tópicos que circulan entre la gente corriente sobre los asesinos es que no tienen sentido del humor, en todo caso se admite que puedan disfrutar contando y escuchando chistes de grueso calibre, pero en el imaginario popular se considera que sois fríos como máquinas, incapaces de disfrutar con las sutilezas del humor. En lo de que sois fríos como máquinas tienen razón, por supuesto, pero no más que el bróker que realiza una operación en la bolsa a consecuencia de la cual él gana diez millones de euros y doscientos trabajadores, padres y madres de familia, se quedan sin empleo. Y que conste que a ti eso te la suda, la vida es así de jodida y cada uno tiene que jugar con las cartas que le han tocado o, como en tu caso, con las que te has sacado de la manga. Pero no deja de tener su punto que mientras tú tienes que limpiar tus huellas para no acabar en la trena el otro hijo de puta sea portada de las revistas financieras y sirva de ejemplo para los jóvenes del país.

Sí, eres frío como una máquina, eso es cierto, pero quien crea que no tienes sentido del humor comete una gran injusticia. No puedes evitar que una sonrisa aparezca en tu semblante, cruzando tu cara de un extremo a otro y suscitando la curiosidad de la prostituta con la que acabas de follar.

Se trata de una hermosa mujer de origen búlgaro, rubia, alta, con unas tetas que harían la delicia del erotómano más conspicuo y unos muslos hechos para palpar, para tocar, para que tu mano se acomode en toda su extensión mientras los acaricia lentamente. Y con unas caderas que son quizás lo que más te excita de ella, no las típicas caderas de avispa que lucen, o intentan lucir, todas las pijas del civilizado Occidente, sino unas caderas capaces de sobrellevar un embarazo.

—¿De qué te ríes? —te pregunta la búlgara. Entre vosotros habláis en ruso, su dominio es una de las herencias que te ha dejado tu antiguo trabajo para la Securitate. El ruso y el alemán. Luego han llegado el inglés, el francés y ahora el español, además de tu rumano natal. De hecho eres capaz de hablar en más idiomas que un licenciado en Filología, aunque no le das la menor importancia, para ti las lenguas son simplemente otra herramienta de trabajo, como pueden serlo la navaja, el rifle o tus propias manos, llegado el caso.

—¿De qué te ríes? —vuelve a preguntarte la búlgara.

—Estaba pensando —contestas por fin, con una sonrisa en los labios, complacido por tu propia agudeza—, que si tú y yo tuviéramos un hijo sería un auténtico hijo de puta.

La búlgara te mira enfurruñada, como si no apreciara tu sutil sentido del humor, o como si le ofendiera que le recordaras su profesión. Es curioso, recapacitas en tu interior, a prácticamente ninguna de las putas que has conocido, y has conocido a muchas ya que prefieres follar con profesionales, tanto por ser generalmente más placentero como menos comprometido, les gusta que el cliente les recuerde cuál es su oficio, está claro que la búlgara no constituye ninguna excepción.

—Antes me tiraría a la ría que tener un hijo contigo —contesta finalmente la prostituta, con los ojos cargados de ira.

—Pues es una pena —le replicas en tono displicente—, porque tienes unas caderas de embarazada, de embarazada de gemelos. Provengo de una familia en la que abundan los gemelos, así que sé de lo que estoy hablando.

Eso es verdad, tu hermano Nicola y tú erais gemelos, y aunque jamás conociste al resto de tu familia, de lo poco que quisiste indagar sobre ellos sacaste la conclusión de que eran proclives a engendrar gemelos. Y no solo, como parece ser lo habitual, en una generación de cada dos, sino en todas las generaciones. Seguramente con el transcurso del tiempo se habrían juntado el hambre y las ganas de comer y habrían originado un gen gemelar resistente a cualquier tipo de vicisitudes.

—¿Dos en lugar de uno, dices? Pues peor me lo pones —vuelve a contestarte la prostituta, pero la dureza ha ido desapareciendo de su boca y, sobre todo, de sus ojos.

—Tranquila, hablaba por hablar, solo porque me he fijado en tus caderas. Nunca he deseado tener hijos, no creo que sea una buena idea.

Estás mintiendo, una vez quisiste tener un hijo, quisiste tenerlo tanto que acabaste matando a la mujer que se deshizo del feto que llevaba en su interior al mismo tiempo que abortaba tus ilusiones por ser padre. Estás mintiendo y te das cuenta de que la prostituta búlgara te ha calado. Eres bueno mintiendo, es parte de tu trabajo, ni el más agudo psicólogo sería capaz de pillarte cuando mientes, pero eres consciente de que en esta ocasión la estás cagando, que la mujer con la que acabas de tener un rato de sexo a cambio de un poco de pasta ha penetrado en tu interior.

—No siempre he sido prostituta, ¿sabes? Soy la mayor de seis hermanos y he tenido que cuidar de ellos. Provengo de una familia de buenas paridoras en la que siempre se han criado hijos fuertes y sanos.

De repente la sofisticada y refinada prostituta moscovita ha cedido su lugar a la campesina del Volga. La búlgara lleva años en el oficio y hace tiempo que ha dejado de creer en príncipes azules o de cualquier otro color y sabe que la historia de Pretty Woman es un timo en toda regla, para engañar a incautos y bobaliconas románticas. Pero también sabe que los tipos como tú, y aunque te conoce desde hace muy poco tiempo enseguida ha averiguado a qué clase de tipo perteneces, si algún día se deciden a casarse acaban haciéndolo con una mujer como ella, no porque no tengan la oportunidad de hacerlo con alguien más burgués o convencional, con la hija de un banquero, por ejemplo, sino porque hay seres que están predestinados y ha visto, claro como el azul del cielo, que tú eres de esos, que si un día decides casarte lo vas a hacer con alguien que se le parezca como una gota de agua a otra, así que, ¿por qué no jugar sus bazas por difícil, o imposible, que parezca la partida?

—Si es una oferta, te lo agradezco, pero de momento no estoy interesado. Y ahora largo —le das un cachete en el culo, como si le ayudarás a coger impulso—, vístete y déjame solo, que tengo cosas que hacer.

El dinero que le das supera a lo que le habías ofrecido, pero ninguno de los dos

decís nada sobre ello, tú te limitas a dárselo y ella a aceptarlo sin mayores parafernalias ni absurdos agradecimientos.

—Ahora, largo, vamos, tarifando. Si te necesito ya sé dónde encontrarte —le dices.

Cuando por fin se ha largado te tomas un *whisky* de un trago, para ahuyentar los fantasmas que han empezado a sobrevolar la estancia. Porque tanto la prostituta búlgara como tú habéis intuido que quizás cuando decías eso de «si te necesito ya sé dónde encontrarte» no te referías exclusivamente a follar.

Antiguamente, cuando volvíamos a trabajar después de haber disfrutado de unas siempre cortas vacaciones, decíamos que estábamos de mala hostia y procurábamos disimular nuestro mal humor contando unas aventuras en su mayor parte inventadas y yendo a desayunar al bar de la esquina más veces al día de las dietéticamente aconsejables. Ahora a eso se le denomina «síndrome postvacacional» y, como todo lo que se acoge bajo la categoría médica de «síndrome» parece que ha adquirido una mayor relevancia e incluso justificación. Pues si a volver al trabajo después de las vacaciones se le llama de ese modo, cuando uno vuelve no al trabajo sino al vacío más absoluto después de haberse chupado unas semanas de cárcel y otra de clínica y con las novedades de que mi cliente me había despedido y mi exmujer, que al parecer seguía enamorada de mí aunque no quería verme ni en fotografía, había dejado al morir un millón de euros cuya procedencia nadie podía justificar, ¿cómo podría denominársele? De momento preferí dejarme de síndromes y otras zarandajas y reconocer que estaba de mala hostia, de muy mala hostia. Y que ese estado de ánimo amenazaba con perpetuarse.

Me intrigaba y, sobre todo, me desazonaba, todo lo que había descubierto acerca de Natalia. ¿Estaba metida en algo sucio y por eso había decidido alejarse de mí? ¿Había participado en la trampa que intentaron urdir contra mí o, incluso, fue su instigadora? ¿Y por qué la asesinaron? Sabía quién disparó el arma, el mismo hijo de puta que intentó cargarme con el muerto, pero ¿trabajaba solo y todo fue cuestión de mala suerte o, por el contrario, había al fondo una desconocida mano negra que manejaba todos los hilos sin que nadie se percatara de ello?

Toda una batería de preguntas para las que no tenía respuestas y, si soy sincero, no deseaba tenerlas, intuía que si algún día llegara a conocerlas todas mis heridas, que eran muchas y aún estaban muy lejos de cicatrizar, iban a verse multiplicadas por mil. Además, aunque quisiera conocer las respuestas no tenía por dónde empezar, el único que estaba enterado de la cuestión del millón de euros era Jorge, mi cuñado, y ya se ocuparía él de ponerlos a buen recaudo y de negar, si fuera necesario, incluso su misma existencia. Y en cuanto a lo demás, muertos la propia Natalia y su asesino, no tenía por dónde empezar. El propio hecho de que diera pábulo a la historia de una posible conspiración sobre la que no tenía la menor prueba era suficiente para que cualquiera que oyese mi historia, por proclive a creerme que fuese, me tildara de paranoico, así que por una vez en la vida fui prudente y decidí no escarbar en esa historia, aunque era consciente de que más de una noche acabaría pasándola en vela por su culpa. Eso en el mejor de los casos, si no se me aparecía, mientras estaba durmiendo, en forma de pesadilla.

Por lo menos aún tenía un caso. Es cierto que me habían despedido, pero pese a ello me habían pagado generosamente mi trabajo así que lo ético y correcto, desde el punto de vista de un honrado profesional, era continuar realizando el trabajo, al

menos hasta que pudiera considerarse amortizada la cantidad cobrada. Eso al menos fue lo que le dije a Apodaka cuando el viejo dinosaurio llamó por teléfono para echarme la bronca. Había tenido la brillante idea de contactar con Gómez-Uralde para intentar persuadirle de que reconsiderara su decisión y no solo se negó rotundamente a acceder a mis deseos sino que no perdió el tiempo para delatarme ante su vieja colega.

—Déjate de disquisiciones filosóficas, que la ética no es lo tuyo —me respondió el notario octogenario, de un modo injusto, según mi humilde opinión—, cuando un cliente rescinde los servicios de un profesional, este ya no puede actuar en su nombre, sobre todo si ha sido pagado por su trabajo, y además de una manera extremadamente generosa.

—De acuerdo, tienes razón, entonces no actuaré en su nombre, actuaré en el mío propio. Eso sí que puedo hacerlo.

—Ya eres mayorcito, Goiko, aunque no tanto como yo, así que si quieres ahorcarte no seré yo quien te impida comprar la sogá, pero creo que lo que pretendes es una estupidez. Si ya anteriormente, con el apoyo de Uralde, tuviste problemas con Bourget Morán, ahora los equilibrios que hagas van a ser igual de peligrosos, o más, y no vas a tener una puñetera red con la que aminorar la caída.

Me despedí de Arturo diciéndole que yo también le quería, pero en el fondo tenía razón. Sin embargo no podía quedarme quieto, entre el riesgo de regresar a prisión y el de volverme completamente loco, eso si no lo estaba ya, el primero de ellos me parecía más apetecible.

Se dice que fray Luis de León, cuando regresó a su cátedra tras haber estado encarcelado injustamente, comenzó su primera clase con la expresión «decíamos ayer...», como si el tiempo no hubiera pasado para él o quisiera borrarlo de su memoria. Yo no poseo la paciencia franciscana del agustino, y sé que los días pasados en prisión jamás se irán de mi mente, pero aún así comprendí que, como si lo ocurrido desde el momento en que fui detenido por orden del juez Bourget Morán hubiera sido un paréntesis, lo más lógico era volver al punto de partida y continuar con lo que tenía pensado hacer aquel funesto día, realizar una visita de cortesía al párroco de San Julián. Ojeé el calendario, ya que ni siquiera sabía en qué día estaba viviendo, y comprobé con satisfacción que por una vez en la vida los hados me habían sido favorables, era jueves, uno de los dos días de la semana en los que el grupo de danzas boliviano se reunía para ensayar.

Llegué allí con un margen suficiente de tiempo para ver llegar a los componentes del grupo y decidir quién podía ser más susceptible, de entre ellos, de proporcionarme la información que necesitaba, pero tras dos horas de espera empecé a ponerme nervioso. ¿Se habría suspendido el ensayo? Me acerqué hasta una nonagenaria que se encontraba rezando en el interior del templo y tenía pinta de ser cliente habitual y le pregunté por qué no habían venido los bolivianos. Al principio no entendió de qué le estaba hablando, hasta que se dio cuenta de que le estaba preguntando por los

suramericanos que todas las semanas acudían a ensayar sus bailes folclóricos.

—¿No lo sabía usted? Dejaron de venir hace ya dos semanas.

—¿Sabe por qué dejaron de venir? ¿Hubo algún problema con el párroco, se han trasladado a algún otro local?

—¿Problemas con don Carlos? De ningún modo, el párroco era uno de los mayores apoyos del grupo de danzas. En cuanto a si se han ido a otro local, no lo sé —la anciana no se encogió de hombros porque ya estaba de por sí más encogida que el jorobado de Nôtre Dame, pero el gesto fue inequívoco—, la verdad es que no he oído nada acerca del tema.

Lo dijo como con pesar, como si el desconocer cualquier cosa que afectara a la parroquia o, puestos a ello, al resto del mundo, significara para ella una auténtica derrota. Quizás la vieja no fuera cotilla por naturaleza, pero a su edad seguramente ese era el único placer que le quedaba. Lo demostró preguntándome, con más desparpajo y desenvoltura que el que a menudo utilizamos los propios profesionales, por qué estaba interesado en contactar con el grupo de danzas. Intenté ser diplomático a la hora de contestar, pero la señora, aunque vieja, no tenía un pelo de tonta y así me lo dijo.

—De todos modos —continuó con unos ojos brillantes en los que se adivinaba una sensación de triunfo—, aunque usted lo niegue, y es comprensible, a mí no se me escapa nada, me he percatado enseguida de que usted es de la secreta, ya me imagino lo que está usted buscando, drogas, ¿a que sí? Sí, sí, ya sé que usted no puede decirme nada, lo entiendo, pero es que ya son muchos años los que tengo, ¿cuántos me echa usted?, ochenta y nueve, como le digo, ochenta y nueve, ya sé que no los aparento, pero me quedan dos meses para llegar a los noventa. Así que un asunto de drogas, ¿no?, si quiere que le sea sincera no me extraña nada, y que conste que los del grupo de danzas son buena gente, correctos y educados, nunca se han metido con nadie, pero qué quiere que le diga, no son como nosotros, no me entienda mal, joven, yo no soy racista, eso nunca, todos somos hijos de Dios, pero ya se sabe, es otra cultura, con otros valores, por allí se pasan todo el día mascando droga, lo he visto en los documentales de la ETB, y claro, para ellos es algo normal, ¿no? Ni siquiera son conscientes de que eso aquí es un delito. Y luego está lo de las navajas, se pasan todo el día con la navaja por aquí y la navaja por allá, ni que fueran de Albacete, y claro, cuando uno juega con fuego acaba quemándose, ¿no es verdad?, el refranero no miente, y quien habla de fuego habla de navajas.

La vieja no paraba de hablar ni para tomar aliento, pero conseguí preguntarle si ella había visto a alguno de los bolivianos usando una navaja o trapicheando con drogas. No, no les había visto, si lo hubiera visto se habría meado en las bragas, pero eso no importa, ¿no?

—Quiero decir —continuó sin detenerse a respirar—, que esas cosas se saben, son *vox populi*, y ya se sabe lo que se dice, *vox populi*, *vox Dei*. Eso es latín, joven —añadió suponiendo que, debido a mi edad, el latín era para mí aún más desconocido

que el chino—, y significa que la voz del pueblo es la voz de Dios.

—Señor Goikoetxea, le estaba esperando —la voz del párroco interrumpió la perorata de la feligresa—, me imagino que estará disfrutando de la conversación con doña Adela, pero se nos hace tarde así que le ruego que me acompañe a mi oficina.

Si no fuera porque besar a un sacerdote de edad avanzada no está bien visto socialmente, allí mismo le habría propinado un par de ósculos en cada una de las mejillas. El padre Saratxaga acababa de salvarme la vida o, al menos, la cordura.

—Le debo una padre —fui lo primero que le dije cuando estuvimos por fin solos, refugiados en su pequeño despacho—, no sabía cómo zafarme de esa buena señora.

—No es una mala mujer —me sonrió al hablar—, si nos olvidamos de que de vez en cuando, últimamente muy a menudo, se le va la olla, como se dice ahora, y que fue educada en pleno apogeo del nacionalcatolicismo y se mantiene fiel a los valores que le inculcaron de pequeña. Pero sí, tiene usted razón, supuse que necesitaba ser rescatado y así lo hice, eso es lo que nos ocurre a los curas, que no podemos resistirnos a la tentación de hacer la buena obra del día. Además, he supuesto que tal vez desee charlar un rato conmigo, ¿o acaso estaba en la iglesia porque le han entrado súbitamente unos irrefrenables deseos de rezar?

No pude evitar reírme al escuchar las últimas palabras del párroco. Era sin lugar a dudas un tipo inteligente y daba gusto hablar con él. Y, desde luego, había acertado, el siguiente paso que tenía pensado dar, tras constatar que los bolivianos se habían volatilizado, era precisamente buscarle para hablar con él.

—En realidad he venido a hablar con alguien del grupo de danzas, con alguien que pudiera hablarme de María Isabel Gárate.

—¿Y por qué cree usted que en el grupo de danzas iban a poder decirle algo sobre la difunta señora Gárate?

—Quizás porque está compuesto por bolivianos.

—¿Y en qué se diferencia un grupo folclórico compuesto por bolivianos de otro formado por ucranianos o camerunenses, si puede saberse?

El aspecto pícaro que había lucido hacía escasos momentos el párroco había sido sustituido por otro preñado de interés y expectación. Supuse que lo mejor era sincerarme con él y así lo hice.

—Quién sabe, padre, quizás me esté obsesionando con los bolivianos, pero es que últimamente los veo por todas partes. No hace mucho uno llamado Nelson Llanos intentó matarme, cosa que no me causó ningún placer, si desea que le sea sincero. Y en cuanto a la difunta María Isabel Gárate, he estado reconstruyendo sus últimos momentos y he podido averiguar que en un bar se puso a llorar y empezó a decir «pobres niños bolivianos, pobres niños bolivianos». Estuvo diciéndolo durante un rato largo. Quizás le parezca algo muy cogido por los pelos, pero es lo único que tengo, y si juntamos eso con que trabajaba en esta parroquia, que había sido un refugio para los bolivianos, pues tengo razones más que suficientes para sospechar que de un modo u otro hay algún tipo de relación. Así que seguramente estará de

acuerdo conmigo en que si parece que estoy obsesionado con la gente procedente de Bolivia, al menos es una obsesión bien fundamentada.

—Dicho así, supongo que tiene usted razón.

—Muchas gracias por sus palabras, padre, me siento terriblemente reconfortado —quizás no debiera haberle contestado en tono tan irónico al párroco, sobre todo cuando iba a volver a pedirle su colaboración, pero lo que me estaba sucediendo en los últimos tiempos no contribuía a hacer de mí el hombre más ecuánime del mundo, precisamente—. Y volviendo a la señora Gárate, ¿sabe usted por qué repetiría con tanto énfasis y amargura eso de «pobres niños bolivianos, pobres niños bolivianos»?

—La vida de los bolivianos, como la de cualquier otro inmigrante, es dura, señor Goikoetxea, muy dura, da igual que sean bolivianos, senegaleses o marroquíes, están lejos de su patria, de su familia, de todo lo que más aman y aprecian. La señora Gárate era una mujer sensible y de buen corazón, que seguramente conocía el drama de los bolivianos porque había trabajado con ellos, y se dolía de su situación.

—Tal vez, pero tiene que haber algo más.

—¿Tiene que haber algo más o desea usted que haya algo más?

El párroco había vuelto a dar en la diana. Cada momento que pasaba le admiraba más, estaba claro que para haber sobrevivido como él lo había hecho en las guerrillas latinoamericanas, además de su fe en Dios, que eso en un cura es como el valor en un soldado, se le supone, aunque en ocasiones esa suposición no coincida con la realidad, tenía que haber hecho acopio de inteligencia y agallas. Sí, seguramente el párroco tenía razón y yo me estaba aferrando a un clavo ardiendo a falta de algo más sólido que llevarme a la boca.

—¿Cree usted en el arrepentimiento, señor Goikoetxea?

El giro que de repente acababa de imprimir a la conversación me sorprendió. No me habría sorprendido lo mismo si me hubiera preguntado si creía en Dios, al fin y al cabo eso podía ser lógico y comprensible viniendo de un sacerdote, pero su pregunta acerca del arrepentimiento me descolocó totalmente. Aún así, y sin estar muy seguro del todo, le dije que sí, que creía en el arrepentimiento.

—Pues feliz usted que cree en el arrepentimiento porque yo no creo en él. Por lo menos no al ciento por ciento. ¿Se sorprende? Me imagino que sí, si efectivamente usted ha estudiado en un colegio de curas no puede reaccionar de otro modo. Da igual que siga creyendo o no, que su etapa entre curas haya sido positiva o nefasta, que recuerde con cariño a sus preceptores o con odio, la educación recibida le sigue influyendo y para usted, seguramente, una de las bases de la religión católica es el sacramento de la confesión y el perdón de los pecados. Pero para eso hay que mostrar arrepentimiento. ¿Estoy en lo cierto?

—Usted es el cura, si quiere que le sea sincero, no suelo pensar en ello a menudo. Bueno, ni a menudo ni no a menudo, no suelo pensar nunca en ese tema.

—Lo comprendo, ese tema, como usted le llama, solo ocupa la mente de curas viejos que tienen mucho tiempo libre para reflexionar. Pero lo que le he dicho es

cierto, no creo en el arrepentimiento, al menos en el de los grandes pecadores.

Una vez leí que en una cadena de televisión privada, creo que italiana, un periodista se hizo pasar por cura y filmó, para un programa, las confesiones que le hicieron. La verdad es que tuvo que ser un programa muy aburrido, las confesiones de la gente no suelen tener el más pequeño interés, salvo en algunas y contadas ocasiones, por supuesto. La mayoría de las personas, en el fondo, son unos infelices incapaces de hacer daño a nadie, aunque como contrapartida muchas veces también son incapaces de hacer el bien a nadie, hablo de esa buena gente que madruga para ir a trabajar, paga sus impuestos, vota en las elecciones, se preocupa por la educación de sus hijos y los lunes lee la prensa deportiva con más devoción que un miembro del Opus Dei la Biblia. Son los que en ocasiones vienen a confesarse y te dicen que se han emborrachado, o que han follado fuera del matrimonio, o que han puesto a parir a su vecina. Esos, por lo general, sí están arrepentidos, aunque hay que ser muy sádicos o imaginativos para creerse de verdad que son unos pecadores. Quizás te estoy aburriendo, hijo.

—No, no es eso —intenté disimular—, solo que no consigo ver a dónde nos lleva esta conversación.

—Sí, tienes razón, en el fondo no me diferencio tanto de doña Adela. Procuraré acabar cuanto antes este preámbulo. Estaba hablando de pecadores. Eres policía, así que posiblemente te hayas interesado por la mafia, la de verdad, la italiana, ¿estoy en lo cierto?

—Nunca trabajé en ningún asunto relacionado con la mafia, pero tiene usted razón, he leído cosas sobre ellos.

—Entonces quizás sepas que algunas familias mafiosas cuentan con capellanes propios, incluso hay sacerdotes que son familiares de los capos mafiosos. Curioso, ¿no? Pero tiene su lógica, por raro que nos parezca, muchos mafiosos provienen de familias creyentes y ellos también lo son. Tener un cura al lado, un capellán propio, es para ellos como un seguro. Chesterton, el escritor inglés, dijo en una ocasión que se había convertido al catolicismo para tener alguien que le perdonara los pecados. Eso es lo que también quieren obtener los mafiosos de los que le he hablado. Y quienes sin ser oficialmente mafiosos no se diferencian de ellos en lo fundamental.

Sí, quieren que se les perdone los pecados, pero no están arrepentidos. Ese es el meollo de la cuestión. Como si se tratara de una póliza de seguros, hacen donaciones a la Iglesia, incluso obras de caridad, van a misa los domingos y, cuando creen que están a punto de morir, confiesan todas sus maldades y cumplen la penitencia que les impone el cura con la confianza de que así irán al cielo. Son como el Don Juan de Zorrilla, que decía eso de que «un punto de contrición da al alma la salvación». Muy hermoso y edificante, ¿no lo cree así? Pero no hay arrepentimiento, no hay auténtico arrepentimiento. Pueden matar, corromper y corromperse, dejar en la miseria a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, violar mujeres y niños, torturar a oponentes políticos, pero no se arrepienten, creen que han hecho lo que tenían que

hacer, algo necesario para obtener dinero, poder, estatus. Si lo confiesan es como un mero acto administrativo, yo le digo los pecados a mi confesor, este me los perdona, cumplo la penitencia que se me impone y quedo limpio e impoluto. Fin de la historia.

¿Sabe quién se arrepiente de verdad? El niño que le ha quitado la bolsa de caramelos a su hermana pequeña o la maruja que ha criticado a su vecina del cuarto, por ejemplo. Se arrepienten aquellos que quizás hayan cometido pequeños fallos, en ocasiones ni eso, no quienes son malvados de verdad. Y por fin ha llegado el momento de ir al meollo de la cuestión. Usted ha dicho que en sus indagaciones han aparecido varias veces datos relacionados con la comunidad boliviana, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, así es, en efecto.

—Pues me temo que las cosas van a complicarse para usted, o quizás simplificarse, no sé muy bien si le servirá de apoyo o le desconcertará más lo que le voy a decir, y es que a su lista tendrá que añadir un nuevo aspecto relacionado con los bolivianos. Se trata de la empleada de hogar que trabajó los últimos tres años en casa de María Isabel Gárate, que era precisamente una inmigrante de esa nacionalidad. La vez anterior que estuvo usted hablando conmigo no lo sabía, por eso no se lo dije, pero desde aquel día me he enterado de algunas cosas, por eso le he metido anteriormente el rollo del arrepentimiento. Me lo contó su marido, una de las pocas personas en cuyo auténtico arrepentimiento he creído últimamente.

—¿Qué pasa, padre? ¿Que la Iglesia Católica ha abolido el secreto de confesión?

—No pude evitar un sentimiento de extrañeza, ahora que hasta los echadores de cartas se acogen a la confidencialidad de la relación con sus clientes y el secreto profesional para no colaborar con la policía, por el hecho de que el padre Saratxaga me ofreciera voluntariamente los datos que acaba de proporcionarme, no dejaba de ser algo inusitado.

—¿El secreto de confesión? Sí, yo también vi en su día esa película, *Yo confieso* creo que se titulaba. Montgomery Clift y Kart Malden bordaban sus papeles, pero claro, la dirigía Alfred Hitchcock, y esas cosas se notan, pero lo que yo estoy contándole no tiene nada que ver con eso. De momento, que yo sepa, el secreto de confesión no ha sido abolido, pero podría estar equivocado, no estoy al tanto de los entresijos vaticanos ni de si cambian o no las normas —volvió a sonreírme—, tengo cosas más importantes con las que ocupar mi tiempo. De todos modos tampoco hay que magnificarlo, en realidad es un instrumento para evitar que sean conocidos públicamente los pecados que se nos cuenta en el confesionario, pero lo que a mí me han contado no es un pecado sino, simple y llanamente, una cobardía. Por eso el que me lo contó estaba arrepentido, no porque hubiese actuado de un modo ilegal o inmoral sino simplemente porque había sido cobarde, es decir, porque había sido humano. Usted, por lo que me ha dicho, había venido a ver al grupo de danzas, con la idea de que quizás alguno de sus miembros podría decirle algo sobre la señora Gárate, y se ha encontrado con la desagradable noticia de que el grupo ya no ensaya

aquí.

—Así es. ¿No sabrá usted por casualidad a dónde se han trasladado?

—A ningún sitio. El grupo se ha disuelto y la mayoría de sus componentes se han dispersado, uno de ellos, incluso, el que a usted más le habría interesado, ha vuelto a su país natal. Pero antes se sinceró conmigo, esa expresión es más correcta que la de «se confesó conmigo» porque de hecho fue más un desahogo que una confesión. Y, por supuesto, estoy autorizado a repetirle lo que me dijo, aunque desgraciadamente entre lo que me dijo no se incluía el nombre del asesino —volvió a sonreír, aunque en esta ocasión su sonrisa tenía un visible matiz de tristeza.

—Sí, es una pena, pero habitualmente los asesinos procuran no darse a conocer. Una prueba más de que son mala gente. De todos modos, cualquier cosa que pueda decirme me será útil.

—Eso espero, usted es el especialista. Como le he dicho, Clara era la asistente de la señora Gárate. De hecho, fue a través de ella que se interesó por las condiciones de vida de los inmigrantes y empezó a colaborar en la parroquia con el padre Mendiluze. Yo no llegué a conocerla demasiado bien, pero los pocos que me han hablado de ella me han dicho lo mismo, era una mujer humilde, prudente, trabajadora, siempre con miedo a que la policía le pidiera unos papeles que no tenía y la deportaran a su país. Vamos, una historia igual a otras miles de historias. Primero vino ella y más tarde se trajo al marido y al hijo mayor, un chaval de once años. Le trajo para que tuviera una vida mejor, pero fue su vida la que se derrumbó cuando desapareció el niño.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos ocho o diez meses, más o menos.

—¡Qué raro! —le dije extrañado—, no me suena para nada la desaparición en Bilbao de un niño boliviano en esa época.

Es prácticamente imposible que un policía tenga conocimiento de todos los delitos que se cometen en su ciudad, por supuesto, pero la desaparición de un niño es lo suficientemente atípica e importante como para que todos los policías se enteren. Eso sin mencionar el ruido mediático que suele producirse, no hay periodista, por mojígato que sea, y nunca he conocido a un periodista mojígato, que se resista a hincarle el diente a una noticia de ese tipo. Además, en aquellos días yo estaba sensibilizado con ese tipo de temas debido a la acusación que se me estaba haciendo.

—No le suena —cortó mis reflexiones el sacerdote—, porque en ningún momento se denunció la desaparición. No tenían papeles, como le he dicho, y el marido de Clara la convenció para que no la denunciara. Pero Clara no se resignó y empezó a buscar a su hijo por su cuenta, hasta que ella también desapareció, sin dejar ni rastro.

—¿Tampoco se denunció esa desaparición?

—Tampoco. La señora Gárate estaba pensando hacerlo, pero el marido de Clara le dijo que su mujer había regresado a Bolivia. Esa fue su segunda cobardía. La verdad es que no la convenció del todo, pero era muy poco lo que podía hacer. Era

consciente de que si iba con el cuento a la Ertzaintza no le iban a hacer caso, sobre todo teniendo en contra al marido, así que decidió tirar por la calle de en medio e investigar por su cuenta.

—¿Investigar por su cuenta? —empezaba a vislumbrar el motivo de que la hubieran asesinado.

—Sí, investigar por su cuenta. Usted es el profesional y sabe de eso mucho más que yo, pero no hace falta ser muy inteligente para imaginarse que alguien sin conocimientos específicos, sin experiencia como policía o detective, no debería meterse en esos fregados. Quizás en las novelas eso quede muy bien, pero si en la vida real alguien que no es policía intenta emular a *Miss Marple*, apenas tiene posibilidades de conseguir nada. Eso en el mejor de los casos, porque en el peor...

—Acaba con su cuerpo flotando en la ría —finalicé yo la frase.

—Así es. ¿Sabe?, yo no soy más que un humilde párroco de barrio, pero tengo cierta experiencia de la vida y sé sumar dos y dos, así que seguramente tiene usted razón, María Isabel Gárate no se ahogó accidentalmente, tuvo que ser asesinada. El marido de Clara también está convencido de ello, por eso se ha vuelto a su país. Un día recibí en el domicilio que compartía con otros compatriotas un sobre con una elevada cantidad de dinero en su interior junto a un pasaporte y un billete de ida al aeropuerto de La Paz, me imagino que quien o quienes están detrás de las anteriores desapariciones y muertes pensaron que en su caso era mejor actuar de un modo menos violento, y la cosa funcionó. Al cabo de pocos días el grupo de danzas, del que el marido de Clara había sido el mayor impulsor, se disolvió y él tomo ese avión, pero antes me contó la historia que acabo de transmitirle. Lo hizo en el confesionario, pero me autorizó a usar esa información del modo que mejor me pareciera, aunque eso sí, después de que su avión con destino a La Paz hubiera abandonado el aeropuerto de Loiu.

—No hay vuelos directos de Loiu a La Paz.

—Bueno, pues a Madrid o donde hiciera escala, no me sea tiquismiquis.

—¿No sabrá usted, por casualidad, cómo se llama el marido de Clara y dónde podría encontrarle?

—No lo sé, y casi mejor así, porque de saberlo no estoy seguro de si se lo diría o no. Le he contado no solo todo lo que estoy autorizado a contarle, sino todo lo que sé. Tan solo tengo un nombre, José, pero me temo que eso no le va a servir de mucho. Aquí no se le pide a ninguno sus datos de identificación, se les acoge y se les ayuda, sin exigir nada a cambio. De otro modo no podríamos acercarnos a ellos. ¿Sabe?, quizás he sido injusto al acusar de cobarde a José por no haber hecho nada cuando desaparecieron su mujer y su hijo y aceptar el dinero que le ofrecieron para irse del país y olvidarse de todo, pero en el fondo no soy nadie para juzgarle, es un hombre que desde que nació ha estado sufriendo y además en Bolivia tiene tres hijos más a los que quizás ahora, con ese dinero manchado por la sangre de su mujer e hijo, pueda proporcionarles un futuro. Ese es el único consuelo que le queda en la

actualidad a José, pensar que su mujer y su hijo mayor se han sacrificado para que el resto de la familia tenga un futuro mejor.

Me despedí del sacerdote agradeciéndole su información. En el fondo no podía quejarme, salía de la parroquia sabiendo mucho más que cuando había entrado, incluso había recibido mucho más de lo que esperaba obtener, pero desgraciadamente por cada respuesta que me había proporcionado el padre Saratxaga me surgían nuevas preguntas, a cada cual más inquietante, inquietante y seguramente peligrosa.

El padre Saratxaga no había podido darme ningún dato concreto sobre Clara, la mujer cuya desaparición había afectado tanto a María Isabel Gárate, ni sobre su marido. Ni apellidos, ni dirección ni dónde trabajaba José antes de volverse a Bolivia. Tampoco había podido proporcionarme el nombre o la dirección del resto de los componentes del grupo de danzas. El respeto exquisito que primero el padre Mendiluze y posteriormente el antiguo guerrillero habían tenido por el colectivo de inmigrantes suramericanos había jugado, en esta ocasión, en mi contra. Aún así confiaba en poder sacar jugo a lo que me había contado el párroco, todavía las puertas no se me habían cerrado. Seguramente alguien del entorno de la mujer del notario podría proporcionarme la información que necesitaba. Lo ideal hubiera sido preguntárselo a su viudo, pero teniendo en cuenta que me había despedido fulminantemente y sin darme ninguna explicación, consideré que no era excesivamente prudente ponerme en contacto con él.

La segunda opción, y la más factible, era volver a contactar con las amigas de la difunta. Aún conservaba el teléfono de Lola, la morena que había sido condiscípula suya, así que decidí darle un telefonazo con la esperanza de que pudiera decirme algo acerca de Clara.

—Hombre, el Humphrey Bogart de Indautxu —pese a la ironía subyacente en sus palabras, daba la impresión de que se alegraba de oírme—, ¿a qué debo tal honor?

—Quería hacerte unas nuevas preguntas sobre tu amiga María Isabel Gárate.

—¿Sobre Maribel? ¿Sigues trabajando en eso? Creía que ya lo habías dejado.

Las noticias corrían rápido. No era tan paranoico como para pensar que Gómez-Uralde había avisado de mi despido a quienes podían proporcionarme alguna información sobre su mujer, pero estaba claro que tampoco se lo habría callado y antes o después todos mis posibles informantes, al menos aquellos más próximos al notario, habrían acabado por enterarse.

—Digamos que me gusta finalizar los trabajos que he empezado.

—Ahora sí que me pareces de verdad un Humphrey Bogart aborigen —recuperó Lola su tono irónico—, así que yo procuraré hacer de vampiresa, pese a ser morena. ¿No te importa, verdad, que no sea rubia como Lauren Bacall o Verónica Lake? Claro que no, aunque no me hago ilusiones, si me has llamado no es para saber cómo me va la vida sino porque necesitas información, así que dime qué es lo que quieres saber sobre la pobre Maribel.

—En realidad no se trata de ella sino de su empleada de hogar o asistente, Clara creo que se llamaba.

—Sí, así se llamaba. ¿Qué ocurre, quieres contratarla? Me parece una idea muy buena porque tu piso es lo más parecido a una leonera que he visto en mi vida, necesita que se le haga una limpieza a fondo.

—No, no se trata de eso, de la limpieza ya me ocupó yo —cuando me acuerdo, se

me olvidó añadir—, pero creo que su desaparición fue el detonante de la muerte de María Isabel.

—¿Su desaparición? ¿Que fue el detonante de la muerte de Maribel? ¿Acaso ella la asesinó? Me da la impresión de que eres un Humphrey con pies de barro, y mira que lo siento, con las esperanzas que tenía depositadas en ti.

—Bueno, no serías la primera mujer a la que defraudara —intenté también mostrarme irónico, aunque creo que no lo conseguí—, pero en ningún momento he insinuado que Clara asesinara a María Isabel Gárate, lo que he dicho es que hay una relación entre su desaparición y la muerte de tu amiga. ¿Sabes por qué desapareció Clara?

—¿En qué mundo vives, Humphrey? Esas cosas pasan un día sí y otro también. Encuentran algo mejor, una casa en la que les den más dinero, o tengan más tiempo libre para dedicarse a otras cosas, y te dejan empantanada, tal y como vienen se van. Y que conste que no es un reproche, al fin y al cabo no vienen aquí por diversión ni por deporte, sino a ganar algo de dinero con el que sobrevivir y, en lo posible, ayudar a los familiares que se han quedado en su país, así que no me extrañó que Clara abandonara a Maribel, me pareció normal, pese a que Maribel le pagaba bien, más de lo habitual, y la trataba aún mejor. De todos modos, por lo que acabas de decir, o insinuar, debo estar equivocada. Aunque hay algo que no acabo de entender, qué relación puede haber entre su desaparición y la muerte de Maribel.

En lugar de contestar a su pregunta, ya lo haría más adelante si veía que me convenía, opté por formularle una nueva.

—En la anterior ocasión en que nos vimos me dijiste que María Isabel estaba «haciendo de detective», pero que no sabías exactamente qué estaba investigando. ¿Te has enterado del algo nuevo a ese respecto?

—No, y si hubiera algo lo sabría, puedes estar seguro de eso, aunque te cueste creerlo, visto lo diferentes que eran nuestras vidas e intereses, yo era la mejor amiga de Maribel. Pero aún no me has explicado qué relación hay entre su asesinato, si efectivamente fue asesinada, y la desaparición de Clara.

—De que fue asesinada estoy más seguro cada día, y en cuanto a lo otro, quizás te lo hayas imaginado al escuchar mi pregunta. El trabajo detectivesco que estaba realizando María Isabel Gárate consistía, precisamente, en investigar la desaparición de su empleada.

—Si tú lo dices será verdad, pero no lo entiendo, ya te he dicho que esa situación no es nada rara y Maribel lo sabía, incluso le había ocurrido en una ocasión anterior en la que la asistenta, creo que era también suramericana, colombiana me parece recordar, o quizás ecuatoriana, me pasa lo mismo que con los chinos y los negros, que soy incapaz de distinguirlos, se las piró sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, ni siquiera le pidió el finiquito, así que no tenía por qué extrañarle. Si Maribel había decidido investigar su desaparición tiene que haber algo más. O al menos ella creía que había algo más.

Lola podía parecer frívola y cínica, y seguramente era ambas cosas, pero sin duda alguna era una mujer inteligente con la cabeza bien amueblada y, por lo que yo estaba viendo, sabía usarla. Si finalmente había decidido sincerarme con ella su último comentario me reafirmó en mi decisión.

—Tienes razón, hay algo más. La desaparición de Clara no se debió a desavenencias laborales con su patrona. Tengo el convencimiento, aunque no puedo demostrarlo, de que fue secuestrada o asesinada.

—¿Y en qué fundamentas ese convencimiento? —en esta ocasión no había escepticismo ni extrañeza en su pregunta, tan solo interés por conocer mi versión de lo que había sucedido.

—En el hecho de que la desaparición de Clara no fue la primera. Anteriormente, por lo que me han contado, había desaparecido su hijo, un niño de once años. Todo el mundo le aconsejó que no removiera el caso, lo típico como te puedes imaginar, ni ella ni su marido habían entrado en España legalmente y si acudían a la policía seguramente acabarían siendo expulsados del país, pero ella no se resignó e intentó averiguar qué había ocurrido con su hijo. Si lo consiguió o no, es imposible saberlo de momento, aunque supongo que tuvo que descubrir lo suficiente como para que alguien se sintiera en peligro y la hiciera desaparecer. María Isabel Gárate sabía lo que estaba sucediendo y cuando su asistente desapareció decidió intervenir. Fue un gesto muy noble, seguramente, pero muy imprudente también. Por suerte o por desgracia tu amiga era ciudadana española así que no podía volatilizarse sin más ni más, como la mujer y el niño bolivianos, de manera que en esta ocasión en lugar de hacerla desaparecer sin dejar ni rastro, provocaron un «accidente».

Durante unos segundos se hizo el silencio entre nosotros. En esos instantes deseé no haberla llamado por teléfono sino haber concertado una cita, me habría gustado ver la expresión de su cara tras escuchar lo que acababa de decirle. Me preguntaba si ella también tendría hijos y por eso le habría podido impresionar más mi historia. Pensaba que no, que seguramente no los tenía, pero esa opinión no era más que un prejuicio fundado en lo que yo creía conocer de Lola y podía estar equivocado. De todos modos ese detalle no era relevante, yo mismo no tenía hijos y sin embargo cada vez que me había enfrentado a un caso en el que estaban implicados menores de edad se me habían revuelto las tripas.

—¿Sigues ahí? —pregunté finalmente, al comprobar que permanecía callada.

—Sí, perdona, estaba pensando, nada más. Es horrible, ya me imagino que si me has contado todo eso es porque crees que es cierto, pero ¿no podrías estar equivocado?

—Ojalá fuera así, pero no lo creo, por una parte confío plenamente en la persona que me ha informado y, por otra, si todo ha ocurrido como te he explicado, la muerte, el asesinato mejor dicho, de María Isabel por fin empieza a tener sentido.

De nuevo volvió a reiniciarse el silencio, pero en esta ocasión no era absoluto, a través de la línea telefónica podía escuchar cómo la respiración de Lola se aceleraba.

—Lola, ¿te encuentras bien? ¿Te ocurre algo?

—Sí, no, quiero decir que sí, que estoy bien, aunque supongo que debería estar mal, no sé, es todo muy complicado, por lo del niño, ¿sabes?

—Lo entiendo perfectamente, a mí me sucede lo mismo, siempre que he intervenido en un caso en el que estaban implicados niños me he sentido mal, me han entrado unas ganas incontenibles de vomitar.

—No es solo eso, Goiko —había dejado de ser Humphrey para volver a ser Goiko—, es algo más. No es la primera desaparición de un niño de la que tengo constancia. De hecho conozco una anterior, y la conozco de primera mano.

Volvió a callar, pero en esta ocasión opté por no intervenir, sabía que antes o después iba a continuar hablando, como así sucedió.

—Se trataba también del hijo de una mujer boliviana que trabajaba para mí. Hará poco más o menos un año su hijo, un chaval de doce años que se llamaba Walter, desconozco su apellido, desapareció. Rosa, su madre, estaba angustiada, pero al igual que Clara tampoco denunció la desaparición por miedo a ser deportada. Además, en aquellos momentos todos creíamos saber quién era el culpable de esa desaparición, el propio marido de Rosa. No se llevaban nada bien y él había iniciado los trámites de la separación. No aquí, ya que no tenían la residencia, sino en Bolivia. Además él, en alguna ocasión, había amenazado con llevárselo a su país, así que todos pensamos que finalmente había cumplido su amenaza. Pero ahora, al decirme que también había desaparecido el hijo de Clara y que posiblemente esa haya sido la causa indirecta del asesinato de Maribel, ya no sé ni qué pensar.

—¿Clara y Rosa se conocían?

—Sí, no solo se conocían sino que eran amigas, de hecho Clara entró a trabajar en casa de Maribel por recomendación mía, al ser amiga de Rosa.

—¿Podría hablar con Rosa? —le pregunté—. Es posible que ambas desapariciones, la del hijo de Clara y la del suyo, estén relacionadas.

—Me temo que va a ser imposible, poco después de que desapareciera Walter, Rosa dejó de trabajar para mí y no he vuelto a saber nada de ella. Lo siento.

—Al menos podrías proporcionarme su nombre completo, o quizás una dirección.

—Se apellidaba López Granja así que su nombre completo era Rosa López Granja, pero me temo que no te va a servir de nada, ya te dije que no tenía papeles y seguramente no está inscrita en ningún registro. En su momento quise asegurarla, pero se negó en rotundo, me dijo que prefería que le diera a ella lo que me costara el seguro. Ya sé que no es lo correcto ni lo legal —añadió para justificarse—, pero por otra parte no lo hice para ahorrarme un euro, yo pagué lo mismo y Rosa necesitaba el dinero. Quizás estuviera inscrita en el censo, aunque ya sabes cómo funciona eso, se inscriben en un domicilio ficticio para poder acogerse a las ayudas sociales, pero luego no se les localiza de ninguna manera. Y que conste que no lo critico, yo en su lugar haría lo mismo —intenté ubicar a Lola en el lugar de Rosa, pero mi imaginación no daba para tanto—, lo digo porque así están las cosas, tú has sido

policía así que seguramente sabes más que yo de estos temas. En realidad lo único que tenía de ella era su número de móvil, pero hace tiempo que dejó de estar operativo.

—¿Y amigas? ¿Sabes si tenía alguna amiga, aparte de Rosa, o algún otro familiar?

—No, lo siento, aunque quizás haya algo, no sé, te lo digo y tú juzgarás si te sirve o no. Cuando andaba buscando una mujer para que atendiera la casa recurrí a los servicios de una orden de monjas que trabajan con mujeres marginadas e inmigrantes y las ayudan a colocarse, se trata de las Hermanas de la Resurrección Divina, no sé si has oído hablar de ellas, es una pequeña congregación que tienen el convento en el Campo Volantín, muy cerca de la pasarela de Calatrava. Quizás allí te puedan decir algo, es posible que conozcan a alguna amiga o familiar de Rosa.

—Sí, ahora solo falta que las monjitas quieran colaborar, normalmente suelen ser muy protectoras con sus pupilas.

—Bueno, tú eres el detective —volvió a recobrar el tono irónico del principio—, seguro que tienes recursos para hacerlas hablar, y si no ya lo sabes, les aplicas el tercer grado o como se diga.

—Quizás lo haga, muchas gracias por el consejo. Ya me estoy imaginando los titulares de la prensa, «Superdetective tortura a grupo de dulces monjitas por considerarlas cómplices de un asesinato».

—Suená bien.

—Sí, suena de puta madre. De todos modos y ahora más en serio, gracias nuevamente, tendré que convencer a las monjas para que decidan ayudarme, pero lo que me has dicho puede serme muy útil. Por cierto, ya no soy el tipo amargado y triste con el que te negaste a follar en la anterior ocasión.

—Me alegro, pero llegas tarde. Me he reconciliado con mi marido y, a pesar de las apariencias, soy mujer de un solo hombre. Es una lástima que no hayamos sintonizado, pero las cosas son así, cuando yo estaba libre no eras apetecible, y ahora que sí lo eres, o eso dices tú al menos, a saber si no te estás echando un farol —se rio a carcajadas—, no lo estoy. Son las cosas de la vida, qué le vamos a hacer. Quién sabe, quizás en el futuro volvamos a coincidir y estemos los dos dispuestos, pero no lo creo, los hombres no sabéis esperar, no tenéis tanta paciencia, sobre todo para echar un polvo.

Me colgó entre risas y debo reconocer que en ese momento me alegré de haber estado hablando con ella por teléfono y no cara a cara, ya que de ese modo no podía ver, aunque seguramente se lo imaginaba, el aspecto de gilipollas que se me había quedado. La verdad es que, si soy sincero conmigo mismo, me había portado como un capullo y tenía bien merecido que se riera de mí, pero aún así me quedé con un amargo sabor en la boca que me duró varios días.

La liberación de Mikel Goikoetxea no ha sentado nada bien a tus jefes. Ellos se las prometían muy felices pensando que el expolicía que amenazaba con convertirse en una mosca cojonera iba a pasar una larga temporada, una muy larga temporada, en la cárcel, así que el hecho de que el juez decretara su libertad incondicional y sin cargos les ha puesto de mal humor. Si supieran que has sido tú el muñidor en la sombra de esa liberación seguramente intentarían acabar contigo cuanto antes, pese a saber que les tienes agarrados de los huevos. Afortunadamente, para ellos sobre todo, no saben nada, más bien lo contrario, te han alabado por el plan que urdiste para que fuera detenido y acusado del asesinato de su exmujer y achacan tan solo a la mala suerte, y a la imbecilidad del hombre que asesinó a Natalia, que un plan tan excelente se haya frustrado.

Seguramente si supieran lo que has hecho, además de intentar eliminarte se preguntarían el motivo de que protegieras a Goikoetxea y volverían a equivocarse. Tú no proteges a Goikoetxea, sencillamente velas por tus propios intereses. En realidad nunca proteges a nadie, dejaste de hacerlo hace ya muchos años, allá en el orfanato.

Nicola y tú erais gemelos, gemelos idénticos, pero era suficiente con dar un simple vistazo para que todo el mundo os distinguiera. Nicola era inteligente y brillante, pero tímido y apocado, todo le daba vergüenza, por todo se atemorizaba, era incapaz de hacerle frente a nada ni a nadie. Tú, en cambio, eras todo lo contrario. No es que no fueses inteligente, sí que lo eras, pero te faltaba la brillantez de Nicola o, quizás, no te esforzabas en ser tan brillante como él. Sin embargo eras atrevido y osado, no le temías a nada, ni siquiera al odiado y autoritario director del orfanato, y si había que enfrentarse con alguien te enfrentabas, sin importarte que fuera mayor, más fuerte o más grande que tú. Sobre todo te enfrentabas con los que eran mayores, más fuertes o más grandes.

En el orfanato imperaba la ley de la selva y los protegidos del director abusaban del resto de los niños, te sonríes porque ibas a decir «reclusos», pero todavía, pese a que ya habíais probado en vuestras propias carnes las amarguras de la existencia, seguíais siendo unos niños que pensaban que detrás de los muros os esperaba una vida mejor, más feliz y placentera. Pero hasta que ese día llegara la mayoría de vosotros no erais sino auténticos reclusos, carne de cañón para los protegidos del director.

Todo cambió el día que unos cuantos de aquellos matones le quitaron a tu hermano la comida. Si ya de por sí no era mucha la que os daban, quedarse unos días sin comer suponía un suplicio añadido al que habitualmente teníais que soportar. Aquel día un grupo de niños mayores que vosotros, serían tres o cuatro, le quitaron el plato a tu hermano en el comedor, delante de los celadores que, en lugar de poner orden, se reían al ver cómo Nicola lloriqueaba mientras les pedía que se lo devolvieran, por favor, que era su comida.

Tú no lloraste sino que ciego de ira arremetiste contra los matones que estaban molestando a tu gemelo. Eran mayores que tú y estaban mejor alimentados, pero no pudieron contener tu furia y aunque al final te derribaron, gracias a la intervención de los celadores, acabaron más magullados que si hubieran sido atacados por un gato salvaje. Los vigilantes te echaron a ti la reprimenda que tendrían que haber echado a los matones, pero le devolvieron a Nicola su plato de comida y a ti no te castigaron. De hecho, desde aquel día empezaron a mirarte de otro modo, no sabes si con respeto o con temor, pero dejaron de molestarte.

Esa noche, cuando os recostasteis en vuestros camastros, Nicola habló contigo. Esperabas que agradeciera tu ayuda, pero te llevaste una gran sorpresa.

—Me has humillado —te dijo, con voz temblorosa—, sé que lo has hecho con buena intención, pero me has humillado. Ahora todos piensan que soy un pobre niño al que tiene que proteger su hermano. Hazme un favor —su voz había dejado de temblar, como si quisiera otorgar más firmeza a lo que iba a decir—, no me ayudes nunca más, déjame que me las arregle yo solo, me pase lo que me pase.

—Así lo haré, te lo prometo —dijiste, y cumpliste tu promesa.

Desde aquel día jamás has ayudado nunca a nadie, salvo que te interesara hacerlo. Por eso te ríes al pensar que tus jefes, si descubrieran tu juego, creerían que estás protegiendo a Mikel Goikoetxea. No, no le proteges, es simplemente una pieza más en la partida de ajedrez que estás jugando. Y mientras te sirva para preparar tu última jugada, el jaque mate que antes o después vas a tener que ejecutar, velarás por él, pero si en algún momento te interesa sacrificarlo, no dudarás en hacerlo, da igual que en ese momento siga siendo un peón o se haya convertido en reina.

Lo lluvioso de la mañana hizo que cruzara con cierta aprensión el puente Zubi Zuri. La pasarela diseñada por Calatrava era estéticamente impecable, pero a alguien se le había olvidado comentarle al arquitecto, antes de diseñarla, que Bilbao, pese al cambio climático, seguía siendo una ciudad en la que no era nada raro que lloviera y a consecuencia de eso los primeros días que estuvo en funcionamiento fueron frecuentes las caídas y los resbalones. Afortunadamente por una vez en la vida, y sin que sirviera de precedente, las quejas vecinales y los artículos periodísticos conmovieron a las autoridades pertinentes y los problemas producidos por las deslizantes baldosas parecían estar solucionados, así que conseguí cruzar el puente incólume y dispuesto a enfrentarme a la madre superiora o abadesa, desconocía cuál era la denominación correcta del cargo, de las Hermanas de la Resurrección Divina.

La primera sorpresa la tuve al ser recibido por una mujer que lindaba la cincuentena vestida de un modo normal. Es cierto que no llevaba minifalda ni un gran escote, ni tenía pintadas las uñas o los labios, pero por lo demás su apariencia era idéntica a la de cualquier mujer que podía encontrarme tras la ventanilla de un banco o atendiendo a la clientela en una panadería. Había ido allí pensando que me iba a encontrar con una vieja arrugada, ornamentada con la clásica toca en la cabeza, y me había topado con una mujer madura con pinta de oficial administrativo de primera más que de monja de clausura. Quizás tendría que revisar mi idea del estamento monjil, que parecía haberse quedado anclada en el siglo pasado. Inconvenientes de llevar años sin preocuparme mucho por los temas celestiales.

La segunda sorpresa me la llevé cuando, tras explicarle que deseaba hablar con la superiora de la congregación, me preguntó si tenía concedida cita previa. Estuve a punto de salir del convento y mirar si en la puerta había un cartel en el que pudiera leerse «Ambulatorio» o «Garrigues Abogados». Quizás, después de todo, la mujer no fuera una monja sino una recepcionista rescatada de las garras del desempleo. Preferí no preguntárselo, limitándome a decirle que se trataba de una cuestión muy importante, de vida o muerte.

Si pensaba que con esto último la iba a impresionar, me había equivocado de cabo a rabo. La recepcionista se sonrió, como diciéndome que las había visto de todos los colores, seguramente había sido misionera en Ruanda o algún otro país del estilo, y me pidió que fuera más concreto, por favor.

—Se trata de una mujer boliviana, bueno, mejor dicho, de dos mujeres, una se llama Rosa López Granja y de la otra solo conozco su nombre de pila, Clara, a las que ustedes ayudaron a colocarse como empleadas de hogar.

—Es posible, son muchas las mujeres a las que prestamos nuestra ayuda, pero ¿qué es lo que quiere de ellas?

—Preferiría contárselo a la madre superiora.

—No se encuentra disponible en estos momentos, pero si desea contratarlas será

suficiente con que me proporcione su teléfono y si aún tenemos contacto con ellas y alguna está disponible, puede estar tranquilo que le avisaremos.

—No, no se trata de eso, en realidad las dos han desaparecido en extrañas circunstancias —tampoco el uso de esa última expresión inquietó a la monja, seguramente en el convento tenían televisión y no se perdían ningún capítulo de «CSI» o «Mentes criminales», así que estaban curadas de espanto en lo relativo a las «extrañas circunstancias»—, que pueden estar relacionadas con el asesinato de la empleadora de una de ellas.

—¿Es usted policía, *ertzaina* o guardia civil? —me preguntó, seguramente porque desconocía a cuál de los varios cuerpos policiales que pululan por Euskadi le correspondía la competencia en la investigación del asesinato. Solo le había faltado mencionar a la policía municipal, pero opté por no recordárselo.

—He sido *ertzaina*, pero ahora trabajo por mi cuenta, como detective.

—¿Detective? —Me miró sorprendida, seguramente pensaba, como mucha otra gente, religiosa o laica, que los detectives no eran seres reales sino personajes de las películas americanas—. O sea, que no es usted policía. Pues me temo que no podremos colaborar con usted, lo siento, quizás haya oído hablar de la Ley de Protección de Datos, que nos obliga a la confidencialidad, así que lamentablemente no vamos a poder ayudarle.

Lo que me faltaba por oír, la monjita se acogía a la Ley de Protección de Datos para enseñarme el camino de salida. Durante unos segundos la miré fijamente a los ojos, pero me sostuvo con firmeza la mirada y fui yo el que reculó. Enfrentarme a ella no tenía ningún sentido, así que le dije que lo entendía, le di las gracias y salí del convento con el rabo entre las piernas, humillado por una monja de mediana edad.

No es bueno sentirse frustrado, al menos a mí no me gusta. Y tampoco es bueno sentirse como una piltrafa, te puede entrar una depresión de caballo y empezar a creer, de verdad, que eres víctima de una conspiración. El mundo entero está contra mí, piensas, aunque sepas en el fondo que es absurdo, que la realidad es aún mucho peor, el mundo no está contra ti porque ni siquiera sabe que existes, y si lo supiera pensaría que no puede perder el tiempo ocupándose de una mierdecilla como tú. No, quizás el mundo, dicho así, genéricamente, no esté contra ti, pero nada de lo que está pasando es casual, solo la existencia de una mano negra puede explicar tu progresivo declive, personal y profesional, del último año.

Creía que había desterrado de mi cabeza la inquietante idea de una conspiración, pero había vuelto de la mano de mi reciente frustración y en esta ocasión amenazaba con quedarse permanentemente, quizás porque después de todo no fuera una locura sin sentido sino que estaba bien cimentada. No había querido pensar en ello porque me daba miedo descubrir cuál había sido el grado de implicación de Natalia, pero cada vez lo veía más claro. El intento de que me comiera el marrón de la muerte de mi mujer, la pistola utilizada, las huellas digitales profusamente esparcidas por su vivienda, todo me señalaba a mí y no podía ser casual, alguien lo había preparado.

Eso por un lado. Además estaba el hecho de que Natalia tuviera en su poder un millón de euros en dinero negro. No tenía la certeza, hasta ahí no llegaba mi paranoia, de que ese hubiera sido el precio por apuñalarme por la espalda, pero tampoco podía descartarlo entre otros motivos porque cuando un policía tiene en su poder esa cantidad y no hay modo de justificar cómo la ha ganado, lo lógico es pensar que la ha obtenido por medios ilícitos. En ese caso, si Natalia hubiera sucumbido a algún tipo de tentación, como parecía evidente, y se había corrompido, seguramente le habría interesado librarse de mí, para evitar preguntas embarazosas o quizás, si era cierto que aún sentía algo por mí, para no involucrarme. En el fondo daba igual, tanto si le habían pagado para tenderme una trampa como si le habían pagado por otro tipo de servicios, yo sobraba.

Pero mi declive no había comenzado las últimas semanas, en realidad había empezado hacía mucho más tiempo, el día en que se me acusó de pertenecer a una red de pederastas y tuve que solicitar la excedencia, a sugerencia de mis superiores, para poder defenderme con total libertad y no manchar el buen nombre de la Ertzaintza. Afortunadamente las pruebas no eran muy consistentes —¿tendría, quizás, que agradecerse a Natalia, que en última instancia se apiadó de mí? Prefería no pensar en ello— y el asunto se archivó, aunque desde entonces he tenido que convivir con las sospechas de muchos de mis antiguos compañeros.

Si todo fue una trampa, ¿quién podría tener interés en tendérmela? Hasta ese momento yo era un tío normal con una vida normal, salvo por el detalle de que trabajaba como *ertzaina*, pero incluso ese dato no tenía la menor importancia. Yo era un buen policía, con un porcentaje relativamente alto de casos resueltos al que jamás se le había subido el éxito a la cabeza, sin enemigos dentro del cuerpo ni fuera de él. Es cierto que más de un delincuente había acabado en prisión como consecuencia de mi trabajo, pero eso formaba parte del juego, ninguno de mis «clientes» que habían acabado en Basauri me odiaba hasta ese extremo ni tenía el poder suficiente para haber urdido una conspiración destinada a hundirme.

La clave tenía que estar no en ningún caso cerrado sino en alguno de los que llevaba entre manos en el momento en que se dictó mi suspensión cautelar. En su momento me habían parecido asuntos rutinarios, tan rutinarios que no me resultaba fácil acordarme de ellos, pero seguramente mi actuación en alguno había tocado la fibra sensible de alguien que no deseaba que prosiguiera con las investigaciones. Lo único que tenía que hacer era revisarlos todos, uno por uno, hasta descubrir quién podía haberse puesto tan nervioso como para convertirme en un objeto de acoso y derribo.

Lamentablemente el orden nunca ha sido uno de mis puntos fuertes, así que me tiré toda la tarde escudriñando por los rincones de mi domicilio buscando las anotaciones que seguramente había hecho de cada uno de los casos, pero fue muy poco lo que encontré. Finalmente tuve que tirar de teléfono y pedirle un nuevo favor a Eneko. No me costó mucho convencerle, pese a su reticencia inicial, el hecho de

haber estado injustamente en prisión aunque él no fuera responsable sino todo lo contrario, jugó a mi favor y me prometió que para el día siguiente, o al de dos días como muy tarde, tendría en mi poder las fotocopias de las diligencias de los casos en los que había estado trabajando aquellos días. Cuando le dije que podía acercarme por comisaría para evitarle el engorro de tener que hacer las fotocopias me quitó la idea de la cabeza. Pese a haber sido exculpado, en esta ocasión con todos los pronunciamientos favorables, del asesinato de una compañera, la mayoría de los miembros de la comisaría seguían considerándome *persona non grata*.

Aprovechando que aún tenía el teléfono en la mano y no me avergonzaba pedir favores, llamé al párroco de San Julián. Seguramente si alguien podía interceder por mí ante las Hermanas de la Resurrección Divina era él. Y por fin parecía que mi suerte estaba cambiando, tenía que plantearme jugar esa misma tarde, sin más dilaciones, a la lotería primitiva, porque no solo fructificaron sus gestiones sino que me dijo que podía pasar por el convento en cualquier momento, antes de la hora de cenar, que la madre priora —no era ni madre superiora ni abadesa, la mandamás del convento tenía el título de madre priora— me estaba esperando.

Decidí no perder ni un segundo y me dirigí nuevamente hacia el convento. Nunca me había ocurrido, en ninguna ocasión anterior, andar todo el día entre curas y monjas. No sabía si acabaría resolviendo el asesinato de María Isabel Gárate, pero parecía claro que me estaba ganando el ir al cielo, en el caso de que lo que me hubieran contado los padres escolapios en el colegio fuese verdad. De todos modos no tenía prisa por comprobarlo, así que si me daban la posibilidad de elegir, optaría sin la menor duda por resolver el asesinato.

La monja recepcionista debía creer de verdad en ese rollo de la caridad y el perdón, porque al contrario de lo que suele suceder cuando a alguien que te ha cerrado el paso le obligan a abrírtelo contra su voluntad, me recibió con una radiante sonrisa mientras me decía que la madre priora me estaba esperando y me acompañaba hasta su despacho.

Cuando entré en lo que la hermana recepcionista había denominado, con un optimismo digno de mejor causa, «despacho», comprendí por qué a las habitaciones de las religiosas se les llama celdas. Aquella era aún más pequeña que la que yo había disfrutado en la prisión y estaba decorada con un rigor que hubiera espantado a los más duros guerreros de Esparta. Tan solo un crucifijo y unas cuantas baldas repletas de libros, situados tras la mesa en la que me estaba esperando la superiora, adornaban la estancia.

Si la monja de la entrada tenía aspecto de auxiliar administrativo, la madre priora, en cambio, semejaba ser una ejecutiva agresiva capaz de lidiar con Wall Street en pleno y quedarle aún fuerzas para asistir a una reunión del Foro de Davos. Me pregunté si era el aspecto lo que predestinaba a las personas a asumir un cargo o si, más bien al revés, cuando uno ocupaba un puesto de responsabilidad su aspecto se transformaba para adecuarse a la nueva situación. Era una pregunta absurda, como la

de qué fue primero, si la gallina o el huevo o quizás, teniendo en cuenta el lugar en el que me encontraba, cuál era el sexo de los ángeles. De todos modos decidí no expresar mis pensamientos en voz alta, si la superiora iba a acabar pensando que yo era un gilipollas, era preferible que lo descubriera por sí misma, sin necesidad de que yo la ayudara.

Me dio un fuerte apretón de manos y la bienvenida, pero en sus labios no apareció la típica sonrisa de los recibimientos cordiales. Estaba seria, muy seria, y cuando empezó a hablar me demostró que le gustaba ir al grano, sin perderse en circunloquios.

—Quiero que sepa, señor Goikoetxea, que si le recibo es porque el padre Saratxaga le ha avalado, pero no es costumbre nuestra dar información a la policía. Ni a los detectives —añadió tras una pausa que aproveché para evaluarme—. El padre Saratxaga me ha explicado más o menos el motivo de su investigación, algo terrible en verdad, pero me gustaría que usted me lo contara con sus palabras. Y de la manera más concisa posible, si no le importa.

Como si la madre priora fuera mi profesora de Matemáticas y yo un alumno despistado de primaria, intenté explicarle del modo más breve que pude los derroteros que había tomado hasta el momento mi investigación. Debí hacerlo bien porque no me mandó repetir la lección ni me impuso deberes adicionales.

—Si no he entendido mal, señor Goikoetxea, usted mantiene —utilizó esa palabra, «mantiene», como si quisiera recalcar que se trataba de una opinión mía que ella no tenía la obligación de compartir— que Clara y Rosa López Granja fueron secuestradas o asesinadas, así como sus hijos, y que María Isabel Gárate fue también asesinada cuando intentó averiguar qué les había ocurrido.

—Así es —contesté lacónicamente, intentando mostrarme digno.

—Si quiere que le sea totalmente sincera, me parece una idea un tanto descabellada, pero cosas peores ocurren a diario en este mundo alejado de la mano de Dios, así que voy a otorgarle el beneficio de la duda. Además el padre Saratxaga confía en usted y, como ya le he dicho, eso es suficiente para mí. Lamentablemente me temo que no voy a poder ayudarle demasiado. Después de hablar con él he revisado nuestros archivos y no he encontrado nada sobre esas dos mujeres, salvo sus números de teléfonos móviles. Puede parecerle raro, pero aquí no llevamos un control exhaustivo de sus datos personales, solo tenemos aquellos que las propias mujeres nos proporcionan, incluso en algunos casos nos hemos dado cuenta de que utilizan un nombre falso, pero eso no nos importa. Nuestra misión es ayudarlas, no juzgarlas. Si solo nos proporcionan un teléfono de contacto para que las avisemos si surge alguna oportunidad de trabajar, no les pedimos más. Y por desgracia en el caso de las dos mujeres que le interesan, eso es lo único que tenemos, pero si como usted ha dicho han sido secuestradas o asesinadas no le va a servir de nada.

—¿No conocerán ustedes, por casualidad, a alguna amiga, o familiar, de cualquiera de las dos, que aún podrían estar por aquí y con la que pudiera contactar?

—Desgraciadamente no, ya le he dicho que normalmente no nos dicen sus apellidos ni donde o con quienes viven. Además, han pasado por aquí tantas mujeres que es imposible acordarse de todos los nombres y todas las caras. Aunque quizás haya una posibilidad...

—Por pequeña que sea, madre, se lo agradecería en el alma.

—Al convento también nos han llegado las nuevas tecnologías así que estamos informatizadas, por eso hemos incorporado todos los datos disponibles de las mujeres en un documento del ordenador. Se trata de un documento excel en el que aparecen sus nombres por orden alfabético, el número de teléfono, los demás datos personales si nos los han proporcionado y si están trabajando y dónde o si, por el contrario, se encuentran buscando trabajo. Es un documento que a usted, aunque se lo diera, no le serviría de nada.

—O quizás sí —la contradije procurando no ser impertinente—, podría llamar uno por uno a todos los números y quién sabe, quizás aparecería alguna conocida de Rosa y Clara. Es un trabajo monótono y aburrido y seguramente me llevaría mucho tiempo, pero la mayor parte del trabajo policial es así, monótono y aburrido, no tan atractivo como aparece en las películas y series de televisión.

—Seguramente tiene usted razón, pero su idea es impracticable porque ese documento nunca va a salir de nuestros ordenadores, así que tema zanjado, y le ruego que no insista en lo contrario porque si lo hace no va a obtener nada, salvo mi petición de que abandone el convento.

La mandíbula echada hacia adelante de la madre priora me indicaba que lo que decía era inamovible y que, llegado el caso, cumpliría sus amenazas así que acepté a regañadientes hacerle caso y no insistir.

—De acuerdo, madre, como usted diga, pero me había dicho que quizás había una posibilidad de ayudarme.

—En efecto, se trata de una posibilidad pequeña, pero que quizás merezca la pena explorar. Como le he dicho tenemos todos los datos informatizados, pero en el fondo seguimos siendo de la vieja escuela —la verdad es que ella no tenía aspecto de ser de la «vieja escuela», pero opté por guardarme mi opinión para no molestarla de modo innecesario— y cuando viene una mujer por primera vez, antes de introducir los datos en el PC los apuntamos en un viejo cuaderno de esos que anteriormente usaban las empresas para anotar los asientos contables. Lógicamente esas anotaciones se van efectuando según vienen las mujeres, es decir, al igual que ocurre con los apuntes contables de los que le he hablado, se genera, de un modo natural, un orden cronológico. En ocasiones suelen venir juntas varias mujeres, dos, tres o cuatro, nunca más de cuatro por lo general, supongo que para darse apoyo y animarse mutuamente. No puedo asegurarle que ese fuera el caso de Clara y Rosa López, quizás vinieran solas, pero en caso de tener alguna amiga o familiar entre el resto de las mujeres, no sería raro que hubieran acudido hasta nosotras el mismo día y, por tanto, sus nombres aparecerían junto al de ellas, dos o tres líneas arriba o abajo.

Habría que hacer unas cuantas llamadas para comprobarlo, pero reduciríamos considerablemente el radio de acción.

La idea me pareció brillante y así se lo dije.

—Tendría que haber sido usted policía —añadí, pero la idea no pareció ilusionarla—. En cuanto me dé esos nombres me pondré manos a la obra.

—Lo siento, pero ya le he dicho que esos son datos confidenciales y que no puedo proporcionárselos.

—Perdóneme, madre, pero no la entiendo. Acaba de decir que puede ayudarme y cuando me explica de qué modo, me niega su ayuda.

—Se equivoca, señor Goikoetxea, no le he negado mi ayuda, lo que le he dicho es que no le voy a proporcionar los teléfonos de las mujeres que podían conocer a Rosa López o Clara. No soy de esos que piensan que todos los policías son brutales o torturadores, pero esas mujeres confían en nosotras y no voy a ponerlas en manos de un detective, por bien recomendado que esté. Incluso aunque las tratara con guante blanco, la mayoría de ellas han tenido contactos desagradables con la policía, tanto en sus países de origen como aquí, así que seguramente se atemorizarían al recibir su llamada y se negarían a colaborar con usted. Y de rebote perderían la confianza en nosotras.

—Soy un profesional. Sé cómo tratarlas para que no se asusten y accedan a tener una entrevista conmigo.

—No lo dudo, señor Goikoetxea —al principio pensé que lo decía en tono irónico, pero la seriedad de su gesto desmintió esa impresión—, y ese es un motivo añadido para no darle esos números de teléfono, pero no se preocupe, las llamaré yo en persona. Y si alguna de ellas conocía a las mujeres desaparecidas le pediré que se ponga en contacto con usted.

—¿Y si se niegan?

—Están en su perfecto derecho, así que respetaré su decisión. ¿Qué me dice, lo toma o lo deja?

Lo tomé, por supuesto, no me quedaba más remedio. La madre priora me había derrotado en toda regla y yo había caído rendido a sus pies. Incluso estuve tentado de pedirle también su teléfono aunque finalmente no me atreví, he hecho muchas burradas en mi vida, pero intentar ligarse a una monja era excesivo hasta para mí, los huesos de mi madre se hubieran revuelto en su tumba, así que me despedí de ella dándole las gracias y deseándole suerte en sus gestiones. La íbamos a necesitar.

Eneko Goirizelaia, además de un buen amigo, es un hombre a la antigua usanza, cumplidor de su palabra, uno de esos tipos, que cada vez quedan menos, que consideran que aún existe algo denominado «palabra de vasco» y para los que un apretón de manos vale más que un contrato firmado. Por eso, dos días después de hablar con él, recibí en mi domicilio varias carpetas que contenían las fotocopias de los casos en los que había estado trabajando antes de pedir la excedencia. Abarcaban un período de unos tres meses, que era el que me pareció más razonable examinar. Tres meses era un tiempo más que suficiente como para que si alguien se hubiese puesto nervioso por el sesgo que estaba llevando alguna de mis investigaciones hubiera decidido ponerme fuera de juego.

Sumergirme entre papeles nunca ha sido mi afición favorita, pero no me quedaba más remedio que hacerlo si quería averiguar lo que había ocurrido. El problema estribaba en que no estaba totalmente convencido de si quería averiguarlo. Según iba pasando el tiempo me iba reafirmando cada vez más en la idea de que había sido objeto de una conspiración, pero no estaba seguro de querer confirmarla, sobre todo porque intuía que antes o después volvería a aflorar mi relación con Natalia. Durante unos instantes una sensación extraña, que no puedo definir como de temor o miedo aunque se le parecía, me impidió abrir las carpetas, incluso sopesé la idea de devolvérselas a Eneko o arrojarlas a un contenedor de papel, pero finalmente no lo hice, por dura que pudiera ser la verdad peor sería la sensación de no saber qué había sucedido, quién había movido los hilos, la sensación de pensar que era tan solo una marioneta que bailaba al ritmo de manos extrañas, así que si para desenredar la madeja no me quedaba más remedio que convertirme en una rata de biblioteca decidí convertirme en una rata de biblioteca.

Los expedientes estaban ordenados cronológicamente de acuerdo con la fecha y hora correspondientes no al hecho delictivo sino a la denuncia o descubrimiento del mismo y nuestra subsiguiente intervención y así fue cómo empecé a leerlos. La mayoría de ellos no tenían ningún interés, broncas vecinales, pequeños hurtos, denuncias por los motivos más peregrinos, pero que había que atender aunque supiéramos que en menos de veinticuatro horas se archivarían. Afortunadamente aún no hemos llegado al índice de asesinatos de muchas ciudades americanas y algunas europeas, eso quizás sea aburrido para los policías, pero muy bueno para mis conciudadanos.

En la carátula de uno de los expedientes se podía leer, en letras destacadas, la palabra «desaparición». Lo abrí con avidez, pensando que quizás fuera el que buscaba, pero en cuanto le eché una ojeada comprendí que no me iba a ser de ninguna utilidad. Nada más leerlo lo recordé, un caso triste aunque no tenía nada que ver con lo que yo buscaba. Se trataba de una anciana de setenta y nueve años, aquejada de Alzheimer, que en un descuido de su nuera, que llevaba años cuidándola, se escapó

del domicilio familiar. Apareció muerta de frío y hambre cinco días después de su desaparición en un pueblo costero al que podía accederse fácilmente por metro. Durante mucho tiempo sospeché que la anciana no se había fugado sino que había sido trasladada hasta el lugar en que la encontramos por su hijo o su nuera, pero no había modo de demostrarlo y además el juez de instrucción archivó las diligencias por entender que no había habido delito alguno, así que me olvidé enseguida del asunto.

Un caso que dio más juego fue el de una trama de asaltos a gasolineras. En diez días fueron atracadas cinco. Tanto las cámaras de seguridad de los establecimientos como algunos de los testigos con los que hablamos nos dijeron que se trataba de un grupo de jóvenes, entre tres y cinco según los casos, armados con escopetas, que amenazaban a los empleados para que les dieran la recaudación. Un chivatazo nos puso en la buena dirección y al de pocos días detuvimos a los jóvenes, uno de ellos apenas un niño de trece años, pero que desde los diez se colocaba esnifando pegamento. Cuando fuimos a detenerlos se resistieron y hubo un pequeño tiroteo, pero afortunadamente nadie sufrió el menor rasguño. No tardé ni dos segundos en descartarlos. Seguramente me odiaban a muerte, pero no les creía capaces de pergeñar una trama contra mi persona como la que había sufrido pocas semanas después.

Entre los papeles encontré también un asesinato. Lo recordaba perfectamente, un cabrón que se había cargado a su mujer con un cuchillo de cocina. Hasta treinta y siete heridas llegó a contabilizar el forense cuando le hizo la autopsia. Luego había intentado suicidarse, pero como suele ocurrir a menudo en estos casos, el hijo de puta del marido, al que no le había temblado el pulso a la hora de introducir el cuchillo en el cuerpo de su mujer, había fallado estrepitosamente cuando intentó hacer algo tan sencillo como abrirse las venas. Cuando le tomamos declaración nos dijo orgulloso que había hecho lo que tenía que hacer, su mujer era una zorra y una golfa que no merecía vivir. No le ponía los cuernos ni nada de eso, hasta ahí podíamos llegar, de ser así hubiera acabado con ella mucho antes, por supuesto, pero le faltaba a menudo al respeto recriminándole que llegara borracho a casa, como si un hombre no pudiera tomarse unas copas con los amigos, y siempre que sucedía eso la cena solía estar fría. *¡No le costaba nada calentarla de nuevo, pero quería joderme la muy puta!*, nos dijo con rabia. Todavía recuerdo que cuando le repliqué que ya era mayorcito para manejar sin ayudas el microondas y calentarse la sopa me miró con cara de no entender nada de lo que le estaba diciendo. Cerré el expediente con una inmensa sensación de asco, la misma que había sentido al interrogarle, pero convencido de que no era lo que buscaba.

Solo me quedaba un expediente por examinar y lo cogí pensando que eso de las leyes de Murphy no era una leyenda urbana sino que se cumplían escrupulosamente a rajatabla, la información que buscaba tenía que encontrarse, seguramente, en esa última carpeta, como suele ocurrir.

Era uno de esos asuntos de los que habitualmente se ocupa la policía municipal y

el cuerpo de bomberos, pero en el que también intervino una dotación de la Ertzaintza por encontrarse muy cerca del lugar de los hechos cuando se dio el aviso. Se había producido un incendio provocado por un anciano con el síndrome de Diógenes que a esa patología unía la más habitual, aunque muy peligrosa en su caso, de ser fumador compulsivo. Afortunadamente no hubo daños personales y todo se quedó en un susto, la única damnificada fue la compañía de seguros de la comunidad de vecinos que tuvo que indemnizar a los propietarios y no pudo repercutir los costes en el causante del incendio, por ser este insolvente. Era un caso muy triste y del que nos olvidamos enseguida, pero obviamente no tenía nada que ver con lo que yo estaba buscando.

Cerré esa última carpeta con una amarga sensación de frustración. O me había equivocado y en ningún momento había llegado a amenazar la seguridad de alguien con los medios suficientes para hundirme y el deseo de hacerlo, o no había revisado los expedientes con la atención requerida. Decidí volver a repasarlos con más calma, no porque pensara en serio que la segunda posibilidad era la correcta, sino por ocupar mi tiempo mientras pensaba en cuál tenía que ser mi próxima jugada, una vez visto que aquel último movimiento había resultado fallido.

Había vuelto a leer, sin obtener ningún resultado, la mitad de los expedientes cuando sonó el teléfono. El indicador de llamadas me señalaba que se trataba de un «número privado». Como ya he confesado con anterioridad habitualmente no suelo atender ese tipo de llamadas, tengo más que comprobado que en un noventa y cinco por ciento de las ocasiones se trata de amables vendedores telefónicos que intentan convencerme de las innumerables ventajas y beneficios que obtendría si abandonara mi compañía de móviles y firmara un contrato con la que ellos representan. No es eso lo que me molesta, comprendo que la gente tiene derecho a buscarse la vida, lo que me irrita de verdad es que cuando amablemente les digo que no me interesa lo que me están contando les falta poco para llamarme gilipollas a la cara por rechazar una oferta tan maravillosa, tanto que a veces parece que no solo voy a pagar una cantidad ínfima de euros, sino que ellos van a ser los que me abonen un buen puñado de billetes por cada llamada que yo haga. Pero aquella mañana estaba tan desanimado que descolgué el teléfono pensando que era preferible aguantar durante unos minutos que me explicaran las virtudes de una nueva compañía de telefonía móvil que intentaba introducirse en el mercado que seguir leyendo esos expedientes mientras rumiaba mi frustración.

Nuevamente me había equivocado, quien estaba al otro lado del teléfono no era una agradable comercial sino la superiora de las Hermanas de la Resurrección Divina, pero del tono de su voz deduje que sus gestiones no habían tenido mucho éxito, deducción que enseguida se vio confirmada por las palabras de la madre priora.

—Lo siento, señor Goikoetxea, pero no ha sido posible, ninguna de las mujeres con las que he hablado ha accedido a entrevistarse con usted. Tengo que decirle que en la mayoría de ellas he detectado miedo, mucho miedo, así que quizás esté usted en lo cierto cuando sospecha que Clara y Rosa han sido secuestradas o asesinadas, o

quizás se trate tan solo del miedo natural de estas mujeres, muchas de ellas en situación ilegal, a tratar con cualquier persona relacionada, de cerca o de lejos, con la policía, el caso es que sea por lo que sea no quieren tener relación alguna con usted.

—Gracias de todos modos, madre, ha hecho usted lo que ha podido —contesté hipócritamente en un tono humilde y resignado, cuando en realidad lo que deseaba en el fondo de mi corazón era mandarla a la mierda, si me hubiera proporcionado la lista de teléfonos seguramente habría encontrado alguna a la que apretar las tuercas, pero enemistarme con ella no me reportaba ningún beneficio y además, aunque sabía que era inútil, tenía que intentarlo de nuevo—. Quizás si me proporcionara usted los teléfonos, ya sabe, es posible que pudiera conseguir la colaboración de alguna de las mujeres, le prometo que actuaría con una delicadez exquisita.

—No lo pongo en duda, señor Goikoetxea —pese a ser seguramente una buena cristiana era capaz de mentir con soltura—, pero ya le dije el otro día que eso era totalmente imposible. De todos modos sí me han dado una información que tal vez a usted le pueda ser útil. Se trata tan solo de dos datos aislados, pero quién sabe, usted es un profesional, como me ha repetido en más de una ocasión —por lo que se ve, las monjas modernas, además de mentir con soltura saben manejar el sarcasmo con una habilidad digna de un actor del club de la comedia— y es posible que pueda sacarles provecho.

—¿De qué información se trata? —pregunté, entre esperanzado y escéptico.

—Bueno, en primer lugar he averiguado los apellidos de Clara. Su nombre completo es Clara Graciela Sánchez Morris.

—¿Sánchez Morris?

—Sí, ¿le suena?

—Creo que sí, pero no acabo de ubicarlo. En fin, ya me acordaré, aunque dudo mucho de que me sea útil, tras la huida de su marido y si, como sospecho, ella fue asesinada, me extrañaría mucho que aún permaneciera algún familiar en España, al menos de manera fácilmente localizable. Pero usted me ha hablado de dos datos que ha averiguado, ¿cuál es el segundo?

—Eso fue mucho más extraño, señor Goikoetxea, porque no lo conseguí cuando llamé a las mujeres sino después, cuando ya había finalizado la ronda de llamadas. Sonó el teléfono y cuando lo descolgué me hablaron con una voz muy ronca, distorsionada, como cuando alguien no desea que se le reconozca, supongo que sabe a lo que me refiero, lo he visto infinidad de veces en las películas que dan por televisión, pero nunca pensé que pudiera ocurrirme a mí. No reconocí la voz, aunque supongo que era alguna de las mujeres con las que acababa de hablar. Dijo solo dos palabras: «club caribe». Cuando le pregunté quién era y le dije que no entendía lo que me estaba diciendo, volvió a repetir esas dos palabras, «club caribe», y colgó. Como usted comprenderá, no soy experta en ese tipo de locales, pero supongo que se referiría a alguna discoteca llamada así, «Club Caribe». ¿La conoce usted?

Sí, la conocía, y así se lo dije antes de darle nuevamente las gracias, en esta

ocasión de un modo totalmente sincero, y cortar la comunicación. «Club Caribe». Claro que lo conocía. ¡Cómo había podido ser tan estúpido! Tenía que haberme acordado mucho antes ya que uno de los casos en los que había estado trabajando tenía relación con el «Club Caribe». En realidad no se llamaba así, sino «Karibeko Kluba», me imagino que los matices lingüísticos de la versión autóctona del nombre no habían sido captados por sus clientes latinos y ellos lo denominaban de esa manera, Club Caribe. Se trataba de una macrodiscoteca situada en la ribera de Deusto, en la calle Botica Vieja, no muy lejos del puente Euskalduna, y a la que solía acudir en sus noches libres tanto el personal hispanoamericano como el aborígen para desfogarse bailando merengue, salsa y otro tipo de danzas propias de los países americanos de habla española. Los recuerdos habían vuelto a mi memoria y no me explicaba cómo podían haberseme olvidado. Una noche, en realidad era ya la madrugada del día siguiente, dos clientes, atiborrados hasta las cejas de ron y pastillas, se pusieron a discutir sabe Dios por qué, que si tú me has mirado mal, que si tú has sonreído a mi chica, que si me has empujado..., el caso es que se armó un escándalo de enormes proporciones y salieron a la calle a continuar la pelea que habían iniciado en el local. Quizás porque el estado de borrachera de ambos les impedía manejar con precisión sus navajas, que pronto salieron a relucir, o quizás porque sus chicas, más sensatas que ellos, les convencieron para que abandonaran su absurda y violenta actitud, las cosas parecieron calmarse. Hasta que ocurrió la tragedia. Otro de los clientes, asustado por lo que estaba ocurriendo según declaró posteriormente, decidió poner tierra por medio con su coche con tan mala suerte que, al arrancar, atropelló a un joven que había estado presenciando la disputa y lo mató en el acto. Todo parecía indicar que había sido un lamentable y desgraciado accidente, pero cuando interrogué al causante del mismo algo me dio mala espina. No podía explicar por qué, pero mi instinto me decía que quizás el accidente no había sido en realidad tal accidente sino un atropello premeditado. Había decidido ahondar en el caso e interrogar nuevamente al conductor del vehículo, pero no pude hacerlo porque pocos días después estalló el escándalo que obligó a mis superiores a suspenderme de empleo y posteriormente a aconsejarme que solicitara una excedencia voluntaria. Sí, tenía que ser eso, la investigación de la muerte ocurrida fuera del Karibeko Kluba tuvo que haber sido el motivo de mi caída en desgracia. Ahora estaba completamente seguro, pero tenía un nuevo problema. Las fotocopias de las diligencias instruidas a raíz del atropello con resultado de muerte no se encontraban entre las carpetas que Eneko Goirizelaia me había remitido esa misma mañana. Me extrañó ese descuido, porque Eneko es un hombre meticulado y en más de una ocasión había comprobado que se podía contar con él, pero de momento no le di más importancia que a un simple contratiempo. Confiaba en arreglarlo con una nueva llamada telefónica. A mi viejo compañero también le chocó la ausencia de ese expediente. Se acordaba del caso, porque en su día tuvo bastante repercusión mediática, pero lo achacó a un simple error humano. Dos horas más tarde me llamó

para decirme que las diligencias seguían sin aparecer.

—No entiendo qué puede haber ocurrido, Goiko, es como si en la comisaría nunca hubiéramos recibido el aviso del atropello de ese chico. Lo siento, pero no hay nada de nada, ni el más pequeño rastro. ¡Menudo marronazo! —se le notaba compungido de verdad, y no solo por mí—, tendremos que abrir una investigación interna, con todo lo que eso supone.

Le pedí que se olvidara del caso, no merecía la pena remover la mierda. Además, si hasta ese día la desaparición del expediente había pasado desapercibida, podía continuar así por los siglos de los siglos. No creía que, aparte de mí, pudiera haber nadie más interesado en desenterrarlo y en esos momentos lo que yo menos quería era que de nuevo todas las miradas convergieran en mi persona, sobre todo por un asunto como ese que amenazaba con ser bastante escabroso y que, durante bastantes meses, pondría bajo sospecha a todos los miembros de la comisaría. Eneko respiró aliviado cuando le pedí que se olvidara del tema y se ofreció a ayudarme en lo que hiciera falta.

—No es necesario, Eneko, ya me has ayudado más de lo que te imaginas.

No le estaba mintiendo, ni siendo amable. Cuando me dijo que el expediente había desaparecido, no ya físicamente sino cualquier rastro delator de que algún día, en un ya remoto pasado, hubiese existido, comprendí que no era un paranoico, que aunque intentaba engañarme a mí mismo había sabido la verdad, o al menos parte de la verdad, desde el primer momento.

Natalia y yo nunca trabajábamos juntos, no pertenecíamos al mismo equipo. Lo habíamos decidido así de mutuo acuerdo y con el asentimiento de nuestros superiores. Es cierto que estábamos destinados en la misma comisaría y nos veíamos a menudo, pero intentamos separar desde el primer momento nuestra labor profesional de nuestra vida privada. Si hubiéramos tenido que trabajar codo con codo, sin despegarnos el uno del otro ni un solo minuto de las veinticuatro horas que tiene el día, habríamos acabado totalmente hastiados, hartos el uno del otro, así que optamos por separar en lo posible ambas facetas y creo que estuvimos acertados al actuar de ese modo, aún hoy en día sigo pensando de esa manera, a pesar de lo ocurrido.

El caso del «Karibeko Kluba» fue la primera y única excepción. Debido a que confluyeron una serie de bajas con que algunos compañeros estaban disfrutando de sus vacaciones, Natalia y yo formamos equipo para trabajar en ese asunto y desde el primer momento anduvo poniendo pegas a todas mis decisiones, al principio pensé que se debía a la incomodidad que le producía que trabajáramos juntos o, tal vez, a que por motivos de experiencia y jerarquía era yo quien estaba al mando, pero confié en que pronto se normalizaría la situación, sin embargo no fue eso lo que ocurrió sino todo lo contrario, nuestra relación, tanto profesional como personal, empeoró a marchas forzadas. Lo que empezó siendo un pequeño malestar acabó convirtiéndose en una insumisión en toda regla, todo lo que yo hacía le parecía mal, mis

interrogatorios eran propios de un «poli americano de noveluchas baratas» y mi obsesión por convertir lo que era un desgraciado accidente en un asesinato con premeditación y alevosía un indigno intento de colocarme una medalla a costa de un pobre desgraciado. Esta última frase provocó entre nosotros la discusión más fuerte desde el día en que nos conocimos, pero opté por no darle mucha importancia. Todas las parejas sufren en alguna ocasión una crisis de ese tipo y yo confiaba en superarla. De hecho una vez leí en una revista las declaraciones de un psicólogo que decía que esas crisis, cuando se superaban, robustecían los lazos de la pareja. Seguramente ese psicólogo era soltero además de gilipollas. El caso es que no lo superamos, de hecho al de pocos días se me acusó de pertenecer a una red dedicada a la pornografía infantil y Natalia decidió abandonarme. Entonces supuse, y esa suposición fue lo que más me jodió de todo el asunto, que Natalia había creído que esas acusaciones eran ciertas, pero ahora estaba seguro de que no fue ese su auténtico motivo, aunque no sé si era mejor o peor, en realidad se había corrompido y estaba protegiendo a sus nuevos patronos. Sigo sin entender por qué lo había hecho, los dos teníamos nuestros trabajos, nuestras necesidades cubiertas, vivíamos bien dentro de lo que cabe, ni siquiera teníamos que hacer frente a una hipoteca. Si entonces alguien me hubiera pronosticado que iba a venderse por un millón de euros me habría descojonado de él, pero todos los datos me indicaban que eso era lo que había ocurrido, Natalia me había traicionado y, como último servicio a quienes le pagaban, que seguramente fueron también quienes decretaron su muerte cuando dejó de serles útil, había hecho desaparecer en la comisaría todo lo concerniente al caso del «Karibeko Kluba».

Afortunadamente aún me quedaba Internet. Natalia podía haber hecho desaparecer de la comisaría hasta el detalle más pequeño acerca del caso, pero ni siquiera el *hacker* más habilidoso podía controlar los contenidos de la red. Lo único que tenía que hacer era conectarme y teclear en cualquiera de los buscadores las palabras «Karibeko Kluba». En pocos segundos las versiones digitales de los periódicos de Bilbao y alguno de difusión nacional me proporcionaron los datos que estaba buscando. Imprimí uno de los artículos, escrito quizás bajo la estela del ya envejecido nuevo periodismo, pero que contenía todos los datos que necesitaba.

Lo que iba a ser una noche de fiesta y diversión —así empezaba el artículo— para un joven de origen boliviano se convirtió en una tragedia. Después de una jornada de trabajo, W. S. M., de veinte años, albañil, se dirigió pasadas las doce de la noche a la discoteca Karibeko Kluba, sita en el bilbaíno barrio de Deusto. Allí tenía la intención de juntarse con sus amigos y divertirse mientras bailaba y tomaba unas copas. Pero casi seis horas después, más o menos a las seis de la mañana, la diversión se había terminado. Para todos, pero especialmente para él cuyo cadáver ensangrentado había teñido de rojo la acera de la calle Botica Vieja. Quienes, pese a lo intempestivo de la hora, se acercaron hasta el lugar del suceso, tan solo pudieron observar un bulto debajo de una manta y un grupo de *ertzainas* uniformados que intentaban despejar la calle, con la finalidad de que el médico forense y el juez de guardia pudiesen llevar a

cabo su trabajo.

Los gritos de la gente habían despertado a los vecinos que pese a estar habituados a los escándalos que habitualmente se producían en los alrededores de la discoteca, intuyeron que en esta ocasión había ocurrido algo más grave. El ruido producido por las sirenas de los coches patrulla que acudieron al lugar confirmó sus peores presagios. Un joven había fallecido hacía unos momentos, atropellado por un automóvil.

Según hemos podido saber de fuentes de la policía autonómica, los hechos se produjeron cuando dos de los clientes del local se enzarzaron en una pelea por motivos desconocidos, aunque la amplia ingesta de alcohol y otros productos seguramente acrecentó su agresividad. Expulsados de la discoteca reiniciaron la pelea en el exterior mientras un buen número de clientes, tal vez ávidos de emociones fuertes, salieron del interior del recinto para presenciarla.

Cuando la pelea estaba a punto de finalizar sin consecuencias lamentables para nadie, gracias a que el estado altamente ético de los contendientes apenas les permitía mantenerse en pie, uno de los presentes, que confundió un turismo que se acercaba a la discoteca con un vehículo de la policía municipal dio la voz de alarma y muchos de los espectadores, bien porque no querían meterse en líos o bien porque estaban en situación ilegal optaron por dispersarse lo más rápido posible. Uno de ellos intentó huir al volante de un Ford Escort de color azul, pero al intentar hacer un giro, tal vez por los nervios, perdió el control de su vehículo y atropelló a W. S. M., un joven boliviano de veintidós años que, según comentaron los testigos presenciales, no había intervenido en la pelea. Una ambulancia trasladó al joven al Hospital de Basurto, donde ingresó cadáver, procediéndose al levantamiento judicial poco tiempo después.

Personados en el lugar de los hechos los agentes de la Ertzaintza detuvieron a N. Ll. C., de nacionalidad boliviana, al igual que el fallecido, de veintisiete años de edad, que conducía el vehículo que atropelló a W. S. M. y le pusieron a disposición del juez de guardia que en el día de hoy decidirá si ingresa en prisión o se decreta su libertad provisional.

La lectura del artículo me había devuelto por completo la memoria, y no solo eso sino que me había hecho encajar algunos de los datos que había ido recogiendo durante mi investigación. La superiora de las Hermanas de la Resurrección Divina me había dicho que la desaparecida Clara se apellidaba Sánchez Morris. Pues bien, ahora lo recordaba perfectamente, el joven atropellado mortalmente, que en el artículo periodístico aparecía camuflado bajo las iniciales W. S. M., se llamaba Walter Sánchez Morris. O eran hermanos o las casualidades de verdad existen, pero hacía mucho tiempo que yo había dejado de creer en casualidades. Por lo que respecta a N. Ll. C., el juez decretó su libertad provisional sin fianza, al no tener antecedentes penales y considerar que, en el peor de los casos, podría ser declarado responsable de un homicidio por imprudencia, como muchos de los que ensangrientan nuestras

carreteras los fines de semana y los períodos vacacionales. Personalmente no estuve de acuerdo con la decisión judicial, el instinto, esa especie de sexto sentido que no tiene ningún carácter mágico o esotérico, como a veces se nos intenta hacer creer para quitarle validez, sino que se va incrementando con el trabajo y la experiencia de muchos años, me decía que lo que había ocurrido en los alrededores del «Karibeko Kluba» no era un accidente, sino un asesinato en toda regla. Y al parecer el tiempo me estaba dando la razón.

Había dos cosas más que la lectura del artículo habían devuelto a mi memoria. El juez de guardia al que había correspondido el caso era Luis Bourget Morán. ¿Coincidencia? En mi opinión Bourget era un auténtico hijo de puta, pero no le consideraba un juez corrupto, aunque tal y como estaban las cosas no se me ocurriría poner la mano en el fuego por él. El segundo dato era mucho más inquietante. No recordaba cuál era el apellido que se ocultaba tras la C. de N. Ll. C., pero sí a qué nombre correspondían las dos primeras iniciales: N. Ll. C. se llamaba Nelson Llanos y era boliviano y el joven que había sido abatido junto a la enfermería de la prisión de Basauri cuando intentaba acabar con mi vida era un boliviano que respondía al nombre de Nelson Llanos. Desgraciadamente cada vez estaba más convencido de que las coincidencias no existen, el hombre que atropelló a Walter Sánchez Morris y el que intentó asesinarme era la misma persona.

El Relojero me había dicho que Llanos estaba ingresado en Basauri por robo con violencia. Eso encajaba con mis recuerdos del caso «Karibeko Kluba» ya que según mis noticias, aunque admito que sumido en mis propios problemas personales no me interesé mucho por el desarrollo del caso, había quedado en libertad sin fianza. De todos modos las diligencias judiciales habrían seguido su curso e, independientemente de que Llanos no hubiera sido condenado o se le hubiera impuesto una pena muy leve, seguirían constando en los archivos judiciales, salvo que también los hubieran hecho desaparecer. Pero si seguían existiendo, necesitaba acceder a ellos. Posiblemente Eneko habría podido conseguírmelos, pero preferí no echar sobre sus espaldas ese marrón. Al fin y a al cabo quienes saben moverse por los juzgados como peces en el agua son los abogados, y yo tenía un abogado.

Arturo Apodaka, como por otra parte yo esperaba, puso el grito en el cielo y me dedicó los más insultantes epítetos de su extenso catálogo, pero accedió a hacerme el favor, como también esperaba. Y no solo eso, sino que me invitó a cenar con él esa noche. Por lo menos, dentro del caos en el que se había convertido mi vida en los últimos meses, podía presumir de que aún conservaba un pequeño puñado de buenos amigos. Quizás no fuera suficiente para consolarme, pero al menos era más de lo que mucha gente conseguiría jamás en su vida.

—¿Te gusta Brasil?

—No lo sé, nunca he estado, así que no puede gustarme ni disgustarme.

La campesina búlgara no solo tiene dos buenas tetas sino que también da la sensación de tener algo sólido en la cabeza. De todos modos esto último no es indispensable para follar con ella, y al fin y al cabo si la has vuelto a llamar es tan solo para eso, para follar. ¿O no? Estás intentando dilucidar el dilema cuando sus siguientes palabras interrumpen bruscamente tus pensamientos.

—De todos modos parece un lugar atractivo ya sabes, playas, sol, carnavales..., aunque cualquier lugar, incluso Groenlandia, puede ser lo suficientemente atractivo si me hace abandonar esta vida que llevo.

Te mira directamente a la cara al decirte esto último, como si te recordara la conversación que tuvisteis hace unos pocos días y te preguntara en silencio algo que nunca se atreverá a preguntarte de viva voz, si eres el inexistente Richard Gere que va a acudir al rescate de una *pretty woman* que hace siglos que perdió las esperanzas de ser rescatada.

¿Lo eres? Una historia como la de Richard Gere y Julia Roberts da muy bien en las películas, pero la vida real es otra cosa, en la vida real un tiburón de las finanzas jamás sube por la escalera de incendios de un hostal de mala muerte con un ramo de flores en la mano para declararle su amor a una prostituta de buen corazón, y tú eres un tiburón, un auténtico tiburón, aunque las altas finanzas no hayan sido jamás tu coto de caza. Pero, por otra parte, sabes que ha llegado el momento de dar un giro a tu vida y sopesas si la campesina búlgara puede ser la compañera adecuada. Mentirte a ti mismo es una estupidez, así que lo reconoces, últimamente le has dado muchas vueltas en tu cabeza a la anterior conversación que tuviste con ella, lo de tener un hijo y ese tipo de gilipolces. Aunque quizás, después de todo, no sea una gilipollez, dentro de poco tendrás que abandonar esta ciudad, Bilbao, y con toda seguridad también tendrás que cambiar de vida.

No es que te estés ablandando o volviendo sentimental con el paso del tiempo, pero este no pasa en balde. Por muy en forma que estés, y lo estás, tanto física como psíquicamente, cada trescientos sesenta y cinco días cumples un año más y aunque tú te digas a ti mismo que no se nota, y es cierto, de momento no se nota, la absurda creencia de que puedes mantenerte eternamente joven antes o después te pasará factura si no actúas con inteligencia. Siempre lo has hecho, y no vas a dejar de hacerlo ahora, que además de inteligencia acumulas una gran experiencia que bien utilizada te puede ser muy útil.

De todos modos lo de Brasil es un topicazo, ahí es donde van todos los delincuentes sin imaginación que quieren acogerse a esa peculiar característica del país suramericano de no conceder extradiciones. Aunque a ti eso no te importa, solo eligen ese destino quienes han sido descubiertos y condenados, pero contigo eso no

va a ocurrir. No, Brasil queda descartado, pero hay países que pueden ser muy atractivos. Un buen destino podría ser Florida. Playas y clima agradable, como Brasil, y buena tierra para los negocios. Además está cerca de Cuba y esa sí que va a ser en el futuro una tierra llena de oportunidades. Antes o después el régimen comunista caerá. No es que te importe mucho la política, anteriormente ya has trabajado para países comunistas, pero creciste en uno y sabes cómo son las cosas, a Fidel no le queda mucho tiempo y cuando fallezca el régimen se derrumbará. Y cuando un régimen comunista se desmorona, la gente que sabe aprovechar las ocasiones con inteligencia, es decir, la gente como tú, siempre saca tajada. No es una teoría, la caída del bloque soviético lo ha demostrado.

—Nadjia —ese es el nombre de la prostituta búlgara—, ¿tienes pasaporte?

Si la pregunta le extraña no lo demuestra, porque sin parpadear te dice que sí, que tiene pasaporte. De hecho tú eres quien guarda su pasaporte, añade con un punto de ironía, se lo confiscaste cuando empezó a trabajar para tu organización.

Decididamente es inteligente. Y sí, puede ser una buena compañera cuando te instales en Miami. Una buena compañera y una buena socia, una mujer con la que puedes ir a cualquier sitio, desde un club de *strep-tease* a un cóctel en una embajada, no en balde aunque la habéis traído a Bilbao para trabajar de prostituta, la campesina búlgara está licenciada en Historia del Arte. Alguien así a tu lado puede serte muy útil en esa nueva vida que poco a poco has empezado a vislumbrar. Tener una mujer a tu lado puede darte cierto hálito de respetabilidad y además ella te gusta y quizás haya llegado el momento de dejar de ser un lobo solitario. Un momento que cada vez está más cerca porque cada vez está más cerca la culminación de tus planes.

En realidad no tienes mucha prisa, siempre te ha gustado tomarte tu tiempo, pero tus patronos se están poniendo más nerviosos de lo aconsejable y no sabes por cuánto tiempo vas a poder controlarlos. De hecho te han pedido que liquides cuanto antes el «asunto Goikoetxea», lo que traducido al único idioma que dominas significa que quieren que le mates sin perder ni un segundo más de lo necesario. Solo uno de ellos se ha opuesto a la idea, para sorpresa tuya. Con el tiempo les has ido conociendo y te has percatado de que es el único que no se ha metido en ese negocio por dinero, sino por la pura excitación de cruzar la línea que separa los negocios permitidos por el Código Penal de los prohibidos. Es, además, un hombre extremadamente inteligente, enseguida te has dado cuenta, y eso le convierte en el más peligroso de todos. Por eso, cuando te ha hecho llegar en secreto el mensaje de que quiere hablar a solas contigo, al abrigo de ojos y oídos ajenos, has accedido a hacerlo, aunque tomando tus precauciones. Algo te dice, posiblemente ese instinto de depredador que has ido desarrollando con el correr de los años, que esa conversación, más que las malhumoradas órdenes del resto del autodenominado Consejo de Administración, va a ser la espoleta que hará que se precipiten los acontecimientos.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, dormí a pierna suelta y de un tirón. Cuando me desperté me di cuenta de que había estado sobando once horas seguidas y, lo que es mejor, me encontraba descansado y lleno de energía, totalmente pletórico. Quizás, después de todo, tenían razón San Juan Evangelista y los fundadores de la CIA cuando decían eso de que «la verdad os hará libres». A mí, al menos, me había liberado de mis obsesiones. Me afeité, me duché y me preparé un café solo, bien fuerte, como siempre me ha gustado. Dos bollos de mantequilla que compré en Mara, la pastelería que había junto a los desaparecidos cines Mikeldi completaron mi dieta y me prepararon para afrontar el día que me esperaba. O eso pensaba yo con inusitado optimismo.

Aún tenía cosas que hacer, no me apetecía quedarme en casa, en plan pasivo, a la espera de que Arturo me sacara las castañas del fuego. Aunque sabía que conseguiría las fotocopias de las diligencias judiciales, en el caso de que no se hubieran «extraviado», aún no había nacido el funcionario capaz de negarle un favor al amigo Apodaka, suponía que le llevaría un tiempo hacerlo y, además, el sueño reparador me había devuelto la claridad de ideas y una vez despierto había vislumbrado nuevas posibilidades que explotar.

Cuando la anónima mujer que había llamado a la superiora de las Hermanas de la Resurrección Divina le había susurrado, con voz distorsionada, las palabras «club caribe» seguramente no estaba pensando en el atropello mortal que había estado investigando hacía unos cuantos meses, entre otras cosas porque desconocía quién era yo y qué era lo que estaba buscando. Si había señalado al «Karibeko Kluba» tenía que deberse a que alguien o algo relacionados con la discoteca estaban implicados en las desapariciones de Clara Sánchez Morris y Rosa López Granja. Miré el reloj, eran ya las doce del mediodía, posiblemente la discoteca no estaría abierta, pero hacía una buena mañana y un paseo hasta Deusto no me vendría nada mal, así que enfilé el puente Euskalduna y en muy poco tiempo desemboqué en Botica Vieja.

La discoteca no estaba ni abierta ni cerrada, sencillamente no estaba. En su lugar podían verse una oficina del INEM, una guardería y un pequeño bar. En la oficina de empleo ni se me ocurrió entrar, no fuera a ser que me ofrecieran un trabajo en una de esas emergentes nuevas empresas de servicios con un contrato basura. En cuanto a la guardería tampoco ofrecía muchas posibilidades, pero me aventuré a entrar para encontrarme con tres señoritas que intentaban lidiar, con más buena voluntad que eficacia, con una treintena de niños que se las hubieran hecho pasar putas al mismísimo Herodes, y que no se mostraron en exceso comunicativas, supongo que con el estrés que ya de por sí llevaban encima lo último que necesitaban era la presencia de un desconocido haciéndoles preguntas sobre una discoteca que había cerrado hacía ya algunos meses.

El bar, en cambio, como suele ocurrir con este tipo de establecimientos, me dio

mucho más juego. Era un local de aspecto moderno, con la barra llena de «pintxos» de diseño, todos llevaban adosados, sin excepción, una banderita con su nombre y composición, ya que el hipotético cliente, por experto que fuera en temas gastronómicos, jamás los habría adivinado sin esa ayuda. Pregunté si tenían, aunque estuviesen marginados por obsoletos, alguno más clásico, de jamón o de tortilla de patatas, o tal vez de bonito encebollado, pedir uno de chorizo hubiera supuesto una provocación, pero no hubo suerte y acabé digiriendo uno de hojaldre relleno de crema de queso con bonito y anchoa. Tengo que admitir que no estaba nada mal, de hecho estaba de puta madre aunque no era muy original ya que recordaba haberlo comido anteriormente en un bar especializado en quesos de la calle García Rivero, en Indautxu, pero aún así no podía evitar el sentir cierta nostalgia recordando aquellos tiempos en los que el pincho más exótico que uno podía encontrarse en la barra de un bar era alguno elaborado con txistorra de Arbizu. Por lo menos la cerveza era Voll-Damm y sabían servirla, así que no tenía motivos para quejarme.

Los propietarios y regentes del establecimiento, un chico y una chica jóvenes con aspecto de ser pareja también fuera del bar, tenían la lengua suelta y se brindaron amablemente a contestar las preguntas que les hice después de explicarles que era detective y enseñarles la correspondiente documentación acreditativa. El chico era un fanático de la serie negra, se había leído todas las novelas de James Ellroy, Michael Connelly y Manuel Vázquez Montalbán, al que él llamaba desenfadadamente Manolo, como si hubieran sido compañeros de pupitre, así como a un buen puñado de clásicos, por ejemplo Dashiell Hammet, Raymond Chandler y Ross MacDonald o, dentro de la fauna ibérica, esas fueron las palabras que empleó, Francisco González Ledesma, José Luis Muñoz y Andreu Martín. Hablaba con tanto entusiasmo de ellos que decidí que yo también tendría que leerlos algún día, si tenía tiempo, por supuesto, pero de momento me limité a agradecerles en silencio el que gracias a su involuntaria intercesión el joven estuviera dispuesto a hablar conmigo.

Era poco, de todos modos, lo que podía contarme, me confesó compungido. Conocía la discoteca, de hecho había entrado en ella en más de una ocasión, pero como cliente no había notado nunca nada raro.

—Bueno, de vez en cuando la peña se fumaba unos porros, pero eso no es raro, creo yo, pasa en muchos bares, en este no, que quede claro —añadió, tal vez receloso, por primera vez desde que nos habíamos conocido, de mi condición de pseudoagente de la ley—, pero es algo habitual en muchos sitios y que no hace daño a nadie.

Tampoco en el barrio, él era del mismo Deusto, tomatero de toda la vida, de la Sagrada Familia, me dijo con mal disimulado orgullo, se habían oído jamás cosas extrañas o rumores significativos acerca de la discoteca. Era cierto que muchos vecinos la miraban con recelo, «por los ruidos, lo típico, y también por su clientela, mucho sudaca, ya se sabe, buena gente en general, que conste, yo tengo muchos clientes suramericanos, pero son muy excitables, el carácter latino supongo, y de vez en cuando tiraban de navaja y, bueno, es normal, ¿no?, eso a la gente no le gustaba, le

daba miedo», pero aparte de eso nunca se les pudo achacar que en su interior se traficara con drogas o armas o mujeres o ese tipo de cosas.

—Esto es Deusto, no el Bronx —zanjó el joven el tema cuando le insinué que quizás las cosas no fueran como parecían—. Y de todos modos es un barrio, y aquí antes o después esas cosas se saben, así que puedo asegurarle que no hay nada de nada. En caso contrario, yo lo sabría —finalizó con la misma sonrisa que hubiera utilizado para informarme de que había hecho un master en Harvard.

Sobre el motivo del cierre no creía que se debiera a causas económicas, «el negocio parecía ir muy bien, entraba mucha gente, aunque no crea, a veces las apariencias engañan, si entra mucha gente, pero se apalanca toda la noche con solo un cubata, pues no es tan negocio como parece, se lo digo por experiencia».

—De todos modos —continuó—, aquí casi todo el mundo piensa que los dueños decidieron cerrarlo antes de que se les adelantara el Ayuntamiento. Había habido muchas quejas por los ruidos, ya le he dicho, y porque de vez en cuando se producían peleas y se armaba un buen follón, así que algún concejal avisado decidió abrir un expediente de cierre del negocio, eso es lo que he oído decir. Un cliente que es abogado me dijo que no habría prosperado, pero eso a los concejales les da igual, ellos lo han intentado y eso es lo que ven los votantes. ¿Que luego un juez, como decía mi cliente, anula la orden de cierre? Pues da igual, el Ayuntamiento ya se ha lavado la cara y los que quedan como unos cabrones son los jueces.

—En ese caso —le contradije, para ver si eso le hacía recordar algo más—, parece absurdo que la discoteca cerrara voluntariamente.

—Pues es cierto, tiene usted razón, no había caído en ello. Oiga, ¿no podría ser que efectivamente hubiera algo oscuro en las actividades de la discoteca? Algo difícil de detectar, ya le he dicho que putas y drogas no había, por lo menos no a la vista, no sé, podría ser algo así como blanqueo de dinero, ¿no le parece? Y al saber que el Ayuntamiento iba a meter sus narices en el negocio decidieron cerrarlo e irse con el chiringuito a otra parte. Coño, como hipótesis no está nada mal, ¿verdad?

Le dije que sí, que estaba muy bien pensado, que se veía que había aprovechado muy bien sus lecturas. Y no se lo dije en tono irónico, el dueño del bar se había limitado a expresar en voz alta, con el entusiasmo del neófito, lo que yo estaba rumiando. El «Karibeko Kluba» era la tapadera o el centro de algún tipo de actividad que sus propietarios querían mantener lejos del alcance de las autoridades y cuando comprobaron que ya no les era útil decidieron desmantelarlo. Muy jugoso tenía que ser el auténtico negocio que controlaban para cerrar un local que, según todos los indicios, era una auténtica mina de oro.

Antes de despedirme le pregunté al joven quién le había arrendado el local. Se trataba de una conocida inmobiliaria bilbaína que, aparentemente, estaba fuera de toda sospecha. Pensé que quizás fuera conveniente visitarla, pero ya que estaba en Deusto decidí realizar antes otro par de gestiones.

Los registros mercantil y de la propiedad se habían trasladado hacía algunos años

a la Avenida de Madariaga, en el cogollo del barrio de Deusto, y hacia ellos encaminé mis pasos. Uno de los registradores me debía un favor, de cuando recién aprobadas las oposiciones quiso desquitarse de los años de privación sufridos mientras las preparaba y acabó siendo detenido en una redada en La Palanca, antiguamente zona en la que convivían en perfecta armonía putas y chiquiteros y hoy en día lo más parecido a un barrio chino que tenemos en Bilbao. En aquella ocasión aposté por él, mantener buenas relaciones con un registrador de la propiedad nunca está de más, y ahora había llegado el momento de cobrar los réditos e intereses de esa apuesta.

Al principio se resistió, cosa que no me extrañó lo más mínimo, con frecuencia he podido comprobar que la gente suele ser bastante olvidadiza cuando se trata de devolver los favores recibidos y el prepotente y acicalado profesional que me recibió no tenía nada que ver con el acojonado opositor que había intentado disfrutar de una noche de orgía y desenfreno y le había salido el tiro por la culata, así que tuve que refrescarle la memoria al registrador con leves insinuaciones acerca de que quizás aquel atestado que se extravió hacía unos cuantos años no estuviera tan extraviado. A veces, haciendo limpieza, le comenté inocentemente, se encuentran documentos que uno pensaba equivocadamente que habían desaparecido para siempre. Aunque, bien mirado, no era necesario desenterrar algo que llevaba mucho tiempo durmiendo en el limbo de los justos. ¿No estaba de acuerdo el señor registrador?

El señor registrador, parece obvio especificarlo, estaba de acuerdo conmigo, por supuesto, y sería para él un placer ayudarme en todo aquello que necesitara. Era curioso, pensé mientras le explicaba lo que andaba buscando, normalmente las amenazas suelen ser ineficaces con los delincuentes más endurecidos y encanallados en cambio, cuando a un honrado ciudadano le recuerdas un leve pecadillo de juventud que no tiene la menor importancia, piensa que se le va a caer el mundo encima y está dispuesto, con tal de que siga siendo un secreto, incluso a besar el suelo que pisas. En fin, yo no hice el mundo, afortunadamente para sus habitantes, porque en ese caso aún sería peor de lo que es con toda seguridad, así que me limité a aprovecharme de la zozobra del registrador y exprimirle hasta donde me fue necesario.

En primer lugar miré los datos que constaban en el Registro de la Propiedad. La discoteca había ocupado tres lonjas, de ahí que posteriormente, al desaparecer, hubiesen surgido en su lugar tres establecimientos diferentes. El problema era que los propietarios de cada una de las lonjas no coincidían. Los tres eran particulares, tres personas cuyos nombres no me decían nada y cuya única relación con el «Karibeko Kluba» consistía, casi con total seguridad, en cobrar religiosamente la renta mensual. Dar con ellos sería difícil, y quién sabe si tendrían alguna información interesante y, en caso de tenerla, si estaban dispuestos a compartirla conmigo, pero por árido que fuera tendría que intentarlo. Zanjado el tema del Registro de la Propiedad acudí al Registro Mercantil. Como ya me imaginaba, aunque no podía dejar de mirarlo por si acaso, no había ninguna sociedad, ni anónima ni limitada, registrada con el nombre

de «Karibeko Kluba».

—No debe extrañarse, eso no significa nada —intentó animarme el registrador que, pese a que no habíamos reanudado nuestra relación con muy buen pie, había disipado sus recelos iniciales, tal vez porque empezaba a sentirse importante al ser copartícipe en una investigación policial y eso, he podido observarlo en ocasiones anteriores, puede llegar a ser más estimulante que una buena dosis de anfetaminas—, es bastante habitual que el nombre comercial o la marca no coincidan con el de la sociedad. ¿No conoce usted ninguna otra denominación que pudiera haberse utilizado? ¿O a alguien que hubiera tenido tratos con los gestores de la discoteca? Proveedores, asesorías, los mismos propietarios de las lonjas, en fin, cualquier tipo de empresa subsidiaria del sector hostelero, en las facturas tendría que aparecer el nombre de la sociedad. Eso en el caso de que todo esté en regla, por supuesto, y no se pague con dinero negro.

Era una posibilidad y no iba a dejar de explorarla, pero me llevaría tiempo, aunque no dejé traslucir mi decepción delante del registrador; no obstante este la debió notar porque se sintió obligado a darme una idea.

—Se me ocurre que hay una posibilidad que podríamos explorar. Puede parecerle absurdo, pero ocurre con bastante asiduidad en este tipo de negocios, sobre todo cuando quienes constituyen una sociedad tienen poca imaginación, y consiste en darle el nombre de la calle y el número en el que está ubicado el local.

No perdíamos nada por intentarlo, aunque me parecía una idea un tanto extravagante, así que acepté su sugerencia y nos pusimos manos a la obra. Desgraciadamente no apareció ninguna sociedad denominada «Botica Vieja, S. A.» o «Botika Zaharra, S. L.».

—Muchas gracias, señor Otaola —tras el rato pasado juntos, el circunspecto registrador con pasado crápula se había convertido en el señor Otaola—, ha hecho más de lo que le he pedido. Lamento haber sido algo brusco al principio.

—No tiene importancia, comprendo la situación. ¿Qué va a hacer a continuación? —el hombre, como ya he dicho anteriormente, se consideraba ya parte de la investigación y ardía en deseos de saber cuál iba a ser mi siguiente paso.

Mantenerlo en secreto, cuando se trataba de algo obvio, era una tontería y, por otra parte, el registrador, pese a sus iniciales reticencias, se había comportado de un modo legal, así que opté por sincerarme con él. Quién sabe, quizás podría volver a necesitarlo en un futuro próximo.

—Intentaré ponerme en contacto con la inmobiliaria que alquila las lonjas. Quizás sea la misma que las alquilaba anteriormente al «Karibeko Kluba» y podría darme algún dato sobre la sociedad, o la persona física, que pagaba el arrendamiento.

—¿De qué inmobiliaria se trata? —me preguntó con algo más que curiosidad.

Cuando se lo dije me dedicó una amplia sonrisa mientras repetía con una satisfacción no exenta de orgullo que «eso estaba hecho». Por su trabajo tenía relación con gran cantidad de inmobiliarias y de esa, en concreto, conocía

perfectamente al dueño. En menos de cinco minutos el señor registrador consiguió lo que a mí posiblemente me habría costado mucho más tiempo, y eso en el mejor de los casos. Por fin tenía un nombre, y además un nombre conocido, aunque ese último dato no me hizo muy feliz, precisamente.

En esa ocasión no me equivoqué de timbre y pulsé directamente el del quinto izquierda. La chica que me abrió la puerta no me conocía, pero en cuanto confirmó que era un viejo conocido de la casa me hizo pasar a la habitación en la que una sonriente y escasamente vestida Sara me estaba esperando.

—¡Qué alegría verte, Goiko!, aunque la próxima vez avísame, podrías haberme encontrado con un cliente —lo decía por decir, hacía mucho tiempo que Sara se limitaba a dirigir el negocio, no a trabajar a pie de obra—. O sea que te gustó lo del otro día y quieres repetir, ¿no?

Su sonrisa parecía sincera, y seguramente lo era, pero no fue suficiente para detenerme. Nunca he maltratado a una mujer, el simple hecho de pensar en algo así me repugna, pero debe ser cierto eso de que para todo hay una primera vez. Con la primera hostia la tiré al suelo, con la segunda la levanté, con la tercera..., en realidad no hubo una tercera, me quedé parado, en medio de la habitación, mirándola fijamente, sin saber qué hacer, como avergonzado de mi anterior reacción. El globo de mi furia se había pinchado y lo único que me había dejado como herencia era una mujer magullada y la sensación de que, aunque solo fuera por unos segundos, me había comportado como un cerdo. El hecho de que el lado izquierdo de mi cerebro me susurrara que había hecho lo único que podía hacer en esa situación no me consolaba ni un ápice.

Sara se levantó sin necesidad de que la ayudara e intentó arreglar su aspecto. Luego, volvió su vista hacia mí, sus ojos fijos en los míos, como si tuviera que realizar un gran esfuerzo para reconocermelo. No hubo ni un llanto ni un reproche. Tan solo una mirada triste y una pregunta:

—¿Qué es exactamente lo que sabes, Goiko?

—Muy poco, tan solo que eras la titular, o uno de los testaferros, de eso no estoy seguro, del «Karibeko Kluba». Cómo te has tenido que descojonar de mí durante todo este tiempo, me puedo imaginar las conversaciones con tus socios, «pobre idiota, cree que le voy a ayudar, es patético, ¿sabéis?, de vez en cuando pasa por aquí para ver si tengo algo que decirle y, para que no se desanime del todo, le permito que me eche un polvo, el infeliz de él no se entera de nada».

—Eso no es cierto, Goiko. Al menos lo del polvo, y tampoco es cierto que me haya reído nunca de ti.

—Pero me has traicionado.

—¿Que te he traicionado? —la tristeza estaba dando paso a la furia—. ¿Eres completamente imbécil o qué? Lo que he hecho es salvarte la vida, gilipollas. Cada vez que venías aquí podía decirles a esos que tú llamas «mis socios», y para que me creyeran tuve que gravar nuestras conversaciones, que no tenías ni puta idea de lo que

pasaba, que no constituías ningún peligro para ellos. Joder, he hecho muchas estupideces en mi vida, y dejarme arrastrar por esos cabrones no ha sido la menor, precisamente, pero en todo momento he procurado protegerte, mantenerte alejado del peligro.

—No soy ningún bebé, siempre he sabido cuidarme.

—¿De verdad? ¿Por eso tuviste que dejar la Ertzaintza? ¿Por eso, porque sabes cuidarte de puta madre, has pasado una temporada en chirona? No me jodas, Goiko, te guste o no te he estado protegiendo durante estos últimos meses.

—¿De quién me has estado protegiendo? ¿De Natalia quizás?

—Olvídate de Natalia, Goiko, está muerta. Y si quieres saber si te traicionó, pues sí, te traicionó. ¿Contento? Joder, Goiko, no quería decir eso —añadió arrepentida al observar la lividez que de repente había aparecido en mi rostro—, pero es la verdad, es la puta verdad. Quién sabe, quizás incluso todavía sentía algo por ti, por lo que he podido saber también te protegió. Es cierto que ayudó a joderte, pero no quiso ir hasta el final.

Preferí no preguntar cuál era ese final, entre otras cosas porque me lo imaginaba. Además, si seguía por ese camino, lo único que iba a conseguir era echar sal sobre mis propias heridas y había decidido dejar de compadecerme a mí mismo e intentar salir adelante. Bueno, esa era al menos la teoría que internamente había forjado, el problema estriba en que es muy fácil forjarse una teoría, pero no lo es tanto llevarla a la práctica.

—¿Cuál era tu función en el «Karibeko Kluba»?

—Ninguna en especial, me limitaba a figurar como la dueña de la discoteca y firmar los papeles que genera ese tipo de negocios, ya lo sabes, las altas en la seguridad social, las nóminas, los contratos con los proveedores, el pago del alquiler. Pero simplemente me limitaba a firmar, los documentos me los preparaban en una gestoría. Y si quieres saber de qué gestoría se trata te lo diré, pero te aviso que no merece la pena investigarla, está limpia como una patena.

—Conociéndote como te conozco me extraña que te limitaras tan solo a firmar.

—Sí, lo entiendo —me sonrió por primera vez desde que irrumpí tan bruscamente en su habitación—, pero es la verdad, tienes que creerme. Me limité a prestarles mi nombre o, como se suele decir habitualmente, «a dar la cara».

—¿Así, sin más? ¿Te contrataron tan solo para que firmes las nóminas? ¿Y quieres que me lo crea? Para eso no te necesitan, cualquier muerto de hambre podría prestarles el mismo servicio y por mucho menos dinero. Tiene que haber algo más.

—En realidad supongo que me eligieron porque me conocían y sabían a qué me he dedicado siempre y tal vez pensaron que, en caso de necesitar una cabeza de turco, yo daba el perfil adecuado, ya se sabe, antigua prostituta que en la actualidad regenta un prostíbulo de lujo, la candidata idónea para comerse un marrón. Yo, en su lugar, también hubiera elegido a alguien con mi perfil.

—¿Y cuál era ese marrón que tendrías que haberte comido, llegado el caso? ¿De

qué era exactamente tapadera el «Karibeko Kluba»? ¿Tiene algo que ver con alguna red de pedófilos?

—¿Qué sabes tú de una supuesta red de pedófilos? —me contestó formulándome otra pregunta.

—Prácticamente nada, y lo poco que sé no ha sido gracias a ti. Es tan solo una hipótesis, por una parte cuando intentaron hacerme caer en desgracia me acusaron, precisamente, de ser miembro de una organización de ese tipo, lo que parece indicar que, al menos, manejaban suficiente información acerca del tema. Y por otra parte en el transcurso de mi investigación me he topado, en un par de ocasiones, con dos niños desaparecidos. Que casualmente eran hijos de inmigrantes ilegales, bolivianos por más señas. ¿Satisfecha? Lo digo porque es tu turno.

—¿Por qué no lo dejas, Goiko? Natalia está muerta y en dos años podrás reincorporarte al trabajo, incluso creo que no sería difícil conseguir que te dejaran en paz. Déjalo, por favor, no sabes dónde te estás metiendo.

Sara parecía sincera al hablarme de ese modo, aunque no estaba seguro de si el miedo que dejaban traslucir sus ojos era por mí o por ella misma.

—No creas que no me gustaría, Sara, para mí sería lo más cómodo, pero ya es tarde. He hecho girar la ruleta de la fortuna y ya no puedo pararla a voluntad, la única posibilidad que me queda es que, cuando se detenga, no lo haga en la casilla de la bancarrota, así que tengo que seguir en el juego. Pero hablando de juegos, como te he dicho antes ha llegado tu turno de jugar, así que te vuelvo a repetir la pregunta: ¿de qué era exactamente tapadera el «Karibeko Kluba»? ¿Tiene algo que ver con alguna red de pedófilos?

—Si te cuento todo lo que sé, ¿me darás veinticuatro horas de margen antes de utilizarlo?

—¿Un margen de veinticuatro horas? ¿Para qué?

—Para irme del país, coño, para qué va a ser si no. Hace tiempo que tengo preparada mi huida, exactamente desde que permití que me involucraran en los manejos del club, pero al menos necesitaré veinticuatro horas para poder hacerlo sin dejar ni rastro. Y antes de que me lo preguntes, si quiero huir no es porque tenga miedo de la policía o la justicia, así que ya te puedes imaginar con qué tipo de gente he tratado. ¿Aceptas darme esas veinticuatro horas?

—De acuerdo, tienes veinticuatro horas, ni un minuto más ni un minuto menos, durante ese tiempo no haré nada con la información que me proporcionas.

—En realidad no es mucho lo que te puedo decir. Sí te puedo confirmar que tus sospechas no van desencaminadas, aunque yo no diría que lo que tienen montada es una red dedicada a la pedofilia. Eso seguramente también, por supuesto, pero hay algo más relacionado con los niños, la discoteca era un buen observatorio para ello, la mayoría de sus clientes eran inmigrantes, sobre todo latinoamericanos, muchos de ellos desarraigados, con parte de la familia aún en su país de origen, que se encontraban en una tierra extraña y a menudo hostil. Algunos, muchos de ellos, pese

a estar en situación ilegal se habían traído a sus hijos pequeños, de siete, ocho o doce años. Supongo que puede parecer muy duro, pero si les convences de que pongan a esos niños en tus manos, que aquí van a tener una vida mucho mejor y que la alternativa es deportarles a sus países de origen y que se mueran de hambre o de algo peor, pues qué quieres que te diga, en el fondo no se les puede reprochar que cedan voluntariamente o vendan a sus hijos.

—¿Estás hablándome de una red de adopciones ilegales? Sé que es un negocio que mueve mucho dinero, pero me parecería excesivo todo el montaje que se ha creado solo por un tema de ese tipo.

—No, no hablo de eso, aunque quizás también, todo depende del momento y del precio, en realidad no sé muy bien, ni he querido saberlo nunca, cuál es la actividad principal de la red, pero me da la impresión de que, como se dice de los cerdos, que todo es aprovechable, también lo aprovechaban todo de los niños. Ya sé que suena duro, muy duro, pero así son las cosas.

Sí, así estaban las cosas. Podría haberle reprochado a Sara que ella era también parte de ese montaje repugnante, pero seguramente con eso no hubiera conseguido nada, ella tan solo era una mujer que no le había hecho ascos a recibir una buena cantidad de dinero por firmar unos papeles. ¿Qué hay de malo o perverso en firmar unos papeles? Lo que hicieran luego las personas que le habían contratado no era responsabilidad suya. La humanidad había funcionado así desde mucho antes de que Poncio Pilatos se lavara públicamente las manos, lo que Sara había hecho era lo mismo que habría hecho en su lugar cualquier otra persona. Aún así comprendí que jamás podría volver a acostarme con ella, y no solo porque en menos de un día desaparecería de Bilbao y de mi vida. La miré con tristeza y le pedí que fuera más concreta.

—Nombres, necesito nombres. Hasta ahora hemos estado hablando de un modo impersonal, «los que te han contratado», «los que manejan los hilos», «tus patrones», ha llegado el momento de ponerles nombres y apellidos.

—La verdad es que no sé quiénes son, incluso no estoy segura de que haya más de una persona, por lo menos en la cúpula. De hecho solo tengo un nombre, el de la persona que se ponía en contacto conmigo. Cuando lo oigas no te va a gustar.

—Eso déjame decidir a mí, quiero conocer ese nombre.

—De acuerdo. Rubén Garmendia. ¿Te suena?

¿Que si me sonaba? ¿Quién no conocía en Bilbao a Rubén Garmendia Etxebeste, antiguo campeón de surf, propietario de una cadena de tiendas de ropa femenina, tertuliano en una cadena local de televisión y dos emisoras de radio y uno de los personajes imprescindibles en cualquier fiesta o acontecimiento social que se celebrara en la ciudad? Prácticamente un día sí y otro no, cuando abríamos el periódico y ojeábamos las páginas dedicadas a lo que antaño se denominaban ecos de sociedad, allí solía aparecer, con su nombre escrito en negritas y en muchas ocasiones fotografiado junto a políticos, artistas o deportistas de élite, el hombre del que me

acababa de hablar Sara, Rubén Garmendia.

Había una cosa más que sabía acerca de él, seguramente por eso Sara había vaticinado que escuchar su nombre no me iba a causar ningún placer. Cuando se aprobó la reforma del Código Civil que permitió la celebración de bodas entre personas del mismo sexo, Rubén Garmendia fue de los primeros que se acogió a la nueva ley para formalizar legalmente su unión con su novio de siempre. La noticia salió en todos los periódicos de Bilbao, que alabaron la valentía y el ejemplo dado tanto por Rubén como por su pareja, un joven juez de instrucción de Bilbao llamado Luis Bourget Morán.

Le había dado mi palabra a Sara e iba a respetarla aunque las veinticuatro horas que tendría que esperar podrían llegar a hacerme eternas. De todos modos no me vendría mal ese día completo para reflexionar y pensar cómo debía utilizar la información que me había proporcionado. No conocía a Rubén Garmendia más que por lo que la prensa recogía de sus múltiples actividades sociales, pero que fuera la pareja del juez Bourget era un auténtico problema. El juez estrella de Bilbao estaba obsesionado por acabar conmigo, así que no podía dar un paso en falso o lo echaría todo a perder.

Aún así me parecía todo muy extraño. Estaba seguro de que Sara me había dicho la verdad y Garmendia era una pieza clave en el entramado construido en torno al «Karibeko Kluba», pero no lograba encajar en ese *puzzle* a Luis Bourget. Le detestaba tanto como él a mí y consideraba que era un tipejo prepotente, soberbio y resentido, pero siempre le había considerado un hombre honrado, con esa honradez típica de los jueces que creen que su poder proviene directamente de Dios, pero honrado al fin y al cabo. El saber que estaba involucrado, aunque fuera tan solo por vía conyugal, en una operación ilegal de ese tamaño, me había sorprendido en extremo. Quizás antes de actuar me convendría informarme algo más acerca de mi magistrado favorito y conocía al hombre que lo sabía todo sobre el mundillo jurídico de mi ciudad.

La promesa que le había hecho a Sara concernía tan solo a las posibles líneas de investigación que pudieran haberme sugerido el nombre de Rubén Garmendia, pero no me había comprometido a paralizar las que ya tuviera en marcha. Por ejemplo, las gestiones que le había encomendado a Arturo Apodaka para que me consiguiera copia de las diligencias judiciales incoadas con motivo de la muerte por atropello en los aledaños del «Karibeko Kluba» de Walter Sánchez Morris. Nada más lógico que llamar al viejo notario para informarme de en qué estado se encontraban dichas gestiones y si de paso le hacía unas cuantas preguntas acerca del juez que en los últimos tiempos se había convertido en una auténtica pesadilla, nadie podría considerarlo extraño. Cuando pensé en ello me regalé una sonrisa mirándome al espejo, parecía evidente que de tanto rondar entre curas y monjas había acabado por razonar como un jesuita.

Llamé a Arturo a su domicilio, pero nadie atendió mi llamada. Con el móvil tampoco tuve mucha suerte, una agradable voz femenina me indicó que el número solicitado se encontraba apagado o fuera de cobertura. Suponía un ligero contratiempo, pero nada importante, al menos no lo suficientemente importante como para estropearme el día. Además, todavía tenía otro teléfono al que recurrir, el de Elvira. Cuando la llamé escuché dos veces el sonido de llamada y luego se cortó. Esta vez ni siquiera tuve la oportunidad de dejar un mensaje en el buzón de voz. Volví a llamar, pensando que quizás se había cortado la conexión por motivos técnicos, pero

en esa segunda ocasión el sonido duró tan solo un tono y luego volvió a interrumpirse bruscamente. Dedicué un par de insultos a todas las operadoras de telefonía móvil, sin discriminación, y reinicié la ronda de llamadas. En el domicilio nada, en el móvil de Arturo la misma voz femenina, que ya no me parecía tan agradable y en el de Elvira por fin una voz humana, la de la propia Elvira, que se limitó a decirme «luego te llamo, Goiko», antes de interrumpir la comunicación.

No era propio de ella el cortar así, tan abruptamente, sin dar ningún tipo de explicación, Elvira era una mujer educada, de esas que siempre saluda con una sonrisa y un buenos días hasta al vecino más gilipollas, por eso su brusquedad, tan alejada de su personalidad habitual, me inquietó durante un rato. De todos modos si me había dicho que luego me llamaría estaba convencido de que me llamaría así que me olvidé momentáneamente de mi propósito de hablar con Arturo y decidí atender la llamada de la naturaleza.

Eran las cuatro y media de la tarde y los rugidos de mi estómago se empeñaban en recordarme que desde que había tomado el pincho en el bar de Deusto no había comido nada más. No me apetecía prepararme nada y a esa hora las cocinas de todos los bares que daban menú del día estaban cerradas, así que me acerqué a una hamburguesería de la calle Gregorio de la Revilla, junto a la plaza de San Francisco Javier. Tras saludar a cuatro clientes habituales, que embebidos en su cotidiana partida de mus no me devolvieron el saludo, pedí una caña de cerveza y un número cuatro, un plato combinado compuesto por dos hamburguesas, dos huevos fritos y un montón de patatas, que tuvo la virtud de calmar mi hambre y hacer que me sintiera en armonía con el universo. Mi dietista, de haberlo tenido, habría puesto el grito en el cielo, pero a falta de un buen plato de kokotxas o de unas almejas a la marinera, — que de todos modos tampoco hubieran recibido la aprobación de ese hipotético dietista—, el número cuatro de momento cumplía con la función de alimentarme y estimular mis papilas gustativas. Iba a levantarme de la mesa para pedir un café cuando el exabrupto de uno de los jugadores de mus, «joder, esos cabrones ya están de nuevo jodiendo la marrana, con lo tranquilos que vivíamos últimamente...», hizo que alzara mis ojos hacia la pantalla del televisor, que hasta el momento había permanecido en silencio, proporcionándonos tan solo una sucesión de imágenes sin palabras, como en los mejores tiempos del cine mudo. El propietario había reaccionado del mismo modo que yo, mirando el televisor, y lo mismo que a mí debió interesarle la noticia porque apretando un botón del mando a distancia recuperó el sonido, aunque ahora sí que no hacía falta, las imágenes eran suficientemente expresivas.

En las películas todo es nítido, se ven perfectamente las llamas de la explosión, los cadáveres destrozados y hasta en qué estado han quedado el cuero de los asientos y el *air bag* del copiloto, pero las imágenes reales son muy diferentes, la humareda apenas permitía divisar nada que no fuesen algunos amasijos de hierro, restos de lo que en una vida anterior había sido un turismo. No había ningún cadáver a la vista,

pero los movimientos de la cámara, que buscaba con nerviosismo el testimonio mudo de los testigos de la explosión, hombres y mujeres con el rostro demudado, los ojos llorosos y la expresión ida, dotaba a la escena de un dramatismo que ni las más oscarizadas películas de Hollywood conseguirían nunca tener.

El ruido en *off* de las sirenas policiales y las imágenes de la explosión dieron paso a una reportera que intentaba transmitir a los telespectadores las primeras reacciones de los próceres de la ciudad. Uno de ellos decía que los terroristas jamás lograrían sus objetivos y que pasarían el resto de sus miserables vidas en prisión, otro que el atentado producido esa misma mañana, con ser lamentable, no era sino la consecuencia del conflicto político que sufría Euskal Herria desde hacía muchas décadas y que la negociación era el único camino para conseguir la paz y el tercero repetía, a quien quisiera escucharle, que esos asesinos no representaban al pueblo vasco y que lo único que conseguían con sus acciones era ensuciar su lucha centenaria por la libertad y el autogobierno. Nada nuevo bajo el sol, como ya decían en la antigua Roma, la misma palabrería banal de siempre, aunque en el fondo no lo reprochaba, cada uno cumplía con el papel que le había tocado en suerte en esa obra teatral llamada Euskadi con la misma disciplina con la que el sacerdote repite domingo tras domingo el mismo sermón, manteniendo la esperanza de que quizás algún feligrés atiende sus palabras, pero sabiendo que en el fondo tanto él como quienes le escuchan se limitan a respetar y cumplir con un rito secular.

Un nuevo cambio de imágenes volvió a mostrar en la pantalla a los testigos del hecho que, al ver cómo las cámaras se acercaban a ellos abandonaron su letárgico estado, a algunos solo les faltó pasarse la mano por el pelo para intentar peinárselo, y se dispusieron a contestar las típicas y tópicas preguntas que el reportero de turno tenía a bien hacerles. Iban a disfrutar, por fin, de los quince minutos de gloria profetizados por Andy Warhol y el pensar que sus vecinos, conocidos, familiares y amigos les iban a parar cuando se encontraran con ellos en la calle para decirles que les habían visto por la tele y que habían hablado muy bien, les producía una satisfacción tan grande que daba la impresión de que en lugar de un atentado lo que habían presenciado era el estreno de la última película de Steven Spielberg.

En el fondo ninguno de los testigos aportó nada interesante, todos habían escuchado una gran explosión, todos habían visto cómo se incendiaba el vehículo y todos afirmaban, con absoluta seriedad, que nunca habían visto nada así y que tardarían mucho tiempo en recuperarse del trauma y olvidarlo, eso en el dudoso caso de que consiguieran olvidarlo, como apostilló uno de ellos. Al igual que en el caso de los políticos, nada nuevo bajo el sol, aunque quizás en su caso esa repetición de lugares comunes fuera más disculpable. Iba a levantarme de la mesa para pagar la comida y salir de la hamburguesería cuando un nuevo cambio producido en la pantalla reavivó mi adormecido interés por el atentado. Los testigos habían cedido nuevamente su lugar a la humareda causada por la explosión, pero ahora el realizador había incluido un añadido. A la derecha de las imágenes, en la parte superior de la

pantalla, se había superpuesto una fotografía, de esas utilizadas para el pasaporte o el carné de conducir, de la víctima. Me obligué a mirarla un rato largo para estar completamente seguro de que no me equivocaba, aunque sabía que era absurdo sostener esa esperanza, era imposible equivocarme, había visto esa cara infinidad de veces. El rostro que estaba contemplando en esos momentos era el de Arturo Apodaka.

Pagué mecánicamente y salí de la hamburguesería sin despedirme. Mis pies, como si estuvieran guiados por un piloto automático, me condujeron en menos de dos minutos a mi piso de Manuel Allende donde una de mis manos, también de forma automática, abrió el mueble bar y agarró una botella de Johnny Walker. Afortunadamente tuve un instante de lucidez y devolví a su lugar al bueno de Juanito el Caminante, lo que menos necesitaba en esos momentos, pese a desearlo fervientemente, era emborracharme.

No entendía lo que había ocurrido, Arturo no tenía una significación política especial, no tenía sentido que hubieran ido a por él. Es cierto que en la época de la transición había participado en una coalición que pretendía la recuperación de un régimen autonómico para Euskadi en la que había tanto partidos nacionalistas vascos como españoles antifranquistas, pero nunca había apoyado a unas siglas en concreto y su colaboración había sido más jurídica que política, ayudando a pulir la redacción tanto del Estatuto de Autonomía como de las primeras leyes que dictó el Parlamento Vasco para crear y consolidar las instituciones propias del país; de todos modos habían transcurrido ya más de treinta años y desde entonces no había vuelto a significarse políticamente. Era cierto que a veces salía retratado en la prensa local junto a políticos de diversos partidos, pero se debía tan solo a que era una de esas figuras indispensables en actos sociales y benéficos, como pueden serlo los directivos del Athletic, los jugadores del Bilbao Basket o los presentadores de la ETB. No tenía sentido que de la noche a la mañana se hubiera convertido en un objetivo terrorista.

Golpeado por la noticia me había olvidado por completo de Elvira. Miré en mi móvil la hora en la que le había llamado por primera vez y comprobé que había sido después del atentado, por eso seguramente me había cortado la comunicación las dos primeras veces y cuando al fin me respondió se limitó a decir «luego te llamo, Goiko» antes de colgar dejándome con la palabra en la boca. No sabía qué hacer, si llamarla nuevamente o esperar a que cumpliera su palabra, Elvira siempre lo hacía, y diera señales de vida. Finalmente opté por una fórmula intermedia, no la llamé, pero le envié un mensaje: «Elvira, acabo de enterarme. Cuando antes te he llamado no sabía nada, discúlpame. Lo siento, ya lo sabes, si necesitas algo de mí dímelo. Espero tu llamada». Me costó mi buena media hora remitírselo porque lo envié con todas las letras, eso de abreviar las palabras como hacen los jóvenes, o teclear «xq» en lugar de «por qué», no me sale aunque admito que es mucho más práctico.

Mientras esperaba a que Elvira se pusiera en contacto conmigo no podía evitar sentirme como un león enjaulado, eso de esperar no se ha hecho para mí, así que

llamé a Eneko Goirizelaia. Mi antiguo compañero no pertenecía a la Brigada Antiterrorista, pero sabía por experiencia que cuando ocurre un atentado de ese calibre las comisarías se ponen en ebullición y las noticias, o los rumores, corren a una velocidad mayor que la de la luz. Quería saber lo que había ocurrido, no los detalles técnicos, en esos momentos era lo que menos me importaba, sino qué era lo que pensaban los expertos acerca del atentado. Arturo Apodaka no encajaba en el perfil de los posibles objetivos de los terroristas, y así se lo dije a Eneko cuando conseguí que se pusiera al teléfono.

—Eso no tiene nada que ver, Goiko —me dijo—, los terroristas matan cuando pueden y donde pueden.

—No me hables como un político en plena campaña electoral, Eneko, para escuchar esas sandeces lo único que tengo que hacer es encender el televisor, quiero conocer vuestra opinión.

—¿Y se puede saber a qué viene ese repentino interés?

—De repente nada, acabo de enterarme de la noticia, por eso te llamo. En cuanto a Apodaka, sabes perfectamente que era un viejo compañero de correrías de mi padre y que yo heredé esa amistad. Arturo era mi amigo, un buen amigo, de los pocos que me quedaron tras tener que pedir la excedencia.

—Ya, entiendo —en sus palabras se adivinaba cierto escepticismo, pero al menos había recibido una explicación lo suficiente aceptable como para justificarse a sí mismo si me proporcionaba la información que le había pedido—. Mira, Goiko, no es que no quiera contestarte, que por otra parte no me produce ninguna ilusión hablar contigo de estos temas, pero es cierto que este asesinato nos tiene desconcertados hasta cierto punto.

Lo de «hasta cierto punto» lo comento porque esta gente es imprevisible. Es verdad que Apodaka no encajaba en el perfil de víctimas al que desgraciadamente nos hemos acostumbrado, era un hombre que actualmente no estaba metido en política y que cuando lo estuvo fue de un modo marginal, más en la sombra que cara al público, además se le consideraba próximo al nacionalismo aunque él nunca lo confesó y se llevaba bien con gente de todos los partidos e ideologías, y aunque supongo que tendría sus buenos dineros tampoco daba la imagen del oligarca o plutócrata que a veces aparece en las viñetas humorísticas. Eso por un lado.

Por otro lado, en cambio, se trata un personaje lo suficientemente conocido en todo Euskadi como para que su asesinato cause una gran conmoción, como de hecho ya la está causando. Tenemos que ser realistas y admitir, por mucho que nos joda, que incluso en la muerte hay diferencias. No es lo mismo para la gente el asesinato de un taxista que mete horas y horas en el coche para ganarse el sueldo que el de un notario retirado que acostumbra a salir en la sección de ecos de sociedad de los periódicos. Puede parecer duro, pero es la realidad, la puta realidad. Desde ese punto de vista si lo que los terroristas deseaban era estremecer a la sociedad, darle un nuevo giro a la tuerca, Arturo Apodaka era uno de los mejores candidatos disponibles.

Por último —Eneko estaba lanzado, así que opté por no cortarle haciéndole ninguna pregunta adicional—, tenemos el sistema utilizado para asesinarle, que se corresponde con el que habitualmente utilizan los terroristas, pero eso no es significativo, el mercado internacional de armas es casi tan abierto como los supermercados de Eroski y cualquiera puede ir con su carrito de la compra y abastecerse de lo que necesite o, si le parece interesante, cambiar de marca de su espuma de afeitar y comprar una nueva que parece más barata y de más calidad, así que aunque todo indica que efectivamente han sido los muchachos de siempre, no se puede afirmar con rotundidad. Y ahora, en compensación a lo buen chico que he sido, tú vas a decirme, de verdad, por qué me has llamado.

—Ya te lo he dicho, Eneko, soy, o era, mejor dicho —me costaba hablar de Arturo en pasado—, un buen amigo de Apodaka.

—Sí, vale, ya me lo has dicho, y yo, como soy gilipollas, me lo he creído. Vamos, Goiko, que nos conocemos desde hace tiempo y no creo que hayas tenido nunca motivos para quejarte de mí, así que me lo debes, ¿lo captas? Ya sé que eras amigo de Arturo Apodaka y que su asesinato te habrá dejado hecho una mierda, pero también sé que hay algo más, llámalo instinto o sexto sentido si quieres, pero sé que hay algo más. Puedes optar por no contármelo, pero lo que no puedes hacer es tomarme por imbécil y hablarme tan solo de plantas y flores. Así que ya lo sabes, si quieres seguir contando conmigo, te toca desembuchar todo lo que sabes.

—De acuerdo —me rendí, en parte porque Eneko estaba en lo cierto y en parte porque seguramente seguiría necesitándole—, tienes razón, hay algo más. Arturo me estaba ayudando con algunos aspectos jurídicos del asunto que estaba investigando, la muerte de María Isabel Gárate, supongo que sabes de qué te hablo, tú eres el culpable de que accediera a meterme en ese embrollo.

—Sí, sé de qué me estás hablando —parecía enfadado al responderme—, pero creía que habías abandonado el caso. Si mis informaciones son ciertas ya no tienes cliente, el propio Gómez-Uralde me lo dijo.

—¿Y qué más te dijo, que no colaboraras conmigo?

—En efecto, y no lo digas en ese tono, tenía todo el derecho del mundo a pedírmelo. Él te contrató y él te dio de baja, fin de la historia. Y lo que tendrías que haber hecho tú era respetar su decisión, que para eso te ha pagado y muy generosamente según tengo entendido, por investigar un asesinato inexistente.

—¿Y si te digo que el notario tenía razón, que su mujer murió asesinada? ¿Y que por eso sigo trabajando en el caso?

—¡No digas chorradas, Goiko! Conozco el caso perfectamente y sé que fue un accidente, si puse a Gómez-Uralde en contacto contigo fue porque estaba empeñado, contra viento y marea, en contratar a un detective y pensé que tú te ibas a comportar con honradez. Quizás me equivoqué.

—Si eso es lo que piensas —en esta ocasión era yo el cabreado—, tal vez debamos cortar ya la conversación. Y como yo sé que he actuado con honradez y

estoy seguro de que la muerte de María Isabel Gárate ha sido un asesinato, quizás sea yo el que deba pensar si eres tú quien no actúa con honradez y está encubriendo un grave delito.

No creía en lo que le estaba diciendo a Eneko, pero sus comentarios me habían puesto de muy mala leche y aunque me arrepentí después de colgar tan bruscamente la comunicación, no podía volverme atrás. Afortunadamente mi viejo compañero era menos visceral que yo o valoraba más nuestra amistad, porque no tardó ni medio minuto en llamarme.

—¿Lo dejamos así o empezamos de nuevo con el marcador a cero? Eres la hostia, Goiko, me conoces y sabes lo que pienso de ti, lo que acabo de decir ha sido una gilipollez por mi parte, lo reconozco, pero tú también deberías reconocer que eres el tiparraco más estresante que he conocido jamás en la vida.

—Tienes razón, lamento haber perdido los nervios —acepté aliviado la rama de olivo que me tendía Eneko—, pero es que yo también llevo unas cuantas semanas hecho una mierda. En fin, ahora que nos hemos dado besitos morales en la cara, te diré lo poco que sé. Aunque aún no poseo pruebas concluyentes para mostrar ante un juez, tengo la convicción de que como te he dicho anteriormente María Isabel Gárate murió asesinada y que su asesinato está relacionado con el «Karibeko Kluba».

—¿El «Karibeko Kluba»? ¿No es la discoteca en la que ocurrió el atropello mortal que estabas investigando y cuyo expediente ha desaparecido misteriosamente de la comisaría?

—Si te cuento todo lo que sé, ¿prometes no utilizarlo hasta que yo te lo diga?

—Coño, Goiko, cómo puedes pedirme eso, soy un *ertzaina*, no puedo hacer como el mono famoso, no ver, no hablar, no oír, cuando se trata de la posibilidad de que se haya perpetrado un asesinato.

—Ya sé que no, pero por otra parte tú mismo me has dicho miles de veces que ese asesinato solo ha existido en mi imaginación así que lo único que tienes que hacer es fingir que sigues creyéndolo y que todo lo que te pueda contar acerca del tema no es sino uno más de mis delirios. En el caso dudoso de que alguien llegara a enterarse de nuestra conversación, no te lo reprocharían, tu opinión es la oficial. Y puedes estar seguro de que cuando tenga algo tangible serás el primero en enterarte.

A regañadientes, pero finalmente aceptó el trato que le ofrecía. Durante la media hora siguiente o más que duró la conversación le expliqué todo lo que había ocurrido desde que don Carlos Joaquín Gómez-Uralde Urizarbarrena, notario del Ilustre Colegio de Bilbao, entró en mi despacho hasta que me enteré, viendo la televisión, que Arturo Apodaka había sido víctima de un atentado. Tan solo me callé lo que me había confesado Sara, pero Eneko no se dio cuenta de que no era del todo sincero con él o, en caso contrario, prefirió no presionarme. Nos conocíamos lo suficiente para confiar el uno en el otro, pero también para saber que si teníamos que guardarnos algo en la guantera, lo guardaríamos.

Se mantuvo en silencio durante unos segundos antes de decirme que me creía.

—De todos modos, con lo que tienes no podemos darte por el momento ningún tipo de cobertura oficial.

—No te la he pedido, todo lo contrario, lo único que quiero es que al menos no obstaculicéis la investigación.

—En lo que esté en mi mano cuenta con ello, pero ten cuidado. Si lo que me has contado es cierto, y de momento no lo pongo en duda, los asesinos de María Isabel Gárate no se andan con chiquitas, así que la próxima víctima podrías ser tú.

En todo momento había sido consciente del peligro, pero oírlo en boca de un amigo que era además un buen policía me produjo una desagradable sensación de malestar. Pese a ello le respondí eso tan tópico de que no había problema, sé cuidarme.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quien me lo preguntaba era el *ertzaina*, no el amigo.

—De momento esperaré a que las cosas se calmen —contesté ambiguamente, los dos sabíamos que en el punto en que me encontraba las cosas no iban a calmarse, pero no podía decirle nada sin romper el trato que había hecho con Sara— y luego veré a dónde puede llevarme la pista del «Karibeko Kluba».

—Una última pregunta, Goiko —vaciló tanto su voz, tardó tanto en arrancar, que intuí cuál iba a ser esa última pregunta—, ya te he dicho que creo que es cierto todo lo que me has dicho, pero ¿estás seguro de lo de Natalia? Es que, joder, no puedo creérmelo, me parece imposible, te lo digo como lo siento, tienes que estar equivocado, de verdad.

—Desgraciadamente no estoy equivocado, Eneko, qué más quisiera yo.

—Lo siento, Goiko, de verdad que lo siento. Cuídate, y manténme informado. Ah, y no vayas de Llanero Solitario por la vida, ¿de acuerdo?

Le dije que sí a todo y colgué con una sensación agridulce. Sabía que mi viejo compañero me iba a respaldar en caso de necesidad, pero el confesarle la participación de Natalia en el caso lejos de servirme de catarsis había contribuido a hacer más grande una herida que aún no había comenzado a cerrarse. De todos modos no me dio tiempo a llorar ya que cuando fui a guardar el móvil vi tintinear el aviso de que tenía una llamada perdida. Cuando abrí el mensaje comprobé que era el número de Elvira. Iba a devolverle la llamada cuando otro aviso en la pantalla del aparato me indicó que tenía un nuevo mensaje sin abrir en la bandeja de entrada. Era nuevamente Elvira. El mensaje decía lo siguiente: «Goiko, he intentado hablar contigo pero estabas comunicando. Arturo me contó en qué estabas trabajando. Por favor, no hagas nada hasta que yo te lo diga. Es importante, créeme, no hagas nada de nada hasta que yo hable contigo, dentro de unos días. Te lo pido por favor».

En algún momento de mi vida había pensado que estaba de vuelta de todo y que ya nada podía extrañarme, al leer el mensaje de Elvira me di cuenta de que aún tenía intacta mi capacidad de sorprenderme. Volví a leerlo pese a que con un solo vistazo se me había quedado grabado en la memoria, pero no conseguí descifrarlo. En realidad, si se piensa bien, no había nada que descifrar, no se trataba de un mensaje encriptado o codificado, lo que en él se decía lo podía entender un estudiante de primaria. Elvira quería que no hiciera nada, que me mantuviera quieto hasta hablar con ella. Era la segunda persona en poco tiempo que me pedía una prórroga, aunque en esta ocasión no era capaz de comprender el motivo. Sara, al fin y al cabo, estaba metida en un asunto oscuro y se limitaba a velar por su seguridad personal, pero ¿cuáles podían ser las razones de Elvira? La conocía perfectamente y sabía que no podían ser espurias, pero no alcanzaba a vislumbrarlas.

Confiaba en Elvira y me imaginaba que si me pedía eso era porque tenía sus buenos motivos para hacerlo, por lo que decidí hacerla caso pese a lo insólito de su ruego. Además esperaba que una vez expirado el plazo pudiera proporcionarme algún tipo de información adicional que seguramente le habría llegado a través de Arturo o, por lo menos, explicarme por qué me había pedido que paralizara la investigación. En el fondo no se trataba de un ejercicio de optimismo por mi parte sino de la única reacción posible ante una situación que se me estaba yendo de las manos.

La petición de Elvira se limitaba, de todos modos, a la investigación por el asesinato de María Isabel Gárate y, en cuanto tuviera algo que ver con él, a la muerte del propio Arturo, pero no se extendía, o así lo interpreté yo al menos, a lo que tuviera que ver con nuestra relación personal. Nada más normal por mi parte que asistir a las honras fúnebres de Arturo, todo aquel que nos conocía sabía que había sido un buen amigo de mi padre y que yo había heredado su amistad, así que dos días después del atentado que acabó con su vida acudí a su funeral.

Los oficios se celebraron en la parroquia de San Vicente Mártir, la misma iglesia a la que había acudido hacía poco tiempo con el propio Arturo para asistir al funeral de José María Vázquez de Luzuriaga, el magistrado jubilado que había estado involucrado en la campaña contra el padre Mendiluze. Arturo también había participado, era cierto, pero en su caso la amistad que le profesaba me llevaba a disculparle. Y sin embargo daba la impresión de que estaba girando permanentemente en la misma noria, como si todo estuviera relacionado de un modo perverso, aunque me sintiera incapaz de encontrar el nexo de unión de lo que estaba ocurriendo.

Elvira, en su condición de amante vitalicia de Arturo que nunca se había casado con él, había sido relegada a la segunda fila de la iglesia, al ser ocupada la primera por unos parientes lejanos de los que yo jamás había tenido noticias y sospechaba que tampoco mi amigo había sentido ningún interés por ellos. Pero del mismo modo que los gatos acuden al olor de las sardinas, esos desconocidos familiares habían

olfateado en el aire la posibilidad de hincarle el diente a una jugosa herencia y allí estaban, reclamando unos derechos morales que no habían ejercitado cuando se trataba de visitarle o atenderle. Los muy ilusos desconocían por completo cómo era su pariente y no sabían que casi con toda seguridad habría arreglado las cosas para que su fiel compañera de toda la vida fuera la máxima beneficiaria de su fortuna.

La relegación protocolaria que había sufrido Elvira no engañaba a los asistentes, que sabían quién era y a la que se dirigieron, una vez acabada la misa, para darle los pertinentes pésames. Entre quienes la saludaron pude distinguir a mucha gente prominente de lo que en la jerga posmoderna se llama la sociedad civil, magistrados, notarios y abogados, por supuesto, pero también profesionales ajenos al mundo jurídico, periodistas, artistas, directores de sucursales bancarias u hosteleros; de estos últimos había un montón, ninguno de los chefs y cocineros de los más importantes restaurantes de Bilbao había querido perderse el que iba a ser el último homenaje a quien había sido uno de sus más generosos clientes.

El juez Bourget Morán y su pareja, Rubén Garmendia Etxebeste, también se habían acercado a Elvira para darle su más sentido pésame. Los dos pudieron verme perfectamente, ya que estaba muy cerca de ellos. Bourget, pese a conocer la amistad que me unía a Apodaka, me miró con hostilidad. Garmendia, en cambio, me sonrió de un modo burlón, incluso creí percibir que me guiñaba un ojo, aunque seguramente eso fue tan solo una interpretación, un tanto exagerada por mi parte, de algún gesto facial suyo.

—Olvídate de ellos por unos días, enseguida lo sabrás todo.

Miré con sorpresa a Elvira. Había llegado mi turno de saludarla y expresarle mis condolencias, pero antes de que pudiera besarla y decirle con las banales frases de toda la vida lo que sentía la muerte de Arturo, como si las palabras pudieran llegar a expresar ni de lejos mis sentimientos, se había adelantado para decirme la anterior frase. Por lo visto había estado muy atenta a lo que ocurría a su alrededor y se había percatado de las miradas que nos habíamos dirigido mutuamente la pareja feliz y yo.

—Elvira, yo... —no supe cómo seguir, pero no importaba, los dos sabíamos perfectamente lo que quería decir.

—Lo sé, lo sé, no hace falta que me digas nada, pero ahora no es el momento de charlar. Es más, prefiero que no vengas a casa a hacerme compañía cuando acabe esta pamema —no me sorprendió que adivinara mi pensamiento, pero sí que me pidiera que no la acompañara—, no ha llegado el momento. Durante unas horas, quizás unos días, estaré rodeada de gente bienintencionada que no quiere dejarme sola, cuando eso es precisamente lo que yo deseo, estar sola, sola con mis recuerdos, sola con mis pensamientos, sola con mis decisiones —me miró fijamente al decir eso último—. Supongo que te habrá extrañado la petición que te hice hace dos días a través de un mensaje de móvil y te pido que aguantes unos días más.

—Sabes, Elvira, que haré lo que pueda para complacerte, pero eso que me estás pidiendo es muy duro. Cuanto más tiempo se dejan enfriar las pistas más difícil es

luego averiguar nada, es el abecé del trabajo policial.

—Por eso no te preocupes, Goiko, te prometo que no te arrepentirás, pero te lo ruego, ten paciencia y aguanta un poco más, hazlo por mí..., y por Arturo —añadió, y fue la primera vez que noté un deje de tristeza en su voz.

Los cuatro días que tuve que esperar hasta que finalmente Elvira me pidió que fuera a visitarla fueron de los más largos de mi vida, pero había hecho una promesa y no me quedaba más remedio que cumplirla. Cuando me recibió en el salón de la casa tuve una sensación agrídulce. Por un lado confiaba en que la espera hubiera merecido la pena, Elvira jamás me había mentido y si me había dicho que no me iba a arrepentir por haber accedido a su petición, estaba seguro de que así iba a ser, pero por otra parte era la primera vez que entraba en la casa desde que unos hijos de puta habían acabado con la vida de mi amigo. El mismo salón, en el que había estado muchas veces charlando con Arturo y bebiéndome su *whisky*, se me antojó frío e inhóspito.

—Gracias por venir, Goiko —fue lo primero que me dijo Elvira nada más verme, antes de traerme, como hacía siempre Arturo, un vaso y una botella de Chivas sin abrir—. Y gracias por hacer caso a una vieja loca.

—Tú no eres una vieja loca.

—No, no lo soy, pero seguramente mi petición de que paralizaras tu investigación durante un tiempo hasta que hablara contigo te habrá parecido más propio de una vieja loca que de una persona sensata.

Me removí inquieto en mi butaca de siempre, que seguía siendo muy cómoda aunque en esta ocasión no era capaz de transmitirme su habitual sensación de placidez.

—Digamos que si no supiera cómo eres sí habría pensado que esa petición era típica de una vieja loca.

—Eres muy amable, Goiko, y muy atento con una anciana. Y esta vez no protestes, aunque el corazón y la cabeza intenten desmentirlo, cuando me miro al espejo me doy cuenta de que soy una anciana, y no me parece mal, eso significa que he vivido, y no solo he vivido sino que he disfrutado, durante muchos años. Pero no perdamos el tiempo con zalamerías ni cortesías innecesarias entre nosotros. Te hice una promesa y voy a cumplirla, aunque tenga que empezar por el final, por la muerte de Arturo.

Di un largo trago a mi vaso de *whisky* antes de responder.

—¿Sabes una cosa, Elvira? En cierto modo me siento responsable, creo que murió por mi culpa. Arturo no fue víctima de un atentado terrorista, pese a las apariencias. Le pedí que me ayudara en el caso que estaba investigando, tú ya lo sabes, la primera vez que lo hice fue aquí, delante de ti, y había seguido ayudándome. Por eso le mataron.

—No te echas la culpa, Goiko. Incluso en el caso de que todo hubiera ocurrido como piensas, no sería responsabilidad tuya, Arturo ya era mayorcito para saber lo

que hacía y, de todos modos, tú no hubieras podido prever que iba a morir por ello.

—En eso te equivocas, Elvira, sí que tendría que haberlo previsto.

—Da igual porque Arturo no murió por ayudarte, ni tampoco le mataron los terroristas.

—Entonces —le pregunté escéptico—, ¿qué piensas que sucedió?

—No lo pienso, lo sé con toda seguridad. Arturo se suicidó.

Me esperaba cualquier cosa menos eso. Durante un instante miré fijamente a Elvira, intentando observar alguna señal de lo que estaba pasando, no sé, que hubiera sido abducida por un comando alienígena o que hubiera sido poseída por algún demonio. A lo mejor tenían razón los exorcistas y existían espíritus malignos capaces de apoderarse de nuestros cuerpos, pero lo único que pude ver fue a una mujer de avanzada edad que me miraba sonriente, como si yo fuera el nieto díscolo y ella la abuela comprensiva y tolerante que había decidido meterle en vereda.

—No te entiendo —dije por fin—, todo el mundo ha podido ver las imágenes del atentado, la explosión, bueno, la explosión no, sus consecuencias. Y por si eso fuera poco el informe de la sección científica de la Ertzaintza es concluyente, Arturo murió a consecuencia de la explosión de una bomba que habían colocado en los bajos de su vehículo.

—Todo eso es cierto, pero no fue un atentado. Arturo se suicidó. Por supuesto necesitó ayuda, él no sabía manejar explosivos, pero la decisión fue suya. Ya sabías que lo hacía todo a lo grande y eso de pegarse un tiro o tomarse unas pastillas no cuadraba con su estilo, así que eligió poner una bomba en su propio coche para suicidarse. De todos modos no lo hizo solo por actuar a lo grande, como acabo de decirte, pensar exclusivamente en eso sería injusto, en realidad lo hizo por mí, para que el seguro no pusiera ninguna pega a la hora de pagar la correspondiente indemnización como haría ante un caso evidente de suicidio.

Planteado el asunto así parecía plausible. Aún tenía mis dudas, pero Elvira hablaba completamente en serio y yo me inclinaba a creerla.

—¿Tan mal se encontraba? Hace tiempo me comentó que estaba en las últimas, pero yo no le creí, pensaba que estaba exagerando.

—Sí, estaba mal, pero su enfermedad no fue determinante a la hora de tomar esa decisión, era un luchador y el luchar contra el dolor, contra la enfermedad, por paradójico que parezca, era lo que le mantenía vivo. El motivo de su suicidio fue otro —lanzó un largo suspiro antes de continuar—. Se suicidó porque sabía que yo iba a dejarle.

No pude evitar dar un respingo al escuchar las últimas palabras de Elvira. Ese día iba de sorpresa en sorpresa, si había alguna prueba clara de que no era necesario firmar un papel o decir un «sí, quiero» delante de un cura para formar una pareja indisoluble, esa prueba era la relación de Arturo y Elvira. Y ahora, cuando llevaban más de cincuenta años juntos haciendo frente a los cotilleos y maledicciones de los sectores bienpensantes de la ciudad, y ambos eran octogenarios, Elvira decidía

separarse.

—No lo entiendo.

—Pues no sé por qué no —me respondió Elvira con una sonrisa pícaro—, las separaciones no son nada raras en los tiempos actuales, hace tiempo que la gente se olvidó de aquello de «hasta que la muerte nos separe».

—Sí, lo sé, claro que lo sé, pero es que tú, Arturo, vosotros, joder, te juro que no lo entiendo. Y suicidarse, joder, ¿no había otro modo de arreglarlo? Coño, Elvira, Arturo nunca fue un santo, tú lo sabes mejor que nadie y que conste que no le estoy disculpando ni diciendo que tendrías que haber aguantado, soy el primero en aconsejar siempre a las mujeres que no aguanten si quieren evitar en el futuro males mayores, pero es que lo vuestro no lo entiendo. Además, eso de suicidarse..., ¿no acabas de decir que Arturo era un luchador? Pues podría haber luchado un poquito, cojones.

—Sabía que mi decisión era irrevocable. Tú mismo acabas de mencionar que Arturo jamás fue un santo, pero no me importaba, nuestra relación era muy atípica, pero muy sólida también. No es que le perdonara muchas cosas, es que pensaba que no tenía nada que perdonarle. No te escandalices, por favor, no soportaría que un amigo como tú nos juzgara con arreglo a los viejos estereotipos burgueses, pero así era nuestra relación. En los últimos tiempos incluso alenté que se desfagara con otras mujeres mucho más jóvenes, ya que yo había perdido totalmente el interés por el sexo. No sé si ese desinterés se debía a la edad o a que ya estaba hastiada de todo, pero el caso es que dejamos de tener relaciones y no me parecía correcto que él tuviera que sufrir por ese desinterés. Así que no van por ahí los tiros aunque quizás, indirectamente, haya alguna relación.

Al ir a echar otro trago a mi vaso de *whisky* comprobé que estaba vacío. Embebido como estaba escuchando las explicaciones de Elvira no me di cuenta de que se había acabado así que me volví a servir una generosa ración de chivas que me bebí de un único trago. Seguramente lo necesitaba.

—El problema —continuó Elvira cuando comprobó que volvía a tener el vaso lleno y estaba en condiciones de seguir escuchándola— apareció cuando el sexo dejó de existir para él. Incluso a él, incluso a Arturo Apodaka Sáenz de Urtubi le llegó, como a cualquier cerdo, su sanmartín. Ya fuera por la edad o por la enfermedad se acabó también para él el maravilloso mundo del sexo, pero no se resignó. A ti nunca te ha gustado el teatro, ¿me equivoco?

—No, la verdad es que nunca me ha atraído demasiado, de vez en cuando acompañaba a Natalia a alguna función, pero no soy un experto.

—Hay una obra de Jean Giraudoux, «No habrá Guerra en Troya», en la que uno de los protagonistas, un anciano cuyo nombre no recuerdo aunque podría haberse llamado perfectamente Arturo, dice algo así como «ya que la edad nos impide participar en la guerra, hagamos que esta sea lo más cruenta posible». La vi hace muchos años, así que no puedo asegurarte que la cita sea textual, pero ese era su

sentido, más o menos. Arturo, mi Arturo —un gesto de tristeza se posó sobre ella al colocar el pronombre posesivo delante del nombre de su compañero de toda la vida —, hizo lo mismo, como no podía combatir en esa guerra de Troya que quizás solo existía en su mente, decidió convertirla en la más cruel y cruenta posible. Ya sabes que siempre fue un hombre rompedor, enemigo de todo tipo de convencionalismos sociales y permanentemente dispuesto a tener experiencias nuevas, pero cuando ideó toda la trama que surgió alrededor del «Karibeko Kluba» traspasó una línea que jamás debiera haber traspasado, por eso, al enterarme de lo que había hecho, decidí abandonarle. Y por eso, y quizás porque tuvo un momento de lucidez y comprendió cómo era el monstruo que había ayudado a crear, se suicidó.

Otro trago de *whisky* acompañó las nuevas revelaciones de Elvira. A este paso iba a acabar borracho perdido, pero no me importaba, quizás fuera el único modo de soportar lo que estaba escuchando y lo que aún me quedaba por escuchar.

—¿Qué tenía que ver Arturo con el «Karibeko Kluba»?

—Era uno de los socios, o mejor dicho, de los que pusieron la pasta, porque en ningún sitio aparecía su nombre como socio de ese local. Al principio fue un negocio normal, uno más de los negocios en los que se metía para entretenerse y que convertía en minas de oro, pero el dinero no le interesaba, ojo, no quiero ser hipócrita, en realidad nos importaba a los dos porque nos permitía vivir como queríamos, a lo que me refiero es que llegó un momento en el que el dinero no era lo más importante para él, sino tener nuevas experiencias, probar nuevos placeres. Ese fue el problema, Arturo deseaba tanto ir más allá, siempre más allá, que al final traspasó una línea de la que ya no pudo retornar.

—¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de María Isabel Gárate o las desapariciones de los niños bolivianos? Arturo no sería, no sería... —dejé inacabada la pregunta que no me atrevía a formular.

—No, no era un pederasta, si te refieres a eso, pero sí participó en la red que secuestraba a los niños. No solo eran bolivianos, también los había, y los hay, colombianos, marroquíes, senegaleses o de otras nacionalidades. Era lo más sencillo, al ser hijos de inmigrantes ilegales se aseguraban de que sus padres no acudieran a la policía y, en el peor de los casos, pensaban que con unos cuantos miles de euros callarían sus bocas. Y acertaban. Te puede parecer una monstruosidad, pero la mayoría de los padres o familiares sobornados de ese modo tenían muchos hijos y familiares más, aquí o en su país, y con ese dinero garantizaban el bienestar del resto de los suyos, era como si sacrificaran a uno para que sobrevivieran los demás. No es que quiera disculparlos, Goiko, pero no es una cuestión de maldad, sino de miseria. En cuanto a la primera pregunta que me has hecho, ya sabes la respuesta, la madre de uno de los niños se rebeló y también desapareció. María Isabel quiso averiguar qué había ocurrido y la eliminaron.

—¿Dio Arturo la orden de eliminarla? —el *whisky* me estaba soltando la lengua o, al menos, estaba eliminando el pudor que inicialmente había tenido de hacerle a

Elvira ciertas preguntas.

—No lo sé ni me interesa. Si no lo hizo él en persona lo hizo alguien de la red que él contribuyó a crear, así que aunque no diera en persona la orden eso no le exculpa de ninguna manera.

—Antes me has dicho que Arturo no se había convertido con los años en un pedófilo, pero la red que había creado, ¿tenía algo que ver con el tráfico de niños o la pornografía infantil? ¿O tal vez con el trasplante de órganos?

—Quizás, pero en todo caso de una forma accesorio. No, no se trataba de eso.

Me acordé de lo que me había dicho Sara cuando le había hecho la misma pregunta, o una parecida, de los niños, como de los cerdos, todo es aprovechable. De repente sentí un escalofrío, me parecía increíble estar en el salón de Arturo, sentado en su butaca y bebiéndome su *whisky* mientras hablaba con toda naturalidad de su intervención en una red dedicada a algo tan asqueroso y miserable como el secuestro de unos niños.

—¿De qué se trataba entonces, Elvira?

En lugar de contestarme me arrebató el vaso, que acababa de llenar nuevamente con una nueva ración de Chivas, y se bebió íntegro su contenido. Elvira jamás había probado el *whisky*, un sorbo pequeño de coñac era su límite en lo que respecta a las bebidas alcohólicas, pero no me extrañó su gesto, seguramente necesitaba beberse ese *whisky* mucho más que yo.

—Arturo te quería, Goiko —me dijo de repente, sin contestar a la pregunta que acababa de hacerle.

—Lo sé, Elvira, lo sé —le contesté por contestarle algo, sin convicción. Hacía una hora no habría puesto en duda sus palabras, pero desde que empezamos a hablar todos mis esquemas habían ido rompiéndose, uno detrás de otro.

—No puedo reprocharte tu escepticismo —Elvira me había vuelto a calar—, pero es la verdad, Arturo te apreciaba y te quería. Es cierto que, como ya te he dicho varias veces, traspasó una línea que jamás debería haber traspasado, pero a pesar de ello siempre se mantuvo leal a sus amigos, y tú eras uno de los mejores. Incluso a su manera intentó protegerte porque, como te puedes imaginar, desde el primer momento controló tu investigación y en alguna ocasión tuvo que impedir que te mataran.

Si no fuera porque era consciente de que todo lo que estaba contándome Elvira era cierto, la conversación parecería más una película dirigida por un cineasta atiborrado de pastillas o un sueño que algo real, allí estábamos ella y yo, confortablemente sentados, recordando a una persona a la que los dos, cada uno a su manera, habíamos querido, mientras bebíamos su *whisky* y, de paso, comentábamos con tranquilidad cómo habían programado mi asesinato y el bueno de Arturo lo había impedido. Era como para volverse loco, en el caso de que no lo estuviéramos ya.

—¿Sabes?, antes de suicidarse me comentó que creía que había otra persona que te estaba protegiendo, aunque no sabía por qué. Me dijo que hablaría con él, pero si lo

hizo no me contó la conversación. En cierto modo, aunque ya te he dicho antes que tú no eras responsable de su muerte, quizás también contribuiste a inclinar la balanza. Yo le iba a abandonar y tú te estabas acercando tanto que o te liquidaba o se suicidaba. Escogió lo segundo y aunque sigo llorando por él todas las noches creo que hizo la elección correcta.

Todo eso estaba muy bien, quizás después de todo Arturo no fuera tan cabrón como las últimas revelaciones de Elvira me habían hecho sospechar, pero seguía sin saber a qué se dedicaba la red que había creado o contribuido a crear.

—Supongo que lo sabes —era más una afirmación que una pregunta y Elvira así lo admitió. No solo lo admitió sino que durante los siguiente noventa minutos me contó con pelos y señales todo lo que sabía, tanto lo que Arturo le había confesado como lo que ella había adivinado.

—¿Tienes algún tipo de prueba o documento que avalen lo que me has dicho y que pueda presentar ante la Ertzaintza o en el juzgado de guardia?

—Lo siento, Goiko, pero todo lo que te he dicho lo sé porque me lo confesó Arturo. No tengo pruebas, papeles ni documentos de ningún tipo. Y tampoco estoy dispuesta a repetir ante nadie lo que te acabo de decir a ti. A pesar de todo lo que hizo, sigo enamorada de Arturo y no participaré en nada que pueda ensuciar su nombre.

—Quizás ya sea tarde para eso. Si el asunto acaba destapándose su participación en la trama saldrá a relucir, más tarde o más temprano.

—Lo sé, pero afortunadamente yo no lo veré.

—¿Cómo que no lo verás? ¿A qué te refieres?

—Mi pobre Goiko, no deberías preocuparte tanto por mí —miró atenta su reloj antes de continuar, se la notaba fatigada—, me has entendido perfectamente, no deseo vivir para comprobar cómo la prensa arrastra por el fango el nombre de Arturo. Seguramente se lo merece, pero a mí no me apetece verlo. He vivido ya muchos años y, aunque estaba dispuesta a dejarle, estoy ansiosa por reunirme nuevamente con él, esté donde esté.

—Olvida esa idea, Elvira, ya te reunirás con él cuando te llegue el momento, no hagas ninguna tontería.

—Ya la he hecho, aunque para mí no es ninguna tontería —me contestó sonriendo, con esa sonrisa que asociamos con las abuelas cuando les dan un caramelo a los nietos—, me queda poco tiempo. Y no intentes nada —me advirtió—, lo he calculado todo perfectamente, al minuto, y ningún lavado de estómago podría salvarme, lo único que conseguirías si llamaras al 112 sería gastar a lo tonto el dinero del contribuyente. Ahora, por favor, déjame sola, no quiero que me veas morir, ya lo ves, coqueta hasta el final —intentó reírse, pero apenas tenía fuerzas—. Y en cuanto al caso que estás investigando, no te preocupes por eso, mañana mismo recibirás en tu domicilio un sobre que contiene...

No acabó la frase aunque eso era lo que menos me importaba, lo único que me

preocupaba era reanimarla así que, llamé a Urgencias y, mientras esperaba a la ambulancia, intenté utilizar todo lo que había aprendido en los diversos cursillos sobre salvamento y socorrismo a los que había acudido, pero mis esfuerzos fueron baldíos, Elvira, como me había dicho, había calculado bien los tiempos y antes de que llegara la asistencia médica ya había fallecido.

Permanecí en la casa hasta que apareció el juez de guardia acompañado por el forense. Afortunadamente no estaba de turno Luis Bourget, no sé si fue casualidad o el último gesto que tuvo conmigo Elvira, así que no me marearon demasiado, aunque tuve que comprometerme a acudir el día siguiente al juzgado a declarar.

Fui el último en salir y no pude evitar echar una última mirada, plagada de tristeza, a la casa. Allí había pasado muy buenos ratos y me habían consolado en los malos, pero ahora sus dueños estaban muertos y la vivienda parecía una casa fantasma. Cuando cerré la puerta, consciente de que jamás volvería a entrar, comprendí que una parte importante de mi vida también acababa de cerrarse.

Mientras conduces bajo la lluvia escuchas una canción en lengua vasca. No la entiendes, pero no importa, la voz quebrada del cantante impregna todo el vehículo y es suficiente para que asimiles el mensaje y las sensaciones que te intenta transmitir. Además, el hombre que te regaló la cinta, ese hombre del que sospechabas que estaba protegiendo al detective que el resto de sus socios querían que eliminaras y que, tras pedirte un extraño favor, te ha confesado que efectivamente le protegía y te ha pagado para que continúes haciéndolo, ese extraño hombre te ha explicado de qué trata la canción y ha añadido que gracias a ella puedes llegar a conocer al detective que estás vigilando y protegiendo mucho mejor que con horas de atenta y aburrida observación. Va de algo así como un pájaro que se escapa porque no le querían cortar las alas. Curioso dilema, ¿se las cortas para poder quedarte con él, recluido en su jaula, o permites que las conserve y vuele libremente, alejándose de ti para siempre?

Lo tuyo es volar, desde luego, y pronto lo harás aunque no desde ese moderno aeropuerto que los bilbaínos llaman «La Paloma». Lo estás viendo ahora mismo, mientras te alejas del hotel en el que has pasado la noche con Nadja, la prostituta búlgara de anchas caderas licenciada en Historia del Arte, y en el que has preguntado con qué frecuencia salen los vuelos a Londres. La amable recepcionista no ha sabido contestarte, aunque se ha ofrecido a llamar al aeropuerto para solicitar la información, pero tú le has dicho que no se preocupara, que lo mirarías en Internet. En realidad lo más importante es que ella se haya enterado de que tienes la intención de coger un avión a Londres, pese a que ese avión saldrá de Loiu sin vosotros.

Estás seguro de que nadie te va a poder seguir la pista, pero no está de más dar alguna falsa. Dentro de muy poco, dos o tres días a lo sumo, Nadja y tú os iréis de Bilbao, rumbo a una nueva vida en un nuevo continente y dejarás de ser un frío asesino a sueldo para pasar a ser un frío hombre de negocios, pero no cogerás un avión, abandonarás el país por carretera, y ni siquiera lo harás a través de Irún, que sería lo más lógico, sino que pasarás unos días en Barcelona, a Nadja le apetece visitar la Sagrada Familia y tú has oído hablar de una pequeña librería especializada en novela policíaca que te gustaría conocer, Negra y Criminal te han dicho que se llama, ubicada en la Barceloneta, un antiguo barrio de pescadores. Buena arquitectura, buena lectura y buena comida, tres ingredientes que quizás no sean imprescindibles para empezar una nueva vida, pero que ayudan a que el tránsito sea mucho más agradable. Desde allí cruzaréis posteriormente a Andorra y desde Andorra os introduciréis en Francia. Dar tantas vueltas es una precaución innecesaria, lo sabes perfectamente, pero eso es lo que diferencia a los números unos como tú de los que simplemente son buenos. Los buenos toman todas las precauciones necesarias, los números uno también las innecesarias.

Durante unos cuantos días has estado dudando si llevabas contigo a Nadja o no, pero finalmente le has pedido que te acompañe. De algún modo es el símbolo de la

nueva vida que quieres comenzar, Hasta es posible, o casi seguro, que tengáis algún hijo, ¿por qué no? Una nueva vida requiere unos nuevos objetivos y quizás de ese modo te olvides por fin de Cecilia y su hijo, tu hijo, ese hijo que no llegó a nacer. En realidad a Cecilia ya la has olvidado, hace ya muchos años que yace en una fosa común, desde el día en que la estrangulaste vengando de ese modo a tu abortado heredero. Esa fue la última muerte que causaste por motivos personales, a partir de entonces solo has matado por trabajo. Incluso las próximas que ya tienes *in mente* pueden decirse que van a estar motivadas por necesidades profesionales, para poder emprender esa nueva etapa en tu vida sin dejar atrás ningún rastro. Aunque quizás tengan también un componente de venganza, con el que cerrarás un círculo.

Sí, llevarte a Nadja contigo es una buena idea. Algunos podrían decir que cargar con ella es una rémora cuando de lo que se trata es de cortar lazos con el pasado, y quizás en ese aspecto tengan razón, pero ella te gusta y, sobre todo, es la única que te puede comprender y estar a tu altura, ha sufrido lo suficiente como para valorar la necesidad de cambiar radicalmente de vida y está dispuesta a darte ese hijo que, quizás después de todo sea cierto que te estás volviendo viejo y sentimental, cada vez deseas más, un hijo que se llamará Nicola, como se llamaba tu hermano, como se iba a llamar el hijo que Cecilia se negó a tener.

Sí, necesitas cerrar el círculo de venganzas que ha rodeado tu vida para poder crearte una nueva, ese círculo que se inició aquel día en que Nicola, tu hermano gemelo, ese hermano gemelo al que tan unido estabas, pero que era tan distinto a ti, dejó de hablarte. No, no dejó de hablarte, simplemente dejó de hablar, se limitaba a deambular por el orfanato, sin charlar con nadie, sin responder a ninguna pregunta, a ningún estímulo, tanto que los demás empezaron a pensar que se había vuelto idiota. Tú también lo pensabas y te daba una rabia infinita, no solo porque era tu hermano y le querías sino, sobre todo, porque físicamente era idéntico a ti y todo el mundo os relacionaba, al principio eras el hermano del idiota, luego fuiste el otro idiota, y eso no podías soportarlo.

Recordabas con enfado cómo tu hermano había rechazado anteriormente tu ayuda, diciéndote que le humillabas, así que juraste no socorrerle nunca más en la vida, aunque le estuvieran troceando el cuerpo con una hoja de afeitar y cumpliste tu juramento, pero no podías permitir que por su culpa se burlaran de ti así que olvidando tu promesa volviste a pelearte con los chicos más duros del orfanato. Los golpes que recibías te endurecían, pero los que dabas te demostraban que ese era el camino, el único camino que funcionaba, para conseguir que te respetaran.

Un día, uno de los chicos a los que habías dado una paliza, que era dos años mayor que tú, te dijo, con una sonrisa burlona, que tu hermano era «la novia» del director del centro. Ibas a arremeter nuevamente contra él cuando sacó de su bolsillo una navaja y te la ofreció mientras te decía que si de verdad eras tan hombre y valiente sabrías cómo usarla. Casi sin darte cuenta te encontraste en el despacho del director y comprobaste que lo que te había dicho aquel chico era cierto, el jefe del

orfanato estaba abusando de tu hermano. Porque era evidente que estaba abusando de él, la expresión torturada de Nicola así lo demostraba.

Nunca habías usado una navaja, nadie te había enseñado a manejarla, pero el tajo que diste en el cuello del director, prácticamente sin pensarlo, se lo rajó de parte a parte. Murió casi al instante, degollado como un cerdo. Recuerdas que no sabías dónde mirar ni qué hacer, ni siquiera te diste cuenta de que tu hermano te la arrebató y con un valor y una decisión que jamás hubieras creído que fuera capaz de tener, se rebanó su propio cuello.

En ese momento pensaste que todo había acabado para ti, y en cierto modo acertaste. También pensaste que acabarías tus días en una cárcel, o tal vez ante un pelotón de fusilamiento, pero en eso te equivocaste. Sí te metieron en una prisión húmeda y fría, pero por algún motivo del que entonces no eras consciente, salvo los dos primeros días, nadie te maltrató e incluso el trato que te dieron podía considerarse, dentro de las circunstancias, bueno y humano. El tercer día, en lugar de tus carceleros habituales, quien entró en la celda fue un hombre bien trajeado cuyo simple aspecto denotaba autoridad. Durante unos segundos te miró fijamente, como si te estuviera examinando, antes de hacerte una pregunta:

—¿Es cierto que mataste al director con una navaja?

Mentir no tenía sentido, así que contestaste afirmativamente a la pregunta.

—¿Por qué lo hiciste?

El hombre sabía por qué lo hiciste y tú sabías que lo sabía, así que la pregunta no tenía sentido, pero algo en su mirada, en su actitud, te obligó a contarle la historia, todo lo que había sucedido hasta el momento en que le diste un único golpe mortal.

—Sí, eso ya lo sabía, está aquí —señaló unos papeles que llevaba en la mano—, pero lo que quiero saber no es eso, lo que quiero saber es qué sentiste cuando le clavaste la navaja en el cuello a ese cerdo.

La pregunta te desconcertó. Hasta entonces no habías pensado en ello, en tus sentimientos, y descubriste de repente que en realidad no sentiste nada, sencillamente tenías que hacerlo y lo hiciste. Así, sin más.

—¿No sentiste rabia, odio, ira, ni tampoco alegría o placer?

—No, señor, sencillamente creía que estaba cumpliendo con mi obligación.

—Así que te limitabas a cumplir con tu obligación.

No era una pregunta, pero tú volviste a decirle que sí, que tu único sentimiento fue el de que habías hecho lo que tenías que hacer, que habías cumplido con tu obligación.

Ese fue el momento que aprovechó el extraño visitante para sonreírte y decirte que había llegado el momento de abandonar esa incómoda celda.

—A partir de ahora vamos a aprovechar de un modo mucho mejor tus cualidades. Tendrás que prepararte durante unos cuantos años, pero estoy seguro de que antes o después podremos aprovecharlas. Bienvenido a la Securitate.

Así fue como entraste en el mundo de los asesinos a sueldo y abriste el círculo

que dentro de poco vas a cerrar. Aunque para ello tengas que volver a poner en práctica esas cualidades que tanto apreciaba el hombre que te rescató.

Al funeral de Elvira, al contrario que al de Arturo, asistieron muy pocas personas. En cierto modo no dejaba de tener su lógica, quien detentaba el dinero, las influencias y, en suma, el poder, era el notario jubilado no su compañera de toda la vida con la que ni siquiera había llegado a formalizar oficialmente su unión. Pero mucho más triste fue el entierro, en el cementerio de Bilbao que, curiosamente no se encuentra en Bilbao sino en la cercana localidad de Derio y, para mayor paradoja, o quizás por una simple broma histórica, responde a la denominación de cementerio de Vista Alegre. Pero si en la iglesia se habían congregado unos cuantos despistados, en el cementerio solo estábamos el sacerdote y yo, aunque posteriormente se nos unió el dueño de una marmolería de la localidad que, tras entregarme una tarjeta, me ofreció sus servicios, muy económicos y competitivos, para esculpir en la lápida los datos de la difunta así como cualquier otra inscripción que yo tuviera a bien ordenarle. Me guardé la tarjeta y le dije que le llamaría en cuanto se me ocurriera alguna frase pertinente con la que homenajear a mi buena amiga porque en esos momentos mi capacidad de improvisación estaba bajo mínimos. Además, había algo que me inquietaba, una presencia lejana, pero visible.

Dos calles más abajo de la que ocupaba el panteón de la familia Apodaka, en el que habíamos dado tierra a Elvira, podía verse a un hombre trajeado que al parecer se encontraba rezando sobre una tumba. Eso en principio no tiene nada de extraño, un cementerio, salvo el día de Todos los Santos, no es un lugar tan concurrido como la Gran Vía, pero aún así no es extraño contemplar a gente visitando a sus familiares fallecidos, ya sea para rezar por ellos o, simplemente, para recordarlos, pero aquel hombre no parecía pertenecer al tipo de los que necesitan acercarse a una tumba para homenajear a sus muertos. Además, me pareció percibir que bajo sus gafas oscuras, inapropiadas para llevar en uno de esos días grises y lluviosos que tan a menudo podemos disfrutar en Bilbao, no dejaba de mirar hacia donde yo me encontraba, como si me estuviera vigilando. Me recordó la sensación que había estado sintiendo en los últimos tiempos de que alguien seguía mis pasos aunque no había sido capaz de descubrirlo. En otro momento seguramente me habría olvidado enseguida de él, pensando que me estaba volviendo paranoico, pero con lo que me había ocurrido en los últimos meses la frase esa de que «no hay nada peor que un paranoico al que persiguen de verdad» había dejado de ser un chiste para convertirse en realidad. Cuando por fin acabó el responso me acerqué hasta el lugar en el que había visto al hombre de las gafas oscuras, pero ya se había ido. En la tumba desde la que me había estado observando no había ni un ramo de flores ajado ni ningún otro testimonio de su presencia. Y la lápida, erosionada por el paso del tiempo, estaba vacía de inscripciones, como ocurre con esas tumbas de las que ya no se ocupa nadie, quizás porque nadie recuerda ya a sus moradores. El hombre de las gafas oscuras, estaba seguro de eso, no había acudido al cementerio a rezar por ningún allegado sino a

vigilarme. Lo curioso era que no se había ocultado, como si quisiera avisarme de su presencia. Si era así, el aviso llegaba tarde, muy tarde. Llevaba meses girando como una noria y había decidido bajarme en marcha. Si me salía bien, se acabaría de una puta vez el viaje, pero si las cosas salían mal, me estrellaría contra el asfalto para no levantarme nunca más. Así estaban las cosas y ya no tenían vuelta atrás. El salto, además, iba a ser inminente.

Justo el día siguiente a su funeral un mensajero trajo a mi domicilio el paquete que me había prometido Elvira y sobre cuyo contenido no pudo decirme nada ya que perdió el conocimiento, y la vida, cuando se disponía a hacerlo. La primera sorpresa la tuve cuando comprobé que Elvira me había designado como su heredero universal, con lo que de paso heredaba también todas las posesiones, cuentas, acciones, valores y demás bienes, tangibles e intangibles, de Arturo Apodaka. En otro momento hubiera sido una excelente noticia, salvo por el hecho del previo fallecimiento de mis dos buenos amigos, pero en ese no sabía muy bien cómo reaccionar. ¿Debía renunciar a la herencia, como renuncié al millón de euros que Natalia seguramente había cobrado como pago a su traición? Era imposible saber qué parte de la fortuna de Arturo estaba limpia y cuál estaba manchada por sus últimas actividades, aunque por lo que me había dicho Elvira, mi viejo amigo, no podía dejar de darle ese trato pese a saber cómo había cambiado en los últimos tiempos, no había ideado la trama en la que había estado implicado para enriquecerse, así que decidí aceptarla. Seguramente los lejanos parientes que solo se habían dignado visitarle cuando ya estaba metido en un ataúd no estarían de acuerdo y pleitearían, pero no me importaba, si lo que recordaba de la época en que estudié Derecho Civil no estaba equivocado yo llevaba todas las de ganar, Además conocía a un puñado de abogados curtidos en ese tipo de asuntos que por un mínimo porcentaje de las hipotéticas ganancias se pondrían inmediatamente a mi disposición. Aún así decidí que quizás sería una buena idea donar parte de esa fortuna a alguna ONG. Quién sabe, quizás había alguna que se llamara Detectives Gilipollas Sin Fronteras o algo por el estilo que se adecuara a mi personalidad.

Una vez superada esa sorpresa inicial busqué lo que de verdad me interesaba, Elvira me había prometido que me ayudaría a desarticular la trama creada por Arturo, pero en un primer momento me llevé una fuerte decepción. No me había entregado nada, ningún documento, ninguna prueba, que pudiera aportar en un juzgado. Quizás esas prueba no existían o quizás Arturo, o ella misma, las habían destruido antes de suicidarse, seguramente confiaba que con lo que me había dicho era suficiente para que culminara la investigación. Si era así, me había sobreestimado, a mí o a mi capacidad de convicción. Aunque un juez de guardia creyera mis palabras, e incluso las considerara plausibles y coherentes, sin nada tangible para apoyarlas no tenían más valor que el de una historia interesante, como las que le gustaban leer al propietario del bar de Deusto enclavado en el lugar que antaño ocupaba el «Karibeko Kluba».

De todos modos no podía ser injusto. Elvira no me había proporcionado ninguna prueba con la que convencer a un juez de que delante de sus narices se había desarrollado una peligrosa trama criminal, pero sí me había proporcionado los medios para desarticularla, aunque desgraciadamente pensara, o mejor dicho, seguramente quien lo había pensado era Arturo que ni siquiera después de muerto había sido capaz de sustraerse a la tentación de ponerme a prueba, que en lugar de un triste y patético expolicía reconvertido en detective era una especie de James Bond euskaldún. Esa fue, al menos, la expresión que usó Eneko Goirizelaia cuando le expliqué de qué iba el asunto y cuál era el plan de ataque que había ideado.

—Es una bonita historia, Goiko, pero no puedo hacer nada con ella, tú lo sabes tan bien como yo, no puedo darte cobertura ni acudir a toque de trompeta como si fuera el general Custer al mando del Séptimo de Caballería. Aparte de que el general Custer era un auténtico cabrón —esto último no venía a cuento, pero mi antiguo compañero era un enamorado de las historias del Far West y sus simpatías siempre habían estado del lado de los perdedores, los indios masacrados por los colonos blancos, no de los casacas azules.

Entendía su postura, pero no me apetecía nada enfrentarme al peligro sin ayuda. Por seguir con la imagen de las películas del Oeste que había utilizado anteriormente mi amigo, no me veía en el papel de un Gary Cooper al borde del suicidio. Pero por otra parte no me quedaba más remedio, si yo no iba a por ellos, ellos —fuesen quienes fuesen— vendrían a por mí, ya era tarde para retirarme como un buen chico que no ha hecho ni visto nada, había abierto la caja de Pandora y ya no podía cerrarla. Y, como ya he dicho, Arturo, a través de Elvira, me había proporcionado los medios para saber qué se escondía en esa caja y acabar con ella.

Finalmente llegué a un acuerdo con Eneko. En principio actuaría solo, pero estaría en contacto con él y si descubría algo interesante o me encontraba en peligro, acudiría en mi ayuda con algunos cuantos hombres de confianza. Si las cosas salían bien, estupendo, y si salían mal, yo me comería el marrón, la Ertzaintza habría acudido tan solo atendiendo la denuncia de un honrado ciudadano, si el ciudadano en cuestión era un gilipollas que les había llamado sin motivo, sería responsabilidad exclusivamente suya. Es decir, mía.

—Tampoco tendría tanta importancia si eso es lo que finalmente ocurre —Eneko aprovechó esa ocasión para intentar hacerse el gracioso—, con la pasta que vas a heredar podrás pagarte una legión de abogados para que te libren del marrón.

Tuve que esperar tres días más hasta que Eneko consiguió reunir el equipo que debía acudir en mi rescate en caso de estricta necesidad. Durante esos tres días no observé que nadie me vigilara, ni intentaron asesinarme, ni siquiera recibí una citación para que compareciera ante el juez Bourget por algún asunto de impago de multas de tráfico, pero cuando finalmente mi excompañero me dijo que adelante, que todo estaba preparado, respiré con tranquilidad por primera vez en esas setenta y dos horas.

El lugar al que me dirigí era otro club, aunque más elegante y pretencioso que el «Karibeko Kluba». El «Club Shangri-La» estaba situado en Laukiz, no muy lejos del castillo de Butrón y era el local de moda entre las clases pudientes no solo de Bilbao sino de todo el País Vasco y comunidades limítrofes que, al reclamo de un nombre que sugería el paraíso perdido del Tíbet y la fuente de la eterna juventud, lo habían convertido en el icono de los nuevos tiempos. Se trataba de un club muy exclusivo, la entrada a fondo perdido era de treinta mil euros, pero esa exclusividad era lo que había contribuido a su éxito. Por lo poco que sabía acerca del club, ya que llevaban su anhelo de discreción hasta límites insospechados, en su interior podía practicarse cualquier actividad lúdica o deportiva que cada socio quisiera practicar, siempre con los últimos adelantos. Para cuando una revista especializada se hacía eco de las últimas tendencias surgidas en California o Nueva York, hacía tiempo que el «Club Shangri-La» la había incluido en su menú de actividades.

No pude evitar, mientras cogía en Urdúliz el desvío que me llevaba a Laukiz, pensar en lo hábil que había sido Arturo al hacer de un lugar conocido en todo Euskadi la tapadera de sus actividades ilegales gracias, precisamente, a la inaccesibilidad derivada de su exclusividad. En ese club no podía entrar cualquier persona, de hecho a mí jamás se me hubiera ocurrido solicitar la entrada y me da la impresión de que tampoco hubieran admitido al mismísimo Groucho Marx, pero dentro de quince minutos se iban a abrir las puertas en mi honor y todo gracias a tres tarjetas que me había enviado Elvira, como anticipo de la herencia que, si salía vivo del club, me estaba esperando.

Se trataba de tres tarjetas, similares a las típicas tarjetas Visa, Master Card o American Express, aunque los símbolos que aparecían en ellas eran indescifrables, cada una de un color, verde, dorada y negra, que daban acceso a los diversos servicios ofrecidos por el club. Según me había explicado la propia Elvira en su carta, con la tarjeta verde podría entrar en el club, con la dorada tendría acceso a todos los servicios que el club tenía a la vista (bar, gimnasio, sauna, *jacuzzi*, incluso ciertos esparcimientos sexuales ofrecidos con total discreción) y con la negra podría acceder a los servicios especiales, esos servicios especiales cuyo contenido desconocía de momento, pero que no dudaba que estarían seguramente relacionados con la trama de los niños bolivianos.

Las tarjetas, dentro de la política de discreción del club, no eran nominativas, lo que me favorecía enormemente, aunque gracias a los adelantos proporcionados por las nuevas tecnologías estaban conectadas a unas terminales que las validaban y, eso era lo más importante, se encargaban de cobrar los carísimos precios de los servicios, tanto oficiales como extraoficiales, que el club ofrecía a sus socios e invitados. Elvira, en la carta que acompañaba a las tarjetas, me decía que no me preocupara, que todo había sido arreglado para que las citadas terminales respondieran por mí. Supuse que más que de Elvira ese arreglo habría sido un último gesto, tal vez de reconciliación póstuma, de Arturo antes de suicidarse de un modo tan peculiar. En

pocos segundos lo sabría. En un club normal seguramente el portero no me habría dejado entrar tras comprobar tanto mi aspecto como el del coche que me había conducido hasta allí, pero aquel era un local tan exclusivo que, por lo que parece, sus socios podían permitirse el lujo de ir en vaqueros y a lomos de un vehículo desvencijado que seguramente no conseguiría pasar la próxima revisión de la ITV sin que los matones que ejercían de porteros les pusieran la más pequeña objeción. Lo único que importaba de verdad era la tarjeta y cuando el armario ropero que hacía las funciones de guardia de seguridad pasó la mía por una especie de cajero automático me permitió entrar en el *sancta-sanctorum*, limitándose a pronunciar un educado «que tenga un buen día, señor».

Mi primera impresión fue de franca decepción. El interior del club no se diferenciaba, en un primer vistazo, del de otros muchos clubes de lujo que suelen aparecer en los folletos publicitarios que un día sí y otro también invaden nuestros buzones. Es cierto que todo tenía aspecto de ser nuevo y caro, pero sin más. Ni siquiera las explosivas mujeres que pululaban por el bar, y que tenían pinta de ser lo más costoso del club, eran diferentes a las que podían verse en cualquier local concurrido por miembros de lo más selecto de las clases privilegiadas. Para ir ambientándome me acerqué a la cafetería para pedir un *whisky* de malta y tengo que admitir que jamás había bebido algo tan rico. No sé cuánto cargaría el camarero en mi tarjeta dorada, pero sinceramente no me preocupé por ello. Las mujeres, o estaban muy bien aleccionadas o no eran las profesionales que yo había supuesto, porque ninguna de ellas se acercó a pedirme fuego, que le invitara a una copa o, más directamente, a preguntarme si me encontraba solo. De hecho, ni siquiera me miraron. En el fondo eso me produjo una considerable decepción.

Siguiendo el plan que había establecido me acerqué hasta un pequeño casino que no tenía nada que envidiar a los de Las Vegas y solicité unas cuantas fichas, que pagué de nuevo con la tarjeta dorada. Cada ficha costaba, según me dijeron, dos mil euros. Yo pedí diez que la terminal asignada a mi tarjeta debió abonar puntualmente, ya que no pusieron ninguna objeción al canje. Agradecí mentalmente a Arturo y Elvira su regalo y me dirigí hacia la ruleta, decidido a jugar durante un buen rato. Tuve mala suerte y al principio gané, lo que no era mi intención. Mi plan consistía en perder una buena cantidad, los primeros veinte mil euros y quizás otro tanto, antes de solicitar «algo especial». Pensaba que a un cliente que era capaz de perder cuarenta mil euros sin pestañear, en mi caso el hecho de que disparara con pólvora del rey favorecía esa falta de pestañeo, se le extendería bajo los pies la alfombra roja con total seguridad.

Me costó casi una hora, pero finalmente los cuarenta mil euros se evaporaron. Fue ese el momento que elegí para acercarme por tercera vez hasta el mostrador en el que cambiaban las fichas, pero en lugar de enseñar la tarjeta dorada mostré la negra. La guapa joven que me atendió se limitó a sonreírme y decir «le ruego que espere un momento, caballero», mientras apretaba un botón también de color negro. Segundos

después un hombre de edad madura, vestido como los mayordomos de las películas inglesas, se acercó y me preguntó si era la primera vez que usaba en el club una de las tarjetas negras.

—Así es —respondí, intentando no parecer un pardillo, aunque me dio la impresión de que ante aquel hombre incluso el portavoz de la Cámara de los Lores hubiera parecido un pardillo.

Tras oír mi contestación arrebató de mis manos suavemente la tarjeta y la introdujo en otra de las máquinas validadoras que había junto al mostrador.

—Está en orden, señor —me dijo devolviéndome la tarjeta antes de añadir con una dicción que hoy en día es imposible de escuchar ni siquiera en las reuniones de la Real Academia Española de la Lengua—: Sígame, por favor.

Me llevó a través de varios pasillos hasta la puerta de lo que parecía ser un sótano y, tras bajar unas escaleras, abrió otra puerta. Luego, tras un simple cabeceo y un «que tenga un buen día, caballero», me dejó en el interior de lo que parecía ser una réplica subterránea del club que había en la planta superior. Otro hombre, este parecía más bien un clon del que me había atendido a la entrada del club, me cacheó con gran agilidad, casi sin rozarme, y me confiscó el móvil.

—Se lo devolveremos a la salida —me dijo, sin darme un recibo. Supuse que no lo necesitaría—. Ya puede pasar, señor, el próximo combate va a empezar dentro de dos minutos, más o menos.

La alusión al combate me extrañó al principio hasta que, siguiendo las indicaciones del hombre que me había cacheado, llegué a una sala en la que habían montado un *ring*. Caballeros circunspectos y damas enojadas, como suelen describir los cronistas de sociedad a los representantes de nuestras admiradas clases altas cuando acuden a un baile benéfico, estaban al pie del *ring*, expectantes, esperando que los contendientes salieran a la lona, mientras cruzaban sus apuestas, todos provistos con sus tarjetas negras. Un hombre con aspecto de crupier del casino se acercó y, tal vez al darse cuenta de que era novato en estas lides, me preguntó por quién deseaba apostar. Ese día los púgiles eran Jeremy y Sandro. No conocía a ninguno de ellos así que escogí al azar y le respondí que me colocara dos mil euros, era la apuesta mínima, a nombre de Jeremy. El hombre con aspecto de crupier me acompañó hasta un mostrador en el que una joven rubia de aspecto saludable, por la que seguramente todos los varones presentes hubieran entregado la totalidad del saldo de su tarjeta negra, se hizo cargo de la mía para cobrar la apuesta.

Cuando ya todo el mundo había hecho sus apuestas el crupier se subió a una tarima y anunció que la dirección había otorgado al combate la calificación de «doble negro» por lo que volvían a abrirse las apuestas para quien quisiera jugar más fuerte, el mínimo era de treinta mil euros. Un rugido de excitación y placer atronó toda la sala, jamás había escuchado un grito así, ni siquiera en San Mamés cuando el Athletic jugaba contra el Madrid o el Barça. Pregunté a una mujer de mediana edad que lucía un collar de perlas con cuya venta yo podría sobrevivir un par de años sin tener que

trabajar y cuyos ojos brillaban de excitación, qué era eso del «doble negro». Su contestación me dejó helado: el combate siguiente no iba a ser un combate normal, iba a ser un combate a vida o muerte. Pero peor fue cuando vi salir a Jeremy y Sandro. Ninguno de los dos boxeadores tenía más de doce años, pero en su mirada podía ver que habían dejado atrás la infancia hacía ya mucho tiempo. Cuando, siguiendo el ritual que de modo hipócrita les habían obligado a respetar, se dieron la mano, no se miraron con odio, pero sí con la certeza de que uno de los dos no saldría vivo de allí. Miré a mi alrededor, a la gente que se apiñaba para apostar por la muerte o supervivencia de uno u otro. Eran todos hombres o mujeres aparentemente normales que, sin embargo, iban a contemplar en directo, y con gran placer, la muerte de un niño a manos de otro, única y exclusivamente para su propio deleite. En esos momentos maldije a Arturo Apodaka y deseé que se estuviera pudriendo en el Infierno.

Un profundo gong fue la señal de que el combate acababa de empezar. Aunque empecé a odiarme por ello, no pude dejar de mirar, fascinado, las evoluciones de los contendientes. Nadie les había enseñado a pelear, así que se limitaban a intercambiar golpes, procurando hacer el máximo daño posible a su contrincante. Muy pronto la sangre de ambos manaba por sus narices y cejas y Jeremy, el niño por el que yo había apostado, tenía el labio partido.

Si en alguna ocasión he sentido impotencia fue en aquella. Delante de mí se estaba cometiendo el peor crimen al que jamás me había enfrentado y no sabía cómo pararlo. Había ido sin armas, suponiendo, como así fue, que me iban a cachear, pero además me había quedado sin el móvil. Mi idea primitiva había sido la de observar lo que se cocía en el club para obtener la información que necesitábamos antes de proceder a desmantelar la trama que se escondía en su interior y avisar a Eneko tan solo en el caso de ser descubierto, pero lo que estaba viendo me impedía seguir con mi plan primigenio, no podía salirme del club tan tranquilo, sabiendo que un niño acababa de morir sin que yo hiciera nada por impedirlo. Lo que estaba viendo era suficiente para convencer a Eneko de que interviniera, incluso un policía tan reglamentista como mi amigo habría prescindido de la preceptiva orden judicial necesaria para asaltar el club si hubiera podido comunicarme con él y contarle qué era lo que estaba ocurriendo en esos momentos, pero no tenía ninguna posibilidad de hacerlo y dudaba de que, de todos modos, pudiera llegar a tiempo. Solo estaba yo para parar esa ignominia y no sabía cómo hacerlo. Que actuar supusiera un suicidio era lo que menos me importaba en esos momentos, el problema estribaba en que no vislumbraba la más pequeña posibilidad de éxito si intentaba salvar a esos niños.

Sabía que no iba a obtener ningún tipo de ayuda por parte de los demás clientes así que lo único que podía hacer era intentar una maniobra de distracción, algo que obligara a desalojar el local y aprovechar la confusión para escabullirme junto a los niños y quién sabe si obtener alguna prueba tangible de lo que allí se cocinaba para mostrársela a Eneko. Me palpé los bolsillos y comprobé con satisfacción que aún

conservaba el mechero. En cierto modo era sorprendente que no me lo hubieran confiscado, supongo que a nadie se le había ocurrido que podía usarse como arma y menos en un recinto cerrado. Pero antes de encender la fogata que ya había creado en mi mente necesitaba encontrar algún lugar desde el que poder actuar con más libertad. Seguramente allí abajo habría alguna oficina, aunque fuera un pequeño cuchitril, desde el que poder llevar a cabo mi plan. No se me escapaba el hecho de que había cámaras en todos los rincones, pero era lo único que podía hacer, aparte de rezar para pedir a la autoridad competente en estas materias que me diera el tiempo suficiente para realizarlo antes de que vinieran a por mí. Hice gestos ostensibles de que necesitaba ir al baño y uno de los empleados del club me indicó por dónde se iba al servicio de caballeros.

El viejo no te había engañado, ni tampoco tu instinto, estaba claro que el detective tenía cojones, muy pocos se atreverían a entrar, como él, en la cueva del lobo. Ahora tan solo tienes que seguirle la pista y ver qué es lo que pretende hacer. Sabías que iba a acudir como acuden las moscas a la miel, que no podría resistirse a utilizar las tres tarjetas que su amigo y protector había preparado para él. Y también sabías que lo que iba a ver le iba a dejar totalmente descolocado.

Le has observado tanto y tan de cerca que le conoces como si fuerais íntimos desde la época en la que empezasteis a chupar teta, y por eso sabes que no va a poder quedarse cruzado de brazos, que no se va a limitar a ver lo que está ocurriendo en el club para luego contárselo a sus contactos de la policía, no, eso no va con su carácter, va a intentar salvar a los niños, aunque eso suponga un claro y evidente suicidio. No sabes cómo pretende hacerlo, pero estás seguro de que lo va a intentar, y eso despierta tus instintos de cazador. Vas a tener que estar muy atento a sus movimientos para adelantarte a ellos, si es posible, o en otro caso responder a tiempo.

Ahora está entrando en el baño. Finge que está meando, no, lo hace de verdad, se ve que los nervios le han aflojado los conductos urinarios. Se lava las manos, demorándose ante el espejo, como si quisiera darse algo de tiempo, pese a que es consciente, tiene que serlo, de que apenas hay tiempo. Mira a su alrededor, como buscando algo que no encuentra hasta que finalmente opta por abandonar el servicio y, como tú esperabas, no vuelve a la sala en la que Jeremy y Sandro están dirimiendo a golpes quien seguirá vivo esa noche, sino que mirando furtivamente a su alrededor, intentando escapar inútilmente a las cámaras que omnipresentes le vigilan, echa a correr por el pasillo en dirección contraria a la que había venido.

—¿Qué hacemos, señor? ¿Damos orden de que vayan a por él?

Quien te acaba de hablar de ese modo es uno de los cinco hombres que se hallan junto a ti, en la central de vigilancia, observando las imágenes que transmiten las cámaras de seguridad. Por el tono de su voz comprendes que está ansioso por acabar con el intruso, incluso que desearía hacerlo con sus propias manos. Estás ante un

imbécil, un tipo que se cree duro, pero que no conseguirá sobrevivir, no posee la frialdad necesaria para hacer ese trabajo por lo que más tarde o más temprano cometerá un error y en ese mundo los errores se pagan con la vida. Pero no le haces partícipe de tus reflexiones, seguramente de hacerlo así no te creería, pensaría que lo decías por envidia, porque estás muy mayor para hacer ese trabajo. Y en eso se equivoca aunque no anda muy desencaminado, no estás muy mayor para hacer ese trabajo, pero sí estás lo suficientemente mayor como para saber que no vas a poder dedicarte a él durante mucho tiempo más.

—De momento no —le dices finalmente, al comprender que espera una respuesta —, seguid vigilándole —añades, dirigiéndote en esta ocasión a los cinco hombres que, imbuidos en su vigilancia, te dan la espalda.

Nunca hay que darle la espalda a nadie, ni siquiera a un amigo, ni siquiera a tu jefe, esa es una de las primeras lecciones que te enseñaron, recuerdas mientras piensas en lo fácil que sería para ti sacar la pistola y cargarte a los cinco, uno detrás de otro, sin darles tiempo a reaccionar. Sí, sería fácil, muy fácil, incluso has sopesado hacerlo, pero has desechado la idea, al contrario que el aprendiz de matón que anteriormente te ha pedido permiso para acabar con el detective, tú no matas por placer sino por trabajo o necesidad. Y nadie te ha pagado para asesinar a esos cinco imbéciles ni ves que sea necesario hacerlo. Hay modos mejores de inutilizarlos. Por ejemplo, durmiéndoles. Después de ponerte una mascarilla lanzas sobre la estancia un proyectil adormecedor que en dos segundos deja sin sentido a los cinco hombres. Ahora ya tienes dos horas por delante, aunque no vas a necesitarlas, porque las imágenes que te transmiten las pantallas te indican que el baile acaba de comenzar.

Tenía muy poco tiempo, no sabía cuánto, así que decidí aprovecharlo al máximo. Aunque estaban tan perfectamente ocultas que no era capaz de adivinar su ubicación, era consciente de que el recinto tenía que estar plagado de cámaras de seguridad y que mis movimientos estarían siendo vigilados, pero eso no me importaba porque en realidad no buscaba algo concreto sino cualquier cosa que me sirviera para iniciar un incendio. Había pensado que en el baño lo encontraría, pero estaba todo automatizado, ni siquiera el papel higiénico parecía servirme, estaba elaborado con una materia que lo mantenía húmedo permanentemente por lo que supuse que no tendría propiedades ignífugas. Seguramente se podría quemar, en el fondo no dejaba de ser papel, pero no me fiaba que consiguiera hacerlo arder de un modo que obligara a evacuar el local.

El problema era que cuanto más tardara en encontrar lo que buscaba más posibilidades ofrecería a mis hipotéticos, aunque seguros, vigilantes de encontrarme e inutilizarme, por decirlo de un modo suave. Durante unos segundos pensé que ese pasillo iba a ser como el de esas pesadillas en las que uno corre y corre sin encontrar una puerta o una salida, pero afortunadamente los arquitectos que habían diseñado

aquella planta no eran tan sádicos y tan solo tuve que andar unos pocos metros antes de encontrar una puerta abierta a través de la cual podía verse un despacho. Con cuidado, intentando no hacer demasiado ruido por si había alguien dentro, me asomé a su interior. La estancia estaba amueblada como cualquier típico despacho de una típica oficina, con una mesa de metacrilato, impropia para un lugar de la categoría del «Club Shangri-La», dos sillas de oficina, un teléfono, dos ordenadores y un archivador. Había también una papelera de plástico en la que sobresalían algunos folletos. Durante unos segundos sopesé la posibilidad de introducirme en el ordenador, pero estaba seguro de que me vigilaban y, por otra parte, no soy muy ducho con esos aparatos, así que abandoné la idea inmediatamente. Lo que hice fue sacar del archivador todos los papeles que pude y coger también la papelera. Por descabellado que fuese mi plan, y reconocía que lo era en alto grado, constituía mi única posibilidad de crear tal desbandada que tanto los niños como yo pudiéramos salir vivos e indemnes del recinto.

Los primeros papeles los esparcí por el pasillo y les prendí fuego. Ardieron con facilidad y aunque no estaba seguro de que la hoguera pudiera mantenerse durante mucho tiempo esperaba que fuera suficiente para alarmar a los vigilantes y permitirme acceder nuevamente a la sala donde estaba situado el *ring*. Allí intentaría encender un nuevo fuego. No se me escapaba que podría originarse una estampida de tal grado que causaría una gran cantidad de muertos, pero en esos momentos no sentía la menor simpatía ni compasión por los cabrones que estaban presenciando el infame combate de boxeo entre los dos niños.

Durante unos instantes estuve convencido de que el plan, aunque parecía estar ideado por el residente decano de un hospital psiquiátrico, podía funcionar, pero se ve que la descarga de adrenalina había embotado mi cerebro ya que no había pensado en sus inconvenientes. Del primero de ellos fui consciente cuando una cortina de agua inundó el pasillo con tal violencia que me hizo perder el equilibrio y caí al suelo. No había tenido en cuenta que un sótano tan exclusivo como el de ese club habría incorporado, casi con total seguridad, ese sistema contra incendios. Del segundo inconveniente había sido más consciente todo el rato, pero al perder el equilibrio y, fugazmente, también la visión, me había quedado aún más expuesto de lo que pensaba y cuando me recuperé lo primero que vi fue el cañón de una pistola. Detrás de ese cañón pude ver la cara sonriente de Rubén Garmendia Etxebeste, el compañero sentimental del juez Bourget.

—Muchos cojones y poco cerebro —fue lo primero que me dijo tras comprobar que le había visto—, ese ha sido siempre tu problema, Goiko, ¿puedo llamarte Goiko? Me parece menos formal que señor Goikoetxea y con lo que hemos pasado juntos entre nosotros no caben formalismos.

»Sí, muchos cojones y poco cerebro —repitió mientras ladeaba la cabeza tristemente, como si le apenara la situación—. Si algún día un escritor o un cineasta se animara a contar tu historia podría titularla “El detective pirómano”. ¿Te gusta el

título? No, tienes razón, seguramente quedaría mejor, y sería mucho más adecuado, titularla “Los últimos días del detective pirómano”. Te lo cedería gustosamente, sin cobrar derechos de autor, pero no serviría de nada ya que lamento, amigo Goiko, darte una mala noticia. No vas a salir vivo de aquí. Aunque supongo que eso no es una novedad para ti, ¿no?

No supe qué contestar, no me apetecía decir nada gracioso ni tampoco tenía la presencia de ánimo necesaria para contestarle en tono arrogante al que sin lugar a dudas iba a ser mi verdugo. Esa postura tan digna y heroica queda muy bien en las películas, pero en la vida real la boca se te queda pastosa, los oídos empiezan a zumbarte, en las sienes notas los primeros síntomas de una terrible jaqueca y todos tus esfuerzos van dirigidos a controlar los esfínteres para no dar un espectáculo más lamentable del que ya estás dando. Por eso cuando con la pistola Garmendia me indicó que entrara en el despacho nuevamente le obedecí sin rechistar.

Era consciente de que no tenía posibilidad alguna, no se pueden oponer las manos o el pecho al cañón de una pistola, en las películas el «malo» siempre tiene un descuido que el «bueno» aprovecha para darle un golpe de kárate en la mano y arrebatarse el arma, pero la vida real es una cosa muy diferente. Garmendia no era tan gilipollas como para ponerse a mi alcance y, aunque lo hiciera, se tarda menos tiempo en apretar el gatillo que en mover una mano. Eso no significaba que fuera a aceptar sumisamente que me degollaran como a un cerdo en el matadero, sin pelear, pero siendo consciente de que todo lo que hiciera serviría, tan solo, para que alguien en mi responso pudiese decir eso tan tópico de «murió dignamente, peleando» o quizás todavía peor, para que en un arranque de imaginación, engolara la voz y pronunciara la manida frase de «vendió cara su vida». De todos modos si tenía una posibilidad entre un millón de salir indemne de aquella situación, esa ínfima posibilidad se desvaneció cuando un nuevo actor entró en el escenario. Nada más verle lo reconocí, era el hombre que me había estado vigilando, ahora estaba seguro de ello aunque esa seguridad no me sirviera para nada, en el cementerio. Sus ojos seguían velados por las gafas oscuras y en su mano llevaba una pistola a la que había adosado un silenciador.

—Ah, eres tú —dijo Garmendia. Al parecer la presencia de ese hombre en el despacho había sido para él tan inesperada como para mí.

El hombre de las gafas oscuras no se dignó a contestarle, limitándose a mover la cabeza en señal de asentimiento. Luego, después de habernos escudriñado a fondo parapetado en la opacidad de sus cristales, habló con voz profunda y un acento que no era vasco ni de ningún otro lugar de España, pero que no supe identificar, para pedirle a Garmendia que dejara de apuntarme con su pistola.

—Ya me ocupo yo de todo —le dijo.

—Como quieras, tú eres el experto —Rubén Garmendia parecía aliviado, seguramente era de esos tipos que no vacilan a la hora de ordenar un asesinato, pero a los que no les gusta mancharse las manos. El hombre del cementerio sonrió al

observar cómo Garmendia le obedecía sumiso, alzó la pistola que llevaba en la mano y disparó.

No sabes quién se sorprendió más, si el detective o el hombre que te había dado la orden de asesinarlo. Aunque en realidad este último no tuvo mucho tiempo para sorprenderse, millonésimas o milésimas de segundo como mucho, nunca podrás saberlo, nadie ha vuelto para contarte cuánto tiempo ha tardado en morir al recibir un balazo en la cabeza. El que no sabía cómo reaccionar era el detective, que se limitó a mirarte fijamente, tal vez pensara que él iba a ser el segundo o, sencillamente, se limitaba a esperar cuál iba a ser tu siguiente movimiento. Ni siquiera te preguntó por qué lo habías hecho, era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no estaba en condiciones de preguntarte nada y que solo llegaría a saber lo que tú quisieras que supiera.

—¡Coge la pistola! —le ordenaste, señalando con la tuya la del muerto. El detective no discutió la orden. Si pensaba que era una trampa le daba igual, no tendría sentido ya que podrías haberle matado en cualquier momento o dejar que lo hiciera Garmendia, así que se agachó y la recogió—. Ahora, dispárame.

El detective, lo sabías perfectamente, era un tipo valiente y con recursos, pero no pudo evitar que en su cara se trasluciera el desconcierto más evidente. Si tu anterior intervención le había sorprendido, la petición que acababas de hacerle le había descolocado por completo.

—¡Te he dicho que me dispaes!

Quizás lo había comprendido todo porque al escuchar por segunda vez tu requerimiento apretó el gatillo, pero lo hizo dirigiendo el cañón contra una de las paredes del despacho. De la pistola no salió ninguna bala, tú ya te habías ocupado con anterioridad de eso.

—Como ves —volviste a hablarle—, no tienes nada que agradecerme, no te he salvado la vida. Pero esa pistola no te va a servir de nada si no está bien alimentada así que habrá que arreglar eso.

De un cajón que había en la mesa del despacho sacaste una caja llena de balas, un teléfono móvil y un disco de ordenador y los dejaste sobre la mesa.

—Espero que sepas dar un buen uso a todo esto. Más vale que te des prisa si quieres salvar a Jeremy y Sandro, así que mejor que no me sigas. Perderías mucho tiempo y lo único que conseguirías sería enfadarme. Supongo que no hace falta que te diga que hacer que me enfadara sería un grave error por tu parte, tu último error con toda seguridad.

No entendía nada de lo que estaba pasando, pero al menos continuaba con vida y aún tenía alguna oportunidad. No acababa de entender el juego de aquel hombre, que lo

mismo me salvaba de las garras de Garmendia como me amenazaba con ser él en persona quien acabara con mi vida. Supuse que quizás obedecía órdenes póstumas de Arturo, que más allá de la tumba seguía protegiéndome, o tal vez se limitara a seguir su propio juego. Era indudable que conocía el club y tenía acceso a todos sus recovecos, pero si me estaba utilizando para sus propios intereses no era el momento de rebelarme.

Como en los cuentos de hadas, en los que al protagonista le dan un trozo de queso, un matamoscas y un sombrero y, milagrosamente, es justo lo que necesitaba para acabar con la bruja mala, a mí esa especie de hada madrina con aspecto de matón me había ofrecido también tres presentes. El móvil no solo contaba con cobertura pese a estar en un sótano sino que el único número que aparecía en la agenda era el de Eneko Goirizelaia. Al parecer a mi salvador no le importaba que llamara a la Ertzaintza sino que debía estar deseándolo. Sus intereses y los míos coincidían en ese punto así que hablando lo más rápido que pude puse en conocimiento de mi antiguo compañero lo que estaba ocurriendo en el interior del «Club Shangri-La». Debí mostrarme muy vehemente y convincente porque mi amigo, sin hacerme ninguna pregunta de más ni poner objeción alguna a lo que le pedía, se puso inmediatamente en marcha, pese a ser consciente de que si algo fallaba se estaba jugando su carrera.

Guardé el disquete en un bolsillo de mi cazadora e introduje en la recámara de la pistola las balas correspondientes. Luego, asiéndola con firmeza en mi mano derecha, me acerqué nuevamente a la sala en la que se estaba desarrollando el combate de boxeo.

Has observado con satisfacción cómo te ha obedecido el detective. Ya te imaginabas que no te seguiría, pese a que su instinto de policía le estará haciendo un montón de preguntas sobre ti, pero sabe cuál es su prioridad en estos momentos, lo mismo que lo sabes tú. En la sala de control los vigilantes que se ocupaban de las cámaras siguen inconscientes, como habías calculado previamente. Pasas por encima de algunos de ellos que están tendidos en el suelo y te acercas a lo que parece un control de mandos, todo lleno de botones y de luces, como si estuvieras en la cabina de alguna nave espacial de esas que aparecen en las antiguas series televisivas de ciencia-ficción. Has sopesado durante un largo rato si debías hacerlo, pero al final te has decidido, hasta cierto punto has previsto cómo va actuar el detective, pero no deseas que se produzca una masacre si la gente que está en el sótano intenta salir apresuradamente. Con todas las puertas cerradas eso sería una trampa mortal y aunque no derramarías ni una lágrima por esa banda de hijoputas que se divierten viendo cómo dos niños se zurren hasta que uno de ellos cae muerto, el escándalo podría ser tan grande que, pese a que no vas a dejar ninguna huella cuando salgas del país, el interés por rastrearte sería mucho más grande que en cualquier otra situación. Por eso, desde el puesto de

control, has abierto todas las puertas. Sabes que alertará a los vigilantes, siempre en guardia ante lo que se sale de lo habitual, dificultando la labor del detective, pero qué coño, ya le has ayudado mucho más de lo que jamás se hubiera imaginado, ahora le toca a él currárselo un poco.

Me alertó el movimiento que se estaba produciendo en la sala del combate, un movimiento que no era perceptible para los espectadores que, jadeantes y ansiosos, jaleaban a los contendientes con gritos de ánimo, los que menos se oían eran los que se limitaban a pronunciar sus nombres «Jeremy, Jeremy» o «Sandro, Sandro», sino los que decían «Jeremy, envía a la tumba a ese cabrón» o «Sandro, mávalo»; gritos, o tal vez debería definirlos como aullidos, que en ocasiones yo había podido escuchar en otros combates de boxeo, pero en aquellas ocasiones se trataba de simples desahogos retóricos, los que se oían en ese recinto, en cambio, eran la expresión de un deseo, el de que ganara el niño a favor del cual se había apostado aunque para eso tuviera que matar al contrario.

Intenté evadirme de los gritos y volví a fijarme en ese inquieto movimiento que había detectado entre los vigilantes. Los espectadores seguían sin enterarse, absortos como estaban en su cruel entretenimiento, pero a mí, sin embargo, más experto en ese tipo de situaciones, pese a que jamás había encontrado una comparable a la que estaba sucediendo delante de mis ojos, ese casi imperceptible cambio de escenario no se me escapaba. Los vigilantes, de repente, se mostraban más atentos y nerviosos, como si olfatearan en el aire que había algo fuera de lugar, algo que no estaba en orden. Lo comprendí mejor cuando uno de ellos se acercó a una puerta que estaba abierta. Intentó cerrarla manualmente, pero no lo consiguió. Pensé en el hombre de las gafas oscuras, seguramente él estaba detrás de todo aquello. No sabía si había pensado en favorecer mi huida o en la seguridad de los espectadores, pero aún así le agradecí mentalmente el detalle.

Eneko y sus compañeros aún tardarían quince minutos en llegar, conduciendo a buen ritmo, pero los rostros de los dos niños boxeadores delataban claramente que alguno de los dos, o quizás ambos, no podrían aguantar ese cuarto de hora sin derrumbarse, así que hice lo único que podía hacer en esos momentos, procuré acercarme al mostrador en el que controlaban las apuestas, era el único lugar en el que podría parapetarme con cierto éxito, y tras desplazar violentamente a la apetitosa joven que lo regentaba sin sentir ningún remordimiento por ello, de algún modo era cómplice de lo que allí estaba sucediendo, disparé todo un cargador contra el techo de la sala.

Las películas nos tienen acostumbrados a ver cómo la gente, en situaciones parecidas, reacciona moviéndose inconexamente de un lado para otro, sin saber qué hacer ni a dónde ir, pero en la realidad durante unos segundos, escasos aunque pueden llegar a hacerse eternos, todo el mundo se paraliza, se miran los unos a los

otros, como si quisieran confirmar que, efectivamente, lo que habían escuchado era una detonación, y tardan en decidir qué es lo más conveniente que pueden hacer en esa situación.

Los vigilantes, en cambio, no necesitaban confirmarlo, sabían perfectamente que el ruido que había atronado la sala había sido producido por una pistola en plena faena productiva, por eso sacaron a relucir también sus armas mientras con ojos de halcón oteaban la sala, buscando el origen de los disparos. Era comprensible que actuaran de ese modo, pero fue también lo que originó que los espectadores, ahora sí, la visión de las armas siempre es más melodramática que escuchar el ruido de las detonaciones, actuaran como se les enseña a actuar en las películas, moviéndose de aquí para allá sin rumbo fijo, tropezándose entre sí y también con los guardas de seguridad, a los que obstaculizaban sus movimientos. Eso me proporcionó el tiempo necesario para introducir otro cargador en la pistola.

Era consciente de la precariedad de mi escondite, pero no tenía otro así que me limité a esperar. Muy pronto uno de los vigilantes se percató de mi presencia y tal vez pensando que era inmune a las balas o, más seguramente, que no me atrevería a dispararle para no poner en riesgo a ninguno de los prohombres presentes, como si eso me importara una mierda, se acercó hasta donde yo estaba con ánimo de abatirme sin tomar las debidas precauciones. Mala suerte para él, fui más rápido y en su pecho apareció un hilillo de sangre mientras caía al suelo, lo que desató una nueva oleada de histeria entre los asistentes al combate.

Sus compañeros, cuando vieron lo que había ocurrido, fueron más cautos y mientras algunos intentaban tranquilizar a la parroquia, otros empezaron a tomar posiciones con la idea de acabar con lo que sin duda ellos consideraban que era una especie de loco suicida. Seguramente no les faltaba razón si eso era lo que pensaban. Conté hasta seis, pero seguramente habría muchos más en camino. Yo también confiaba en que llegaran refuerzos, el problema estribaba en que los míos tardarían en aparecer más que los de mis enemigos. Cuando uno se encuentra en una situación de ese tipo se le ocurren las cosas más insospechadas, yo recordé que Eneko se había comparado con el general Custer. Al parecer no había contado con un pequeño detalle, George Armstrong Custer fue masacrado, junto a todas sus tropas, en la batalla de Little Big Horn. Mis simpatías estaban con los siux, al fin y al cabo se habían limitado a defender su territorio de los invasores, pero en aquellos momentos deseaba fervientemente la llegada, y por supuesto la victoria, del Séptimo de Caballería.

Durante unos instantes intercambiamos unos pocos disparos, más bien de rutina, como si estuviéramos estudiándonos, pero no sabía cuánto podría aguantar en esa situación, seguramente muy poco. La actitud de los guardas, que por fin habían decidido que los preliminares estaban durando demasiado, me indicó que por fin iba a comenzar el auténtico baile. Fue ese el momento que eligieron los conductos de agua contra incendios para, al igual que había ocurrido cuando intenté dar fuego a las

papeleras, descargar con toda la potencia posible en la sala. No recordaba que en la mitología griega o romana hubiera un dios específico a cargo de las nubes, así que me limité a aceptar lo que en esos momentos me parecía un regalo divino, ya que me proporcionaba un rato añadido de respiro. Un rato demasiado corto, ya que cuando el aguacero se detuvo mis enemigos se rehicieron y de nuevo fijaron sus ojos en mi humilde persona.

El detective no era tonto, se había resguardado en el mejor sitio posible, pero no aguantaría mucho sin ayuda, sin tu ayuda. Se lo debías al viejo, te había pagado generosamente para hacerlo, pero había algo más, el metomentodo ese te caía simpático, habías llegado a conocerle tan bien que sabías cómo era, cómo pensaba e incluso cómo iba a actuar mejor que su propia madre. Por eso querías salvarlo, aunque en realidad no eras tú quién quería salvarlo sino un niño que hacía ya muchos años que no existía llamado Nicola. O Vladimir, aunque Vladimir es el niño que nunca existió, porque no le permitieron existir. Y ahora ha llegado el momento de tu venganza, ya que no puedes volver el reloj hacia atrás te vengas en las personas de quienes hacen con los niños lo mismo que hicieron con vuestra infancia, arrebátároslo.

Por eso has abierto una ventanilla que hay, prácticamente oculta, en el techo de la sala, y desde allí empiezas a disparar con una metralleta a tus antiguos camaradas, sin intentar acertarles, simplemente impidiendo que se acerquen al detective. Si tus cálculos son exactos, y siempre lo son, queda muy poco tiempo para que la policía llegue al club y se haga cargo de todo. Y mientras disparas, no puedes evitar sonreír al darte cuenta de una cosa, siempre has dicho que no disfrutabas cuando matabas a alguien por encargo, y era verdad, para ti solo ha sido un trabajo muy remunerado, pero en estos momentos, en que aunque sea de un modo extremadamente retorcido podría decirse que estás colaborando con los «buenos», estás disfrutando como nunca anteriormente en tu vida habías disfrutado.

Ese era, definitivamente, mi día de suerte. Quizás, después de todo, era cierto que Arturo Apodaka me quería como a un hijo. No podía dejar de pensar en él como en el abominable inspirador de esa infamia, pero evidentemente se había preocupado por mí, ya que no se me ocurría otra explicación para la ayuda que estaba obteniendo inopinadamente.

La intervención de alguien desconocido, aunque supuse que se trataba nuevamente del hombre del cementerio, me permitió aguantar hasta que pude escuchar el alegre sonido de unas sirenas policiales. Tecléé nervioso el móvil, por si era una trampa, y la voz agria de Eneko Goirizelaia que me instaba a no importunarle con gilipolleces ya que tenía un club que asaltar, me confirmó que por esta vez y sin

que sirviera de precedente el Séptimo de Caballería había llegado justo a tiempo.

Los matones del club también se percataron de la llegada de mis antiguos compañeros por lo que se olvidaron del apasionante deporte de la caza del intruso molesto para dedicarse al quizás menos honorable, pero más productivo del «sálvese quien pueda». Durante unos instantes sopesé la posibilidad de seguirles en su desbandada, pero la deseché, Eneko y sus hombres podrían ocuparse de ellos sin mi ayuda, con toda seguridad. Había alguien que me interesaba más, mi hipotético salvador. Recordé que junto al despacho en el que había matado a Rubén Garmendia había una salida y supuse que quizás quisiera escapar por allí. No sabía por qué quería encontrarle, ni siquiera tenía pensado qué hacer con él si conseguía reducirle, pero el impulso de ir en su búsqueda era más fuerte que nada, así que salí de la sala y me introduje en el pasillo que anteriormente había recorrido. Era una acción suicida, ahora me doy cuenta, similar a la del hindú que con su espada se enfrentó a Indiana Jones en la primera película de la saga con el resultado por todos conocido, pero hay situaciones en las que voluntad y cerebro no trabajan conjuntamente y esa era una de ellas.

Podías haberte escapado antes de que el detective se acercara a ti, pero has preferido esperarle. Sabías que iba a ir a buscarte, que no podría resistirse a la tentación y lo tenías previsto, todo está saliendo tal y como lo habías planeado. Por eso has dejado que te alcance, que se acerque. Y compruebas con satisfacción cómo duda, no sabe qué hacer, ¿dispararte?, ¿hablar contigo?, ¿arrestarte? En el fondo da igual lo que él desee, está en tus manos, no tiene ninguna opción, él es un buen policía, lo ha demostrado con creces, pero tú eres mejor, mucho mejor y siempre culminas tus planes con éxito. Por eso, antes de que el detective consiga aclararse a sí mismo cuál debe ser su siguiente paso le disparas y observas cómo una expresión de estupor se refleja en su cara mientras cae al suelo.

Era la primera vez, en todos los años que había trabajado como *ertzaina*, que me habían disparado. Y dolía, dolía mucho, aunque no del modo dramático en el que uno espera que duela un balazo, no sé muy bien cómo definirlo, pero era un dolor sordo, profundo, no ese dolor que te obliga a agitarte sino, mas bien un dolor que parece haberse aposentado en el alma y no en el cuerpo. No se trataba tanto de dolor físico como de una mezcla de impotencia, desesperación y sensación de fracaso.

El hombre que acababa de dispararme, al que había llegado a considerar como mi aliado y salvador, se acercó hasta donde yo estaba y miró la herida que me había producido con cara de satisfacción. Luego, con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se quitó las gafas oscuras y me miró. Sus ojos azules eran fríos como el hielo, pero cuando los vi posarse sobre mí supe que aún no había llegado mi

hora.

En esta ocasión tuve que soportar tres semanas de reclusión en una habitación del Hospital de Cruces, acompañado por un dicharachero vejete que siempre que podía se escapaba para fumar con gran enfado no solo de las enfermeras sino de sus siete hijas que se turnaban para cuidarle, como si el buen hombre, a sus ochenta y dos años, no tuviera el derecho a fumarse un cigarrillo de vez en cuando, a esas alturas no sé qué daño podría hacerle ya un pitillo de más o de menos, y si con eso el hombre era más feliz, pues adelante, llegado el caso yo mismo le hubiera suministrado el alimento para su vicio.

Fueron veintiún días en los que me sentí enjaulado, como un león entre los barrotes del zoológico. El hombre del cementerio había calculado bien, no me había matado ni me había provocado secuelas con su disparo, pero sí había conseguido inutilizarme durante un largo período de tiempo, tiempo en el que no pude intervenir en las diligencias posteriores a la entrada de la Ertzaintza en el «Club Shangri-La». Tuve que conformarme con lo que fue transmitiéndome, a cuenta gotas, Eneko Goirizelaia.

En la redada que hubo aquel día fueron detenidas sesenta y cuatro personas, de ellas doce eran empleadas del local, que fueron las únicas que pasaron a disposición judicial. Todos ellos sicarios de medio pelo, simples ejecutores de las órdenes que daban unos jefes cuya identidad, parece obvio manifestarlo, desconocían por completo. En cuanto a los clientes, el juez que en esos momentos estaba de guardia decidió dejarles en libertad. Por una parte se trataba de hombres y mujeres conocidos y estimados en los ámbitos más relevantes de la sociedad bilbaína y vasca y cuya conducta siempre había sido ejemplar e irreprochable, y por otro lado su detención podría haberles supuesto un perjuicio irreparable para su buena fama y honor además de no ser estrictamente necesaria puesto que todos estaban localizables y no había el menor riesgo de que se fugaran del país. Por otra parte, en cierto modo podía considerárseles también víctimas de un montaje, ellos eran clientes respetables de un negocio también aparentemente respetable, un negocio que abonaba puntualmente a la Tesorería de la Seguridad Social las cuotas correspondientes a sus trabajadores y que en el plazo estipulado para ello hacía su declaración del Impuesto de Sociedades e ingresaba puntualmente la deuda resultante en las arcas de la Hacienda Foral. Era lógico que con ese aparente manto de respetabilidad los clientes del «Club Shangri-La» pensarán que no había nada de malo en acudir con asiduidad al mismo. La argumentación era impecable en teoría, pero les fallaba por el lado de la práctica, ya que cuando ese grupo de honestos ciudadanos fueron detenidos por la Ertzaintza no estaban sudando en el interior de la sauna o bebiéndose una copa de coñac en el bar sino que estaban presenciando un combate de boxeo ilegal en el que los contendientes eran niños y el premio del ganador seguir viviendo. Además, por una serie de tecnicismos legales, las diligencias acabaron tramitándose en la Audiencia Nacional

de Madrid donde un grupo de magistrados con más vocación de estrellas televisivas que de amantes de la justicia se las repartieron, manteniéndolas vivas mientras los medios de comunicación consideraron que tenían interés periodístico, hasta que finalmente fueron diluyéndose sin que apenas nadie se diera cuenta.

Una de las pocas cosas buenas que saqué de aquel asunto fue mi total rehabilitación, así como la liberación de siete niños, los dos combatientes más otros cinco que estaban allí encerrados, todos hijos de inmigrantes ilegales que obtuvieron en muy poco tiempo la residencia. Me imagino que obtendrían algo más, porque ninguno de sus progenitores ni de las asociaciones que les apoyaban se personaron como acusación particular en las diligencias judiciales abiertas.

El disco que me había proporcionado el hombre del cementerio fue fundamental para dismantelar toda la red. Como me había dicho Sara, de los niños se aprovechaba todo, los combates de boxeo a vida o muerte eran tan solo la punta del iceberg. Lamentablemente, salvo un puñado de segundones, nadie iba a pagar por ello.

—Así son las cosas —me dijo filosóficamente Eneko una tarde que vino a visitarme al hospital—. Nosotros nos limitamos a poner las pruebas en manos de los jueces y son estos los que deciden qué hacer con ellas. De todos modos, da la impresión de que alguien hubiera decidido adelantarse al trabajo de los magistrados y, no fiándose de su competencia profesional o su sentido de la justicia, hubiera decidido impartir justicia por su propia mano.

Cuando le pedí que me explicara a qué se refería con esas palabras, Eneko me contó que aparte de Rubén Garmendia habían aparecido muertos en sus domicilios, todos ellos con un tiro en la nuca, otros cuatro hombres a los que el disco que me había entregado el hombre del cementerio señalaba como los máximos dirigentes de la red. El asunto no había trascendido ya que se habían camuflado las muertes bien como actos terroristas o como accidentes de diversa índole. Por lo que concernía a Arturo Apodaka, sobre cuya intervención indagué lo más discretamente posible, no aparecía para nada, su buen nombre continuaba limpio e impoluto. No sabía si tenía que alegrarme por eso o no, pero decidí callarme su intervención en la trama, como postrer agradecimiento a la ayuda que me había estado brindando en todo momento, incluso después de muerto.

—Por cierto —me dijo Eneko en un tono que mostraba a las claras que no se fiaba de que yo le hubiese contado todo lo que sabía—, las balas que acabaron con esos cuatro responsables de la trama del «Shangri-La» salieron de la misma arma con la que mataron a Rubén Garmendia el día de la redada. Que es casualmente la misma arma con la que te dispararon, solo que tú tuviste más suerte.

—Es que yo soy así, intimidado un huevo —intenté bromear—. Les miro fijamente a los ojos cuando van a dispararme de modo que se acojonan y fallan el tiro.

—Supongo que no pudiste ver al que te disparó.

—No, no lo vi.

—Creo que no me estás diciendo la verdad, Goiko, pero me imagino que tendrás

tus motivos y, además, las cosas están bien como están así que será mucho mejor no remover la mierda. Los más importantes dirigentes de la trama están muertos y se ha detenido a un puñado de desgraciados que oficiarán de chivos expiatorios. En la Audiencia Nacional están satisfechos y creen que intentar ir más allá no aportaría nuevos elementos de juicio y tan solo serviría para crear malestar entre los clientes del club, esas almas bondadosas que jamás hubieran imaginado lo que estaba ocurriendo debajo de sus narices. En fin, supongo que algún día me contarás el resto, pero de momento me conformo con lo que hay. ¿Y tú, qué vas a hacer? ¿Vas a pedir el reingreso? Ahora te has convertido en un héroe y un ejemplo a seguir para todos los compañeros.

—No digas chorradas, Eneko, ni antes era un pederasta ni ahora soy un héroe, simplemente he querido hacer siempre bien me trabajo, aunque como pago no he recibido más que hostias por todas partes. En cuanto a reingresar, no lo sé, tengo tiempo para pensármelo ahora que soy rico, ya sabes que Arturo y Elvira me nombraron heredero universal.

—Tú nunca has trabajado por dinero.

—Eso es cierto, pero eso se debía a que jamás he tenido dinero, la perspectiva cambia cuando lo tienes. Pero de todos modos tienes razón, quizás no sea lo más importante, antes de que tome una decisión tengo que acabar lo que he empezado.

—¿A qué te refieres? Pensaba que ya había acabado todo.

—A Luis Bourget Morán, el juez Bourget.

—Déjale en paz, Goiko, no hagas tonterías. Bourget ha sido investigado de arriba a abajo y no hemos encontrado ningún indicio de que estuviera complicado en la trama, salvo por su matrimonio con Rubén Garmendia. Sé que te ha hecho la vida imposible, y comprendo que estés furioso con él, pero está totalmente limpio, créeme, si hubiera encontrado algo en su contra puedes estar seguro de que ni todos los magistrados de la Audiencia Nacional juntos me hubieran impedido detenerle. Pero está limpio, así que más vale que no te metas con él, hacerlo sería un suicidio, ya sabes cómo son de corporativistas nuestros jueces, incluso aquellos que se ríen de él a sus espaldas llamándole maricón de mierda guardarían cola para crucificarlo.

—Seguramente tienes razón, mucha razón, pero cuando inicio un trabajo no me gusta que quede nada pendiente, me impide dormir por las noches y si no consigo dormir me pongo furioso, muy furioso, ya lo sabes, así que se forma un círculo vicioso que es necesario romper para que todo vuelva a la normalidad.

Más vale que lo que se rompa no sea tu cabeza, fue lo último que me dijo Eneko antes de despedirse y lo primero que recordé días después cuando tras salir del metro por la calle Berastegi me encontré enfrente del Palacio de Justicia. Sabía perfectamente dónde estaba ubicado el despacho de Luis Bourget así que me encaminé hacia él sin necesidad de preguntar a ninguno de los abogados, procuradores o funcionarios que pululaban por los pasillos. Rompiendo con las normas de buena educación que habían intentado inculcarme mis mayores entré en su

despacho sin llamar. El secretario del juzgado, que le estaba informando de las novedades del día y me conocía de anteriores ocasiones me conminó a salir inmediatamente del despacho ya que de no hacerlo avisaría a Seguridad.

—Déjalo, Ramón, le estaba esperando. Por favor, si no te importa, preferiría hablar con el señor Goikoetxea a solas —le dijo con una voz que delataba una fatiga extrema, lo mismo que las ojeras que lucía. Saltaba a la vista que el juez más sexy de Euskadi se encontraba en horas bajas.

Miré el despacho con interés, como si fuera algo nuevo para mí. La fotografía de su boda ya no estaba sobre la mesa y se lo comenté. Hablar de un tema banal es una buena táctica cuando se quiere iniciar una conversación intrascendente con un viejo amigo.

—Está disfrutando, ¿no es verdad, señor Goikoetxea? Se le nota a la legua que está disfrutando.

—Se equivoca, señoría, no estoy disfrutando. ¿Y sabe por qué? Porque nada podrá compensarme el calvario que usted me ha hecho pasar, y todo por cubrir las espaldas de su amiguito, que era el auténtico cerebro de la red de pederastas.

—Supongo que tiene usted motivos para estar furioso.

—No, qué va, simplemente me he vuelto paranoico, ya sabe usted lo mal que reaccionamos los policías acusados injustamente de pedófilos.

—Guárdese sus sarcasmos, no los necesita, no va a conseguir que me sienta peor de lo que ya me siento. Tiene usted razón en una cosa, le perseguí injustamente, pero yo estaba convencido de que usted era culpable. Por eso quería que acabara sus días en prisión, porque le consideraba autor de un crimen horrendo.

—Se supone que hay algo llamado presunción de inocencia, si no me engañaron en la Facultad de Derecho.

—Lo sé, pero estaba convencido de que usted era culpable, ya le he dicho. Y respeté esa presunción —por unos segundos intentó sobreponerse y recobrar su habitual espíritu altivo—, ya que archivé las diligencias que se habían abierto contra usted al no tener pruebas suficientes para procesarle. Pero sí, cometí un error, un grave error. Confié en una persona, ¿cómo no iba a hacerlo si le quería, si creía conocerle? Pero en ningún momento le protegí, eso no es cierto, si hubiera llegado a sospechar que estaba metido en lo que estaba metido, yo mismo habría incoado las correspondientes diligencias contra él.

—Está usted loco si pretende que le crea.

—Me crea o no, es la verdad.

—Sí, también le insistía yo en que estaba diciéndole la verdad y no me sirvió para nada.

—Es cierto y lo siento.

—Sí, lo siente, claro que lo siente. Y ya está. Caso cerrado. Pues no, no me sirve de nada que lo sienta, qué bonito es todo, pedimos perdón y aquí paz y después gloria. Pues lamento decirle que el día que en los escolapios explicaron eso del

perdón cristiano yo hice pira. No he venido a perdonarle, he venido a decirle que no le creo, aunque me esté diciendo la verdad, y que es usted un miserable, un auténtico miserable que seguramente pronto verá recompensadas sus hazañas con un puesto en la Audiencia Nacional o, quién sabe, quizás en el Consejo General del Poder Judicial. Enhorabuena, señorita, el mundo es de la gente como usted, de la gente sin escrúpulos —era consciente de que seguramente me estaba pasando, incluso de que era injusto, pero no podía evitarlo, necesitaba desahogarme.

—Creo que en eso se equivoca, señor Goikoetxea, mi carrera judicial, como mi vida en general, se ha acabado. Ahora, si no tiene nada más que decirme, desearía estar solo.

En una cosa había acertado Luis Bourget, no tenía nada más que decirle, ya le había dicho todo lo que quería expresar así que, sin despedirme, accedí a sus deseos y le dejé solo. Apenas había andado unos metros por el pasillo cuando escuché una detonación procedente de su despacho. Mientras se armaba por toda la planta el lógico revuelo llegué hasta el ascensor. Sin mirar atrás ni decir nada a nadie, pulsé el botón que me llevaba a la planta baja y me alejé de allí.

Cuando me encontré de nuevo en la calle, junto a los Jardines de Albia, respiré casi hasta hacerme daño el aire de aquel frío día. No me sentía feliz, ni tampoco eufórico, sencillamente pensé que, por fin, el círculo se había cerrado.

Luego volví a pensar, esta vez con cierta tristeza, que seguramente me había convertido en un auténtico hijo de puta, pero que nadie podría negarme que me había ganado a pulso el derecho a serlo.



JOSÉ JAVIER ABASOLO (Bilbao, 1957) irrumpió en el mundo literario como ganador del Premio de Novela Alba/Prensa Canaria 1996 con *Lejos de aquel instante*, que fue también candidata al Premio Hammett 1977 de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela policíaca publicada originalmente en español.

Recientemente ha sido designado vocal de la Asociación Española de Escritores Policiacos; ha ejercido de abogado, secretario de Juzgado de Instrucción y jefe de negociado en los Servicios del DNI de Bilbao y en el Gobierno Civil de Bizkaia. Actualmente trabaja para el Gobierno Vasco.

Notas

[1] Arkaute es la sede de la Academia de la Policía Autónoma Vasca, y por extensión se llama así a la propia Academia. <<

[2] Si le hubiera cortado las alas / sería mío / no se habría escapado / pero ya no hubiera sido nunca más un pájaro / y yo amaba al pájaro. <<